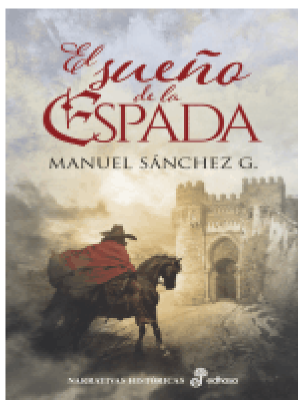

El sueño de la Espada
MANUEL SÁNCHEZ G.
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

El sueño de la Espada

MANUEL SÁNCHEZ G.



NARRATIVAS HISTÓRICAS



EL SUEÑO DE LA ESPADA

MANUEL SÁNCHEZ G.



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: noviembre de 2023

Primera edición en e-book: noviembre de 2023

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4937-5

Producido en España

A Suni, por tanto, por todo.

EL SUEÑO DE LA ESPADA

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO VISITÓ MI CASA UN ILUSTRE

CABALLERO Y DE CUÁNTO NOS CONTAMOS

A la sazón despuntaba el día y, con su luz, al fin parecían despejarse los pesares que se habían adueñado de mi alma con las tinieblas. Mucho había compuesto mi mente aquella noche acerca de en cuántos agravios y aconteceres no habría confiado mi persona al brillo del acero, como para sentir la mano pesada y pensar quién era yo para arrebatar la vida de sus cuerpos a mis desafortunados contendientes. Cierto es que la lid siempre había requerido su vida o la mía; pero ¿con qué derecho tuvo que ser así la decisión de la muerte, mi sombría aliada?, ¿acaso ellos no eran también hijos de una madre...? Y por la disputa de un palmo de terreno, el favor de una dama, el honor de la victoria o la simple gallardía del atrevimiento, sus cuerpos yacían bajo tierra. Tal vez su vida pasó a mejores, pero juzgaba a mi suerte por haberme convertido en el brazo ejecutor de sus destinos.

Con una mano sobre mi espada y la otra sujetando las riendas, tras subir un repecho, vino a mis ojos Toledo. Detuve la marcha para contemplar el amanecer que jugaba con el paisaje con su bruma matinal. Como imaginarios fantasmas, el Alcázar, la torre de la catedral, el castillo de San Servando y un intrincado de tejados, campanarios y muralla aparecían y desaparecían ante mi vista por momentos. Esa Toledo, ciudad principal, era también para mí un gran camposanto de rivales con heridas de yerro.

Cuando la niebla comenzaba a desvanecerse, decidí regresar al mayorazgo. Para ello, quiso el capricho que no siguiera un rumbo cierto hasta que llegué al camino de Sonseca, donde pude ver con discreción algo determinante para este relato. Un hombre marchaba en dirección sur y, desde el barranco que dan en llamar de La Degollada, tres jinetes amanecieron como el día; con lentitud. Ora

dejábanse ver, ora no. Comoquiera que no me pareció claro el asunto, aligeré el paso y me dirigí hacia allí; al fin y a la postre, no me desviaba de mi trayecto. Cuando estuve cerca pude ver y escuchar con sigilo:

–Reconozca vuesa merced que está solo y viejo.

–¡Sobre todo viejo!

Un coro de risas bellacas recorrió el aire.

–Ansí que denos la bolsa y quede en paz, o por estos pagos se verá la sangre.

–Amén de villanos, que no es poco –respondió el asaltado, que parecía caballero–, necios como borricos sois, y hacéis de ello exhibición innecesaria, pues a la legua se ve que sólo sois canalla. ¿No veis, acaso, que cerca de Toledo estamos y que por mucho que huyáis no escaparéis de la Justicia?

–¡Basta ya de palabrería! –exclamó, indignado, uno.

–¡Que deje de graznar el grajo! –añadió otro.

–¡Venga, grajo! ¡Que brille la plata o lo hará tu calavera! –culminó el tercero.

–¡Voto a que, si queréis brillo, tendréis el de mi acero! –Desnudó la espada el caballero–. ¡Escribiros con mi estoque quiero, en mitad de vuestro rostro, la postrera poesía que verán los vuestros ojos! ¡Ea, pues, venid!

Aquellos bandidos quedaron enmudecidos de pronto, y llegué a convencerme de que habíanse amedrentado por el valor de ánimo y el verbo de aquel peculiar caballero. Pero no fue espanto, sino sorpresa, lo que produjo esa reacción, pues estallaron en risa. Y, cuando ésta acalló, iniciaron un lenguaje de gestos, gruñidos y miradas, con el que hicieron concierto para rodear a su presa.

No pude aguantar más contemplación ante situación tan desigual y decidí tomar parte en la disputa, convencido de que todo acabaría sin saltar testa de cuerpo.

–¡Saludos os doy! –los sorprendí–. Desde lejos que vi brillar un arma y comoquiera que parece que tres más, sean espadas, hoces o dagas, van a aflorar, vengo dispuesto a mostraros la mía, que goza de fama de ser hermosa. Tanto es así que, en lugar de mi nombre, hay quien me conoce por «el de la bella espada».

Dos de los bandidos estaban ya prestos a dirigirse a mí cuando el mayor dellos extendió un brazo para ordenar que se detuvieran.

–¿Cuál es vuestro nombre? –me preguntó, curioso.

–Alonso de Yáñez –añadí mientras desenvainaba–, y mi espada, aunque bautizada en mil sangres, aún no tiene nombre.

Los mismos dos bandidos de antes volvieron a hacer ademán de atacarme. Mientras se aproximaban, musitaban mi nombre y una suerte de destrozos y jirones en los que decían que iba a quedar mi cuerpo por obra de sus manos, cuando el más mayor, de nuevo, los refrenó y volvió a dirigirse a mí:

–No tiene nombre ni precio, señor, pero no podemos seguir por más tiempo aquí parados haciendo chanzas, ni compitiendo en armas con vuesa merced, pues nuestro trabajo anda descuidado. Con Dios os dejo, ilustres caballeros.

Con notable prisa emplazó a los otros dos a retirarse; éstos mostraban no salir de su asombro ante tal cambio de opinión tan súbito y protestaron. Él les respondió: «Callad y andando, que sé lo que me hago».

Solos quedamos el caballero que sufrió el asalto y yo. Aquel mirábame, no sabiendo yo si para bien o para mal. Su semblante era entre desafiante y triste, la edad madura, unas pequeñas lentes cabalgaban sobre su nariz considerable, la melena corta y el porte notable pese a su aspecto, que mostraba a un hombre poco agraciado. Su capa dejaba ver sobre su pecho un asomo de cruz de Santiago. Aproveché que envainaba su espada para romper el silencio:

–¿Encuéntrase bien vuesa merced?

–Una vida entera llevo buscando, unas veces hallo bien y otras con dificultad, pues costoso es encontrarse incluso a uno mismo. Lo que ora siento, ¿Alonso es vuestro nombre? –asentí–, lo que ora me desgarra, don Alonso, es que me habéis hecho sentir humillado, ridículo y cansado.

–¿Yo, señor? –expresé con asombro.

–Una parte de mi malestar es por causa de esos villanos, que en apurada situación me comprometieron, ¡y vive Dios que mal me vi!, o bien visto, pero en sepultura. La otra parte es debida a vuesa merced, que más me ofendió con su aparición. Vuestro porte y gallardía, amén de vuestro nombre, parece que bastara para que mi figura fuera ignorada. La debilidad de los años y mi desigual imagen fueron remarcadas, para mayor mofa, por el contraste de vuestro aplomo.

–Os ruego, señor, me disculpéis. No fue mi intención –me excusé con sinceridad extrema.

–No debéis justificaros. No debe penar el mito por serlo, ni acaso por sus acciones; pues ejemplo son de bondad y maldad para el que las entendiere, reflexión del hombre de bien e inspiración de los artistas. Mi dolor es mío, Alonso, y si esos bandidos no lleváronse mi bolsa, no tendrá vuesa merced que desplumarme de dolores. Sólo os debo gratitud por vuestro socorro.

Acercó su montura a la mía y nos estrechamos las manos. A decir verdad, aún no sé si lo suyo era enojo, congoja o calor de amigo. Llegué a preguntarme si aquel caballero no estaría ido, pero su discurso me resultó harto juicioso. Más parecía que sus palabras fueran las de un hombre sensible; es decir, ¿un poeta?

–¿Cómo os llamáis?

–Francisco de Quevedo.

–¡Válgame el cielo! Si sois quien creo que sois, he oído mucho de vuesa merced.

–¡Seguro que para mal! ¡Son tantos los que me desprecian! Y justo

es que yo desprecie a tantos.

–Vuesa merced es –proseguí, casi ignorando sus palabras– el que fuera nombrado secretario del rey por el propio Felipe Cuarto, más tarde consejero del Duque de Osuna.

–¡Que en gloria esté! –exclamó, acallando mi torpe discurso–. Pero no mencionéis su nombre, Alonso, que el camino ya está transitado y bien sabréis que cayó en desgracia. Sí, yo soy el Quevedo que creéis que soy.

Ésa fue la primera vez que vi su rostro sonreír. Aunque aquella cara no parecía hecha para semejante adorno, pareciome reconfortante que ocurriera.

Rogué que me permitiera ofrecerle hospitalidad y agasajarle el vientre con mis humildes viandas. Ante ese ofrecimiento preguntó: «¿Tenéis vino?». Al afirmar, apostilló un contundente: «Sea». Por el camino mostró interés en conocer mi origen y condición; cosa que no era muy de mi agrado, puesto que se me antojaba que pretendía con ello indagar si mi sangre era limpia y nunca fue éste un tema sobre el que fuera de mi gusto preguntar ni responder. Además, sentía un gran deseo porque fuera aquel hombre el que contara cosas de cuantas supiera. Mas me plegué a su interés y le puse al tanto de lo solicitado.

–Mi nombre es Alonso de Yáñez y Zúñiga.

–¿Habéis dicho Zúñiga? –exclamó, mientras tiraba de la rienda.

–Sí, señor.

–¿Sois allegado del difunto Baltasar de Zúñiga o del mismísimo Conde Duque, su sobrino?

–No, don Francisco. Nada me une, que yo sepa, a esos ilustres señores ni a su linaje. Os contaré.

Con un aire más reposado proseguimos la marcha.

–Mi padre fue un hombre de armas leal y voluntarioso, gozando así del favor de sus superiores. Llegó un día que uno de ellos fue

designado como corregidor en Nueva España. Comoquiera que mi padre contaba con su simpatía y sabía leer y escribir con notable precisión, marchó con él a título de secretario. Mi madre era Clotilde de Zúñiga y Castro-Valiente; al parecer, sobrina del virrey. Como podéis imaginar, una boda semejante, a pesar del prestigio que mi padre había alcanzado por sus servicios y honorabilidad, no recibió el consentimiento de tan alta familia y fue rechazada de forma contundente. A consecuencia dello, mi madre escapó de su casa y del cuidado de sus padres para fugarse con mi padre, siendo cómplice una criada. La familia del virrey dio a mi madre por perdida y no volvió a haber trato entre ellos. Es por esto por lo que no alcanzo a saber si soy allegado de ese Baltasar de Zúñiga que me decís.

Según penetrábamos en las tierras de mi mayorazgo, fue interesándose don Francisco en ciertos detalles acerca de tal o cual porción cultivada o no, y del rendimiento que se obtenía. No creo equivocarme si digo que adivinó que aquello no debía enriquecer gran cosa a su dueño. Además de advertir que mi pericia era escasa en gobernar estos menesteres y que tampoco tenía capacidad para administrarla.

La propiedad sobre la que se asienta mi morada es sencilla y orgullosa. Se compone de tres cuerpos de casa rodeados por un tapial. Uno de ellos lo constituye mi propia vivienda; otro, más pequeño, es para la familia que cuida y trabaja mis pertenencias, y, por último, están las cuadras. En el centro se yerguen, frondosos, unos pinos centenarios junto a un bebedero para las bestias y un pozo. Justo descabalgábamos cuando oímos la voz de Francesc:

–¿De dónde viene tan temprano? Llegué a pensar que nos habían robado vuestro caballo, pues lo tenía por acostado a vostra merced.

Francesc, como era habitual en él, no tenía la necesaria discreción como para disimular su malestar, ni para andar con cumplidos o adornos, aunque sólo fuera por cuidar las formas ante un invitado. Don Francisco tampoco disimuló ante tamaña intromisión por retaguardia. Sin mediar ninguna respuesta, me limité a decirle:

–Hoy tenemos un invitado a almorzar.

–¿Ha dicho a esmorzar? –replicó, extrañado, mi criado.

–Sí, a almorzar. Así que dile a tu mujer que nos vaya preparando alguna vianda con los aderezos que sea menester, que hoy tenemos a un alto personaje a quien agasajar.

–Pero, señor, senyor... –me replicó, suplicante.

–No hay más que hablar –despaché.

Cuando entramos en el interior de mi casa, toda mi ansia por conocer de don Francisco se tornó en turbación. Y es que al pronto dime cuenta de estar allí a solas con un caballero principal que había tenido tratos con su majestad. Vive el cielo que deseé en ese momento haberme mordido la lengua antes de haber ofrecido aquella invitación. Pero también despertaba mi curiosidad que un hombre entendido como era él pudiera contarme cómo es el rey, qué acostumbra a suceder en la corte, cómo se dirigen los destinos del Imperio, incluso cómo hacía para escribir sus obras. En cambio, allí estaba yo hablando de mis padres o de los cultivos; y agora en un tenso silencio, para mí, al menos. Además, para mayor mofa de mi duda, su oratoria era extensa y mordaz; mientras que la mía sólo dominaba la lengua de la espada y acaso defendíame en el hablar amoroso. Así que me preguntaba qué habría de ofrecelle a este espadachín de la lengua. El Altísimo debió de compadecerse de mis fugaces pesares favoreciendo que fuera él quien abriera camino en la plática.

–¿Cómo podéis permitir que se dirija el casero a vuesa merced de semejante modo? Hasta mi caballo sabe cuándo debe relinchar y cuándo guardar silencio. Antojóseme que erais hombre bizarro, sabedor de cuánto y qué queréis de los demás, a fe de cómo tratasteis a los bandidos.

–No os falta razón –afirmé sin ocultar una sonrisa–. Entre sus muchas virtudes no está la discreción. Pero, si me dan a elegir, me quedo con sus valores. Él es, sin duda, quien obtiene mis pocas ganancias y su familia mantiene la vida de todo cuanto veis, incluido a mí. ¡Bien sabéis que con la espada no se come, no se cultiva, ni se espantan las suciedades!

–Al menos, Alonso –me dijo con gravedad–, dirigiréis cuanto él haga… o deshaga.

–Si eso os tranquilizara, os diré que finjo hacerlo. Pero estoy convencido de saber menos que él de sus asuntos. Tampoco puedo estar dispuesto para aprender de él, pues habría de ser su discípulo y, en tanto, sentiría poder sobre mí. Así resulta que permito que Francesc disponga y, de cuando en cuando, me opongo en pos de que no crea que sólo regirá su voluntad. Es fiel, honesto y aplicado…, ¿qué más puede pedirse de un sirviente? ¿Prefiere vuesa merced un caballo que sólo sepa relinchar a tiempo o bien una montura que responda a las órdenes y nunca os deje en la estacada, pese a que hágase notar con sus sonidos?

Don Francisco, en mi parecer, se encontró más acomodado cuando comencé con este comentario a mostrarme disconforme, que, al comienzo de nuestro encuentro, cuando pretendí ser cortés y un punto solícito. Era evidente que mi convidado prefería la crítica a la adulación, sin lugar a duda; y de su rostro pareció fluir un asomo de acercamiento. El sol que entraba por la ventana resaltaba las arrugas de su rostro y hacía que pareciera aún más viejo, surcado de oscuros rincones del pasado, como renglones emborronados y jamás impresos. Los rayos solares sacaban brillo a su pelo, a sus bucles enredados en direcciones opuestas. Y con ese resultado visual imaginé que ese mar de cabellos pudiera tratarse de sus propias ideas que fluían, como calima, hartas de estar prietas en su sesera. Sus ojos siempre te miraban, ora para hablarte, ora para oírte, más tarde para asaetearte. Los anteojos, en lugar de esconderlos, parecían distinguirlos. Don Francisco respondíame, diría yo, con cierto regocijo:

–Me olvidé, amigo Alonso, que de donde yo vengo es un lugar como no hay otro. En asuntos de política antes se aprecia el relincho o el rebuzno, que la acción noble y honesta. Lo que se debe decir ha de ajustarse y medirse, has de sentirlo al decirlo, pero no es bien mirado decir cuánto se siente.

–¿No diréis que se prefiere al mentiroso antes que al que prodigare la verdad?

–Alonso, lo que pretendo deciros es que se viene a dar por cierto

que un hombre siempre os podrá traicionar. La elección será entre un traidor torpe o uno apropiado y oportuno...

–Y fuera de la política, decidme, ¿qué deseáis en mayor medida: al oportuno o al honesto? –quise forzarlo a determinarse.

–A un honesto oportuno. –Sonrió con su respuesta–. ¿Por qué conformarse con menos? Puesto que nadie termina siendo como cada cual queremos, no queda más que hacerles ser como cada uno quiera que sea... Es decir, vuesa merced, a mi juicio, debía enseñarle a cómo ofrecer mejor servicio y no ceder ante él porque en lo demás sea cumplidor.

A través de la ventana pude ver a Ana e Isabel, esposa la una e hija la otra de Francesc, que ya acudían con algunas viandas. Intenté cambiar el tema de conversación para no ser escuchados por ellas:

–Si tenéis apetito, don Francisco, presto estáis a calmarlo, pues veo llegar a mis criadas con las primeras raciones.

–En buena hora sea, pues ya sentía la honda llamada del hambre en mis entrañas.

Doña Ana y su doncella hija dejaron algunos alimentos para aliviar la espera de dos pichones que estaban cocinándose. El pan aún estaba humeante y formaba un mágico fantasma en el aire que nos incitaba a dar cuenta de aquellos manjares, sencillos y todavía escasos. Una mesa con comida es vida. Las aceitunas verdes y partidas con un ligero sabor amargo, el queso no muy tierno y tampoco en exceso duro, higos secos, nueces y almendras repartíanse el espacio que nos separaba a don Francisco y a mí. El brillo dorado de la aceitera ocupaba el centro, junto al pan; la unión de ambos era oro para el paladar sencillo.

–¿Sabe vuesa merced que ya está aquí el anticristo?

Temí que se tratara de una añagaza más y no quise descubrirme en mi torpeza; opté por guardar silencio y esperar que prosiguiera.

–Pero tiene mil caras –añadió, como imaginé– o bien son miles de ellos... y pretenden confundir con un antimilagro. ¿Conocéis el

milagro de las bodas de Caná? –Asentí.

–Pues bien –prosiguió–, estos anticristos son siempre taberneros que no cesan de convertir el vino en agua, al contrario que nuestro Señor. Es por esta sencilla prueba que reconozco donde se halla el demonio. ¿Acaso lo seréis vuesa merced?

–Os aseguro, don Francisco, que si mi vino tiene agua es la que bebió la uva o la ha añadido el comerciante que me lo vendió... Presto lo trae Francesc.

Al punto que mi sirviente lo escanció, ávidamente tomó un buen trago y, mirándome, se quedó en silencio, hasta que sentenció:

–Amigo Alonso, ¡estáis en gracia de Dios!

Recreamos el ánimo con este ingenio de mi invitado. Mientras, comenzábamos a dar cuenta de los alimentos y, aprovechando la buena disposición en la que nos hallábamos, traté de entrar en la plática que yo esperaba:

–Ya que vuesa merced conoce tan bien la corte algo podréis contarme, digo yo.

–¿Queréis que os diga cómo es la corte? –Asentí, como era natural–. Os lo diré en pocas palabras. Es una enorme confusión de mendigos, menesterosos y doncellas vendedoras de virgos que al comprarlos nunca encuentras.

–Habláis de Madrid –expresé casi decepcionado.

–Así es, «la corte».

–Pero no de palacio... –advertí mi deseo.

–Alonso, vuestras principales artes no son las del arbitrio y regimiento de propiedades como éstas, ¿no es así?

–Bien lo sabéis.

–Y a fe que no me equivoco si acierto a pensar que no sois un asesino.

–Yo diría que no –dudé un tanto.

–Por vuestra fama, o la de vuestra espada, puedo suponer que habéis sido soldado. –Asentí–. ¿Qué quiere saber un soldado de la corte? Os pregunto esto porque mi experiencia me indica que el soldado poco ambicioso parece querer sólo pendencia, mujeres complacientes y holganza. En cambio, el que ambiciona tiene ansia de poder y riqueza. ¿Qué quiere un soldado como vuesa merced? Si lo decís, sabré qué contaros y tal vez regalaros, en pago a vuestro servicio y celo, con favores de vuestro agrado.

Ana e Isabel entraron de nuevo. Traían unos pichones humeantes. El pan estaba ya frío, pero el hambre andaba en plena quemazón y los ojos delataban, sin misterio, el descaro propio de ese estado. Yo jamás almorzaba con tanta opulencia; más bien, de forma principal, no almorzaba. La familia que me sirve tampoco hace tal cosa; y es posible que malcomiéramos todos durante unos días por aquel modesto festín. Tal era la situación, que Francesc, situado tras la espalda de mi ilustre invitado, hacíame con apremio señas de bulto para decirme que no pidiera más alimentos.

–Francesc –díjele–, no andéis lejos por si necesitamos más comida.

–Ens ha fotut el senyor! –respondió mientras se alejaba.

Don Francisco alzó la cabeza y, con una expresión que se me antojó burlona, me preguntó:

–¿Conocéis la lengua catalana?

–No.

–¿Sabéis qué os ha dicho vuestro sirviente? –insistió.

–Sí. Utiliza mucho esa expresión y parece ser que significa: «Lo que diga el señor», al menos es lo que él me cuenta si es preguntado. ¿Acaso sabe vuesa merced si tiene otro sentido? –Según le hablaba sentí la duda.

–¿Qué podré deciros yo? No soy catalán. A fe que estáis en gracia de Dios –recitaba mientras paladeaba un buen trago de vino–. ¿En qué estábamos cuando trajeron estos manjares? ¡Ah! ¡La corte! No

sé si sabréis que me crie en ella. Sus entresijos me acompañaron desde la infancia; para mí, pariente era todo el mundo de palacio. Os aseguro que no conozco familia peor avenida Pero aún no habéis respondido a la pregunta que os hice: ¿sois acaso un soldado ambicioso?

–Ya no soy soldado, tan sólo un curioso que os pregunta. –Decidí actuar con menos comedimiento y con un punto de ironía–. No todos los días un hombre encuentra en peligro a una persona tan principal, la salva y acaba invitándole a su casa.

–Tampoco es usual que él acepte esta invitación.

Sonreímos con su ocurrencia y pareció que nos íbamos entendiendo. Ya no había lugar a la lisonja y me decidí a sonsacalle sin más reparo:

–Justo es que tal ocasión depare de tan ilustre invitado una provechosa información, sin más intención que la holganza y el ameno entretenimiento. Si eso no os molesta.

–Alonso, tan ilustre invitado, como me tituláis, más cerca os pone del cadalso que de la amenidad. No soy hombre codiciado más que para el escarnio. Porque, aunque zorro viejo sea, no aprenderé, ¡válgame Dios...! Mirad lo que hoy os digo, muy a mi pesar no tardarán estos huesos, que sostienen cuerpo tan desigual, en ver la cárcel.

–Pero ¡qué decís! ¿Por qué han de encarcelaros? Sin ánimo de contrariaros os pregunto.

–¿Por qué he de contrariarme? Únicamente hay un motivo por el que puedan encerrarme, y es por decir la verdad; por decir lo que desta manera siento. Baratas están las lisonjas y, cuando se ofrece un obsequio de valor, creedme, Alonso, como es el consejo sabio, el proceder honesto y la palabra avisada, se paga con el desaire, la desconfianza y aun la prisión. Vuesa merced me pregunta por qué han de apresarme, lo mismo me pregunto yo. Pero si viejo soy para tener cuidado, también para adivinar que no tardaré en caer en desgracia. Un descuido, una debilidad..., incluso nada, y puede suceder.

–Decidme qué verdad es ésa, os ruego.

–Son muchas las verdades; la mayor con todo, y que las aúna, es que somos un barril de pólvora que no tardará en estallar.

–En verdad, don Francisco, que no os sobra entusiasmo.

–Pero ¿quién puede tener entusiasmo? Muchas cosas son evidentes. Cualquier villano las puede ver sólo con mirar alrededor y no ser ciego.

El mismo ímpetu de sus palabras hízole incorporarse y hacer el gesto de mirar por la ventana, como si escenificara el acto de ver esos hechos que había pronunciado.

–Claro está –añadió– que ya no son los tiempos de Felipe Segundo...

–¡Pero este Imperio es el más grande que vieron los siglos! –exclamé para combatir lo que se me antojó derrotismo–. Aún no se pone el sol en España.

–El sol no se pondrá, como decís, mas el cenit es pasado. Ya se adivinan las primeras sombras del ocaso.

–¿Creéis que Francia acabará venciéndonos la guerra? –pregunté por si conocía noticias premonitorias.

–Alonso, alguien nos vencerá. Si no es Francia, será Inglaterra o la misma España, que es lo peor... –Pensó un momento–. Antes os decía que cualquiera puede ver que hemos realizado hermandad con el hambre, a pesar del gran almuerzo que habeisme brindado; siendo grandes y principales parecemos pobres. ¿Qué había de suceder si gastáis más de lo que podáis ganar? –Diome silencio para pensarlo–. Pues eso sucede con la Hacienda Real. Cerca de diez años hará que las remesas de Indias portan, cada vez, menos oro y plata.

–Pero el dinero no lo es todo. ¡Válgame el cielo! –Quise resistirme a pensar en el futuro con ojos de usurero–. Yo no entiendo de gobiernos, pero sí de derrotismo. También se está cebando la adversidad con España. ¿Acaso no os parecen suficientes infortunios las terribles pestes, como la del dieciséis, los campos que no se cultivan y la despoblación? Por poca remesa de oro y plata venida a

través de los mares, el Imperio es rico, el honor alto... –Parecían atropellarse mis argumentos, sin acabar a decir ninguno–. Me resisto a pensar, don Francisco, que las cosas anden torcidas sólo porque no se sepa administrar. Debéis perdonarme, pero son tantas las murmuraciones que oigo..., y no hay cosa que más me pese que el desánimo fácil, sea en la guerra o en la paz.

–Favor, mi don Alonso, no os ciegue la palabrería que gastan los generales, ni el susto de las viejas a las pestes, las difterias, los garrotillos y las viruelas. Vuesa merced no come victorias ni honores, y cuando a un pueblo le quitan el pan, le dan cuchillos para defenderlo.

–Voto a tal que me confundís. –Necesitaba un respiro para pensar y entender su discurso.

–Escuchad, si sabéis oír: el infortunio es pasajero si es accidente, pero puede ser de por vida si no hay seso para mesurarlo.

–¡No creeréis, acaso, que las pestes o las plagas son fruto del hombre! –interrumpí al pronto.

–No diría tal cosa, aunque el tiempo revelará certezas. Si tenéis paciencia, o yo no la pierdo, intentaré exponeros mi impresión.

Tomose un respiro para buscar un punto de calma y prosiguió:

–Un jesuita llamado Hernando de Morales advirtió que deje el rey las guerras y perder Flandes, que tanto han empobrecido España y que tan poco útil se le sigue y tantos daños y gastos se recrecen. Los ejércitos cuestan millones de ducados, tal vez más de cuarenta. ¿Y qué le sigue? La peste, el hambre y la pobreza a cambio de una efímera gloria. ¿Recordáis la gesta de Breda?

–A fe que allí estuve –apostillé.

–Pues habéis de saber que el Conde Duque la ofreció a cambio de Pernambuco, a la sazón arrebatada a la corona por otras circunstancias.

–¡No puedo creerlo! Aquél fue mi bautizo en campaña. –Rememoré los amigos caídos en aquel largo asedio y en la propia satisfacción

de Ambrosio de Spinola al recoger las llaves de la ciudad, de manos de los vencidos, con su recta elegancia.

–Sólo que la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales se negó a semejante intercambio. La gran gesta no valía un Pernambuco. ¡Cuántos dineros dedicados a apurar la postrera hora de la muerte de tantos a beneficio, si lo hay, de tan pocos! Mientras, el pueblo agoniza de hambre. Con un maravedí de antaño se hacen dos hogaño... Si administráis así vuestras heredades os aseguro que a poco os quedaréis sin ellas. Que hay plagas me decís, mejor que ocurran con el bolsillo lleno a que esté vacío. Que grande es el Imperio, pero un día puede acabarse, y más si no cesamos de entrar en batallas que no valen su precio en vidas.

–Sigo pensando que, aunque digáis verdad...

–¿Dudáis acaso?

–A pesar de cuanta verdad digáis –maticé–, habría de considerarse que el Imperio es grande; y cuando grande es una casa mayores gastos convienen para su mantenimiento, aunque de tantos, algunos sean mal empleados. No puede ser rey todo un pueblo y gente como vuesa merced que de todo gesto hacen tragedia.

Detuve un instante mi discurso para tener un resuello y tratar de asentar mis palabras. Pero esto sirvió más bien para que resonara en mi mente algo que había dicho don Francisco poco antes sin que yo le prestara la debida atención. A cuenta de esas anteriores palabras dije:

–Estaba pensando que, de cuanto habéis dicho, me impresionó sobremanera el comercio de Breda que acabáis de relatarme. Si así fue, paréceme ingrato comerciar con el dolor de todos aquellos que estuvimos luchando; y más todavía con los que no volvieron de tan bella tierra y yacen sepultados en ella.

–Alonso, os duele Breda porque estuvisteis allá, pero más debía doleros si vuestro corazón estuviera en cualquier lugar, porque todos vuestros súbditos os interesan, como debía ser en todo hombre de Estado.

–También habéis dicho que es la propia España la que puede vencer a ¿España? No entiendo qué queréis decir.

En esto que inició un paseo por la sala, tal vez para hacer bajar el pichón en su tripa. Yo me acomodé de forma poco caballeresca, apoyando mis pies sobre la mesa; el vino debió ablandarme los principios de cortesía y, por lo que iba viendo, aderezar la lengua de don Francisco. Quevedo comenzó a hablar de nuevo con el tono quedo, como el de quien confía un secreto o teme ser espiado… Por no pensar que con esto pretendía hacerme estar más atento.

–Si vuesa merced quiere, en verdad, saber por qué digo esto, habrá de permitirme que le cuente una muy breve historia.

Tomó un respiro y prosiguió:

–Sabéis que fui consejero del duque de Osuna cuando fuera virrey de Nápoles. En una ocasión de las que vine de aquellas tierras traje unos regalos, pues en tiempos de Lerma estaba al uso. Bien, para que podáis comedir cómo es la corte os diré que no sólo aceptaron los regalos, pues para eso fueron traídos, sino que los objetos de plata fueron fundidos para hacer monedas y se aprovechó hasta la madera del embalaje. Más me pareció aquello obra de miseria y deshonor que de gente de alta consideración, como había de figurarse.

Don Francisco, con sus relatos, me contradecía el parecer que por entonces tenía de la grandeza del corazón del Imperio. Pero para mi satisfacción prosiguió contándome pormenores.

–Lo peor de todo, Alonso, no es la existencia de tales personajes en la corte, pues, donde abunda la grandeza, igual de grande es su atracción para lo bueno como para lo indeseable. Lo que es menester y hace valioso a un gobierno es la cabeza, el ingenio y la claridad de quien dirige. Y esto es lo que me preocupa. En buena parte os doy la razón, no es lo más importante el dinero y cierto es que las desgracias no acuden a requerimiento de quien rige nuestros destinos en lo humano, como he creído entenderos que queríais decir, sino en el poco seso y en el escaso interés de escuchar buenos consejos. La cerrazón del entendimiento es peor que no tenerlo, es no querer usarlo.

En esto, acercose y apuró su vaso. Me pareció haber visto vivir y morir a mi invitado en el poco tiempo que había transcurrido desde nuestro encuentro. No tuve el atrevimiento de pronunciar palabra alguna por si desviaba su discurso, que tanto me estaba interesando. Aun así, como calló unos instantes, temí que entrara en reserva y decidí animarlo a continuar.

–¿No consentirá vuesa merced que llegado a este punto no termine su exposición?

Don Francisco pareció revivir de repente; no podía resistir un reto, como imaginé. Acostumbrado a enfrentarse a gente más poderosa, no iba a rehusar hablar conmigo:

–Sois anfitrión impaciente, por joven, y curioso, por lo que veo. Mucho queréis conocer en exceso para cuanto os conviene y los méritos que tenéis. –Don Francisco me decía cuál era mi lugar, pero un buen soldado sabe encajar las acometidas cuando son precisas y con mayor motivo si de ello obtiene beneficio–. De cualquier modo, ¿quién os dijo que hubiera terminado? ¿Creéis, acaso, que, si arriesgo mi persona cuando escribo o digo verdad, callaría con vuesa merced con quien nada pierdo?

–Creedme que, a pesar de parecer impertinente, es tan de mi interés cuanto podáis decir que temo decidáis no proseguir; sea por mi merecimiento, sea por vuestra discreción.

Quevedo advirtió el tacto con el que me estaba expresando y debió parecerle suficiente, porque prosiguió con el asunto:

–El Conde Duque es hombre de seso, mas su soberbia le ha comido el entendimiento. Pretendió borrar la corrupción de la corte, advirtió cuán necesario sería unir a todos los reinos para el bien común y sin duda trátase de un hombre culto y estudioso, pero al fin confunde su persona con España.

–¿Y el rey?

–¿El rey? Es un real hombre sepultado. Enterrado en El Buen Retiro; el Conde Duque le hizo un presidio de oro en ese lugar. Apartado de la realidad para realzar su grandeza donde sólo le llega la España de

Olivares. Y no creáis que su majestad no es hombre que entienda, pero el aparato orquestado a su alrededor por el valido lo ha maniatado; eso sí, con lealtad. –Hizo una pausa–. Gaspar de Guzmán oprime a los que le alimentan, es decir, al pueblo y a los nobles; como si todo el orbe tuviera que enmendarse a su entendimiento. Incluso quiso desplazar a Santiago como patrón de España, elevando su devoción por santa Teresa a ser ésta la patrona... En su celo acabará por cavar su propia sepultura. Un hombre poderoso lo es más si sabe conjugar con fidelidad las armas de un buen gobierno; esto es, la firmeza con la prudencia, la pena con el favor, recibir con entregar. Pero en su fe ciega por la causa de la unión de armas, que se me antoja conveniente, no mide sus actos y peticiones, mostrándose por ello los reinos turbulentos.

–¿Se refiere vuesa merced a los acontecimientos habidos en Portugal? –le pregunté a propósito de algunos comentarios que pude oír.

–De Portugal y de lo que se avecinará en Cataluña, de no haber algo de entendimiento, es a lo que me refiero.

En esto que entraba Francesc con más vino y algunos frutos secos. Al dejar la jarra se encogió de hombros como si quisiera preguntarme algo. Adiviné que su interés debía haberse despertado al escuchar a Quevedo nombrar a Cataluña, pero no acerté a interesarme por sus cuitas y con un gesto disimulado pedí que se marchara.

–Perdone vuesa merced, pero no sé qué está ocurriendo en Cataluña –reconocí mi ignorancia a mi invitado.

–En esas tierras no se conocía un rey desde el siglo pasado. Era obligación de un monarca preocuparse de sus reinos, pero cuando al fin apareció su majestad fue para pedir dinero y las cortes se tornaron hostiles. ¿Y cómo no iban a serlo? Estaban pidiéndoles un quinto por cada año de olvido, a un pueblo que esperaba su real gratitud por donativos a él satisfechos. Hacía mucho tiempo que aguardaban a su rey, al que querían satisfacer quejas contra los funcionarios reales..., y su majestad pedía dinero... Fijaos, Alonso, «dar para recibir» es una buena máxima, ya lo adelantó nuestro Señor antes de que nacieran nuestros reyes.

–¿Y qué sucedió después? –pregunté con curiosidad.

–Dos veces, al menos, marchó el rey sin conseguir sus propósitos. Al final hubo un dinero, mucho menos de lo que quería Olivares. –Juraría que disimuló una sonrisa–. Os diré que después de declarar Francia la guerra a España tampoco quiso Cataluña aportar soldados; aseguran allá que no servirán al rey fuera de sus tierras. No digáis, mi don Alonso, que nada de esto llega a Toledo.

–Debo confesaros que algo pude escuchar en Zocodover, pero no gran cosa –argumenté a modo de disculpa.

–¿Y en esa tan concurrida plaza tan poco se conoce de cuanto sucede?

–Veréis, don Francisco, un medio de verdad, un mucho de mentira, suele ser lo que se comenta en estos lugares, y poca atención presto por ello. Pero mi interés ha recrecido escuchando a vuesa merced, que de primera mano me relata los sucesos.

–O sois hombre desconfiado o más bien poco interesado. –Sentí cómo acertaba mi desinterés–. ¡Pero en qué mundo vivís, campesino! No acierto a creer cómo un hombre tan curioso, como vuesa merced, puede no conocer sucesos de tal relevancia. ¿A qué dedicáis vuestros esfuerzos? ¿Cuáles son vuestras devociones?

Agarré esa otra jarra de vino recién traída y escancié en ambos vasos. Justo era que ante tan noble señor respondiera a cuanto me solicitara, ya que tanto habíase esforzado en dar gran número de explicaciones a todo aquello que yo preguntaba.

–Como muy bien acertasteis, soy, mejor dicho, fui soldado. No podía ser de otro modo, pues diríase que ya jugaba con una espada a la vez que mis dientes de leche crecían. Mi padre, como os dije, era secretario del corregidor en Nueva España, pero él era hombre de armas. Profesaba un enorme amor a su monarca y una lealtad sin mesura al tal corregidor. Esto hizo que soportara, animoso, su nuevo cargo en las Indias, pero, hasta donde yo tengo memoria, recuerdo que solía hacerme practicar las artes de la esgrima a la menor ocasión. Siempre hablábame de España, de la grandeza de sus ejércitos y del orgullo que debía sentirse cuando se pertenecía al

más grande Imperio que vieron los siglos... Cuando dejamos Nueva España yo contaba catorce años, pero había practicado contra las mejores espadas sin perder la compostura.

–Y decidisteis probar cuanto habíais aprendido combatiendo en los tercios –arriesgó a adivinar don Francisco.

–Quería defender la causa en la que me crie, enorgullecer a mi padre y conocer el sabor de la aventura. A este lado de la mar océana, los reinos ardían en guerras. En cuanto mi padre juzgó llegado el momento, y con la influencia que aún tenía, embarqué rumbo a Flandes a servir con Ambrosio de Spínola.

–Buen comienzo tuvisteis a fe mía. ¿Llegasteis a conocerlo en persona?

–A decir verdad, sólo de vista y poco más. Me sentía importante cuando, recién llegado y con una recomendación, me llevaron ante su presencia. Todos me miraban con respeto e intriga. Para mí fue una sorpresa su apariencia, pues no tenía la catadura de un aguerrido militar. Su presencia regalaba serenidad, su aspecto era cuidado, rectilíneo; poco puedo añadir sobre su persona. Nada más verme, leyó la nota que le entregué y me dijo: «Tendréis la oportunidad de demostrar vuestro valor; mañana mismo partimos a tomar Breda». Ya nunca estuve tan cerca de aquel hombre.

–La toma de Breda... A cuenta de ese hecho se dieron aires de importancia en la corte. Tendríais ocasión de probar la lucha.

–Fueron diez meses de sitio tan sosegados para mí que, a veces, olvidaba estar en guerra. Sólo intervine en pequeñas escaramuzas. No era fácil creer que esto pasara en tan grande hazaña. De hecho, mi padre, temeroso de mi supuesto infortunio en mi bautizo militar, quiso usar sus influencias para enviarme a otro lugar que imaginaba más sosegado. Pero pasaron cuatro años hasta que pudo conseguir que me destinaran a Milán, al servicio del infante don Fernando. Mi padre no estaba al corriente de cómo iban las cosas, no podía imaginar siquiera que al mes escaso de llegar a Italia emprendería de nuevo la marcha hacia Flandes.

–Creo recordar las noticias de aquella aventura. ¡No me diréis que

estuvisteis en Nördlingen!

–Sí, allí tuve mi verdadero bautizo de guerra. En nuestra marcha a Flandes recorrimos media Europa. Y, tal como parece que sabéis, tuvimos que pelear. En una de estas luchas del camino logramos una gran victoria sobre los suecos. Hubo momentos en los que no se veía el suelo entre tanto muerto. Si queréis que os diga la verdad, si volviera a ese lugar, no creo que supiera reconocerlo sin tanto cuerpo ensangrentado por doquier. Después de esa batalla creíamos que el mundo podría caer bajo nuestros pies. Sentíamos temor y respeto por dondequiera que pasáramos. Desde entonces reinaba el entusiasmo y comprendí mejor lo que mi padre decía acerca de la grandeza del Imperio.

–En verdad que habéis estado presente en las mejores victorias de los últimos años. Agora es cuando entiendo vuestra euforia de antes cuando hablábamos de estos temas. ¿Seguíais como soldado cuando Richelieu declaró la guerra a España?

–Vuesa merced querrá decir Francia, no Richelieu.

–Bueno...

–A fe que lo era y que casi participo en la toma de París. Veréis, el cardenal-infante, y todos en general, estábamos tan lisonjeros por los últimos triunfos, que nos pareció buena noticia tener que hacer la guerra a Francia. Avanzamos sobre ese país y a finales del año treinta y seis derrotamos al ejército francés en Corbie. Podíamos sentir el miedo de París; estaba en nuestras manos, sólo teníamos que llegar y tomarla. Pero no sé cómo ni por qué tuvimos que abandonar el empeño. Decían los entendidos que, al parecer, aunque íbamos sobrados de bravura, faltaban medios. Fuera cual fuera la causa real, nunca supimos el motivo de tamaña decisión. Aquello desanimó mi ansia. Después de tanta sangre derramada, de tanto esfuerzo, ¿cómo pudo quedar en nada tanto sacrificio?

–¿Y aquello, amigo Alonso, os hizo dejar el ejército?

–No del todo. Cierto es que la vida se me antojaba mucho más importante conservarla y, de este modo, siendo soldado, no puede ser bien llevada. Una muerte a destiempo acaba siendo inútil...

–No digáis tal cosa, Alonso. Si supierais cómo se deciden los asuntos en la corte y cómo son los servidores del Imperio, debíais estar aún más pesaroso. ¿Y cuáles fueron esas otras razones para dejar la milicia?

–La muerte de mi padre el año pasado, debía hacerme cargo de este mayorazgo y cuidar a mi madre. Partiendo de esta tesitura, si quería conocer qué acaecía en la guerra, sólo quedaba escuchar cuanto se contase.

–¿Vuestra madre? ¡Aún no he tenido ocasión para presentarle mis respetos!

–No es ya preciso, don Francisco. Murió también hace pocos meses.

Quedamos enmudecidos unos instantes, como si guardáramos luto por ella. Comprendí que con mi relato sólo dábale cuenta de mi pasado, pero no de mi presente. Yo no era ya aquel soldado. Vivía como un hidalgo con pretensiones de hacendado; mi mayorazgo habíase convertido en mi cárcel particular, de forma parecida a lo que suponía el Palacio del Buen Retiro para nuestro rey, al decir de Quevedo. Mi vida era azarosa y mis faltas muchas; dignas de cárcel algunas si fueran reveladas. Mas, aunque pesan menos los pecados si son los mismos que todos los mortales cometen, no me pareció conveniente desvelarlos a tan alto personaje como aquél. Pero mi lengua fue más rápida que mi prudencia. Tal vez fueron los vapores de aquel vino que, no sé ni cómo, acabaría confesando asuntos que aún hoy importuna pensarlos a mi conciencia:

–Como bien habéis podido comprobar, no son grandes mis conocimientos de cómo gobernar estas tierras, ni mi fortuna alcanza para comprar brazos que las trabajen, aparte de Francesc y su familia. Cuando mi padre vio ante sí el fantasma de la muerte, pidió que yo acudiera a su lecho y allí vino a decirme: «Para bien o para mal, te crie como a un soldado y a fe que has hecho cumplida cuenta de mis enseñanzas. Pero el riesgo de tu vida turba mi corazón en este postrer momento; por tanto, doy por zanjada la cuenta que con Dios y nuestro rey pudiera haber contraído respecto a ti. Es mi parecer que está cumplido tu servicio sobremanera, tanto al Uno como al otro. Te pido que cuides de tu madre y veles para que mis esfuerzos por conseguir cuantas posesiones tenemos no se

pierdan cuando yo marche, ya para siempre». Por tanto, vime en esta obligación sin casi darme cuenta. Debo deciros que sirvió de razón importante para dejar, por fin, la milicia, que sabéis me producía más sinsabores que alegrías por entonces. Pero desde aquel instante no hallo paz de verdad en mi espíritu. Antes, la obligación de luchar no daba lugar a mi seso para pensar en otras cosas durante mucho tiempo.

–Aunque vuestro corazón hablara –apostilló don Francisco.

–Sí, aunque eso ocurriera en determinados momentos. Agora tengo paz, pero siento que soy preso de mi palabra y de mi destino.

–Amigo Alonso, he conocido muchos hombres que, aunque su natural fuera el de vivos, estaban muertos a los ojos del entendimiento. Debéis alegraos por estar vivo, porque la vida del hombre es guerra consigo mismo.

–He de deciros, don Francisco, que deseo que esa guerra acabe y llegar a estar conforme con el resultado.

–¡Brindemos por la victoria! –exclamó mientras acercaba su vaso lleno de vino y mirábame con unos ojillos vidriosos–. Pero, contadme, cómo estáis moviendo los ejércitos de esa vuestra lucha con vuesa merced misma.

–Como un soldado –dije casi sin pensarlo–, confiando en el destino y en mi espada.

Quevedo se sentó, yo diría que de forma voluntaria y no por orden de su copa. Estuvo pensando cuando, de pronto, abrió los ojos de forma desmesurada y dijo:

–¿Que lucháis contra vuesa merced con la espada? Agora soy yo el que no os entiendo. ¿No os daréis estoques y provocaréis heridas esperando rendíos, presa de pánico? Por Dios, perdonad si no puedo contener la risa. –Reímos ambos de buena gana hasta que estuvimos un tanto más serenos–. Supongo que queréis decir algo que sea más comprensible, pero no os explicáis con claridad.

–La ocasión era propicia para alejar de mí el oficio de soldado,

como os decía. Pareciome que la lucha debería estar motivada no sólo en la razón y el empuje, sino también en la necesidad, pues que son vidas humanas las que se pierden. Pero cuando vime aquí, sin entender de cultivos, sin hacer cuanto sé, mi vida se tornó licenciosa. Me entregué a cortejar a cuantas damas fueran complacientes o a probar cuánto costaba que una mujer bella, pero arisca, terminara por dejarse vencer. El cometido fue venturoso y me deparó mil andanzas, divertidas las más de las veces. En muchas de ellas mi espada tuvo que hablar ante padres y maridos deshonrados. Mi suerte en todo tipo de lance hizo que mi nombre ganara prestigio, a la par que mala fama. Llegó ocasión en la que acudieron caballeros desde lugares lejanos sólo por medir su acero con el mío, siendo buena cualquier excusa para la lid: ceder el paso en un puente, cruzarse nuestra mirada al pasar, pedir mi pública declaración de sumisión a su persona; no podéis imaginar lo que se excita la mente únicamente por el honor de decir «yo puedo más».

–No me creeréis si os digo que este absurdo, aun de otros modos, me resulta familiar. Parece como si todo el mundo sufriera la misma sinrazón. Por lo que conozco ya de vuesa merced, imagino que habéis tenido respuesta para todos, ¿cómo os la ingeniabais?

–No he de negar fortuna en muchos lances, pero, temiendo pecar de vanidoso, os aseguro que me salvó mi pericia, siempre superior a la de ellos. La mayoría venían dispuestos a matar o morir y el empeño les traicionaba a menudo; yo trataba de divertirme por encima de todo, pues mi ambición nunca era tan grande. Al estar mi destreza por encima de la suya, me bastaba con producirles heridas parejas a sus defectos; así terminaba la lucha con ventaja para todos. Ellos portaban una herida que les reconocía la entrega y yo el respeto de la victoria.

–Lo contáis de un modo que muestra inteligencia. Pero habéis dicho algo que despierta mi curiosidad: decíais que producíais heridas parejas a los defectos de vuestros oponentes.

–Quiero decir lo que he dicho –respondí–. Al que más vociferaba cortábale el labio; al que decía no moverse hasta terminar conmigo, heríale una pierna para animarlo a marchar; al de más barriga, en el mismo vientre; y así obraba según la naturaleza del oponente que más avisara mi atención.

–En verdad que paréceme ingenioso –me dijo con complacencia–, y os aseguro que de haber obrado yo de la misma manera habría algún narigudo chato, romo de nariz a fuerza de rozar mi acero. ¿Qué hubierais hecho esta mañana con los bandidos de haber luchado?

–Confiaba mucho que en oír mi nombre nos dejarían. Aunque, de haber sido necesario, les hubiera herido donde llevaran su bolsa. De este modo, al ver rodar las monedas, preferirían no arriesgarse a que les quedara vacía, antes que ver que sólo la llenaba una herida de yerro y de la ganancia perdida con su misma sangre.

–Paréceme buena historia y creo entender que os refugiarais en la espada para vuestro entretenimiento. Sin embargo, parece que todo eso no os complace, por lo que me dais a entender, ¿no es así?

–Así es, don Francisco. Cada hombre ha de tener un lugar y el mío está aún por conocer. Me rodea la presencia de la muerte y creí haber jugado hasta vencerla. Pero anoche volvió a llamar a mi puerta y vi su sombra como agora veo la mía.

El sol entraba con fuerza por la ventana y su luz proyectaba la silueta negra de mi cuerpo por la sala como un fantasma largo y delgado. Mi cabeza, remate de esa oscura imagen, llegaba a los pies de Quevedo. El mismo brillo del sol me cegaba y no podía ver la cara de mi invitado, inmersa en la penumbra. Esta visión asemejaba la del reo a los pies de su juez, que, oculto en la sombra, juzga de forma anónima, en nombre de la ley, presto a pronunciar una sentencia cierta:

–Me temo que habéis matado a un hombre esta misma noche. –Su voz sonaba a la par que el corazón me daba un vuelco–. ¿Acaso es don José de Ávila víctima de vuestra destreza?

–Vuesa merced… –Mi secreto despertaba a dentelladas y se agolpaba en mi boca para ser contado–. ¿Cómo sabéis de semejante muerte? ¿Cómo que pensáis que es de mi mano?

–No soy adivino, no veréis mi cuerpo en la hoguera por brujo; es fácil que lo sepa, pues al amanecer no se hablaba de otra cosa en las calles de Toledo. Don José de Ávila, noble comerciante, apareció

muerto hoy. Su mujer fue víctima también del mismo destino. El relato que habéis contado de cómo es vuestra vida se ajusta a los hechos de forma tal como la rima al verso.

–Debéis creerme, don Francisco, le maté y no le maté… No sé cómo explicaros.

–Tal vez debáis pensar si queréis explicaros. Aunque os servirá de práctica hacerlo, por si llega el caso de ser juzgado, así tendríais ensayado un discurso exculpatorio o acaso una declaración de culpa, según consideréis. Pero antes quisiera saber: ¿era este hombre de sangre noble?

–No conozco bien su linaje, pero creo que parte de su familia tiene dicha condición.

–Entonces, al menos estáis a la par, si llegado es el momento de la justicia.

Quedé impresionado por la frialdad de su razonamiento.

–Lo sucedido con don José es novedoso para mí sobremanera. Apareció embozado cuando me disponía a cruzar el puente de Alcántara. Era más noche que día y sorprendiome la punta de su espada en mi costado. Me rogó que desmontara. Cuando me vio en condiciones, se abalanzó sobre mí, más con el corazón que con la cabeza. Como pude, fui acorralándole contra el pretil, hasta que vi su rostro con claridad y… ¡Santo cielo! Era el marido de la mujer que visité el día anterior; demasiado joven y alegre para aquel hombre, presa fácil para un rufián como yo. Don José aprovechose de mi sorpresa para hacerme retroceder hasta el lado opuesto del puente. Mientras eso hacía, me confesó haber pasado a yerro a Constanza, su mujer, y dijo que venía para lavar su nombre o morir. Apenas podía ver, porque las lágrimas enturbiaban sus ojos. Sentí faltarme las fuerzas y las ganas para luchar. Me apoyé en el muro para recuperarme y… ¡saltó sobre mi espada!, ¿sabéis, don Francisco? ¡Quitose la vida a mi costa!

–¡Asombroso, en verdad! –comentó Quevedo.

–Aún más sorprendente os parecerá lo que me dijo, ya moribundo…

Que, tras matar a su mujer, dejó con discreción a su hija adonde vive el ama de ésta y le encargó que, al día siguiente, por hoy, cuando la acompañara de nuevo a su casa, si no encontraba a nadie, la llevara a otra dirección, a este lugar que vuesa merced y yo pisamos.

–Agora sí que acabáis de sorprenderme, decís que manda llevar a su hija a la casa del amante de su mujer y de su propio verdugo..., perdonadme la expresión, Alonso.

–Así que, don Francisco, desde anoche que arrastro una lucha en mi interior tratando de saber qué hacer; había llegado a pensar en entregarme a la Justicia esta misma mañana cuando os vi. Ya que lo sabéis todo podéis delatarme.

–Dios será quien os juzgue, que no yo. Como creo en vuestra confesión, os culpo de libertino y hacedor de cuernos, que si no estoy en error no es delito. Y, si sois sincero, sólo sucedió que os defendisteis y fuisteis utilizado para acabar con una conciencia atormentada... Tantos hombres mueren a diario en desafío y con mayor intención de muerte de la que vuestra merced contempla, que no es crimen que delatar para mí, sino infortunio para don José y para vuesa merced... y, en mayor medida, para doña Constanza.

–En rigor, no me considero responsable de su muerte, pero sí de su locura..., que a la postre llevole a la muerte. Y agora, decidme, ¿qué creéis que debo hacer con la extraña herencia que me dejó? ¿Por qué había de concederme semejante suerte con su hija?

Por unos breves momentos, enmudeció mi invitado y di por hecho que tampoco sabía qué hacerse o qué pensarse con ese asunto. El silencio pesábame como no puedo describir. Giré mi cabeza a la ventana viendo tras ella a Isabel. Ha poco que era una niña y ya podía decirse que era una mujer. Sus dieciséis años, más que flor, eran fruto, y su mirada tornábase cada vez más huidiza de la mía según pasaban los años. Muchas mujeres tienen hijos a su edad y cuidan de ellos con toda su fuerza. Ana, su madre, es reservada pero astuta. Vi claro que, si una niña debía cuidarse en esta casa, las dos mujeres juntas harían una crianza perfecta. Estaba distraído en esto, cuando Quevedo rompió el silencio:

–Creo que se equivoca vuesa merced. No es locura, a mi entender, sino un mensaje malintencionado el gesto de don José de Ávila. Veamos: ¿puede intentar acusaros de su muerte enviando aquí a su hija, tras ser asesinado por la mejor espada de Toledo?

–No es razón para la Justicia.

–Pero sí para el buen entender –puntualizó Quevedo.

»Otra idea: ¿quiso de Ávila, acaso, recordaros de por vida, con tan grande peso, que por vuesa merced era huérfana esa criatura para, así, atormentaros? ¿Qué habéis de explicarle a la niña cuando sea mayor? Si ella supiera por otros de los hechos y os hallara culpable: ¿cómo debía ser vivir con alguien que os odia?

–También pudiera ocurrir que lo entendiera y acordara pensar que su padre fue presa de atroz locura –dije en mi defensa, mas sin convicción.

–Creedme, Alonso, don José podía estar iracundo, destruido, humillado..., pero me temo que no preso de locura. Me preguntabais qué debíais hacer; lo sabréis cuando corazón y razón lleguen a un acuerdo. Antes habrán de discutir aún entre uno y otro hasta llegar a un entendimiento. Sólo os diré una cosa: no hagáis lo que nadie os diga, pues, si habéis de arrepentiros algún día, os arrepentiríais dos veces.

Guardé silencio. Todo cuanto dijo mi invitado parecía juicioso. Tenía don Francisco gran capacidad para transformar desatinos en sentencias. No sé por qué, pero sentíame reconfortado por cuanto me dijo, aunque no hizo más que adelantar desgracias. Parecía imposible que un hombre pudiera llegar a concluir semejantes conjeturas; pero también era cierto que, si Quevedo fue capaz de pensar en ello, por qué no José de Ávila. Todo esto rondaba mi cabeza cuando mi invitado rompió el silencio:

–Temer la muerte es de humanos, y si es a la muerte ajena muestra nobleza. Mas si la muerte es ley y no condena, qué afligirse... ¿No creéis que vuestro pesar es excesivo?

–No me place mostrar flaqueza. No es más que a fuerza de arriesgar

mi vida y acabar la ajena, y creyendo obrar de forma justa, llegó el día de pensar cuál era esa rectitud que guiaba mis actos. Si todo cuanto significa algo para mí es vida, también será así para los demás. Un gesto de espada es obrar en el destino y quién soy yo para faltarle al respeto. Así que hace ya que decidí que mi espada debería estar dormida para la muerte hasta que se presentara ocasión grave; hasta que pareciera grande causa a mi entender. Pero esta vez no fue la Justicia aquella que forzara el destino de un hombre, sino yo; aunque no fuera por mi voluntad que despertara mi arma de su sueño.

Sonrió don Francisco, como cuando solía decir una de sus ironías, sólo que esta ocasión la adornó con un gesto amigable. Acercose, puso su mano en mi hombro y me dijo:

–No queráis mandar tanto en vuestra espada, contad que se la dejasteis a alguien necesitado, a modo de favor.

Debió verme la cara espantada al decirme aquello, porque no antojóseme respetuoso su comentario. Sería por esto por lo que añadió:

–Yo también me enfadé muchas veces porque las cosas no fueron como yo quisiera. Estad preparado para hacer planes y que no siempre se cumplan; parece ser ley principal que así sea. No toméis a mal lo que os he dicho y considerad vuestra experiencia como una broma de la vida; reíros con ella y viviréis mejor.

Admirábame Quevedo. Semejaba tener parecer para todo y una frase oportuna que decir. Podías estar o no conforme con cuanto pronunciaba, pero era tan seguro en el lenguaje como yo lo podía ser con la espada. En mi opinión, al ser escritor, debía estar acostumbrado a dar vueltas a las palabras, a las ideas, a luchar con ellas hasta vencerlas. Esta reflexión me hizo pensar que, por añadidura, como los pensamientos parecen ser palabras, por tanto, un vencedor de palabras debía ser habilidoso pensando. Consideré tan cierta esta deducción y yo tan necesitado de conseguir despejar mis pesares, que tomé una decisión al pronto y del mismo modo le dije a don Francisco:

–Quiero pediros una merced, don Francisco. Acabo de determinar

que voy a escribir una novela, un relato, lo que mi pluma dicte. –No le di tiempo a que me preguntara o excusara–. Así podría ver mis pensamientos hasta con mis ojos y juzgar más fácil qué hacer o deshacer con este asunto y con mi destino. Desearía que vuesa merced corrigiera cuanto hubiere para enmienda en lo que escriba y, si creyerais que es provechoso, recomendarme para su impresión.

No sabría describir la expresión de Quevedo al escuchar mis palabras. A fin de cuentas, volvió a dejarme en mi lugar insinuando mi nula formación, la dificultad que entraña escribir algo de valor y comentarios de semejante índole. Quería, a pesar de todo, hacer aquello que de pronto decidí, aunque sólo fuera para mi satisfacción y provecho, y seguí insistiendo. Llegó un momento en el que creí haberle convencido, por lo que pasó a decir; pero no fue en rigor por convencimiento, como se verá en páginas venideras. Sus siguientes palabras fueron decisivas para mi vida en adelante y para la existencia de este escrito.

–Está bien, amigo Alonso. Muy en contra de mi costumbre, concederé el favor que me pedís. Vuesa merced me salvó la vida, quiso el Altísimo que así fuera, y yo os correspondo con corregir lo que escribiereis. Pero os propongo un trato, que será un favor doble para ambos.

Quedó como esperando una respuesta de mi parte. No sabiendo de qué podía tratarse, aguardé en silencio una aclaración.

–Vuesa merced no goza de buenos ingresos y no encuentra gusto en ser un modesto hacendado, sino en la aventura. Por otro lado, yo no quisiera morir de aburrimiento cuando lea cuanto podáis entregarme. Os propongo lo siguiente... Tengo un amigo en Toledo que frecuenta la corte y goza de buen trato, aunque también cuenta con enemigos. Su nombre es Juan Lucas de Palavesín, caballero de honor y orgullo, pero con más todavía de lo segundo que de lo primero. Está muy necesitado de un hombre que proteja su persona, pero no aceptará que alguien cercano, como yo, adivine su flaqueza y busque quien pueda prestarle servicio. Es mi propuesta, Alonso, facilitaros un puesto junto a él a modo de camarero o algo similar, cosa que aceptará de buen grado sin sacudir su orgullo. A él llegaréis mediante una mujer, de la que os facilitaré sus señas y un mensaje que os recomiende a ella. Pero, y esto es lo más

importante, nunca debéis decir a Juan Lucas que yo os envié; mi amistad estaría en peligro si supiera que mi preocupación supera a mi confianza en su propia defensa. Mejor todavía os diré: vuesa merced nunca me conoció. Debéis mantenerme informado de cuanto le suceda y debéis hacerlo con suma discreción... Creo que mi favor es mayor, con mucho, al que me pedís. Podréis conocer más de cerca la corte, tendréis algo que contar en vuestro relato para no hastiarme y pienso os ayudará en el tema que os preocupa, vivir esta situación junto a los que no matan tanto por su mano, pero deciden el valor de la vida de muchos.

Don Francisco dio por aceptado su ofrecimiento sin esperar respuesta de mi parte. Justo es decir que despertó en mí una nueva fuerza esta proposición y daba remedio a buena parte de mis principales problemas. Tras escribir el mensaje para la dama, darme sus señas y decirme su nombre, Margarita, prendió en Quevedo la llama de la prisa por llegar a Sonseca, donde le esperaban y debían estar preocupados por su tardanza. Por este motivo rechazó una última invitación para comer por mi parte, pues estaba cercano el mediodía. Francesc respiró aliviado cuando oyó su negativa, y me pareció advertir un asomo de sonrisa en Ana por idéntico motivo. Esto confirmaba una situación infortunada en mi despensa y la ocasión tan providencial que brindábame el destino con ese empleo de camarero para poder resarcirme con nuevas ganancias.

Aun después de pasado un tiempo, antojáseme harto difícil describir qué efecto produjo en mí este encuentro con don Francisco de Quevedo. Puedo asegurar que no causó mi indiferencia. ¡Cuántas veces pude arrepentirme y cuántas felicitarme por haberle invitado!

Es necesario decir que este hecho azaroso cambió mi vida, y no sólo por lo que hiciera o dejara de hacer después de su marcha, sino también por cuanto me dijo. Al salvar la vida a tan principal señor, puedo decir que nací de nuevo para el mundo. En esta nueva vida, el pecado original con el que había nacido no fue el de Adán y Eva, sino el de mis pesares aquella misma noche por los hechos comentados.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE CÓMO ME PUSE AL SERVICIO DE DON JUAN LUCAS

DE PALAVESÍN Y CUANTO COMENZÓ A SUCEDERME

Bien podía adivinarse que no sería sosegada aquella jornada. De entre mis muchos problemas, el de mayor importancia era cualquiera; unos por graves, otros por complicados. Por un lado, un muerto de mi espada, que no de mi intención, feo asunto para discernir en tribunales; por otro lado, había una niña, huérfana súbita, que se me quería entregar a mi atención como precio de alguna misteriosa razón; por último, me esperaba un prometedor cargo, que aventuraba unas nuevas emociones que jamás conociera antes. No tuve más remedio que dejar al arbitrio del destino que todo se fuera resolviendo y ver cómo van pareciendo más hacederos los hechos cuando nos ocupan que mientras pensamos en ellos. Todo puede ser sencillo paso a paso.

Recuerdo que aquel era un día soleado y fresco en el que las nubes pasaban de largo como pájaros etéreos. Algunas de sus formas parecían ser las de unos monstruos de leyenda; mitad bestia, mitad cordero. Otras asemejaban osados disparates para la razón, como rostros humanos groseros con cuerpo de oruga, gusanos alados, mariposas con cuernos. Pensaba si mi vida no estaba siendo como aquellas imágenes, que yo las veía, pero eran irreales. Sólo tratábanse de nubes con formas imprecisas a las que fui dando el nombre de algo que viví, cuando su aspecto avivaba un recuerdo. Del mismo modo, creía que mi casa era mi celda; mi mayorazgo, un destierro; mis galanteos, torneos, y la muerte desesperada de don José, locura de cornudo; pero acaso podía ser que la realidad fuera muy otra y que únicamente yo la juzgara así. Por otro lado, el ofrecimiento de don Francisco se me antojaba un regalo de los cielos, aun cuando no podía conocer cuánto beneficio me depararía aquel negocio. Pero las nubes iban altas, como mis pensares, ligeras como mi despensa y grandes como mis ansias. Sentí que debía

intentarlo, porque, aunque la empresa pudiera resultar gravosa a su término, entonces me pareció el camino más apetecible en aquella encrucijada. Debía advertir, me decía, que mis pies estuvieran sobre la tierra.

El primer asunto que presentóseme después de marchar don Francisco fue el de la niña. Apareció un carro por el portalón de mi heredad, bien avanzada ya la tarde. El hombre que guiaba las bestias tan sólo me saludó; yo hice un tanto. Una joven rolliza, con asomos de hermosura y lustre de manzana, bajó del carro y asió a la niña, que era el retrato de su madre, mas con la mirada afligida del padre. Al contemplar sus ojillos lánguidos vi en ellos el reflejo de los de don José, justo antes de arrojarse contra mi espada en el puente de Alcántara, pero en el marco del fino rostro de la madre, la infortunada Constanza. El ama relató el recado de su señor, tal como ya conocemos. Cumpliendo las indicaciones que le diera don José, decidió dirigirse a estas mis propiedades y en el transcurso del camino le contaron por las calles de Toledo la suerte de su desafortunado señor. Mientras acudía a mi casa, decía el ama que tuvo mucho que pensar sobre la situación en la que nos había puesto el padre de la criatura a ella y a mí.

–La niña aún no sabe nada, la ignorante –pronunció la joven.

Tomé asiento en el abrevadero, bajo la sombra de los pinos, decidido a conocer qué ocurrencias había tenido aquella mujer, que despertaba en mí un incierto amago de recelo.

–¿Y qué habéis pensado sobre el asunto?

–¿Qué he pensado? Pues verá vuesa merced –respondió el ama–. Que ni vuesa merced ni esta servidora somos familia de la criatura, pero a mi entender yo soy la persona que más se le parece a una madre. Y por su bien creo yo que... ¿con quién va a estar mejor que conmigo?, pues ya nos tenemos conocimiento.

–¿Y no hay más familia que le quede? –traté de aclarar mis dudas.

Con aires de estar sobrada de razones y una malicia estúpida, torpemente exhibida, comenzó a decir:

–El difunto dejó bien sentado antes de morir que trajera a la niña a esta casa. Y una, que tiene sus tratamientos –juro que dijo esta palabra–, se ha informado bien con un abogado, licenciado en Salamanca, que a una le debía unos favores... A lo que voy, la herencia toda es de la hija y nada sé de más familia. El abogado ha rebuscado entre sus libros y dijo que no encontró nada escrito de quién ha de ser el «alabea».

–¿El alabea? –pregunté harto dudoso.

Calló unos instantes, pero continuó:

–El... alba... ¡El albacea!, ¡eso es, el albacea! El único... encargado de su fortuna podía ser vuesa merced, siendo yo testiga, mismamente, del encargo de don José, que en gloria esté. Claro que una puede tener mala cabeza y no acordarse y dejar que se pierda una fortuna, luego le dejo la niña aquí y allá se aclare vuesa merced con la Justicia. –Diome mala sensación la mirada que lanzó cuando mencionó a «la Justicia»–. Así que el licenciado acaba de dejarme claro todo este asunto: yo reconozco a vuesa merced como albacea declarado, quédome con la pobre criatura para cuidarla y partimos la herencia. El abogado recibe de cada uno un quinto en pago a sus servicios y todos contentos Una, además, puede tener su labia, como puede comprobar, y decir en favor de vuesa merced alguna mentirilla puesta en boca del señor de Ávila, que en paz descanse, para tranquilizar las murmuraciones que ya circulan por Toledo.

–Sólo es de mi interés agora una cuestión: ¿estáis segura de que no queda familia alguna a la pequeña? –pregunté mientras contenía en mi interior una tormenta provocada por sus palabras.

–Ya os dije que nada se sabe de pariente alguno. Así que piense vuesa merced en el buen negocio que nos regala la Providencia –insistió la descarada.

–¡Eres un espantajo! ¡Y una alcahueta! ¡Y una víbora emponzoñada! Puedes ir con tu licenciado a los mismos infiernos y da gracias al Altísimo de ser mujer y no hombre, pues ventilaría tu cuerpo con mil agujeros por donde pudiérase escapar tanta malicia como abrigáis.

Le mudó la color de un rostro tan porfiado en su ventura y tan seguro de su victoria. La manzana que parecía su faz se convirtió en pared enjalbegada. Sus pies machacaron el suelo cuando comenzó a correr derecha a la pequeña, que jugaba de forma distraída con unos polluelos, por los que había sentido curiosidad desde que llegara. A ésta sujetola Isabel y a esa otra apartola Ana. Al parecer fue emoción desmesurada para una sola mujer, aunque asemejara la docena por su turbación. Abriendo los brazos como para no perder el equilibrio y balanceándolos como mosca que se ahoga en vino, encaminó su carrera al carromato, al que subió con harta agilidad.

El enojo que pudo causarme aquel encuentro se trocó en risa de ver semejante escena, que ni las mejores comedias creo que puedan representar cosa igual. Pero al pronto reparé en la niña, aún asida a Isabel, y sentí como un frío en la espalda.

–¿Cómo te llamas? –pregunté a la pequeña.

–Leonora.

–¿Tienes abuelas? –Respondió «sí» con la cabeza.

–¿Y dónde viven?

–Allí.

Señalaba con el dedo un punto incierto, más cerca del cielo que de la tierra y más próximo al norte que al este. No pude evitar decir: «¡Maldita sea!», pensando en mi suerte aciaga. Acaso aquello no fuera más que un gesto descuidado y casual propio de una niña tan pequeña, pero asustábame pensar que señalara el cielo como morada de sus abuelos, después del último momento. Ana dijo entonces algo que necesitaba oír, aunque fuera evidente:

–No se apure el senyor que nosotras habremos de cuidarla com si fora nostra. Ya encontrará, en tanto, vostra mercè algún familiar que la acoja.

–Y si no es así –añadió Isabel–, si vuesa merced tiene a bien, podemos quedárnosla como una más.

Nada dije. Y mi silencio aceptaba su ofrecimiento. En estas que me

acerqué a mi caballo, que ya traía Francesc, como si leyera en mi pensamiento. Era llegado el momento de ir a Toledo y caminar rumbo a mi destino.

Entré en la ciudad de noche, mas no fue cosa del destino tanto como de mi demora en la marcha. Aún no sabía cómo encarar las murmuraciones que haber pudieran a mi paso, si es que así ocurría. En más de una ocasión ahorca al reo la lengua de las gentes que no el mismo verdugo. Las señas que tenía escritas por Quevedo encaminaban mis pasos al Mesón de la Fruta, muy próximo a él una puerta y tras ella sería una mujer la destinataria de mi mensaje. Dejé la montura en casa de un amigo, que lo tengo como tal por su discreción, y en pocas palabras que seguí mi marcha a pie.

No he de alargar más este relato de aquella noche menudeando en detalles para dar a entender lo largas que me parecieron las calles de Toledo; las escuras por lo negro, las clareadas por mi afán de ser desapercibido, las de entrambas condiciones, que eran las más, no dejaban más razón que mi ansia para motivar mi estado.

El Mesón de la Fruta no representaba esa velada función alguna, pero el teatro de la vida a él se le asomaba. En la misma puerta, la escena de los vagamundos y sus compañeros de infortunio atentos a la bolsa distraída y al trasiego de un poco de vino que calmara los relentes de la noche, que ya lo era. En un callejón, un gallardo hombre se embozó al oír mis pasos. Por su proximidad a una ventana, apenas abierta, podía imaginar los oídos de una joven, al otro lado, prestos a escuchar, embelesada, sus requiebros. A todo esto, que llegué hasta la entrada de la casa que buscaba. Dos llamadas, y un viejo criado apareció. Le hice entrega de mi billete. Hízome esperar tan en la puerta que a no más de un palmo de mi espalda ya era calle. No sé si fuese porque de tan a escuras que me hallaba, con sólo una pequeña llama de lámpara de aceite, que me deslumbró la luz de un candelabro de cinco velas que traía consigo el viejo a su regreso; aunque también podía ser, acaso, que hubiera encandilado mi mirada al pronto la visión de aquella dama que iba junto a él; Margarita, se llamaba. Era mujer mayor, cuando vieja no se dijera, pero su rostro grave y su pompa en el vestir diome impresión de ser dama solemne y de grandeza, a pesar de que no fuera tanto así su casa. Según acomodé mis ojos a aquella claridad,

dime cuenta de que tratábase de una morada modesta con pretensiones y no sé por qué, ni dudo de la honestidad de la señora, que más bien me pareció que ella y yo fuéramos compañeros de fortuna y sus raíces mejores habían de ser dádivas agradecidas por sus servicios, su seria discreción mesurada y su condición como la mía, gente hidalga de más o menos al servicio de personas de mayor rango. Nadie me contó que todo esto así fuera, pero así decidió mi entendimiento que de esta forma podía ser y cuando conocí más de ella no creo que fallara un punto.

Hízome señal para que la siguiera a un aposento más adentro, donde hubo de interrogarme acerca de la nota que le entregué y de su mensaje, el cual yo desconocía. La dama, con expresión severa, se dirigió a mí:

–¿Puede vuesa merced decirme qué significa esto?

–¿No encuéntrase todo detallado en ese informe? –correspondí con una pregunta.

Por toda respuesta alargó la mano invitándome a leer la nota por mis propios ojos:

«Buena ventura, Margarita, cuando esto leas». Mi curiosidad por el contenido de aquella misiva hallábase acompasada por el pudor sentido debido a mi lectura, pues parecíame señal notoria de no conocer a conciencia el asunto. Aquello de mostrar mi ignorancia no era de mi agrado, pero creí que no era menester andarse con remilgos.

El portador de esta misiva da en llamarse Alonso de Yáñez y doy crédito a su bravura y buena disposición. A fe de concederle un favor lo remito a vuestras manos, pues nada más veros en mi reciente visita me hablasteis de vuestra preocupación por don Juan Lucas y aquí creo encontrar el antídoto a vuestros pesares, con lo que todos quedamos con Dios y con buen provecho. Yo, por querer dar consuelo y remedio a vuestras penas; Alonso, por conseguir algunos beneficios, no sólo terrenos; vuesa merced, porque a poco que confiéis en mi criterio podréis realizar ese deseo de ayudar a un

amigo. No estimo necesario decir por qué he de favorecer a nuestro común conocido, esta industria gustaría reservármela y confío, además, seáis tan discreta como suele ser vuestro talante. Sé que, si procede de una amiga como vuesa merced, él aprobaría recibir una ayuda para la protección de su persona; bien como auxilio de armas, bien disfrazada de cualquier otro servicio que no lastimara su orgullo. Como vuestra comprensión de todo asunto es aguda, sabréis que si fuera yo quien ofreciere esta ayuda, o siquiera aconsejárale sobre ella, causaría a todas luces su desconfianza o desprecio, pues no soy su confidente; amén del enojo que pudiérale producir el hecho de conocer que sus confidencias han sido tan mal guardadas por vuesa merced. Es por todo ello que tengo dicho a Alonso que jure no conocerme si es preciso. Por último, Margarita, no quédame más que esperar que os guardéis hasta que la Providencia depare un nuevo encuentro entre nosotros.

F. de Q.

Miré a doña Margarita sin saber aún qué decir. Mientras, ella dirigía sus ojos hacia la calle a través de la ventana; no parecía mostrar inquietud en obtener de mí una palabra. Muy poco después decidió girar su rostro y mirome con tal autoridad que vime forzado a decir algo:

–Conocí a don Francisco de Quevedo esta misma mañana porque quiso la fortuna que se cruzaran nuestros pasos. Le salvé de la acometida de tres hombres animados a dejarlo despojado de sus pertenencias, más tarde regalé su paladar con una comida más frugal que cumplida y, como prueba de agradecimiento, me concedió la ventura de hallarme aquí ante vuesa merced con este mensaje. No sé qué más deciros, de las razones de don Francisco nadie mejor que él para conocerlas. De las mías, no sé si es necesario más detalle de cuanto agora sabéis.

–Don Francisco, don Francisco... –reiteró con un tonillo intencionado–, este viejo metomentodo hila fácil los embrollos sin advertir los nudos. Así que, se supone, debo llevaros ante Juan Lucas, haciendo ver que vuesa merced y yo somos harto conocidos y que mis referencias son inmejorables. Mi garantía acerca de la

conveniencia de vuestro servicio será una mentira y mi fiador un ilustre ausente… Alonso, si sois amigo de Francisco, no dejéis que vuestra amistad os condene a vivir en continuo sobresalto, pues no hallaréis otra cosa con su trato.

–Señora –díjele–, si mi presencia y empresa pudiera causaros zozobra, de sobra estáis excusada si determináis no cumplir esta petición. Con las mismas que vine habré de irme sin que la más mínima turbación haya entre don Francisco, vuesa merced y yo. Entiendo la buena intención de Quevedo y el juicio que hacéis de la situación, quedemos todos con Dios y yo

–¿Queréis, de verdad, cumplir el servicio para el que se os propone? –interrumpió mi discurso la señora.

–Sí, si ha de ser de Dios que así sea, que no del demonio.

–Habrá de ser de Dios –respondió Margarita, tras santiguarse por dos veces–, pues me causáis buena impresión por vuestro talante. Pero aún no sé cómo es que voy a ayudaros. Más lo hago por vuesa merced, sin conoceros, que por ese viejo poeta condenado. Atráeme su ingenio, pero conozco a Francisco lo suficiente como para esperar de él cualquier cosa, no siempre bien intencionada.

–Debo deciros algo más –añadí–. Me rogó fuera dándole noticias de cuanto iba sucediendo. No sé por qué extraña discreción me encomendó entregar mis cartas a través de vuesa merced.

–¡Eso es lo que yo pretendo decir de Francisco! Con él siempre hay sobresalto y ocultas intenciones. Porque ¿cuál es la razón de que os pidiera esto?, ¿para qué esa comunicación? –preguntaba, inquieta, la señora–. Nunca puede saberse qué sorpresa depara su amistad.

–La intención será la de asegurarse de que mi servicio es oportuno –intenté tranquilizar a Margarita–. Debe preocuparse por don Juan…

–Alonso –puso la señora, con suavidad, su mano sobre mi brazo para llamar mi atención, como rogando que la escuchara–, o sois un buen comediante o sois demasiado noble de sentimientos para vuestro cometido. Vais a entrar en un mundo donde nada es lo que parece; andad con cuidado si sois honesto o seguid con la comedia,

según sea vuestra catadura. De todos modos, soy yo mal ejemplo, pues no entiendo el asunto de forma clara y voy a plegarme a la petición de don Francisco. Sé de las necesidades de don Juan y también de vuestra fama con la espada Como os recomienda un amigo haré de mediadora de vuesa merced. Os daré una nota para presentaros ante él y las instrucciones precisas de cuanto habéis de decirle.

Mi segunda visita aquella noche había de ser a esa otra casa, donde estaría ese hombre tan necesitado de atenciones. Por cuanto díjome doña Margarita, vivía éste en un edificio distinguido, rodeado de unos muros que ocultaban hermosos jardines; estaba próximo a la iglesia de Santo Tomé y no debía confundirlo con otro palacio donde, al parecer, falleció la misma emperatriz Isabel, la que fuera esposa de Carlos Primero. En el Mesón de la Fruta, lugar de representaciones teatrales, esta vez estaba en escena el sopor de los vinos; obra de los mismos vagamundos de antes que habían dado buena cuenta del néctar de Baco.

Sobre mis pasos pensaba en mi empresa, a la que había dado comienzo con tanto desconocimiento. Doña Margarita, mujer sagaz donde las haya, me contó que don Juan Lucas era un hombre relevante por ser uno de los componentes del Consejo de Hacienda. No podía saber la importancia de algo que desconocía que existiera, pero la señora púsome al tanto. Este Consejo era el que procuraba los medios para que nuestro rey y el Conde Duque obtuvieran cuantos caudales fueran necesarios para levantar las empresas del Imperio; al menos yo lo entendí así. Juan Lucas de Palavesín, que ése era su nombre completo, procedía de una familia que desde antiguo había servido a la corona, bien relacionado con los banqueros y con fama de recto y prudente.

Debía ser que era peligroso eso de ser un consejero de Hacienda, porque unas personas principales habían jurado matarlo por una querella, acerca de impuestos que habíanse repartido administradores de varios municipios. Mi futuro señor habíalos descubierto y puesto en oídos de la Justicia, que parece ser perezosa y comprometida, pues éstos son hombres poderosos de los que no pagan impuestos, pero que gustan de su beneficio. En pocas palabras lo diré: traicionaban al Imperio quedándose su dinero, y su

poder era el mismo o mayor que el de un consejero real. Pero no solía ser común que estos hombres cumplieran por ellos mismos sus más atrevidas amenazas, como la de eliminar al que sería mi señor, sino que disponían de muchos otros que pudieran cumplir sus nefastas voluntades a cambio de algunos ducados y favores. Justo en este lugar quería colocarse mi brazo y mi espada. Aunque la industria parecíame vez por vez más compleja, don Juan comenzaba a gozar de mis simpatías y largo tiempo hacía que no disfrutaba de un tan interesante reto.

Avanzada la noche, casi era mal momento para andar en casa ajena, pero mi suerte no podía detenerse. Esta vez, el criado hízome aguardar en la puerta también, aunque en la parte de la calle. Cuando pareció conveniente permitióseme el paso y me acompañó hasta una sala donde colgaban varios cuadros, había algunas sillas de asientos mullidos, sus suelos eran cubiertos por alfombras y mostraba, en definitiva, todo cuanto una casa acomodada pueda requerir, aunque sin grandes ostentaciones. Al fondo, sentado, el que debía ser don Juan Lucas. Mostrando una expresión cordial en su rostro, hizo un gesto con su brazo para que me acercara, a la vez que señalaba un asiento a su lado.

–Debéis disculparme por haberos hecho esperar tanto en la calle –díjome al tiempo que ordenaba retirarse a su sirviente–. Nunca hubo una persona que pudiera decir de un Palavesín que no fuera hospitalario ni que andara con tantas precauciones en su propia casa.

–Estáis disculpado –afirmé con cortesía.

–Así que sois Alonso de Yáñez –reinició don Juan–. En los pocos días que estoy en Toledo harto he oído hablar de vuesa merced.

–No sabía gozar de tanta fama –afirmé, queriendo denotar humildad.

–No seáis modesto ni remilgado, Alonso. Doña Margarita, de la que guardo respeto y soy su fiador primero, descríbeme maravillas de vuesa merced. Vuestra espada goza de fama en esta ciudad. Servirse de ella puede ser ventajoso para cualquiera y un gran provecho para el bien y la Justicia, si el brazo que la gobierna pertenece a un

hombre de honor y principios. Margarita me dice en su nota que sois persona de confianza para cualquier servicio y no habré de ser yo quien lo ponga en duda, pero os ruego me digáis qué hay de cierto en todo cuanto dicen por las calles sobre vuestra relación con la muerte de don José de Ávila. En mi opinión, es justo que, si voy a confiar en la palabra de Margarita y en vuesa merced mismo, a pesar de cuanto se diga, sepa de primera mano quién andará a mis espaldas.

Desde primeras horas del día no había dejado de pensar en dicha muerte, pero, salvo en mi confesión a Quevedo, aún no tenía decidido a quién había de contar los hechos ni qué sería conveniente decir en dicho caso. Comprendí que era ocasión no sólo de aclarar la cuestión con don Juan, puesto que debería confiar su persona en mí, sino que era llegado el momento de ir dejando oír mi voz para despejar cuantos rumores fueran apareciendo. Le conté lo mismo que a don Francisco acerca del asunto, sin desviarme un ápice. Escuchó mi relato con atención y en silencio, incluso en el instante en el que púsele al corriente de la última voluntad que don José declaró ante mí acerca de su propia hija.

–Si he de seros sincero –comenzó a decirme don Juan Lucas con expresión solemne–, si no fuera por quien os recomienda, aplazaría vuestro servicio conmigo hasta que la Justicia decidiera. Como creo en lo que habéis contado, imagino que sería seguro que saldríais airoso en caso de ser juzgado. Pero, mientras la evidencia no diga lo contrario, os protegeré. Intercederé por vuesa merced ante el corregidor, quien deberá investigaros, pero conseguiré que nadie os haga preso mientras estéis a mi servicio. Claro está que, como pueda aparecer alguna prueba de no ser cierto cuanto me habéis contado, yo mismo os arrojaré a la celda más lóbrega que haya en prisión.

–Nadie podrá mostrar evidencia a favor o en contra de mi relato, pues nadie había donde sucedieron los hechos –declaré–. Sólo las murmuraciones de mis entrevistas con Constanza, que fueron secretas, y la aparición de su hija en mi casa.

–Aclaradme un detalle. ¿Tenéis algún beneficio de esta triste situación de don José?

–Ni uno, sólo pesares. Os puedo asegurar que, aunque estuviera en mi mano, ni un maravedí de su fortuna gastaría, ni aun para su hija. No deseo más que encontrar alguien a quien corresponda su tutela y su fortuna, si la hubiere. Bastante desventura se ha producido con los padres como para que la hija sufra más desgracia.

–Era cuanto me urgía escuchar por vuestra boca –díjome–, y hubiera sido eso mismo cuanto pudiera haberos aconsejado. Dejaré encargado que se dé con el paradero de la familia que pueda quedarle con vida, aunque no sea cercana. Así pues, podemos concluir este asunto si no tenéis más que añadir.

–No, sobre este asunto –afirmé aliviado–, pero sí desearía saber qué precisáis de mí.

–Vuestra disposición a servirme –me contestó tras pensarlo unos segundos–. Hace tiempo que requiero de alguien que alivie mi esfuerzo en ciertas pesadas cargas y en algunos compromisos, para encontrar el descanso que precisan mis años, incluso para poder dedicarme mejor a mis tareas.

–¿Para eso me necesitáis? –cuestioné con sinceridad manifiesta–. ¿Para qué, entonces, una espada como la mía?

–¿Qué os ha contado Margarita? ¡Por todos los santos! –En su pregunta, don Juan pareció contener una sonrisa, mientras fijaba en mí su mirada.

No recuerdo muy bien las razones, pero decidí ser cauto, como me advirtió doña Margarita, y procedí a responder no sin antes sopesarlo:

–Bueno… Margarita díjome que precisabais un ayudante y que ella pensó en mí porque, de sus conocidos, yo era el que mejor maneja la espada a su entender, y considera que puedo seros útil porque teme que os pueden amenazar peligros.

–¿Así os lo dijo? –preguntó don Juan, no muy convencido.

–De poco más o menos –respondí.

–Escuchad atento lo que voy a deciros, mi don Alonso. Es cierto que

mi vida está en peligro, siempre fue así. También que mis años son ya pesados. Pero un Palavesín nunca dio la espalda a un riesgo, al menos, que yo sepa, desde tiempos del Gran Felipe el Segundo. Yo necesito más un ayudante que un guardián. Es cierto que si sois diestro con la espada será mayor ventaja, pero... no debéis usarla en mi defensa a menos que yo os lo pida o veáis mi vida en serio trance. Quiero que quede bien claro, Alonso; si así es, ofrezco mi mano y estrechándola con la vuestra quedará sellado nuestro acuerdo.

Desde aquella misma noche sentí un profundo respeto por aquel hombre. Pensé en descubrir la verdad a quien tanto parecía confiar en mi palabra, pero consideré más las razones para guardar silencio que aquellas para no hacerlo. Quevedo hízome prometer mi discreción en esta parte y Margarita había redactado una carta partiendo de una mentira; eran poderosos motivos como para no desvelar la verdadera trama de aquel encuentro.

–¿Cuándo habré de comenzar? –pregunté.

–Ya mismo. Mañana partimos hacia Madrid en cuanto amanezca, así que cenaréis y haréis noche aquí. ¿Tenéis esposa o persona alguna a quien dar aviso de vuestra marcha?

–No... Bueno –recapacité–, a decir verdad, sí. Una familia cuida mis pertenencias y nada sabe de lo que va a suceder mañana.

–No os preocupéis –díjome–, agora mismo mando un criado para que se dé aviso en vuestra casa.

De esta fácil manera entré al servicio de Palavesín y fui recibido. Y, como la espera hace largo el tiempo cuando algo se desea, la fortuna regalome con la presteza en comenzar mi nuevo cargo. Cuando salimos hacia Madrid era como si hubiera encontrado a Quevedo hacía meses, hubiera dormido fuera de mi cama días y conociera a don Juan Lucas años.

Quiso el destino que, ya desde el inicio, tuviera que emplear la espada para ganar mi sueldo en el cumplimiento del primero de mis servicios; habría tiempo más adelante para otros menesteres, como hacer cuentas y leer legajos punteando las recaudaciones. Palavesín

iba en un coche y yo seguíale a caballo. Fue mi deseo hacer aquel viaje en mi montura para que además de sentir el viento en la cara pudiera ver todo en nuestro alrededor. Salimos de Toledo por la Puerta de la Bisagra y poco más de dos horas después cuatro jinetes saltaron al camino, espada en mano tres de ellos y uno con arcabuz. Debieron hacer reparto antes de caer sobre nosotros, porque este último vino derecho a mí. Al parecer, estaba empeñado en que oliera la pólvora de su arma, de tan arrimada a mi rostro como la puso. Quedé expectante para ver qué sucedía hasta que mi guardián sosegárase, pues no sabía si era su natural o si su rostro estaba tan arrugado y desafiante por la excitación. De los otros jinetes, dos encargáronse del tiro y el cochero y el que quedaba acercose al coche. De su interior salió Juan Lucas; bajó despacio, desenvainó su espada y dijo a nuestros agresores:

–Decidme, al menos, quién os manda. Quiero saber quién ha pagado mis funerales.

–Señor, nada contra vuesa merced tenemos más que cumplir con nuestro deber –dijo el más próximo a él– y sólo os diré esto...

Al pronunciar «esto», asestole con la espada un golpe fuerte, pero confiado. Don Juan Lucas pudo detenerlo con apuro mientras retrocedía ante la acometida hacia el carruaje, y apenas pudo esquivar la siguiente embestida, para ello se parapetó tras la puerta entre él y la espada del atacante. En esto que arrancó a decir:

–¡Voto a tal, Alonso! ¿Es que no pensáis socorrerme?

–Dijisteis que nada hiciera si no lo pedíais, señor.

Este comentario provocó la risa de los cuatro jinetes, pero Palavesín no daba crédito a sus oídos y de sus ojos parecía que salieran rayos y diablos. Una situación como ésta era justo lo que yo andaba buscando, un momento de aflojamiento en la tensión. Cuando alguien comenzó a hablar sobre el escaso valor para la lucha que me suponían, pero la gracia, en cambio, que tenía mi comentario, y mientras don Juan juraba matarme, levanté un brazo para desembarazarme del cañón maloliente de mi horrible compañero, al que cogí por sorpresa. Cuando vino a darse cuenta disparó, pero sólo mató aire. Con mi espada ya desenvainada, crucé su rostro, que

fue lo que más espantaba de aquel sujeto.

Tras librarme de mi vigilante arcabucero, dirigí mi montura al galope contra el atacante de Juan Lucas, pero cuando éste esperaba que le golpeara, lo que hice fue pasar de largo protegiéndome con mi caballo y al pasar junto a él pinché la grupa del suyo lo justo para que, del salto que dio el animal, derribara a su jinete. Entonces díjele a éste: «Valiente atacante el que aprovecha su ventaja de ir montado para atacar a un hombre. Agora probaréis qué se siente». De nuevo puse dirección a él y, cuando esperaba mi acometida, fue el trasero del truhan aquello que fue pinchado. En una buena temporada, si atacaba a alguien no podría hacerlo montado sobre un animal. Creí que aquello fuera suficiente para que todos huyeran, sin embargo, aún ocurrió más.

El humillado de nalgas arrojose al suelo y al tiempo dijo: «Agora veréis». Al pronto comprendí que algo se estaba fraguando y temía saber qué era. Sin hacer pausa, di aviso en voz alta a don Juan Lucas para que entrara en el coche a cubierto y dirigime cuesta arriba por donde se habían retirado los tres jinetes. Procuré cabalgar entre arbustos para no hacer blanco fácil hasta dar con el más feo de los atacantes, quien justo acababa de cargar el arcabuz y se disponía a disparar. Al verme, mostrose indeciso si apuntar al coche o a mí. La elección debió parecerle clara, porque Palavesín estaba a cubierto y yo representaba un blanco indudable, pues no nos separaban más de dieciocho o veinte pies. Entre el sudor y la sangre de esa herida que yo mismo le había provocado antes, aún no acierto a pensar cómo podía ver aquel hombre. Ante lo inevitable, decidí encabritar mi caballo cuando su dedo mostraba la tensión en el gatillo. El pobre animal recibió el disparo y quedó malherido, salvando mi vida. Presa de la desesperación, mi contendiente se dispuso a cargar de nuevo el arma por su boca, pero, antes de que pudiera acabar de completar tan entretenida tarea, caí sobre él. Casi segué su dedo índice con un gesto de mi espada y sus manos soltaron el dichoso arcabuz. Poco tardó mi oponente en incorporarse lo justo como para ponerse de rodillas y suplicar por su vida. Decidí envainar y acto seguido tomé con mis manos el arma de fuego y procedí a estrellarla contra las rocas con el firme deseo de inutilizarla o para que ardiera en las llamas del más profundo infierno.

Entregamos a los forajidos al alcalde de la siguiente población por la que pasamos. Nunca supimos quién fue la persona concreta que había pagado a aquella cuadrilla, pero de sobra imaginamos de entre qué influyentes personajes pudieron conseguir el dinero de este encargo. No quiso don Juan Lucas que forzárales a decirnos el nombre de quien había sufragado aquella emboscada asesina para que no causáramos más daño a aquellos infelices desgraciados. «Ya es suficiente», díjome.

Una vez solos, proseguimos nuestro camino. Agora no tuve otra que, a falta de una montura, ir dentro del coche. Esto facilitó que habláramos mientras tanto y me pusiera al corriente de algunos asuntos:

–Gracias a vuesa merced que puedo contarlo. Aunque llegué a pensar que os habíais amedrentado.

–A decir verdad –contestele–, no hice más que seguir vuestras consignas.

–¡Diablo de caballero! También os dije que en caso de estar mi vida en serio peligro... ¡Y casi pártenme en dos!, y, aunque sólo fuera por caridad cristiana, podíais haber respondido antes.

–Estáis en lo cierto –díjele–, bien pronto se vio el asunto complicado en exceso. Esperaba un descuido para socorreros y a fe que vuestra llamada lo procuró.

Hubo unos segundos de silencio y de los labios de don Juan comenzó a aflorar una sonrisa que mudó en risa mientras decía: «Dijisteis que nada hiciera si no lo pedíais, señor» –imitó mis palabras en la contienda del asalto, pero empleando un tono un tanto burlón–. Ja, ja, ja. ¡Nunca habíame ocurrido nada igual! Pero habéis obrado con acierto. ¡Qué ocurrencia! –Yo correspondí también con una sonrisa.

Pasado un rato y ya más serio, díjome:

–Estoy comenzando a tomaros confianza, Alonso. Habéis hecho un gran servicio y demostrado entereza. Después de la ocasión, y cuanto ésta enseña, será mejor que decidáis por mí cuándo

defenderme. Pero, ¡ojo!, no digáis a nadie que de forma principal estáis conmigo para tal menester... Aunque os pago por cuanto habéis hecho, quiero, como agradecimiento, obsequiaros con algo que sea de vuestro interés.

–Veréis –contestele–, nada me interesa en este momento más que vuestro servicio. Pero, si es por necesidad, lo que más preciso es un caballo, pues éste que ha muerto era el mejor de los dos que tenía; al otro le queda poca vida y menos ánimo.

–¡Sea! –dijo con decisión–. Además, hay una persona que débeme algunos favores y tal vez pueda conseguirme para vuesa merced una preciosa montura digna de participar en el juego de cañas. Trátase de un familiar de mi esposa al que hace meses le conseguí que le otorgaran en arriendo impuestos de la lana, y, si bien mis ojos han visto pocos ducados recaudados por tal motivo, sí puedo comprobar que se gasta muchos en caballos. Que igual que el conde de Leganés colecciona cuadros, él parece que coleccione yeguas, percherones y otras monturas de la más amplia variedad. Hablando del conde de Leganés –continuó diciendo–, había olvidado comentaros algunas cosas de Madrid y de la corte.

Éstos eran asuntos que yo no conocía para nada y, en consecuencia, resultaban muy de mi interés en ese momento en el que nos dirigíamos a dicha ciudad. Así que puse mucha atención a lo que iba a contarme don Juan:

–Andaremos mucho por palacio, aunque no siempre será preciso que vayáis conmigo. Podría ocurrir que coincidamos con el rey, si bien no es cosa fácil. Es harto complejo explicaros qué debéis hacer en estos casos, pues todos los acontecimientos que allí se producen están medidos por el protocolo. Estoy convencido de que muchos de los que por aquel lugar andamos no conocemos bien este orden al que debe someterse un súbdito. Sólo os recomiendo que actuéis del mismo modo que los demás y no os dejéis ver con facilidad. Y también debo advertiros que en la mayor parte de las ocasiones os cruzaréis con muchas personas; entre funcionarios y servicio hay más de mil seiscientas almas; andaos con tiento. Puede intentar engañaros algún criado haciéndose pasar por conde, gentilhombre o cualquier otra figura, pero no podéis hacer afrenta a quien lo intente, porque puede ser verdad que lo sea. Haced como todos, no

digáis nunca ni que sí ni que no. En lo demás, haced a voluntad, pues no creo que deban cumplirse normas para que cada cual obre según su natural le pida.

Al atardecer, cayó Madrid ante mis ojos como lo hacía el sol; despacio. La ciudad estaba acostada junto al río Manzanares, cuyos puentes invitaban a adentrarte. ¿Quién, después de recorrer leguas y leguas de campos y caminos polvorientos, al ver aquellos muros de adobe con un hervidero de casas en su interior, los picos de sus tejados de pizarra y las quebradas líneas de las casas más humildes, no tendría curiosidad, al menos, por penetrar en éstos? Si alguien conoce que entre aquellas paredes se rige el destino del mundo, ¿podría resistirse a la llamada? Muchos debieron responder que no porque Madrid era ciudad muy transitada, atrayente de tal manera que derramábase hacia el campo de tanta alma como habíase establecido allí. No era fácil distinguir si su amurallamiento cercaba toda la ciudad o sólo parte, porque habíase edificado a ambos lados. Juan Lucas comentome que en el año veinticinco fue levantada la cerca de adobe que hacía las veces de muralla, porque la anterior había sido derribada en otros tiempos para la fábrica de nuevas casas. Era más que posible que la actual aún no estuviera completa.

Como suele suceder donde vive mucha gente, las calles estaban sucias y olían mal. En más de una ocasión, sentimos al chocar con el coche el chasquido del líquido al caer, a la vez que oíase un «¡agua va!», dicho con maliciosa demora. La casa donde tuvimos acomodo era de buena planta, con todo cuanto debe haber en un hogar sin apuros, pero no era, con tanto, tan rica como fui descubriendo que eran las de la cercana calle Mayor. Estas edificaciones habían sido construidas con ladrillo, contaban con portalones de granito y en sus fachadas colgaban balcones de hierro. Su aspecto era bastante austero por fuera, mas en su interior colgaban cuadros y tapices de sus paredes y habitaban hermosos muebles finamente trabajados. La ostentación en Madrid era capítulo principal, a pesar de que con sólo salir de esos portales señoriales tropezaras con un ejército de menesterosos y tanta gente venida a menos. No era difícil encontrarse con valentones, criados y lacayos que usan el trato de «vucé» al hablarte, doncellas a la caza de marido y diversidad de hidalgos a la busca de un lugar por donde escalar a sus ambiciones.

Durante los siguientes días madrugué mucho y seguido. Era de importancia capital estar a las siete en el Alcázar cuando don Gaspar de Guzmán, el Conde Duque, valido del rey, iniciaba sus consultas. Muy pocos atrevíanse a mostrar desinterés ante un hombre tan entregado a su trabajo, y los patios de palacio iban creciendo en número de personajes que aspiraban conseguir audiencia, ofrecer un arbitrio, recibir prebendas o cualquiera otra bondad. Las esperas podían ser eternas y decían algunos que un conde pereció de frío con los rigores del invierno en estos patios. Se me antojó que no era cierto aquello del conde congelado, debía tratarse de inventos ideados para amenizar estos momentos de espera eternos, pero quisiera dejar escrito, tal como recuerdo, aquel relato que escuché:

El conde de Tiritra, pues así decían que llamábase, había recorrido largas jornadas para llegar a la corte. Decían de él que era tan sensible al frío que su vida era un continuo condenarse para que en la otra vida tuviera acogida en el infierno y no sufrir ningún rigor cercano al fresco, fuera cual fuere el tiempo o la estación del año. Para dormir había de hacerlo con mujeres entradas en carne por asegurar mejor abrigo. Si algo bebía había de ser vino o licor, que nunca agua, pues ésta cristalizábase con las heladas en los estanques y temía que un tanto así sucediera con su sangre. Para vivir no podía ser en otro lugar que en el rincón más soleado de España, a pesar de no andar cerca de la corte y no gozar así de favores. Dicen que por no sentir las bajas temperaturas hubiérase hecho musulmán y hubiera vivido en Berbería o más al sur, si es que son habitables aquellas tierras, mas no lo llevó a cabo por su gran temor a Dios, ya que podía ser pecador para merecer el infierno, pero no hereje ni converso, pues a ésos no los quiere ni el diablo.

El tal conde vino a la corte debido a que el rey había decidido encomendarle luchar en su nombre por tierras de Alsacia y Lorena. Sabía por otros, que allí habían estado, que sus inviernos son fríos y no es extraño sufrir la caída de las nieves. Quería suplicar a su regio señor que pidiese de él su brazo y espada en peores condiciones, con menos hombres en sus tropas, en lugares más peligrosos, pero

que fuera en tierras de moros, en el Brasil o en los mismos infiernos, que gustoso iría por su rey a entregar su vida si era necesario, mas nunca en esas tierras tan enemigas del calor. Al parecer, esperaba en estos mismos patios para tener audiencia, igual que tantos otros como hay en estos días, y la mañana era fría como pocas antes hubieran sido. Su cuerpo era puro temblor y sus dientes parecían las castañuelas de una gitana celebrando una boda, de tan fuerte como oíanse. Sus compañeros de espera apiadáronse de su sufrimiento y le propinaban de cuando en cuando ora pescozones, ora golpes en el hombro para hacerle entrar en calor, a lo que él decía: «Dios os lo pague». Los autores de tales favores solían mostrarse corteses y replicarle: «Gracias a vuesa merced, que calienta mi mano». Pero el infortunado conde seguía sin ser llamado a audiencia y notábase ya los pies que no podía moverlos. De esta guisa hallábase que iba diciendo muy apurado: «¡Dios mío! ¿Cómo habré de ir ante el rey si mis pies ya no responden?». Los mismos que antes le hacían entrar en calor con sus golpes le respondían: «No os apuréis, conde, nosotros cargaremos con vuesa merced para llevaros ante él y de este modo conseguiremos también adelantar nuestra audiencia».

Pasada media mañana, notaba el conde que tampoco sus manos podían moverse y aumentó su preocupación mientras decía: «¡Esto va a peor! ¿Cómo me descubriré ante el rey si mis manos no pueden asir mi sombrero?». Aquellos que brindáronse antes a cargar con él, siendo sus pies, trataron de tranquilizarle: «No temáis, antes de que lleguéis a su presencia os habremos quitado vuestro sombrero y lo ataremos a vuestra mano».

A pesar de todo remedio, su esperanza tornábase más huidiza porque comenzó a notar que su cuerpo estaba cada vez más rígido, de puro hielo como habían de ser ya sus humores. Siendo notorio esto para el conde, su pesar iba creciendo: «¿Cómo puedo presentarme ante el rey? ¡Ya es imposible, a fe mía! ¡Ni siquiera podré inclinarme ante su majestad! ¡Ay, mísero de mí!». Los mismos compañeros que ofreciéronse a ser sus manos con el sombrero le dijeron: «No os aflijáis, conde, os entraremos arrastrando por el suelo y mucho le conmoveréis con vuestra humildad y sumisión. Ante vuestro infortunio será incapaz de negaros la gracia que solicitéis».

Por fin apareció ante el conde de Tiritra un criado del rey con orden de guiar sus pasos hasta su real audiencia; a lo que el conde, rígido, expresole: «Decidle a vuestro señor, a quien el cielo ilumine y guíe, que su persona goza de grandes poderes y su sabiduría será notoria, pero dudo mucho que pueda ser capaz de entablar conversación, ni aun escuchar, al que ya es muerto, como yo soy, justo en este momento». Con estas palabras cayó al suelo y estalló en mil pedazos de desigual tamaño y color, igual que sucede cuando revienta un cristal. Los allí congregados que ofreciéronse para ser sus pies, sus manos e incluso para arrastrarlo ante el rey, recogieron sus fragmentos con tal de llevarlos ante éste y no causarle molestia por haberse alterado el orden establecido de audiencias.

Por allí andaban caballeros de diversa catadura, y los negocios que les traían por aquellos patios eran de la más variada naturaleza. El tema de conversación que más abundaba era el de la guerra con Francia, que concentrábase en Cataluña. También producíanse discusiones disimuladas a favor y en contra de la Unión de Armas de todos los reinos; ley que parecía querer introducir el Conde Duque desde hacía tiempo. Aquel día reuníanse los del Consejo de Hacienda, y ese asunto atraía muchas habladurías entre los presentes. Decíase que ya era menester que Cataluña y Portugal prestáranse a contribuir en las cargas que tanto tiempo soportaba Castilla junto con Andalucía. Al parecer, cuando se congregaba este Consejo, todos temían cuanto fuera a ocurrir, ya que era de común dominio el mal estado de las cuentas y la falta de ducados provocada por tantas guerras como se llevan en tantos años. Formábase un revuelo alrededor de los consejeros, según aparecían por el patio al acabar sus reuniones. Entre tanta gente vi a Juan Lucas acompañado de un personaje al que todo el mundo quería dirigírsele. Cuando estuve cercano a ellos pude oír parte de su conversación:

–No es éste el momento para esas cosas, Antonio –le decía Juan Lucas a su acompañante–, aún está verde para tan alta prueba.

–Sabéis que es preciso que se cumpla la voluntad del Conde Duque –puntualizaba aquel hombre–. Yo responderé si algo indeseado sucediera; ya sabéis que gozo de la confianza de don Gaspar y

estará complacido de nuestra diligencia.

Cuando hubieron llegado hasta mí callaron unos segundos y observábanme con presta atención y detenimiento.

–Éste es Alonso de Yáñez… –presentome al final don Juan Lucas–. Y éste, don Antonio Contreras, hombre importante del Consejo.

Con gesto resuelto, avanzó hasta mí hasta poder echar su brazo por mi hombro a la par que avisaba al de Palavesín que eran sobrados más comentarios. Mientras caminábamos hacia el exterior fue diciéndome:

–Juan Lucas cree que no estáis preparado para una difícil prueba como pueda ser cenar en la misma mesa en la que estarán el Conde Duque y, tal vez, su católica majestad.

Recorriome al pronto un escalofrío por la espalda, similar al de momentos antes de las más difíciles y temidas batallas. Una vez pasada tamaña sensación, la curiosidad me roía las entrañas.

–Pero don Gaspar, el Conde Duque, cree preciso –prosiguió don Antonio– que no dejemos escapar más el tiempo antes de ajustar algunas cuentas de principal importancia, que van a hacerse esta misma noche después de la cena. Y vuestra ayuda puede aligerar nuestra tarea. Además –añadió mesurando el tono–, el valido entenderá que tomamos con presteza su interés cuando nos vea llegar aportando un ayudante.

–Y no perderá ocasión –comentó don Juan Lucas– para catar a Alonso. No apartará su vista y su oído de la novedad. Ya sabéis que Olivares no quiere perder detalle de cuanto ocurra en palacio o en la corte por pequeño que sea el suceso. Nuestro asistente no está preparado para tan alto examen con tan poco conocimiento de la corte y sus asuntos.

–Todo el mundo sabe cenar –afirmó Antonio.

–Así que vuesa merced cree que podré superar tan difícil prueba, ¿y por qué creéis tal cosa?

–Porque, salvo para comer, sólo tenéis que cerrar la boca y

responder, si es que fuerais preguntado, por la cifra o la anotación que se os solicite. Si el rey o don Gaspar os honran con su atención y algo os dicen, cosa inimaginable, habréis de ser breve y contestar aquello que quieran oír y opinar aquello que ellos parezcan opinar. No olvidéis la reverencia antes, por supuesto. ¡Y ya está cuanto haréis! ¡Ya sé que estáis preparado!

–Me decís que ante tan grandes y principales señores guarde silencio de aquello que dicte mi entendimiento, si yo advirtiera que fuera contrario a cuanto ellos pudieran opinar o creer… ¿Por qué debería hacerlo?

Juan Lucas dirigió su mirada al infinito mientras mecía la cabeza con gesto de negación. Don Antonio volvió a coger mi hombro, de tal modo, que hacíame empezar estar harto de parecer mesonera complaciente en brazos de soldado.

–Pues veréis, vais a hacer eso porque es lo que hacemos todos, porque ser el último en aparecer os deja esa condición y porque quiero congraciarme con don Gaspar. Y, como hagáis algo distinto a cuanto os he encomendado, yo mismo os mataré antes de que me manden a prisión o me reprendan por ser autor de esta iniciativa de llevaros.

Quise responder, pero el aspecto de la cara de Juan Lucas aconsejome silencio de tan desesperado como parecía. Además, Contreras era hombre principal del Consejo a quien Palavesín parecía no querer contrariar en modo alguno. Pensé que ya habría momento para responder a Antonio como merecía. Me incomodaba que alguien decidiera por mí qué había de pensar o decir, y menos con esos aires altaneros.

Cuando, por fin, llegó el momento de dirigirse adonde sería la cena, el Alcázar hízoseme interminable. De noche parecía aún más lóbrego que con la poca luz que entraba de día y los pasillos sucedíanse como laberinto inescrutable. Igual que en aquella leyenda del Minotauro hizo Teseo, pensé en rodear mi cintura con un firme cordel y dejar su rastro sobre mis pasos para poder reconocer el camino de vuelta; mas no era necesario, pues hallábame acompañado de un séquito de desconocidos en quienes confié para la salida. Fuéronme presentados, según coincidíamos

con ellos, los miembros del Consejo. Sólo pude retener en mi memoria los nombres del conde de Montalvo, que pareciome hombre principal, y el de Octavio Centurión, por su singular apellido. Hoy recuerdo a todos, pero aquella noche mi cabeza estaba pendiente del instante en el que apareciera el Conde Duque o el mismísimo rey. Únicamente un hombre podía estar más perturbado que yo en aquellas circunstancias y cuya mirada rastreaba el suelo a nuestro paso; y ése era don Juan Lucas de Palavesín.

Llegados a la mesa, fuimos tomando asiento. Pude contar catorce comensales y los extremos de la mesa vacíos presagiaban que éramos todos, si no contábamos a los dos invitados más ilustres que podían acudir o no. Hasta que apareció el Conde Duque la figura más notable era la de don José González, del Consejo de Castilla, hombre elegante y de mirada inteligente, muy respetado. Sentáronse juntos dos hombres serios, aburridos diría, con un porte ausente; llegué a creer que tratábanse de artistas tales como pintores. Rodeaban la sala, inmóviles como estatuas, sirvientes que no servían. Cuando se oyó el chirriar de una de las puertas, hízose el silencio; una lluvia de miradas cayó sobre aquel rincón por el que apareció una figura rechoncha, de enormes bigotes. Era don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor; el valido del rey. Podía decirse que gobernaba el mundo de tanto poder como detentaba; y su figura imponía, a pesar de un algo de grotesco que había en su aspecto. Intenté contener una inoportuna sonrisa al volverse y ver, colgados de su cinto, unos pliegos al modo de aquel que sujeta las liebres cuando está de cacería. Antonio Contreras, dentro de su natural carácter, dirigiose al Conde Duque:

–Excelencia, ¿qué son estos informes que cuelgan de vuestro cinto?

Volviose don Gaspar, disimulando su sorpresa, y deshaciendo el apaño dijo:

–Ya sabéis cómo nos preocupa todo este asunto que vamos a tratar esta noche tanto a su católica majestad como a mí, y no he podido evitar llevarlos para leerlos mientras recorría estos inacabables pasillos. De todos modos, Antonio... y demás caballeros..., llegado es el momento de la cena y no es ocasión de andarse con otra

industria que no sea la de dar buena cuenta de los alimentos que nos habrán aderezado.

–¿Y su majestad? –preguntó José González–. ¿Habrá de honrarnos con su presencia?

–Puedo asegurarles a todos –respondió el Conde Duque– que asuntos importantes retienen a su majestad, pero en cualquier instante podría estar presente, aunque no fuera a nuestra vista.

Aquella frase dejome confuso. Más tarde resolví el enigma cuando tuve noticia de cuán infestado está el Alcázar de pasadizos y observadores secretos desde donde el rey puede ver sin ser visto y así poder estar informado de cuanto pueda interesarle, evitando los rigores del protocolo, fuera de los límites que imponga su presencia. Pude comprobar que aquellos comensales más relajados en sus usos, al oír estas palabras, tornaron sus modos a mejores; como el niño que es avisado de apremio de sanción. Para ser sincero confesaré que, cuando yo mismo escuché tal eventualidad, advertí las paredes como ojos. No sé si por éste o por otro motivo, se resecó mi boca y no reparé en hacer uso de las jarras de vino servidas; una vez vi que los demás caballeros dieron comienzo al ágape.

Rompió el silencio inicial la voz de don Gaspar:

–Su majestad díjome que al no estar él presente no tuviéramos cuidado en respetar el protocolo y, por tanto, si fuera menester, mantener cuantos comentarios quisiéramos hacer.

Al pronto sentí su mirada sobre mí, por lo que volví a preocuparme por cómo había de comportarme ante esta situación. Pero, girándose a un lado y a otro, vi que el Conde Duque comentaba algo con don Antonio Contreras y el conde de Montalvo, que estaban sentados a su lado. Tras esto su mirada volvió a dirigirse a mí, mas esta vez dijo:

–Veo que un nuevo caballero nos acompaña.

–Trátase de Alonso de Yáñez y Zúñiga, excelencia –apresurose a responder don Juan Lucas, como temiendo que fuera yo quien pudiera hacerlo–. Es mi ayudante y don Antonio creyó oportuno

que nos acompañase esta noche.

–Así es, excelencia –añadió Antonio Contreras–, puede servir de mucho contar con alguien más que nos asista y dar mayor apremio a cuanto decidamos; sabida la preocupación que os depara el tema a tratar.

Después de realizar un gesto leve de aprobación, pasó a ordenar a los comensales que nos ocupáramos de no dejar resto de los capones de leche asados, los torreznos y las criadillas. «Pues del sacrificio de estas criaturas para el goce de nuestras bocas ha de sobrevenirnos la fuerza a nuestros cuerpos y la razón a nuestra inteligencia», dijo su excelencia. Nadie pareció defraudar los deseos del Conde Duque; si su felicidad era deudora de nuestra voracidad, habría de agradecerme grande gozo por cómo fui tragando cuanta comida y bebida estaba a mi alcance. Pero era seguro que su satisfacción nada tenía que ver con mi apetito; en cambio yo, más bien, debía haber comenzado a merecer la desaprobación de los comensales a mi alrededor según iban descubriendo la ausencia de capones en aquella parte de la mesa, la brevedad del vino dentro de las jarras y la abundancia de tiernos huesos en mi plato.

No recuerdo si hubo conversación alguna al principio, tal vez así fuera, pero, si existió, debió ser pobre. Sería por este motivo que don Gaspar solicitó que la hubiera. Porque, como había dicho su excelencia poco antes y siendo tan celoso de lo correcto con el protocolo como era, pensaría que si el silencio había de presidir en la mesa cuando su majestad estuviera presente, consideraría como una alta e intolerable irreverencia que igual sucediera en su ausencia cuando éramos sólo gente de un rango tan menor.

–¿No tienen nada que decir los artistas acerca del arte en estos reinos? ¿Acaso están las musas aburridas o han sido seducidas por artistas de otros pagos, menos merecedores dellas? –preguntó Olivares.

–Mucho hay que decir –comentó uno de los dos aburridos personajes que yo creía pintores–, pero como su excelencia es tan notorio en conocimiento y su alta curiosidad le hace ser tan bien informado, no creo que nada novedoso pueda causar su sorpresa.

–Antonio –espetole–, habéis de saber que no mido el arte como los asuntos de Estado, preocupándome por la novedad y conservando cuanto se tiene. El arte créase a cada segundo y sólo pensar en él anima el espíritu. Si creéis ser un artista interésame vuestra opinión, pues ella misma será arte. ¡Espero que tengáis opinión...! Si no sois artista ni tenéis que ver con el asunto que trataremos esta noche tras la cena, bien podéis ir a vuestra casa o adonde queráis, que sobrados estamos de ayudantes y burócratas.

Antonio Hurtado de Mendoza, que así llamábase el aludido, y que era secretario, dramaturgo y hacedor de cuantos menesteres pudiera realizar su pluma en bien de los reales intereses, palideció. Pero aún fue capaz de decir:

–Si su excelencia lo manda, presto cumpliré con su deseo cenando en otro lugar que bien me acoja. Si quiere mi opinión sobre el arte, podré también expresarla y que juzgue quien tenga entendimiento si cuanto hago es arte, burocracia o servicio a mi señor.

–¡Válgame el cielo! ¡Cuánta solemnidad, Antonio! –díjole el otro Antonio, Contreras–. Decid cuanto tengáis que decir sin más retórica.

–No es retórica sin contenido, al servicio del adorno de la palabra –respondió un susceptible Hurtado–, en todo caso la retórica precisa para expresar con elocuencia una necesidad

–¡Basta ya! –interrumpió el Conde Duque–. ¡Va a dolerme la cabeza si continuáis golpeándomela con la retórica! Antonio –se dirigió, entonces, a Hurtado–, como artista que os juzgo, esperaba de vuesa merced un juicio oportuno que iniciara una conversación sobre el asunto artístico. Si queréis, decid lo que os parezca y, por mi parte, podéis hacer también aquello que vuestro arbitrio juzgue más oportuno; marchar o quedar.

–Del arte, en mi opinión –nadie esperaba que se fuera Hurtado de la sala y esto vino a decir–, no hay más pureza que en las letras. Pues que dellas, sin más instrumento que las ideas, créase un mundo dentro de cada hombre que las lee. Las otras artes sírvense ofrecer un modelo a los sentidos. La pintura señala el objeto; la escultura es más cercana a la realidad, pues hasta puede tocarse; la música no

tiene cuerpo, pero marca al oído un dictado concreto. Pero ¿qué dan las letras a los sentidos...? Letras, signos que nada tienen de parecido con la realidad, que no puedes asirlas. Sin embargo, es la palabra el material con el que se construye la obra que es la sensación, el tacto, la imagen, el sentimiento, el son; lo es todo. El que escribe señala un camino en el alma, pero aquel que lee es quien vive con ello su aventura.

–Así que despreciáis las otras artes –apuntó José González.

–No las desprecio –matizó Hurtado–. Incluso júzgolas más difíciles en su ejecución, llegado el caso, pero, si el arte crea al alma, parécenme las letras una creación más cercana a la pureza de las ideas, después la música y más tarde las demás.

–Yo digo como vuesa merced –apuntó su compañero, el otro que creí pintor–. Si antes de presenciar una comedia en vuestro asiento la hubierais leído, pensaríais que otra cosa interprétase ajena a vuestra lectura, porque hasta los rostros y las voces de los comediantes estarán ya creados en vuestra imaginación. Si el actor sabe su cometido os hará ser testigos de su obra, pero ésta no será tan vuestra como cuando la leísteis.

–¿Creéis, Pedro, que no debemos ver representación alguna? –preguntó el Conde Duque.

–Jamás diría eso. Aun representada por comediantes, quedan las ideas que el autor escribe. Mas quiero plantear que son experiencias distintas leer y que os representen... Decía esto para ofrecer mi conformidad al discurso dicho por Antonio, ya que al leer es cuando más novedad nace en el que goza de ese arte, pues nácele dentro... En oposición, quiero decir que yo no soy tan extremo en mis creencias como él argumenta, ni sería capaz de anteponer un arte a otro como Antonio hace.

Apenas podía seguir aquellos comentarios, pero pareciéronme harto interesantes, por lo novedosos para mis oídos y por cuanto hiciéronme pensar si había de escribir este relato. Estaba en estos pensamientos, acariciando mi copa de vino, distraído en algún reflejo que la luz procuraba sobre su oscura y lisa superficie, cuando escuché la voz de Olivares casi tan nítida como el palpitar del

corazón de don Juan Lucas, sentado a mi lado:

–¿Qué opina nuestro nuevo ayudante? –me preguntó el Conde Duque.

Creo que no fui el único sorprendido por dirigirse a mí su excelencia. Tan fue así, que al principio no sabía si la pregunta estaba dirigida a don Juan Lucas para que este hablara por mí o si tratábase de un error de mis sentidos. Al final parecía evidente que era yo el preguntado y comencé a decir:

–Poco conozco de letras ni de retóricas...

Fui diciendo esto mientras dábame cuenta de que no se esperaba que yo opinara nada. Creo que hacíaseme catadura, cuando no utilizáraseme para divertimiento. Pero no hacía resignación mi orgullo a ser bufón sólo por ser el humilde ayudante de un consejero; recordé al pronto algo dicho por Quevedo en mi casa, cosa de la que tomé buena nota. Y pensando en esto proseguí:

–Pero es mi opinión que la palabra es poderosa y, como todo poder, su buen o mal uso depara sus consecuencias. Rellenar de letras un papel y recrearse en su estética requiere conocimiento de la palabra, mas hacer uso della para concretar la idea sin adornos vanos es ademán de inteligencia. Rozará el arte sublime mostrar una idea y enlazarla con otra que parezca distante, haciéndonos ver que no hay barreras en el mundo de nuestro entendimiento. Descubrir una de estas relaciones y mover los sentidos es llegar a la esencia de cuanto expresase.

Advertí que los comensales mirábanme extrañados, acaso porque no les di oportunidad de creerme amedrentado. Y no mostrar temor era mi única intención en aquel momento.

–Entonces sabéis qué queréis del arte si es escrito –dijo Hurtado–, que dígase en pocas palabras para tener poco que leer.

Todos rieron la chanza.

Pareciome que, de cualquier modo, estaban dispuestos a gozar con un rato de diversión a mi costa, dijera cuanto dijera. Aún me resistí

a darlo todo por perdido y añadí algo más para apuntalar mejor mi anterior comentario:

–Sólo pretendo decir que la palabra debe estar al servicio de la idea y no de la sola escritura. Que, en mi opinión, conjugar las palabras enriquece la idea mientras la aclara o señala un nuevo camino, no cuando la sepulta con graciosas redundancias.

–En verdad que, si lo pensáis, tiene sentido esto que dice Alonso –apuntó Contreras–, muchos opinan igual, aunque explícanse con otras palabras.

–Algo parecido decía Quevedo –comentó otro de los consejeros de Hacienda, el conde de Pezuela.

–El poeta de la gran boca en su pluma –apostilló Hurtado–, que es lo único derecho en su cuerpo.

Aquello produjo el regocijo de todos, que rieron de buena gana. Quedé asombrado de la certeza de don Francisco cuando díjome que era presa del escarnio. En verdad que no era su situación en la corte de lo más favorable. Pude oír otras cosas que pareciéronme de interés:

–Que me parta un rayo agora en este mismo momento si Francisco de Quevedo no está elaborando en su Torre de Juan Abad, mientras aquí estamos, un informe digno del mismísimo diablo –apuntó José González.

–Es harto lamentable que hablen vuesas mercedes así de Quevedo cuando no está presente –sentenció Olivares–. Su ágil ingenio parece haberse vuelto en su contra y él mismo acabará doliéndose del mal con el que impregna sus palabras. El que tenga algo que decir de él, hágalo en su presencia o ante la justicia. Si sospechase de sus acciones, estúdiense y traigan motivos para sentenciarlo, pero no aireen dires y diretes huecos que a nada conducen.

–¿Qué más motivos? –seguía Hurtado–. Ya el padre Bartolomé de la Fuente, acerca de Discurso de todos los diablos, dijo que pareciole escrito malsonante y escandaloso. ¿Y fray Juan Ponce de León? Era su opinión que incurría en herejía.

Don Gaspar escuchó atento, mas nada dijo. El compañero de mesa de Hurtado sujetábale a éste del brazo, avisando silencio. Además él mismo buscó alrededor un lugar, una persona, una excusa donde, diría yo, distraer la atención y así poder cambiar de tema. Y válgame el cielo que no tuvo otra mejor idea que volver a mí.

–Alonso, ya que tan formada opinión tenéis de la obra escrita... ¿Qué opináis del teatro? ¿Habéis estado presente ante alguna representación?

–Sí, alguna vez –respondí con desgana.

–¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué habéis presenciado? –insistió el tal Pedro.

–Una obra... creo que de Calderón. –Quise ver si daba fin a aquel interrogatorio sin entrar en detalles.

No supe cómo, en aquel momento noté un ligero revuelo que tornose cada vez más notorio, incluso risas declaradas hubo en algún caso cuando volvió a preguntarme: «¡De Calderón! ¡Vaya...! ¿Y qué os pareció?». Mi paciencia llegaba al límite, el vino no aconsejome bien y aquellas caras, que me parecían burlonas, terminaron por encenderme por dentro. Don Juan Lucas me rompió el pie a patadas y simulaba una carraspera infinita.

–Ya que preguntáis –respondí–, os diré que tiene su obra sentencia, si es toda como la que presencié. Los personajes, de tan reales, pareciéronme no actuar, sino vivir; y no lejos de mi casa. Pero que todo dígase en rima me parece jocoso y del todo alejado del uso común de las personas en la realidad. Así que eso pienso y allá cada uno con sus pareceres.

Sentí la mirada de todos como si hubiera dicho herejía; el tal Pedro parecía que pudiera convertirse en el verdugo que prendiera el fuego de la hoguera donde pudiéranme ajusticiar.

–Así que nuestro docto compañero –dijo éste– nota a faltar realidad. Sóbrale la poesía.

–La gente no habla en verso ni de noche ni de día –respondí, procurando rimar con su última palabra.

–¡Oh! Alonso hizo un pareado; muy ilustrado –Pedro imitome.

–Y si queréis otra rima os la daré, para dejaros asombrado –insistí.

–Por mí podéis descansar –concluyó Pedro.

–¿Cómo podré? Sólo os quiero ver gozar.

–¡Basta ya! Os lo ruego –solicitome Juan Lucas.

–Disculpadme, don Juan, pero callar no puedo.

–Dejadlo hablar –decía Pedro–, antes callará.

Alonso: Agradezco su deferencia, seguiré y me lo agradecerá.

Hurtado: ¡Válgame el cielo! ¡Está loco!

Alonso: ¿Loco? Busque vuesa merced otro adjetivo, que éste me sabe a poco.

Pedro: ¿Qué queréis, pues, mi enojo? ¡Pues a fe que lo estáis logrando!

Alonso: ¿Os sobra la rima, Pedro? ¿O acaso estoy soñando?

Pedro: Así que queréis rima, pues la vais a tener.

Alonso: ¡Cuidado con lo que hacéis, no vayamos a palidecer!

Pedro: Los necios que nada saben

confórmanse con creer saber,

y no ven tan que es menester

tener lo que no les cabe.

Alonso: Algunos créense sabios

por leerse mil poesías

y yo me pregunto: Dios,

¿habrá mayor tontería?

Como es fácil imaginar, todos estaban interesados en esta lucha sin espada de metal, pero con arma de frase, si no de verso. Recuerdo que ni consideré la presencia del Conde Duque, pero, por cuanto dijéronme, no sólo prestó atención, sino que impidió que intentaran silenciarnos. Viviose como un combate, con su misma pasión, pero sin el sabor de la sangre. Para mí empezó todo como disgusto, pero fue tornando en reto el asunto, y créanme que por fin disfrutaba aquella noche.

Pedro: Necedad por necedad

habrá que pensar, también,

leer poemas no es necesidad

si lo dice un tal Alonso; amén.

Alonso: Ya que tanto demostráis,

conocer de necedades,

explícame que olvidéis

conocer las realidades.

¿O es que tan necio podéis ser

que estas rimas, que estáis oyendo,

a vuestro entender llegáis a creer,

que todo el mundo al hablar está diciendo?

Los pastores a sus ovejas,

los taberneros al vino,
los viejos a las viejas,
y el leñador al pino.
El infortunado a su suerte,
el atormentado a su dolor,
a su fuerza, el fuerte,
y el valiente a su valor.
Pedro: ¡Calle ya la lengua desmedida
y concédame gracia el destino,
de hacer con mi espada herida;
justo precio a tanto desatino!
Sois un bufón del verso
que, en tocándolo, mancilláis;
y en tanto deshonor estáis inmerso
que, de tan hundido, ni notáis,
que rima y verso son joyas puras
a las que cuidado débese prodigar,
dígase en alto o en escritura,
y no como lo hacéis,
que es maltratar.
Alonso: Debo maltratar la rima,
del verso hacer tormento,

causar ardores de esgrima;

si así es, lo lamento.

Pero todo esto me hace pensar,

después de cuanto estoy oyendo,

vuesa merced también osó maltratar

rima y verso, yo entiendo;

pues húbose de prodigar

en esta riña queriendo

a mí, poder imitar.

¿Cuántos somos ofendiendo?

En estos últimos versos comenzó un aplauso solitario proveniente del extremo de la mesa, donde hallábase el Conde Duque. «¡Muy bien!, ¡muy bien! Es un regalo exquisito para esta mesa; mejor que estos hojaldres y confites de los postres. Y nada tan inaudito que una polémica en verso entre el notable Pedro Calderón de la Barca y un espadachín, ayudante de contadurías, aprendiz de escribiente y deslenguado montaraz con asomos de sabiduría... Bien por el valor y el ingenio, pero les pido comedimiento. No quiero ver brillar las armas, que estos salones son reales y no merecen la sangre, ni pláceme ver apagarse a ninguno de estos hombres que tan buen rato me han deparado».

Cuando, con esta declaración, quedó revelada la identidad del tal Pedro, comprendí las risas de los comensales, las patadas de Juan Lucas bajo la mesa y el ardor de mi contrincante. Advertí, sin más remedio, mi gran error en causarme enemigo tan encontrado por cuanto dije, pensando más en provocar que en el contenido exacto de mi discurso. Las palabras del valido, por otro lado, alentaban mi ánimo, puesto que demostraron que supe librarme de comentarios malintencionados y que no debí quedar mal parado. «¿Estaré

próximo al ideal del hombre que abraza las armas y las letras?», me preguntaba. Por contra, también me planteaba si no sería acreedor del modo como me definió Calderón en sus rimas. No atendiendo a mis cuitas, podía concluir que fue un momento glorioso disputar con un grande de las letras, pues anduvo reñida la pendencia. También podía determinar que, en adelante, de no andar con sigilo no cesaría de tener dificultades. Esto último era la máxima preocupación de Juan Lucas; yo lo sabía. Y temí que esa misma noche decidiera que mi suerte y la suya no siguieran unidas jamás en adelante.

Poco después de la cena, reuniose el Consejo de Hacienda con Olivares. José González quedó próximo a la sala como esperando noticias, y este servidor nunca realizó tantos ni tan largos cálculos. No pude prestar cuanta atención hubiera querido a un asunto tan notable como parece que fuera el tratado con aquellos estudios y deliberaciones, pero pude oír, una y otra vez, cómo el Conde Duque insistía en la necesidad de concentrar la guerra contra Francia en Cataluña. Repasamos cuantos ingresos en el tesoro devenían los últimos meses y lamentábase mucho de la tardanza del oro de Indias. La esperanza era la Armada que partió de La Coruña presta a limpiar los mares de holandeses y corsarios que tanto dificultaban la llegada de las flotas de ultramar. Don Gaspar consideraba que era necesario un triunfo importante en Cataluña para atraer el esfuerzo de los franceses a este frente y poder así solicitar de los catalanes contribución para su misma defensa. Esto había de conseguirse reuniendo allí las tropas y tomando la iniciativa, pero es costoso en demasía atacar contra el desembolso de defender. «Bien vale la Unión de Armas tan gravoso intento», debía pensar Olivares entre una y otra de mis cuentas, solicitadas bien por éste o por aquél; que miedo dábame verlos abrir la boca por si era para hacerme una petición más entre tantas que me dirigieron. «¡Mil veces la espada», pensé entre suma y resta, o estrellándome contra memoriales amontonados a mi alrededor por aquellos consejeros. Tras muchas horas, acaso pasadas las once, resolviose reunir a las Juntas de Medios en los próximos días. Debía tratarse de algo de gran relevancia, pues formábanlas caballeros de más de un Consejo y eran convocadas en ocasiones excepcionales.

Fiel a mi promesa, decidí aquella misma noche escribir una nota

para Quevedo y enviársela a través de doña Margarita, la dama de Toledo, como acordamos. Le tranquilicé sobre la seguridad de don Juan Lucas y la buena acogida que éste prodigome, merced a que fui presentado por la recomendación que hizo a mi favor esa mujer, a la que nunca podré estar tan agradecido como merece por ello. Advertile acerca de andar con cuidado en la corte con sus escritos, pues aquí no todos lo aprecian. Únicamente hasta este punto decidí contar de entre tanto comentario como de él hízose, pues no quise o no supe cómo decir toda la verdad. De la reunión del Consejo anoté algunos apuntes de mi dedicación, para que comprobara el buen aprovechamiento que de mí se hacía. No osé contar más detalles de mi estancia, como el incidente con Calderón, por si pesárale, en tanto, haberme recomendado. Sobre este asunto, Palavesín sólo me dijo al volver a nuestros aposentos: «Ya hablaremos»; al escuchar que no dijo más que estas palabras respiré, porque tampoco estaba en mi ánimo hablar dello.

Durante unos días creyó prudente Juan Lucas que no apareciera mi persona por el Alcázar. Prefirió asegurarse de si la riña en verso había sido inconveniente sobremanera, o acaso temía que deparara una influencia perniciosa sobre sus intereses y no quiso arriesgarse, en tan corto plazo, a llevarme consigo. Portábase como un padre conmigo, sufría no sólo por él sino también por mí, y, aunque reprochó mi comportamiento, diome votos de confianza y comprensión. Mientras tanto decidí salir a diario a pasear por la ciudad, y para eso dejé que mis pies eligieran camino a su dictado para poder conocer Madrid con sus miserias y sus grandezas. No parecía ser la villa más que una continuación de palacio y no hablábase de otra cosa que no fuera aquello que se decía que ocurría en la corte. Algunas habladurías acercábanse a la realidad, pero no era difícil escuchar también invenciones similares a las de una novela imaginaria. Pongo por caso el de la disputa en verso de la cena de la noche anterior, que ya comentábase en tabernas y mentideros diversos concluyendo la historia, las más de las veces, con la muerte de uno de los dos contendientes. En otras ocasiones se decía que hice presa con mi espada en el corazón de Calderón. Mas la noticia contada en mayor número de lugares daba con mi cuerpo bajo tierra en el Pardo para servir de alimento a los gusanos. La versión que mereció mi mayor deleite era aquella en la que se relataba que fuimos obligados a recitar ante su majestad nuestras

ocurrencias, de tal guisa, que determinárase como vencedor al último que cayera al suelo de puro cansancio. Atribuyéronme la victoria después de dos días de dura contienda poética, tras la cual, aquellos que defendían la historia en la que yo había muerto iniciaban enfrentamiento de acusaciones de falsedad. Alguna vez la disputa acababa en golpes, para mi regocijo como espectador, pues nadie sabía quién era yo, ya que cuidé con celo de no darme jamás a conocer.

Una mañana entró Palavesín a mi aposento con el semblante sonriente, acercose a la ventana, la abrió y entró por ella el frío aliento del día recién comenzado.

–¿Aún estáis durmiendo, Alonso?

–¿Precisáis algo de mí, don Juan? –me precipité a incorporarme, temiendo haber olvidado algo importante.

–No en este momento. Sólo vengo a traeros buenas nuevas –díjome complaciente–. El Conde Duque ha preguntado por vuesa merced, haciendo gala de simpatía; también José González ha mostrado interés, creyendo que os escondíais. Por supuesto, no he permitido ni por un asomo que pensaran de vuesa merced que erais presa de cobardía y díjele que estabais resolviéndome unos asuntos mientras yo ocupábame de mis obligaciones.

–Os estoy agradecido.

–He de reconocer –prosiguió– que temía mucho que fuera inconveniente vuestra presencia en la cena del dichoso incidente con Calderón. Incluso llegué a pensar que fue un gran error por mi parte mezclar a alguien como vuesa merced con estas industrias que nos traemos... Y aún no estoy seguro de su conveniencia, pero ¡voto a tal! que habéis caído en gracia y eso siempre deviene en ganancia.

–No lo diréis por don Pedro –le espeté.

–El gran Pedro Calderón... –sonrió mientras pronunció este nombre–, no temáis por él. Es hombre de pronto bravo pero muy juicioso. Puede que hoy sonría al recordar el suceso.

Hubo un momento de silencio en el que no desaparecía el gesto complaciente en la faz de don Juan Lucas, que estaba cada vez más atento a la ventana. Comencé a ponerme mis vestiduras, pues, a pesar de la confianza que dábame Palavesín, pensé era más conveniente estar vestido como era menester en su presencia. Yo estaba aún poniéndome el jubón cuando don Juan añadió:

–Todavía tengo más nuevas que ofreceros. Y, para saber de qué hablo, sólo tenéis que asomaros a la ventana para poder ver algo que ya es vuestro.

–No sé a qué os referís –dije contemplando las calles ya transitadas.

–Un Palavesín siempre cumple aquello que promete Ahí tenéis vuestro caballo.

–¡Santo Dios! –No pude exclamar otra cosa.

–Es justicia que te devuelva aquello que perdiste por mi causa.

Puso su mano en mi hombro y salió de mi aposento con la misma expresión con la que había entrado. Mientras, yo contemplaba por aquella ventana la bella imagen del obsequio de don Juan. Tenía un hermoso color blanco y sus crines eran largas y onduladas, al igual que la cola. Parecía una bestia digna de un rey. Como díjome Juan Lucas, realmente era una bestia que por su belleza pudiera ser admitida, incluso, en el juego de cañas.

Dícese del regocijo que siempre tiene remate, que no la desazón. Debe ser cierto o asemejarse mucho a la verdad, y más en estos pagos de la corte, donde un incidente menor deviene en desventura; así pues, si el asunto fuera de gran calado, cuánta desdicha no traerá.

Acostumbraba Palavesín a no precisar de mi protección desde que llegamos a Madrid, hasta que una noche creyó estar siendo seguido por dos hombres. Había ocurrido que, en aquellos días y presa del furor, el mismo Conde Duque había mostrado empeño en desvelar cuánto de verdad podía haber en las sospechas de su consejero de Hacienda, acerca de los impuestos apropiados por unos ambiciosos administradores. Olivares, ante la falta de oro, hubiera degollado él

mismo al culpable por tan sólo un ducado arrebatado al tesoro; amén de la gran aversión que causábale la traición. En tanto que así, andaría apurando los ánimos de los enemigos de don Juan Lucas, ávidos éstos de muerte en él.

–Has de protegerme, Alonso –díjome aquella mañana–, y si algo hubiera de sucederme harás un tanto con mi familia. Sospecho que mi muerte sea la única solución que pueda interesar a mis enemigos. Si muero dirán que fui yo quien distrajo el dinero que extraviaron, haciendo aparecer buena parte de él por alguna de mis propiedades; no será la primera vez que algo así sucede. Si no pueden hacerlo conmigo ni con mi familia, harán esto entre ellos, que el demonio no sabe de confianzas ni lealtades, pero sí de ganar almas para su causa.

–¿Vuelvo, entonces, de nuevo al Alcázar cuando vuesa merced deba acudir? –quise saber.

–Ya sabéis que no hay que temer porque regreséis allí, pero ruego seáis comedido, y más en adelante.

–¿Por qué decís eso?

–Porque durante un tiempo viviremos en palacio –dijo–. Allí dispondremos de alimento y lugar donde dormir; por tanto, se acrecientan las ocasiones de cometer inconveniencias para alguien como vuesa merced. Aunque por el momento habéis caído en gracia, no os confiéis. Sólo os pido discreción.

Un coche esperaba fuera para cargar los pocos enseres que nos parecieron necesarios. Haría en falta esos días anteriores de holganza sin un rumbo fijo por las calles de Madrid. Las damas que la poblaban tenían un encanto peculiar que me arrebataba. Parecían ver sin mirar, conocían de ti aunque desdén mostraban, y cuando cesaba en mi galanteo, creído en no obtener su atención, una mirada, un meneo, un pañuelo al suelo bastaba para ganar el interés de este confuso galán. No era difícil confundir a una distraída con una dama, si cualquiera de ellas era pretendida por un notable. Vi tullidos que corrían, niños que parecían viejos, embozados de actitud desafiante, solicitantes de mercedes que parecían estatuas de tanto esperar ocasión en la puerta de alguna

casa importante... Desde el pescante del coche sucedíanse delante de mis ojos estas escenas ante la mirada disimulada de las damas. Pero no era a mí a quien miraban, sino al dinero que, en su imaginación, tendría el pasajero del interior.

Aquella mañana notábase algo poco común en el Real Alcázar. Aunque en las covachuelas los escribanos afanábanse con sus tareas como siempre y en los patios abundaban cortesanos y otros individuos, como también era usual, esta vez sucedió algo poco acostumbrado. Y eso fue que cuando apareció el Conde Duque con paso firme y semblante forzosamente sosegado, aquel día mostrábase obsequioso de sonrisas a todo parabién o saludo. Los bruscos movimientos de su cabeza y sus muecas esforzadas, inevitables al parecer y habituales en él como advertí en días anteriores, ese día parecían multiplicarse. Algo andaba mal, pensé, a pesar de que todo el mundo parecía sentirse reconfortado por este talante, creyendo adivinar en don Gaspar un estado lisonjero.

Mientras don Juan Lucas estaba en sus asuntos, yo me ocupaba en hacer entrar nuestras pertenencias en los aposentos a nosotros destinados. Si bien el palacio era oscuro y descuidado en parte, los lugares que íbamos a ocupar parecían lóbregas mazmorras; aún más mi pieza que la de don Juan, como era natural. No creí que muchos cautivos gozaran de menos comodidades de las que yo podía tener en esa celda. Estaba disponiendo los útiles en su alojamiento cuando oí voces por el pasillo. De suerte que la puerta estaba entreabierta y no tuve más que acercar el oído a la abertura de ésta y escuchar la conversación. En un primer momento oíase lejana y sin claridad, pero, según se acercaban las voces, éstas ganaban nitidez. Quiso el diablo acrecentar mi curiosidad y aproveché el beneficio a la vista que me brindó la hendidura entre marco y puerta por donde las bisagras para ver quiénes eran los autores de esas palabras. Resultaron ser don Francisco de Alarcón, a la sazón presidente del Consejo de Hacienda, el marqués de Monasterio y don Juan Lucas. Parecían excitados, pero sus vocablos salían ahogados. Debían pretender disimular su plática, mas la zozobra les daba rienda.

–¡Qué van a decirme vuesas mercedes! –exclamaba con voz queda Alarcón–. Que los daños se recrecen y por más esfuerzo que

podamos hacer más grande aparece la pérdida.

–Son los avatares que conllevan estas empresas –apostilló Palavesín–. El Estado es como un negocio donde siempre debe ponerse esmero en mejorar su condición. Pero los ducados y dedicación empleados bien pueden devenir en ganancia o en ruina.

–¡Y qué ruina, Juan, toda una flota! –añadió el marqués.

–Bueno, a decir verdad –moderó don Francisco–, no es conocido todavía el alcance de la pérdida.

–Debe ser total. Cuando el Conde Duque dice que pierde uno, ha perdido siete; si siete dice, son más de diez; mientras que si gana uno ha ganado mil.

–¡Callad, por Dios! –Como de costumbre, don Juan Lucas llamaba a la prudencia–. ¡No daría nada por vuesa merced si os escuchan!

–¿Sabéis qué digo? ¡Que me escuchen! –Levantó un hilo más la voz el marqués, con más propósito que valor–. Ese almirante Tromp ha debido deshacer la pomposa flota de Oquendo y reducirla a tableros en Las Dunas, o comoquiera que llámese ese maldito lugar. ¿Sabéis qué significa para mí?... Verme de rodillas delante de esos banqueros conversos, genoveses y demás calaña, acaso para conseguir unas limosnas en juros o para suplicar no reclamen las deudas que tenga contraídas su majestad con ellos.

–Tengamos calma, caballeros –dijo Palavesín–. En toda la historia han acaecido hechos semejantes, como ocurrió con la Gran Armada, y los reinos se han repuesto. Esta flota que salió de La Coruña volverá diezmada, puede ser, pero no acabará el mundo por tamaña desgracia. Siempre tendremos una misión, ocurran estos sucesos o no.

–Hagamos caso a Juan –añadió don Francisco– y serenemos el cuerpo, así como el alma.

Cuando parecía finalizar la conversación, me fui a lo más profundo del aposento de Palavesín para disimular como si no hubiera oído aquello. Al entrar, Juan Lucas dio conmigo asomado a la ventana,

mostrándome distraído.

–Veo que estáis aquí –díjome al verme.

–Muchas mercedes, don Juan.

–Norabuena que no he de buscaros, Alonso, pues quería deciros algo. Acomodaos que yo haré un tanto.

Di con mis posaderas en un duro banco que sobresalía de la pared. Entrambos nos separaban no más de dos pasos, si acaso. Antojábase, por lo cercano y solemne del momento, lugar de confesión, sin conocerse quién era el confesor y quién el confesado.

–Esta noche he meditado mucho y con largueza –comenzó a decirme– acerca de mis recelos. Sabes de mi cuidado en la conveniencia de tus acciones, mis consejos en cómo has de regirte y toda mi oratoria lastimera. Creo llegado el punto en el que deje de preocuparme por estas cosas. No debo considerarme vuestro tutor y sólo vuesa merced habrá de ser el autor de sus obras. Por tanto, es llegada la hora en la que no habré de insistir en qué debéis hacer antes que nada suceda. Al fin y a la postre salís airoso y cada uno gobierna a su modo sus actos. Y digo esto porque apesadumbrome sobremanera saber que vendrías aquí, a palacio, y por tanto tiempo como parece ser que estaremos, ya os dije.

–Así es –afirmé.

–Pues he mudado de parecer y ahora decido confiar en vuestro buen criterio y mejor estrella.

–Habláis como si fuerais a morir –indiqué por tanta ceremonia como denoté en el tono.

–Es que hay algo más... El Conde Duque ha preguntado de nuevo por mi ayudante y me ha dado indicaciones concretas para que os presentéis ante él, a las tres, en la biblioteca. Quiero que sepáis que si os requiere no reparéis en vuestra obligación conmigo; mi vida, una vez en palacio, no creo que esté tan llena de peligro.

El nuevo planteamiento de don Juan Lucas, pensé, era provechoso también para mí y creí que no debía andarme con pensares ni

temores. Olivares era figura capital y su presencia imponía respeto, cuando menos, pero estuve resuelto a mostrarme tal como yo era para mi perjuicio o mi gloria. Aunque, de todos modos, no podía evitar preguntarme una y otra vez con qué motivo sería que me emplazaba aquel hombre.

Tan a punto llegué a mi cita que, por no mostrar interés desmedido, aún tuve tiempo de asomarme a las ventanas que daban a los pasillos. Llegado al lugar convenido, un criado hízome esperar, que toda mi vida parecía estar decidiéndose ante una puerta a la espera de un sirviente. Tras unos momentos, franqueé al fin el umbral que daba paso a la biblioteca y mis ojos se encontraron con la mayor cantidad de volúmenes y tomos juntos que imaginarme pudiera. Aunque bien es verdad que en esta mi existencia no he sabido mucho de libros, yo diría que no sería en modo alguno sencillo, ni costaría poco dinero, tener aquella variedad y calidad de textos. Olivares y el hombre que le acompañaba parecían pequeños a la vista ante tal enormidad de estanterías llenas de obras escritas. Más de una vida sería preciso para leerlas todas, pensé. Ya con el semblante más sereno que por la mañana, el Conde Duque dirigiose al otro hombre:

–Francisco, éste es Alonso de Yáñez y Zúñiga, de quien os hablé.

–Valiente hazaña, a fe mía –dijo el tal Francisco–, hacer disputa en verso con Calderón.

–Y no salió mal parado, créame vuesa merced –añadió el valido.

–No fue por salir bien parado que lo hiciera. Más que presunción, fue acto de obstinación –les dije.

–Bien podía toda obstinación hacerse en verso –pronunció aquel hombre–, que nadie murió de rimas, pero sí de otros modos.

–Éste que ves, Alonso, es Francisco de Rioja. Si bien ambos compartimos el gusto por el arte y la lectura, yo sobresalgo en apreciar también el valor de un hombre. Tengo entendido que no sólo habéis sido soldado, sino que aún gozáis de dominio con la espada, más allá de lo usual en la milicia.

–Eso dicen, excelencia.

–También dícese que vuestra espada no ha mucho dio muerte a un marido, herido en su orgullo y en su honra.

–Veo que mucho os han contado –respondí casi sin pensar–. Os habrán dicho también...

–¡Qué más da! ¿Ibais a decirme que le disteis muerte en contra de vuestra voluntad? ¿Que arrojose a través de vuestra espada?

–¡En verdad que bien informado estáis!

–Es mi deber y el de muchos de mis ayudantes –díjome con complacencia, pero en esto que cambió el hilo del discurso como ignorando los preámbulos–. Palavesín ha mostrado confianza absoluta en vuesa merced y cree en vuestra inocencia, es decir, en vuestra absurda historia. No sabemos qué creerá la justicia...

–Ésta no conoce de las almas de los hombres –añadió Rioja–, pero sí de sus acciones.

–Eso es, amigo –apostilló Olivares–. Por suerte, la inteligencia puede hacer que el entendimiento elimine barreras y enmiende deficiencias. Yo, Alonso, en ocasiones consigo que la justicia mire el corazón de los hombres. Francisco está escribiendo una memoria sobre este asunto que sepultará de una vez a...

–De Ávila, excelencia –añadió Rioja.

–Ese tal de Ávila y su sufrida esposa.

–Es demasiado honor para mí, excelencia –dije haciendo reverencia, pero esperando oír su precio.

–Pretendo ayudar a las causas que creo justas... Reconozco estar influido por la buena impresión que diome vuestra actitud ante Calderón, a quien admira su majestad tanto como yo mismo. Pero necesito saber que no sólo me aconseja mi intuición, sino también vuestros actos, por eso voy a ordenaros algo...

Alargó su brazo para asir el escrito de Rioja y, haciendo ademán de

leerlo, musitó en tono quedo:

–Yo, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde de tal y tal y tal..., declaro creer en la inocencia de Alonso de Yáñez y tal y tal y tal..., cuya versión de los hechos acaecidos son aquí declarados, bajo firma del mismo acusado, siendo... Por tanto hago saber mi reconocimiento... y creyendo que la muerte de don José de Ávila, honesto hombre de esa ciudad, fue infligida por su propia voluntad, como se describe, fruto del natural talante de hombre de honor ofendido en lo más íntimo por el débil carácter con que suelen actuar muchas mujeres... declara la veracidad de los hechos descritos por don Alonso de Yáñez... abajo firmante, y yo mismo como consejero real dese tribunal...

Después de terminar su lectura levantó la vista del papel para dirigirse a mí:

–No suelo ocuparme de asuntos tan triviales como el honor de un hidalgo de cualquier ciudad. Pero ya os he dicho que tengo buena impresión y mejores informes de vuesa merced. A pesar de eso, necesito pediros que ganéis del todo mi confianza. Para ello sabéis que tengo disposición y os acabo de dar buena prueba por adelantado con mi intervención en vuestro delicado asunto del difunto de Toledo.

Devolvió a Rioja la nota sin mirarle a los ojos siquiera. Como si pensara en algo, comenzó a aderezarse los bigotes y añadió a lo dicho:

–En ocasiones necesito intervenir en cuestiones delicadas para cuyo desempeño preciso de hombres templados, ya sea como mensajeros o como veedores. Por esto me resulta harto conveniente que para tales menesteres no sean elegidas personas conocidas, porque en sus misiones serán más eficaces y podrán mejor burlar a molestos curiosos. Quiero que sepáis que haré uso de vuesa merced y debéis estar preparado al punto.

Creó abundante confusión en mí este discurso, no sólo por lo dicho, sino por lo que habíase silenciado, pero conjeturábase. Después de regalarme un halago y congraciarse conmigo con su ofrecimiento para hacerme favor con el asunto de don José de Ávila, como nada

es regalado, marca un precio con una demanda. Don Gaspar sabía cómo manejar a las personas y cómo usar de su poder. Podía haberme ordenado hacer esto o aquello sin mayor adorno, pero realizó un gesto elegante de ayuda, que bien mirado era un aviso de conocer mis debilidades. ¿Qué podía decir?:

–Estoy a disposición de su excelencia.

–Como toda España –añadió don Francisco de Rioja.

–Pero no como yo quisiera, Francisco, no como yo quisiera –respondió Olivares con una sonrisa en sus labios–. Podéis marcharos, Alonso. Id con Dios y con mi confianza.

De vuelta a mis aposentos pensaba en cómo pasaba el tiempo y cuánta enjundia traían los minutos y las horas, si hacía comparación con mis días de mayorazgo y aventuras nocturnas. Cómo podía imaginar siquiera hace unas semanas que yo llegara a compartir mesa con hombres tan principales, morara en el mismo Alcázar o tan siquiera que un hombre tan poderoso como el Conde Duque quisiera dirigirse a mí; ningún suceso anterior parecía ya cobrar tanta relevancia en comparación con aquello que estaba viviendo aquellos días. Sentí la obligación de dar cuenta a Juan Lucas, cuando menos, de seguir estando aún a su servicio. Cuando viome entrar se alegró sin disimulo:

–¡Alonso! ¿Volvéis a mí?

–Aquí me tenéis de nuevo, aunque resérvase Olivares el momento de hacerle provecho.

–Esta noche saldremos del Alcázar a celebrarlo, si nuestras obligaciones nos lo permiten.

–Don Juan Lucas, quisiera preguntaros algo –díjele al pronto.

–Pregunta cuanto quieras.

–Trátase del asunto de don José de Ávila. ¿Vuesa merced ha dicho algo del tema a alguien?

–Claro que sí, dirigime al corregidor… ¡Ah! ¡Creo saber por qué

preguntáis! El Conde Duque estaba al tanto. ¿Era eso? –adivinó Juan Lucas–. Ya sabéis que su majestad tiene ojos y oídos en todo el Palacio, pero Olivares los tiene por todo el Imperio; no hay hombre más ávido de informes que su excelencia –afirmó, y después añadió–: Debo deciros que preguntó mi opinión, pero él ya estaba al tanto. ¿Qué ha ocurrido, Alonso?

–En resumidas cuentas –dije–, que puedo despreocuparme del asunto de don José de Ávila a cambio de ser sus ojos y oídos o cualquier otra función que él solicite, cuando así lo haga.

–¡Norabuena! Es grande noticia contar con su confianza y respaldo.

«Pero ¿a cambio de qué?, ¿hasta cuándo? y ¿qué sucederá cuando ya no le interesen mis servicios, si eso sucediera?», pensé para mis adentros.

–Supongo que sí, al menos mientras dure esa confianza –me atreví a añadir.

–Confiad en vuestra estrella, que un ángel parece guiaros.

Interrumpió nuestra conversación una llamada apresurada en la puerta, potente, impaciente. Cuando Palavesín abrió exclamó: «¡Don Francisco!». Era Alarcón, el presidente del Consejo de Hacienda, que entró como si le empujaran y su mirada pareció delatar que no contaba con mi presencia.

–¿Va a reunirse ya el Consejo? –preguntó Juan Lucas.

–No, mañana, como acordamos… Pero he hablado con todos, uno por uno, porque es de suma importancia que estudiéis al punto si puede disponerse de una partida secreta. Y digo si puede disponerse, no que vaya a hacerse. Habrían de revisarse acreedores, cantidades disponibles si adelantáranse impuestos, cualquier recurso que pueda llevarse a cabo según cada cual conozca.

–¿De qué cantidad estamos hablando?

–De la suficiente para pagar un ejército; toda la que pudiérase conseguir.

–¡Ya están todos los ejércitos tenidos en cuenta, Francisco!

–Éste es distinto.

–¿Otro? ¿Cuál?

La mirada de Alarcón declaraba sin lugar a duda que mi presencia no convenía para responder a aquella cuestión.

–Debo marcharme –dije.

–Alonso –hablome Juan Lucas antes de que yo saliera–, mañana mando un correo a Toledo; podéis aprovechar si queréis enviar algo a vuestra casa o adonde queráis.

–Os lo agradezco, tal vez escriba a Margarita.

Al salir, la curiosidad arrastró mi oído a la puerta aprovechando la soledad de los pasillos. Pude oír la voz de Alarcón decir: «Un ejército de franceses deseosos de derrocar a Richelieu». Pensé que era mejor no sucumbir más a la tentación y alejarme de allí sin más dilación.

Una vez más andaba pugnando entre mis escrúpulos y mi palabra. Pensé que Quevedo quedaría servido si le daba nuevas noticias, pero mi decisión era dejar transcurrir un tiempo hasta una siguiente comunicación. Ésta iba a ser la segunda vez que le escribiera en cerca de dos meses, mi carta sería más o menos detallada, pero, hasta que no supiera nada nuevo de él o un acontecimiento precipitara una nueva situación, no volvería a haber otra. Cada misiva enviada, según acordé hacerlo, sentíala como una traición al bueno de Juan Lucas. En esta ocasión, impulsábame escribir para dejar constancia de que, si en adelante no estaba tan cerca de éste, como debía suponerse, sería por los altos designios del valido de su majestad. De cualquier modo, no temía por la vida de Palavesín, puesto que el Conde Duque en persona parecía encargarse del asunto. Por tanto, pedí que descuidara por la protección que yo debía procurar a don Juan, pues sólo los asuntos de la Hacienda podían hacerle perder el sueño. Escribiendo esto último acudió a mis pensamientos aquello que pude escuchar a través de la puerta sobre sufragar un ejército francés; no entendía aquel dilema. Dejé la

carta preparada para entregarla al día siguiente.

Aquella misma noche salimos del Alcázar Juan Lucas, Francisco de Alarcón, el marqués de Monasterio, el conde de Montalvo y yo con la excusa de celebrar mi ascendiente con el Conde Duque. Pero sería mayor verdad decir que, en realidad, nos hicimos a la noche porque adivinábanse días de apuro y nunca podía saberse cuándo habría ocasión para hacerlo de nuevo. Entramos en un lugar bullicioso, un bodegón (o casa de estado, como gustan decir en Madrid) donde olíase a fritos y otros aderezos que despertaban el apetito. Del fondo destacaban las redondeces ordenadas de tres hileras de toneles, unos sobre otros, y entre las mesas desfilaban dos mesoneras de generoso escote. Destacó la figura de Antonio Contreras abriendo los brazos, haciéndonos señas, desde una mesa a la que nos dirigíamos.

–¡Bien hallados, caballeros! –nos dijo al acercarnos–. Por un momento pensé que tendría que beberme y comerme mi soledad en esta mesa. A sangre he tenido que defenderla de hombres más puntuales en dar goce a la tripa.

Al acomodarnos pude darme cuenta de que yacía un hombre en un banco con la boca abierta, donde le rebosaba el vino que manaba de uno de los toneles. Un coro afónico contaba la resistencia de semejante gesta: «Cinco, seis, siete…». El único que no contaba era otro contendiente, que más parecía muerto que vivo, tumbado entre los pies del coro haciendo las veces de alfombra. Que sobre el gusto en morir no conócese autoridad demuéstranlo estas exhibiciones, presas fáciles para la muerte que llévase almas al descuido sin esfuerzo y por el mismo pie (o dígase, boca) de la ingenua víctima. Es un misterio que el vino convierta a los hombres en niños con alma de viejos, que nos quite el rigor del pulso, la claridad de la mente y se le adore como un bien preciado. ¿Cuántos desdichados no habrán sido condenados por haber causado menos males? Antonio llamó a una de las mozas que servían las mesas:

–¿Cómo llámase vuesa merced, hermosa doncella, si es que lo sois?

–Si lo que quiere es beber, me llamo Florinda; si quiere chanza, Olvido –contestó la joven.

Bien a gusto que reímos todos la ocurrencia oportuna de la moza ante la frase maliciosa de Contreras. Éste le pidió que antes de servir la mesa se dispusiera a limpiarla de restos anteriores, aunque recogida parecía estar y pasada ya de paños húmedos. Según que se inclinó al cumplir esta petición, unos y otros empezaron a descubrirle nuevos lugares que refregar, cada cual más alejado, que obligábanla a forzar más su posición sobre la mesa. Todos miraban su escote abierto como una flor mostrando el temblor fresco de su pecho y nadie osaba descubrirse con una sonrisa para no romper la ocasión.

–Moza –díjole el conde de Montalvo–, sois hermosa y agraciada. El hombre que pueda gozaros será dos veces satisfecho.

Ya incorporada, nos repasó con su vista como general que revisa a las tropas. Dio un tirón a las cintas que cerraban su escote y marchó decidida de nuestro lado.

–Conde –rompió a decir el de Monasterio–, vuesa merced sí que no será satisfecho ni un medio, a fe mía.

–Os equivocáis –respondiole–, esta tarde hice una visita a cierta dama y harto he fornicado, que bien cumplida la he dejado después de tanta espera, pues este encuentro había sido demasiadas veces aplazado a mi pesar.

–Días de mucho, vísperas de nada –hizo la gracia Alarcón.

Sobre la mesa empezaron a posarse jarras de vino traídas de la mano de una silenciosa Florinda. Unos vizcaínos de mejillas sonrosadas coreaban canciones con sus voces templadas por el mosto. Por encima de todas ellas oíase el coro contador de los toneles «siete, ocho, nueve...», ya eran dos los caídos en el suelo en un sopor profundo. Justo en ese momento, sordo con tantos sonidos, noté un revuelo en la mesa, que no entendí al comienzo.

–Está con el duque de Medinaceli en aquella mesa –dijo alguien.

–Tendremos diversión en la corte con su regreso –añadió Antonio.

–¿De quién habláis? –pregunté intrigado.

–De un peculiar personaje que ha hecho acto de presencia –me respondió Contreras– y está sentado en una mesa junto a la puerta. Hombre maldito y maldito escritor en cuyo cuerpo nada anda derecho: don Francisco de Quevedo. Tal vez tengáis ocasión de conocerlo, quién sabe si no esta misma noche.

Hizo una señal a Florinda y, dejando caer una moneda por su escote, le susurró al oído unas palabras. Todos seguían con la vista el recorrido de la moza hasta acercarse a Quevedo y el duque. Éstos miraron, a su vez, después de escuchar el mensaje. Dieron en la mano de la joven lo que parecían ser unas monedas y ésta hizo una reverencia. Cuando volvió la muchacha, dijo que nos estaban agradecidos por invitarlos a compartir nuestra mesa, pero no querían causarnos perjuicio haciéndonos estar más apretados. Conformábanse con hacer un brindis en nuestro honor. En ese momento, desde donde estaban sentados, hicieron el gesto referido y bebieron hasta arriba de modo decidido. Contreras hizo lo mismo, pero su trago fue tan violento que tanto bebió por su boca como por el cuello y el pecho. Cuando disponíase a retirarse Florinda, Antonio hízole una pregunta:

–Moza, ¿por qué a ellos les has hecho reverencia y les mostrabas buena cara y a mí no?

–Es natural, ellos m'han pagao más y lo han hecho poniendo sus monedas en mi mano.

Se alejó satisfecha y dejó a todos divertidos. No pude evitar volver a mirar en dirección a Quevedo. Lo tenía allí mismo y no podía dirigirme a él. Al día siguiente iba a partir mi carta, buscándole hacia Toledo, y no más que doce o trece varas nos separaban.

–Es un hombre apasionante –dijo Juan Lucas–, pero soberbio e importuno.

Era la primera vez que pude escuchar de esos labios palabra alguna referida a don Francisco. Quise saber más:

–¿Eso creéis?

–Así es –confirmó–, tiene el don de las letras y el ingenio fácil.

Parece ser hombre de ideas y valedor de sí mismo, pero...

–Muchos somos los que lo hemos admirado –añadió el conde de Montalvo–, incluso Olivares... él más que nadie... Pero, si fiel es su amistad, como la que tuvo con Osuna –todos asintieron–, más fiel es a su enemistad. No repara en quién es quién, y cree ser el único poseedor de la verdad.

–Hizo críticas severas al Gobierno –añadió Alarcón– disfrazadas de literatura, donde ensañábase con el Conde Duque usando artilugios, como los anagramas, para ocultar su verdadera víctima.

–Pero eso es ingenio, ¿no? –comenté.

–Puede ser ingenio –replicó Contreras–, pero ingenio endemoniado que sólo destruye. ¡Qué fácil es criticar y qué difícil gobernar! Don Gaspar desgasta cada día su piel por su rey, más de una vez he guardado sus confidencias y sé de qué hablo.

–No conoce el don del comedimiento ese poeta –seguía comentando el marqués, don Octavio–. Si uno de nosotros trátase bien con Olivares, para él eres adulador. Si obedeces sin más, ayudas a destruir la patria, amén de nombrarte asesado.

–Miradlo cómo disfruta de esta velada. ¡Poco le queda! –exclamó Contreras como si fuera sentencia.

–¿Sabéis algo, Antonio, que nosotros ignoremos? –preguntábanle todos–. ¡Os rogamos que digáis!

Sonreía, malicioso, dándose importancia:

–No puedo deciros gran cosa, pero algo se masca... No digáis a nadie nada, pero... creo que Quevedo puede estar intrigando. Ese duque de Medinaceli es gran amigo suyo y ellos sabrán qué se guisan. Dicen... –buscó con su mirada la de todos, asegurándose la atención– que los han oído hablar a favor de los franceses, con elogios al gobierno de Richelieu y alegrándose de la desgracia de Olivares si una plaza es perdida en la guerra.

–¡Desgraciados! –sentenció Alarcón.

Tras esa exclamación, levantose y dijo en voz alta con la mayor potencia:

–¡Viva el rey! ¡Viva España! ¡Muerte a los franceses!

Los vítores retumbaban en el aire haciéndose dueños de cuanto sonido se produjera. Tras la invitación a muerte a los franceses, se formó una tal algarabía que aquello parecía el mismo campo de batalla. Comenzaron a entonarse por doquier insultos vehementes a los ejércitos enemigos, aparecieron hombres sobre las mesas con las espadas en alto retándose a duelo con un francés imaginario, alguno que otro lloraba quién sabe por qué Quevedo y su acompañante parecían los únicos cuerdos en aquel cuartel de locos. Levantose también de su sitio Contreras, parsimonioso, con su vaso de vino en la mano, mirando hacia el rincón donde estaban don Francisco y el duque de Medinaceli. Y, elevando su vaso, dijo en voz alta:

–¡Caballeros, propongo un brindis!

Levantáronse los aludidos con su vaso en la mano también y quedaron a la espera.

–¡Por la victoria de nuestros ejércitos sobre Francia y el más grande infortunio para los que deseen lo contrario! –propuso Antonio.

Quevedo alzó un tanto más su brazo y añadió:

–¡Y tanto infortunio o más para quien desee algún mal para España!

Esta vez el trago de Contreras fue más amargo de lo que habíase imaginado. Don Antonio sabía que el «maldito escritor» opinaba que Olivares y cuantos le simpatizaban buscaban la ruina de España. Debía arder de rabia por dentro pensando que con su brindis rozaba más la derrota que la afrenta que se proponía. Hubo unos instantes de silencio y don Octavio, el marqués, arrancó a decir algo jocoso para no delatar el malestar que parecía hervir por dentro:

–Estarán deseando mearlo.

–Bien que lo mearán –dijo un rabioso Antonio– cuando caiga Richelieu y vean la grandeza del Conde Duque.

Todos intercambiaron una mirada de complicidad y alguno hizo un asomo de decir algo. Don Antonio no tenía quien le sujetara la lengua, fuera por el vino o por el mismo enojo del momento.

–Veo que todos estáis al tanto. Lo digo por ese ejército francés que vamos a pagar, compuesto por descontentos con el cardenal de Francia. –Los labios de Contreras encogíanse del mismo énfasis al decir estas palabras, como cuando dícese un reto porfiado.

–Aún se desconoce todo sobre el asunto –añadió Alarcón–. Vuesa merced tendrá buena cuenta del negocio, don Antonio. Puede ser un ejército francés, inglés o Dios sabe si no será ninguno porque falte el oro que lo sufrague. Además... habrá que estudiar quién urdirá la trama, es dificultoso el tema.

Y así encontré las respuestas a las cuestiones que ya me habían intrigado cuando escuché horas antes desde detrás de una puerta aquella conversación entre Palavesín y don Francisco. Éste no mostraba recelo hacia mí como esta misma tarde; debió considerarme en ese momento como uno más entre ellos. La mesa hace bueno a cualquier compañero, aunque más tarde cada uno vuelva a su lugar; al día siguiente se dará por hecho que nadie habrá dicho nada y que yo olvidaré cuanto haya oído. Pero don Antonio aún diría más:

–Amigo Francisco, presidente del Consejo menos celebrado pero más necesario, si es que alguno lo es –sonrisas a este último comentario–, muy digno y oportuno es que os preocupéis de la dificultad en pagar una soldada como ésta. Pero, por lo demás, confiad que parece cosa hecha. El cardenal, que todos los diablos le lleven, tiene grandes enemigos en Francia... Ya conocéis a la duquesa de Chevreuse, que anduvo por aquí el año pasado. También goza de fama el duque de La Valette, a quien derrotamos en Fuenterrabía y aún sufre la enemistad de Richelieu por ello. Y todavía hay más gente de importancia capital interesada en ver las cosas distintas a como agora son entre nuestros enemigos. No faltará quien pueda maquinar la industria, creo que todos sabéis que en Londres va a haber importantes conversaciones. ¡Esto está hecho!

–¿De verdad creéis que su majestad ayudará a los hugonotes? –se

interesó don Juan Lucas.

–Jamás –dijo Contreras con una sonrisa– un teólogo en España encontrará inconveniencia para que la religión ceda ante asunto tan capital… Y, si es menester, después, se paga otro ejército católico que quite del trono al protestante.

–Pagar, pagar… Vuesa merced ha dicho el problema –concluyó Alarcón.

La noche fue larga y de provecho, las revelaciones de mucha enjundia para mí y la comida poca a mi pesar. Al llegar a mi aposento ocupaban de tal manera mi pensamiento las escenas vividas aquella noche en el bodegón y todas aquellas informaciones comentadas entre mis compañeros de mesa, que resultaba difícil conciliar el sueño. Tomé, entonces, la decisión de añadir algo más a la carta que había pensado enviar a Quevedo; quería terminar aquella correspondencia avisándole del peligro que respirábase contra él. Con este apuro fue que comencé a estar confundido con mi situación, algo no concordaba con lo esperado. No parecía haber amistad entre él y Juan Lucas, aunque Palavesín tampoco llegó a mostrarse tan enemigo del poeta como los demás. Hallábame preso de mis lealtades y mi palabra, parecía imposible cumplir con unas sin faltar a la otra. Comencé a escribir unas líneas, pero de pronto pensé: «Si algo le cuentas, Alonso, traicionas la confianza que se te ofrece». Rompí sin más la hoja. Recordaba, por otro lado, que si allí estaba era por don Francisco y doña Margarita. Repasaba los hechos vividos esa misma noche y no terminaba de encontrar una razón evidente para pensar que Quevedo era tan dañino. Levanté y rellené otra hoja antes de pensar más: «Me resulta necesario advertirle que no goza de amistad por estos pagos y debo aconsejar a vuesa merced que mire con quién anda, no vaya a ser mala compaña y le traiga grandes inconvenientes. Quiero ser sincero para manifestar en esta carta que he decidido no volver a dirigir a vuesa merced escrito alguno en adelante, a menos que me diga qué clase de amistad os une a don Juan Lucas». Al amanecer enviaría mi informe con estas anotaciones rumbo a Toledo, saldría junto al correo de Palavesín. Estaba decidido a no preocuparme más del poeta. Sentí saldada mi deuda con él; al menos, eso pensaba.

A la mañana siguiente, Juan Lucas se dirigió a mí con la seria

advertencia de que olvidara cuanto había oído aquella pasada noche –insistió mucho en la conveniencia de esto–, pues algunas de las cosas dichas eran importantes secretos. Aquel aviso me recordó sus sermones del principio. Parecía claro que el asunto de la rebelión secreta en Francia fue un tema que no debió decirse conmigo delante.

Como puede darse al buen entendimiento, estos hechos primeros que fuéronme acaeciendo iban dando lición y aventura a mi vida. No eran tantos los sucesos de interés en los que yo tuviera parte, como los que eran vividos por los demás en esta corte, donde las más de las veces me había limitado a mirar, escuchar y servir. Pero quería la suerte que mi persona fuera ganando compromiso y llegara a ser partícipe de grado, cada vez de mayor manera, en el devenir de los acontecimientos que avecinábanse.

CAPÍTULO TERCERO

DE LAS PRISIONES Y LAS PASIONES

Nunca olvidaré aquella noche estrellada y fría. Un armazón de madera sostenía sobre mi cabeza el capirote de pizarra negra de una de las torres del Alcázar. No cesé de visitar aquel lugar de palacio desde que Jerónimo de Lezama, ayudante de un hombre principal de la corte llamado Antonio Carnero, enseñome el modo de llegar allí. Entre la tierra y el cielo hallábase ese lugar; con una mano podía pretender tocar las constelaciones y con la otra acaso golpear los tejados de la ciudad entera a mi antojo.

Pegaso, Casiopea, las estrellas todas y los planetas y otros cuerpos celestiales guardaban silencio; yo también, aunque hablaba el aire. Recordaba mi conversación con don Francisco de Quevedo en mi casa, allá en Toledo; qué elevado me parecía entonces cuanto se relacionaba con la corte y qué tambaleante aquí en Madrid. Pero cuando estaba en esa torre palaciega las cosas parecían menudas y el aire decíame venir del norte y traerme frío de nieves y el olor del humo de las chimeneas. Estaba encima de la cabeza del Imperio más grande que nunca hubiérase conocido y sobrecogía el silencio; bajo mis pies se estaba rigiendo el destino del mundo cada día.

Jerónimo decía que todo estaba escrito en ese firmamento estrellado y solía venir en noches como aquélla para intentar descifrar ese misterioso lenguaje que escondía tantos enigmas. Suponía que en algún oscuro rincón debía estar escrita la fecha de su muerte, los designios absolutos del pasado y del futuro, los amores secretos de los reyes y el camino derecho para llegar a Dios. Hízome jurar, por lo más sagrado, que a nadie contara esto para no arder en el fuego cruel de la hoguera, en severo auto de fe por supersticioso y amigo de artes adivinatorias, pues él a nadie hacía daño con aquella creencia; y si algo inspirábale a descifrar los dictados de la noche no era más que por saber cómo llegar antes a Dios sin errar el paso.

Yo sólo era capaz de ver en ese firmamento unas brillantes candelas guiñonas que hacíanme sentir pequeño y distante de este mundo. Imaginaba que las estrellas podían ser los ojos curiosos de millones de ángeles pendientes de nuestros pasos para dar informes al Supremo Hacedor. Únicamente ellos podían saber la verdad de todo suceso, y quién sabe si también de cualquier pensamiento.

Pero aquélla no fue una jornada como otra. Desde el día anterior todo andaba alborotado y en cada esquina se sucedía un comentario porque alguien había osado perturbar a su majestad.

Sucedió en la comida. El rey disponíase a dar cuenta de las viandas cuando descubrió bajo su servilleta un memorial. El servicio presente en ese momento no salía de su asombro: «¿Cómo podía haber llegado hasta allí semejante cosa, burlando el solemne protocolo de las comidas?». A pesar de ordenarse guardar el suceso en secreto, la corte por entero supo enseguida del acontecimiento. Un bufón, famoso por su gran memoria, así como por entrometerse en todo, juraba haber leído al descuido algunas líneas que anotó. Hoy, hasta los niños pueden recitar esas rimas en sus juegos:

Católica, sacra y real majestad,

que Dios en la tierra os hizo deidad:

un anciano pobre, sencillo y honrado,

humilde os invoca, y os habla postrado.

....

Más de mil nos cuesta el daros quinientos;

lo demás nos hurtan para los asientos.

Los que tienen puestos, lo caro encarecen,

y los otros plañen, revientan, perecen.

El vulgo es sin rienda ladrón homicida;

burla del castigo; da coz a la vida.

«¿Qué importa mil horcas (dice alguna vez),

si es muerte más fiera hambre y desnudez?».

Los ricos repiten por mayores modos:

«Ya todo se acaba, pues hurtemos todos».

....

Grande sois, Filipo, a manera de hoyo;

ved esto que digo, en razón de apoyo:

quien más quita al hoyo más grande le hace;

mirad quién lo ordena, veréis a quién place.

Aquel secreto guardado a gritos levantaba una sospecha: su autor. Debía ser alguien osado, ilustre con la pluma, despachado en sus opiniones, bravucón, ágil e ingenioso. Delataba su estilo al de don Francisco de Quevedo; esperábase de él cualquier cosa. A pesar de no haber nadie que admitiera una duda de que él fuera el autor, yo no terminaba de ver claro el asunto. Un hombre más anciano que otra cosa, como rezaba el tercer verso, un poeta que no despertaba el disimulo, habíase filtrado como el agua entre las grietas para llegar hasta la mesa del rey. Aunque porfiado en opiniones y mordaz de catadura, arriesgaba mucho en una empresa de tamaño calibre. Quevedo no era bobo, todo menos eso. Sabía que muchos ojos seguíanle, yo le advertí en mis cartas. En mi casa él mismo dijo que cualquier descuido le mandaría a prisión; ya estaba, pues, avisado. Recordé aquella noche que cené en la misma mesa que Olivares, cuando invitó a los comensales a estudiar los actos de don Francisco y mostrar motivos para sentenciarlo. Parecía que muchos de los convidados allí presentes hubieran holgado pensando en una circunstancia como ésa. Dejando, incluso, que el demonio hurgara en mis pensamientos, podía imaginar que alguien cercano al rey hubiera obrado aquella malicia. La pluma de don Antonio Hurtado

podía haberse disfrazado de verso quevediano. Quién sabe si no sería el mismo Conde Duque, abrigado por Francisco de Rioja, el hombre culto y estudioso de libros, quien colocara ese memorial, acusador de un viejo impertinente, vendiendo gato por liebre como pastelero que falsea sus empanadas con difunto de confusa procedencia.

Tanto pensaba en todo eso que elegí aquella misma mañana, pasado el primer alboroto, para hacer unas pesquisas. Queriendo hacerlo sin despertar sospecha, comuniqué a Jerónimo de Lezama mi intriga con estos hechos, sin desvelarle que no creía que fuera Quevedo el autor. Díjele que intentaba adivinar qué hubiera tenido que hacer yo mismo de haber querido cometer semejante industria. Jerónimo entusiasmose con la idea y, siendo buen conocedor del protocolo y de los encargados de intervenir en la comida de su majestad, dispuso fuéramos a la panetería, donde cuidábase la ropa de mesa y distribuíase el pan. Quisimos hablar con el trinchante semanero, asustado sobremanera, pues a él fueron todas las acusaciones primeras:

–¿Quién os envía? –preguntó desconfiado.

–Nadie –contestó Jerónimo–, es sólo que mi amigo y yo andamos curiosos por el pleito.

–Tened calma –díjele–, es natural que nos dirijamos a vuesa merced, pues os encargáis en persona de cortar el pan al rey, dejar presto su cuchillo, el salero, el palillo y su servilleta.

–Tenéis que creerme, yo nada sé –aseveró casi irritado– y así podéis decírselo a vuestros señores... Cuando coloqué el trincheo dispuesto con los adminículos y el pan bajo un pliegue del mantel, según costumbre, coloqué encima la servilleta y ya está.

–¿No notasteis nada extraño? –pregunté.

–¿No podía estar el memorial que se comenta entre los dobles de la servilleta que pusisteis? –insistió Lezama.

–¡Voto a tal que nada advertí! En mi opinión, si nada me dicen, nada ocurrió.

Llegué a pensar si no sería cierto aquello que decía el trinchante cuando pronunció estas últimas palabras. Pudo no haber sucedido nada y surgir, de pronto, una historia falsa de un memorial. Diría que quería oír aquello y que, por contra, temía oírlo; sería muy alto el grado de malicia de una obra tal.

–También descubrís los platos al rey para que elija y retiráis los otros... ¿Tampoco ocurría nada en ese momento? –Jerónimo insistía.

–Mientras yo hice eso que decís –respondió–, el copero servía agua a su majestad para lavarse las manos; el Conde Duque diole una servilleta para secárselas. En esto que el rey no estaba sentado todavía, ni usaba aún su servilleta. Luego yo me retiré con los platos no elegidos a las cocinas... En la sala también había otros que tenían como posible hacer aquello que todo el mundo sospecha que pude haber hecho yo: el copero y el mayordomo semanero que no acostumbran a abandonar la sala, el panatier, el sumiller de la cava, el médico de semana, el limosnero mayor, el ujier de sala, incluso los maceros que no se mueven o... el aposentador de palacio.

–¿Por qué nombráis al aposentador aparte? –preguntó Jerónimo.

–Porque, mientras su majestad lávase las manos, yo descubro los platos, el Conde Duque espera con la servilleta para que el rey se seque, los maceros cuidan que no se estorbe el paso al servicio, el copero y el sumiller de la cava esperan su momento junto al aparador con las bebidas, y todos los demás hacen su labor; el aposentador es el que más cerca está de la servilleta de la que hará uso el rey. Él debe esperar con la silla en sus manos y una rodilla en el suelo a que su majestad tome asiento. Nadie repara en él, nadie le ve. Pudo haberse movido a hurtadillas sin que lo percibieran. Además –dijo agora con malicia–, gústale demasiado jugar a dados y a naipes y siempre anda falto de dinero; yo diría que es fácil que pudiera venderse a cualquiera.

Seguimos preguntando al aposentador y a otros más de los allí presentes sin llegar a conclusión alguna; ninguno advirtió nada novedoso ni, por supuesto, nadie confesó. Bien al contrario, todos acusaban a un otro como posible autor de los hechos. El aposentador decía que él debe estar como estatua y no iba a

moverse sin llamar la atención, ni mucho menos arriesgarse a que el rey fuera a tomar asiento y no encontrarlo sujetando su silla. Según él, los de más facilidad para allegarse a la servilleta eran el trinchante y el panatier, que no cesaban de hacer idas y venidas; amén del Conde Duque que goza de libre movimiento por la sala. El copero sólo llegaba a la mesa cuando servía al rey, y esto hacía con una rodilla en el suelo y sosteniendo una salva bajo su copa mientras era bebida, para impedir que se produzca mancha con alguna inoportuna gota que pudiera caer. Sería difícil empresa para el copero la de manejar un memorial y deslizarlo entre los adminículos sin llamar de forma poderosa la atención de todos. Éste sospechaba del trinchante, pues no debe arrodillarse y puede desplazarse. El sumiller de la cava no debía separarse del aparador, situado detrás de donde siéntase su majestad, junto al médico de semana, que tampoco se movía de ese lugar.

La opinión más convincente nos la dijo el ujier de sala, y ésta era que podía haber sido cualquiera. Todos gozaban de alguna ocasión de ventaja en el revuelo de colocar cada cosa en su lugar adecuado, antes y durante la entrada del rey. Aquel día el trinchante dejó todo dispuesto algunos minutos antes de lo acostumbrado y hubo un momento de quietud hasta la llegada de tan distinguido comensal. Quisimos saber más detalles por boca del ujier, así que preguntámosle acerca de la existencia del memorial, el gesto del rey ante el escrito y cuanto se nos ocurrió. Fue su respuesta estudiada, con gesto desentendido, digna de un hombre del protocolo:

–Si su católica majestad no dice que el servicio haya observado algo, no habremos visto nada. Nadie osaría estar pendiente de aquello ajeno a sus labores encomendadas, menos aún de observar las emociones de su majestad o su real indignación. Vuesas mercedes preguntaron si habría alguna forma de hacer llegar un memorial a la servilleta del rey, y yo les respondo sobre lo posible, pero nada puedo declarar con certeza.

Mis averiguaciones parecían no conducir a ningún sitio que no fuera al temor de cada uno a decir alguna inconveniencia al ser preguntado, y a descubrir que era más fácil conocer un secreto que hallar pistas de él en este palacio. Tuve que dar la mañana por perdida, pues la cuestión del enigma seguía para mí en igual estado

que la noche anterior; sin saber cómo había sucedido y sin conocer con certidumbre que aquello sucediera. Podía ser un ardid del Conde Duque, pero también ser cierto. En rigor, ¿cómo podía prestarse su majestad o el propio Olivares a montar una farsa semejante sin haber algo de verdadero? La misma pregunta debió hacerse todo aquel que creyó en el rumor desde el principio. De algún modo, don Francisco de Quevedo era capaz de aquello y esos versos podían salir de su pluma, acaso confiado en que la majestad lectora de esas líneas tomáralo como consejo de viejo y no como afrenta de valentón.

Quedaba por saberse qué entendería el rey de los versos y cuál consejo daríale su valido. A deducir por las conversaciones de pasillos y las muchas murmuraciones, nada bueno iba a sucederle al poeta. Intenté imaginar qué haría éste en esos momentos. Recordé la mañana después del suceso de José de Ávila y el parecido de aquella situación mía con la suya agora: todos daban por cierto el crimen y su autor. Pero la justicia debe hacerse con la razón y no con las murmuraciones. Yo había parecido salvado por la mano poderosa de tan altos señores que amparábanme, pero la desgracia de Quevedo era muy otra; si alta era su condición de caballero cruzado, mayor el daño supuestamente causado. Si don Francisco temía lo peor, como díjome en Toledo, tal vez andaba ya lejos o esperaba su sino con resignación. Si creía haber obrado bien, como viejo con saber que aconseja y confiado en la real Justicia, podía estar satisfecho en cualquier lugar que estuviese.

Aquella noche temprana, como todas las de diciembre, miraba a esa bóveda oscura del cielo llena de fuego salpicado con la misma fe que tenía Jerónimo. Buscaba la página, el renglón o la tachadura que desvelara las verdades. La corte no dejaba de ser un embrollo de enigmas, según se adentra en su conocimiento. Acudió Lezama a la torre, dirigió su mirada a las alturas y díjome:

–Esto también debe estar escrito en un recóndito pliegue del firmamento reservado a los poetas; que Dios los acoja y a los que no, que el diablo los encuentre poco de su gusto.

–¿Sabéis algo nuevo, Jerónimo?

–Va a suceder aquello que ya estaba escrito que sucediera.

–Decid, no andéis con rodeos ni zarandajas.

–Va a suceder que esta noche Quevedo va a recibir la visita de Francisco Robles de Villafaña, que es alcalde de la Casa y Corte, haciéndole los honores de invitarlo a darse preso. Ya es cosa dada por segura.

–Entonces –dije–, es sabido que es industria de Quevedo el memorial…

–No debéis dudarlo, Alonso, cualquier bufón lo sabía. Además, es orden del mismo rey, nada importa quién hiciéralo; es su voluntad.

–Jerónimo, su majestad tiene poder absoluto, pero su justicia debe ser la más alta y bien intencionada.

–Tenemos que acatar su decisión… Y además no hay más que hablar –señaló Jerónimo con rotundidad–. Da la impresión de que defendáis a Quevedo.

–Y ese alcalde de Casa y Corte saldrá a hacerle preso, pero habrá de encontrarlo antes –continué sin prestar atención a su comentario.

–¡Ja! ¿No lo sabéis? Nada más fácil en Madrid que saber qué hace a cada hora Olivares, igual que conocer lo mismo de su majestad o dónde suele cenar Quevedo.

–¿Dónde? –pregunté.

–Alonso, me asombráis… ¿A qué tanto interés por ese poeta?

–Decidme dónde, Jerónimo. Sólo es curiosidad; quisiera presenciarlo con mis ojos.

–¡Valme Dios, Alonso! No mostréis saber lo del apresamiento, pues os acabo de revelar un secreto contado por Olivares a mi señor.

–¡Como todos los secretos de esta corte! –Nació en mis labios esta frase, ajena a mi intención de no pronunciarla–. Nada diré, Jerónimo, nadie me verá. Sólo quiero estar presente. No vengáis conmigo y no sospecharán de vuesa merced, pero decidme dónde suele cenar Quevedo.

–Mil veces voy a arrepentirme de habéroslo revelado, si os sorprenden y sospechan que si allí estáis es porque los sabéis por mí, pero os diré dónde podéis encontrarlo, pues no es un secreto como os dije antes: suele cenar en la casa del duque de Medinaceli. Cualquier oracionero o mandilejo podría daros su paradero.

–Voy presto a ser testigo, no digáis nada a nadie... Y no temáis por vuestra confidencia, que por mi boca no se sabrá nada.

Dejele en su torre de las estrellas, leyéndolas como analfabeto, que no quise perder de tiempo ni un minuto para adelantarme a la Justicia.

Hice mi lugar de guardia en una esquina frente a dicha casa, donde más oscura era la noche. Allí, a fuerza de tanto estar, tuve tiempo de discurrir varios remedios a la situación. Llamar a la puerta y avisar a Quevedo fue uno dellos, mas no sabía por qué había de hacerlo. También pensé salir al paso de ese alcalde de Casa y Corte y pedirle una razón; supuse me diría que quién era yo para pedir explicaciones a la Justicia. Irme y nada saber; dejar que todo sucediera y quedarme en la ignorancia parecía lo más adecuado, pero necesitaba conocer de primera mano qué le iba a ocurrir a Quevedo, ver una vez más al hombre que estuvo en mi casa, aquel que causó mi situación en la corte, tal vez hablarle, acaso... Lo cierto es que al fin fue mi decisión la de seguir allí hasta que algo ocurriera.

Apareció un coche que se detuvo en la puerta. Tuve que cambiar un tanto mi posición para poder ser testigo de todo sin estorbo. Bajó un hombre que debía ser don Francisco de Robles y alguien más de compaña; la rosca del llamador sonó dos o tres veces. Cuando entraron, toda mi atención se centró en aquella puerta abierta, hasta que escuché detrás de mí unos pasos, y después llegome el resplandor de una linterna. Diome el tiempo justo para embozarme en la capa. Di la vuelta para ver de qué se trataba y encontré a un muchacho cuyo rostro no me era extraño, pues poco antes se había cruzado en mi camino por una de aquellas calles. Tras el mozalbete estaban tres siluetas de caballeros. Uno acercose al mozuelo y, asomando entre la luz su mano llena de ensortijados dedos, señaló la entrada de la casa del marqués diciéndome:

–¿Os interesa la suerte de ese hombre?

Giré la cabeza justo para ver cómo un Quevedo cabizbajo, sin capa ni otro abrigo en aquella fría noche, subía al negro coche de la Justicia. Era cierto cuanto dijo Jerónimo, como siempre, pues su señor era secretario particular del Conde Duque y eso se hacía notar en la calidad de sus murmuraciones. Después de ver esto, ya sólo tenía que hacer frente a aquellos hombres aparecidos y para ellos tenía mi espada, que desenvainé. No quise aún desembozar mi rostro hasta que el momento lo precisara, si habían de medirse nuestras armas.

–Vuesas mercedes dirán a qué este encuentro –díjeles lo más gallardo que pude, como para vencer la diferencia en número con el valor aparentado–. Si sólo quieren mover la hoja, aquí tienen la mía y dejemos las palabras.

–Antes de medirte con nadie algo tendréis que escuchar –apuntó una de las voces, que sonaba con un tono demasiado conocido para mí.

Aparecieron ante la luz de la linterna los rostros de los tres hombres, revelándose sus identidades: el mismo Conde Duque, José González y don Juan Lucas, que era quien se dirigió a mí el último y estaba con ánimo de continuar:

–Os di toda mi confianza y también miré por vuesa merced casi como un hijo. Veo que no sois más que un valentón del tres al cuarto y un infiel, un procurador de mercedes al precio que sea. Para mí, habéis dejado de existir.

Vi que era inútil seguir embozado y solté mi capa; mas no entendía nada de aquello. Cierto era que había venido en secreto, pero no pareciome aquel «delito» merecedor de tamaño discurso. Salió al paso Olivares diciendo:

–Tenemos reservado un coche para vuesa merced, tan confortable como el de vuestro amigo secreto. Os llevará a un lugar en el que podremos hablar de asuntos harto interesantes para ambos.

Diciendo esto, se acercó a mí lo suficiente como para que la punta

de mi espada rozara sus vestidos. Aunque la fuerza de la costumbre me hiciera remiso a envainarla en momentos como ésos, decidí guardarla. Su excelencia aproximose un punto más y continuó:

–Podemos hablar de arte, ¿os acordáis de la cena en palacio, Alonso? O tal vez de temas que conozcáis mejor: intriga, felonía... ¿Cuántos son vuestros conocimientos y de cuántos asuntos?

–De verdad que no entiendo... –comencé así un discurso para expresar mi desconcierto.

Con estudiada lentitud, el Conde Duque llevó su índice a la boca para avisarme silencio; y a continuación añadió:

–Tendremos ocasión de hablar con calma. No me defraudéis y guardad para entonces.

No pude decir más. Empezaron a aparecer alguaciles y otros hombres con armas por doquier, como si por encantamiento fuesen invocados. Me condujeron a un coche negro, ya familiar a mis ojos aquella noche, que estaba acolchado por dentro para sofocar los gritos que pueda proferir el preso que porte en su interior. Y así lleváronme rumbo a no sabía dónde.

Al llegar a mi destino, y ya sin mi espada, me adornaron los tobillos de grilletes unidos por cadenas, de modo que impidiéranme correr, aunque no andar. Me arrojaron a una celda tan oscura, que tuve que tantear en el suelo hasta encontrar dónde acostarme. Recordé mi aposento en el Alcázar, aquel que comparé con una mazmorra por sus pocas comodidades, y pude comprobar que siempre parece haber algo que nos enseñe cuánto peor puede ser nuestro destino. Por lecho parecía tener un puñado de paja húmeda con olores arrebatados al ganado, pues no podía existir una persona que creara aquella hediondez. No quiso la suerte que en la ventana hubiera cristales, ni nada que resguardara del frío de la noche, por todo adorno unos barrotes cruzados de hierro tenía aquella abertura en el muro. A su través veía el brillo de dos estrellas que hiciéronme recordar la torre de palacio adonde acostumbraba a subir. Si tratáranse de los ojos de un ángel –como dispuse pensar horas antes para mi entretenimiento–, sólo deseaba que hiciera algo más que mirar; que, intercediendo por mí, informara de la injusticia de mi

encierro ante el Altísimo.

Produjo mi sobresalto sentir de pronto una mano que tocábame el brazo. Al fijar la mirada pude distinguir apenas, en la oscuridad, la silueta temblorosa de un hombre del que surgió un hilo de voz rota que, en tono quedo, dijo:

–¡Por Dios, muero de frío! Dejadme que halle abrigo bajo vuestra capa. No temáis de mí que no soy más que un pobre viejo decrépito a quien la cárcel debe más de media vida.

La sorpresa y la novedad me obligaba a ser desconfiado, pero el helor de aquella celda me decidió a aceptar la petición y nos sentamos espalda contra espalda rodeados con la capa. Aquel hombre olía como la paja y pensé que ya sucedería lo mismo conmigo. Notaba en mis hombros su temblor grave, como nacido de su interior, y sonó de nuevo su voz quebrada:

–Dios os bendiga, quien seáis. Pensé que ésta sería la última noche de mi vida, pero gracias a vuesa merced creo que volveré a ver la luz del día.

–Me llamo Alonso. ¿No tenéis capa ni abrigo alguno?

–Estoy casi en cueros, apenas como cuando nací. Salí de mi cama en camisón para abrir la puerta a la Justicia y ésta me trajo de esta guisa. A veces pienso si no estaré viviendo la vida de después de haber muerto en mi lecho y que acaso esto no es más que el purgatorio. Aquella noche de mi apresamiento significó el término a todo lo que amé y hasta los vestidos quedaron sin dueño; un camisón fue mi única mortaja. Si vivir es caminar hacia una muerte segura, dos veces nací yo: la primera, del vientre de mi madre; la segunda, cuando entré aquí; que las dos veces aparecí desnudo. En ocasiones, espero morir pronto de nuevo para ver si sucede algo más templado en mi existencia, pues, si bien mi primera vida diome un algo de gozo, más abundaron las contrariedades, y de esta segunda ya os podéis hacer cargo.

–¿Cómo os llamáis? –pregunté.

–¿Os creeréis que no lo recuerdo? Hace más de diez años que nadie

me llama por mi nombre. Puede ser que sea Pedro, pero también José, cuando no Luis, Isidro o Julián. Todos me resultan familiares. El carcelero me llama «abuelo» y yo sonrío cuando lo dice, pero es de pensar que, siendo mi hija lo que era, de ser él mi nieto sería un hideputa. ¡A fe que nadie escapa a su sino!

–Entonces... ¿cómo prefiere vuesa merced que lo llame?

–Siempre han sido de mi agrado los nombres que pude oír cuando serví en Nápoles al virrey: Giovanni, Piero, Filippo, Paolo, Cesare... Al oírlos recuerdo una vieja sensación de libertad y divertimiento. Podéis llamarme por cualquiera dellos.

–Si yo soy quien ha de tomarse esa licencia, el nombre elegido será el de Cesare –decidí este nombre.

–¡Cesare! ¡Me parece bien!

No estaba en mi ánimo dormir aquella noche debido a la excitación y el desasosiego, pero tampoco era tan fácil con aquel olor y semejante compañero clavado a mi espalda. Menos aún ayudaban las voces de otros presos que exclamaban algún improperio desde sus mazmorras, yo diría que para atropellar los silencios de su mismo miedo. Contome Cesare buena parte de su vida, bastante azarosa a fe mía, repartida entre la milicia y la malicia, advirtiendo que si no gozas de bienes ni de don no ha lugar al honor y sí a la vida disipada. El oficio más honesto que dijo haber ejercido fue el de ser mandilejo, pues siendo criado de una puta no hurtas ni engañas, sino que facilitas el goce y prestas servicio. De esta forma vivía cuando fue padre de una hija, que salió aplicada al oficio como la madre, por razón de ser pobre y sin honor como su padre. Fue gracias a esta ocupación que Cesare conoció a miembros de la corte y su vida iba haciéndose cada vez más próspera.

–¿Y cómo habéis venido a parar a este lugar? ¿Qué delito cometisteis?

–No es menester saberlo, por eso no os pregunté yo tampoco. Mil delitos cometí en mi vida y nada ocurrió, pero fue conocer gente de la corte y no llegué al año que aquí me vi. No sé deciros más. ¿Acaso sabe vuesa merced la causa de su arresto?

Andaba acertado, no tenía respuesta a su pregunta todavía, pero angustiábame sobremanera pensar que pudiera alguien estar preso diez años, o aún más, sin conocer su delito. «Creo que olvidáronse de mí o que debía molestarles, pero no temáis por vucé, que parecéis hombre de importancia y no caeréis en olvido», decía para darme ánimos. Hablar con Cesare púsome al corriente de algunas cosas que sucedían en aquel lugar, y ninguna podía hacerme sentir calma.

–Las más de las veces nada sucede –contaba–, pero esto hace que los hombres pierdan la cordura y olvídanse de hablar y gruñen. Los días les parecen meses y no llegan a recordar la edad de sus años; en ocasiones gritan cualquier cosa en idiomas extraños, también pierden la fuerza en sus piernas y arrástranse como gusanos. Muchos vi así en todo el tiempo que aquí llevo y he procurado no caer en lo mismo, y por ello actúo al contrario que ellos. Como vi que callan, yo hablo a todas horas; como parecen pasar el día entero tumbados en duermevela, yo doy unos pasos de cuando en cuando y procuro no dormir hasta la noche; también pregunto al carcelero por el día que es y el año y si algo importante ha sucedido. Así creo no haber caído en locura aún, sólo lamento que no recuerdo mi nombre, de tan desusado como lo tengo.

–¿Y los días distintos qué sucede?

–Pues depende de cada cual, a mí no más que me ha ocurrido que visitárame algún caballero que parecía principal. Departíamos algunos momentos hablando de esto o de lo otro, que yo nunca encontré importancia a los temas. Cuando se iba, juzgando no sé qué extraña razón, ordenaba que entrara un verdugo para darme diez, treinta o hasta cincuenta latigazos. Hace más de cinco años que decidí fingirme enfermo y no poder hablar cuando venía una de estas visitas, y desde entonces esperaba que una mañana sacáranme para ahorcarme o para liberarme; pero debe ser que yo estoy aquí para el látigo o para nada.

–¿Sabéis qué sucede a los demás?

–Los que han estado aquí, como vucé, nunca han llegado a dos meses. No sé si morían o los libertaban, pues un día los sacaban y no volvían. Se dice que aplícanse tormentos, pero también que éste

es un sitio de tránsito. Parece que a los que nos traen aquí sea por causa secreta –decía bajando la voz–, por algún motivo que duele a la corte.

Los días iban sucediéndose largos en sus noches y cortos en el resto. Ya no parecíame tan repugnante el olor de la paja, de la misma costumbre de dormir en ella. Con restos de ésta y astillas de madera compuse mi nombre en un rincón para que no cayera en olvido y cuando pensaba solía usarlo, para no perderlo. Decíame: «Alonso, vais a salir de aquí; de seguro que es un error. El Conde Duque, además, dijo que hablaríamos. Tiene que ocurrir algo que me libere». Entre Cesare y yo acordamos decirnos cada mañana la fecha, nuestro nombre y simular una pelea para no debilitar las carnes; claro que él no estaba para muchos meneos y más que una lucha parecía un baile. Dijo haber sido gordo y parecía una caña, su barba era un ciprés del revés, cuando la luz que traspasábale el camisón parecía estar viendo su futuro en la tumba y no más de cinco dientes vestían su boca, que en esto parécense los viejos y los niños, principio y fin de la edad.

Así pasaron los diez primeros días, tras los cuales recibí una visita. Los mismos tres hombres que vi a la luz de una linterna en la calle de las Huertas (desde donde confiaba ver el arresto de Quevedo) me esperaban junto al que parecía ser el verdugo. Para aquel encuentro me llevaron a un lugar que era aún menos hospitalario que mi celda; creo que ni las ratas atrevíanse a pasar por sus contornos. Era como un infierno terrenal; la oscuridad era apenas vencida por el fuego de cuatro o cinco antorchas y una gran chimenea. El mismo oscilar de la llama hacía estremecerse a las figuras del Conde Duque, Juan Lucas y José González. El otro en cuestión parecía desenvolverse como un diablo; atareado, ocupábase de sus menesteres acá y allá. Sólo era reconfortante el calor que desprendían los fuegos, pero para nada compensaba cuando adivinábanse unos metales al rojo vivo entre ellos. Los guardias que me trajeron desnudáronme de cintura para arriba. Las cadenas que también unían mis brazos en tal ocasión tuvieron a bien colocarlas en un gancho que colgaba del techo. Tras esto, el oficiante de aquel antro del averno tiró de una maroma, de suerte que izó el gancho y con él mis cadenas y mis brazos. Ejecutó la maniobra con tal maestría que mis pies tocaban el suelo lo justo para apoyarme de

puntillas, de modo que cualquier movimiento que yo pudiera intentar daba la impresión de que conseguiría hacer que mi cuerpo balanceárase. Y todo esto calculado con una simple mirada de aquel hombre con vocación de demonio, un maestro de su oficio a fe mía.

La voz de Olivares rompió un silencio que pareciome eterno:

–Este lugar resulta adecuado para mantener esa conversación aplazada, que promete ser tan de nuestro interés.

–A fe que será interesante –insinué– si puede explicar por qué he de hallarme en este lugar y de esta guisa, excelencia. Aún no reparo en el delito que pueda haber cometido.

Con una sonrisa triunfal díjome, como si yo adivinara:

–Quevedo debe estar en San Marcos de León haciendo declaración escrita a estas horas. Su pluma desvelará los misterios que decís no conocer. ¿Por qué habréis de protegerlo si él no lo hará con vuesa merced?

Una ligera angustia recorría mis entrañas pensando en las tantas veces que debatime entre mis dos lealtades; la de mi palabra a don Francisco y la confianza de don Juan Lucas. Pero no alcanzaba a imaginar qué terrible falta me había puesto en este trance a juicio de mis acusadores. Decidí que ellos intentaran dar el primer paso, si es que en mi situación yo podía elegir algo:

–¿Qué queréis decir? ¿Qué puede comprometerme una declaración de Quevedo?... No entiendo, señores.

–Sabemos que le escribíais –dijo don Juan Lucas– mediante unas cartas enviadas a doña Margarita.

–Esta dama toledana –añadió el Conde Duque– descubrió ante nosotros vuestros informes de la corte al poeta. Ella es amiga de mi esposa y nos dio aviso. El duque del Infantado estuvo presto tras los pasos del poeta y todo se ha aclarado.

–Os juro que no para mí –atrevime a decir.

El verdugo extrajo de entre las llamas un yerro candente, pero una

señal de don José bastó para que lo guardara de nuevo.

–Tenemos razones de sobra contra Quevedo para su arresto –sentenció con firmeza José González–. Sólo queremos saber qué propósito teníais en toda esta trama.

–¡A fe que no entiendo, señores! –no pude decir otra cosa–. ¡No sé a qué trama se refieren! Si han hablado con Margarita, ella misma podrá contaros todo al punto. No soy más que un ayudante para don Juan Lucas que esta dama recomendó por consejo de Quevedo.

–¿Y por qué nunca me lo dijiste? –preguntó Palavesín–. ¿Por qué tú, Alonso, has sido desleal desde el comienzo?

–Don Francisco pidió mi palabra para que nada os contara.

–Ya –espetó Olivares–, toda esa sarta de embustes con la que quisisteis confundir a doña Margarita.

–Y porque de ese y no de otro modo yo aceptaría un recado de Quevedo –decía Juan Lucas, hablando para sí.

–Vamos a ahorrar palabras –pronunció, decidido, José González, acercándose a mí con su elegante porte.

Todos quedamos a la espera de ver qué hacía o decía tras ese aire firme, y cuanto hizo fue descubrirme algunas de sus elucubraciones, que, aunque mal fundamentadas, despejaron buena parte de mis dudas: «Vamos a ver, Alonso, sabemos que Quevedo y vuesa merced urdisteis un engaño a Margarita para que os recomendara al servicio de Juan Lucas. No dudamos que ese ofrecimiento se hizo con el propósito verdadero de espiar qué sucedía en la corte entre los leales a su católica majestad y Olivares y no para la protección y servicio de Juan Lucas como argumentasteis en su momento. Además, hemos sabido de vuestros informes al poeta avisándole contra nosotros. También que le disteis cuenta de aquella reunión tan importante del Consejo de Hacienda tras la cena en palacio. Hemos descubierto que ese amigo vuestro tenía reuniones ocultas con Guillermo Francisco, un esbirro de Richelieu, y con Fachinetti, el nuncio apostólico. Como veis, estamos al tanto de todo y no es menester que andéis fingiendo. A la luz de cualquier entendimiento,

Quevedo es infiel para con su rey y tramaba algo al amparo de Francia y el poder del Papa. Queremos saber qué negocio se traían entre manos y qué informes o deslealtades esperaban de vuesa merced».

No salía de mi asombro ante aquella revelación de sus pesquisas. No imaginaba a don Francisco traicionando a su rey; era un caballero de Santiago, secretario de su majestad, hombre ilustre..., pero demostraban andar entre la certeza y la adivinación. A parecer, el único equivocado en toda esta urdimbre era yo, aunque no hacía mucho ya tenía mis sospechas y fui tan necio de no desenmascarar el asunto. A pesar de mi mala posición del momento (nunca mejor dicho) quise conocer con total certeza aquello que parecía evidente:

–Don Juan..., ¿no había amistad entre don Francisco y vuesa merced?

–No abuséis de mi paciencia, Alonso. Bien sabéis que no –me advirtió casi sin mirarme.

Se aproximó Olivares con parsimonia, puesta su mirada al soslayo, hasta que casi podía oler su aliento cuando díjome:

–No estoy para juegos ni adivinanzas, Alonso. Mi paciencia tiene un precio y voy a pediros un adelanto. Pronto volveré y escucharé de vuestros labios cuál era vuestra misión. Esta cerrazón que tenéis hoy os va a costar cincuenta latigazos por mi hermoso tiempo perdido, confío que el siguiente día sea menos doloroso para ambos. Espero que aceptéis con resignación el castigo, porque todo cuanto hacemos es por el bien de España y los súbditos de su rey. Eso es algo que nunca entendió ese viejo poeta y que va siendo hora de que lo anotéis en vuestra mente.

–¡Cincuenta latigazos por el bien de España! –exclamé–. ¿No podía exigir ese bien algo menos doloroso?

–No puede ser de otro modo –respondió el Conde Duque–. Aquel que gobierna de buena fe, obra para bien del gobernado; igual que cuando se decide la paz o la guerra. Y de buena fe decido que ésta y no otra ha de ser vuestra penitencia. Si se sabe aceptar y obedecer, el bien para todos llegará.

No hay mayor dolor que aquel que sobreviene de la incapacidad para defenderse. El verdugo, tan eficiente como parecía, aplicó la pena solicitada sin pronunciar una palabra. Al terminar sólo dijo: «¿Aún estáis vivo?». Me apresuré a decirle que lo estaba, no fuera a ser que en un descuido me enterrara. Tal era su aplicación y tamaño mi desasosiego.

Más de tres días estuve delirando por las fiebres. Cesare púsome al tanto de ese hecho cuando volví en mí. Dijo que pronuncié los nombres de Constanza, don José y Quevedo; amén de haber descrito, en pleno delirio febril y horrorizado, tener visiones de monstruos marinos entre témpanos de yelo. «Debió ser del mismo frío de las calenturas», dedujo el viejo.

Fue reconfortante volver a ver el rostro decrépito de mi compañero de infortunio, aunque fuera sólo por haber salido de aquel infierno y pese a que significara estar en el purgatorio. A través de la ventana pude ver un trozo de cielo, y la luz del día entraba como un abrazo a mi vista.

–Sois un hombre afortunado y fuerte –afirmó Cesare–. Salisteis por esa puerta y lo habéis podido contar a vuestro regreso.

–Me dieron cincuenta golpes de látigo, amigo.

–Ciento fueran, a juzgar por las heridas..., pero agora habéis vuelto en sí y tenía ganas dello porque me da la oportunidad de poder despedirme de vuesa merced.

–¿Os marcháis?

–Sí, al más largo viaje que existe.

–¿Qué de nuevo sabéis? –No terminaba de entender a Cesare.

–Me ha visitado el espíritu de mi padre –díjome con regocijo–, vino a decirme que me esperaba con impaciencia, pues estaba dolido de verme sufrir tanto padecimiento.

Pareciome que aquel anciano estaba perdiendo el juicio; debió leerme el pensamiento en los ojos cuando me dijo:

–¿Nunca se os ha aparecido un espíritu?

–No.

–Pues habéis de saber que están por todas partes, pero sólo se dejan ver por aquellos que ellos quieren. Pregunté por vuesa merced, hijo, y díjome que no penara que estabais señalado por el cielo para grandes empresas. Saldréis de aquí, vuestra hora aún no está escrita, y sabrán de Alonso de Yáñez y Zúñiga en los siglos venideros.

Sorprendiéronme sus palabras, pues nunca le dije mis apellidos. Pensé en algún tipo de encantamiento o en estar mi juicio, aún, presa de un delirio fantástico.

–Pero, Cesare, ¿qué estáis diciendo?

–Agora puedo manifestaros que ya sé mi nombre, es Isidro, pero me place que sigáis llamándome Cesare. Desde las apariciones de mi padre es como si todo aquello que antes conocía hubiera vuelto de nuevo a ocupar mi cabeza. También sé que mi vida será mejor cuando ésta acabe; me anunció que nunca volveré a preocuparme por el frío o por el hambre, ni una cárcel cerrará mis pasos. Él me guiará en tan largo viaje con agrado, pues mi muerte será natural y no con la vergüenza de aquellos que desprecian su vida y se la quitan. Así me lo ha dicho y así debe ser.

Cuando llegó la noche, el viejo comenzó a hablar entrecortado. Su frente estaba ardiendo y le recorría un sudor frío. Puse mi capa sobre él y dejé caer un poco de agua entre sus labios.

–Ahí está mi padre, Alonso. ¿Podéis ver su figura espectral?

–No, Cesare.

–¡Padre, dejaos ver por este amigo! –exclamó al aire–. Nunca hizo caso a nadie y así sigue; no se lo tengáis a mal..., cosas de viejos –se disculpó mi compañero de celda.

Mantuvo tal conversación, creyendo sin duda que con alguien hablaba, mientras dirigía su discurso en dirección a un mismo rincón de la mazmorra, que costaba imaginar que en ese lugar no

hubiera nadie más que nosotros. De tan real como aparentaba ser todo aquello para Cesare, parecía que mis oídos pudieran escuchar a su padre y adivinar dónde se encontraba. Pero al pronto paró y dirigiose a mí:

–Llegado es el momento, Alonso. No veré el siguiente año en esta celda. Será la primera Nochebuena en mucho tiempo que podré estar junto a los míos. Voy contento porque todos mis pecados los pagué en esta vida, así que llegaré limpio al Altísimo y empezaré de nuevo. Allá no hay ricos ni pobres, ni páganse impuestos. ¡Qué mayor felicidad!

Corrí hacia la puerta para llamar al carcelero, que nunca estaba o si andaba por allí sería en plena embriaguez por cualquier rincón. Volví junto al viejo:

–Cesare, una vez te salvó mi capa, confía en ella.

–Guardaosla para vuesa merced, Alonso, que siéntome caer a un pozo, no vaya a arrastrarla conmigo al otro mundo. –No hice caso y aún dijo–: ¡Dios, qué luz más bella!

En la oscuridad yo no veía espíritus, ni pozos, ni mucho menos luces de rara belleza. Sentíalo ido y grité aún más fuerte: «¡Carcelero, que se muere el viejo!». Pero sólo respondieron las voces de otros presos: «¡Malhaya su suerte y malhaya el carcelero», «¡carcelero hideputa!», «¡buena hora sea!». Se deslizó la vida de Cesare por entre mi capa produciendo su estertor un escalofrío en mi espalda. Miré a la ventana, que dejaba ver dos estrellas, y sentí cómo se despedía, gozoso, desde afuera de los barrotes, mi compañero de celda. Pensé: «Id con Dios, Cesare-Isidro, que seáis feliz en esa nueva vida como nunca pudisteis serlo en ésta, que en los cielos debe estar prohibido ser desdichado».

Una vez quedé sin compaña alguna, rogué me permitieran disponer de papel y pluma para hacer mis días más llevaderos. Tuve la suerte de que me concedieron esa petición, no sin mi asombro. Y fue así como empecé a esparcir letras como bien se le antojaba a mi voluntad, sin mirar si tratábase de prosa o verso. Mucho de lo que allí pude escribir está en estas páginas y otra parte salió como Dios me dio a entender, y aquí no todo consta, pero harto sirvió para

aliviar mi indignación y mi pesar.

Durante esos días, tiempo tuve para repasar los momentos de tortura a los que me vi forzado, y aún hubo hueco en mi pensamiento para aquellos que hiciéronme sufrir tal destino. Mi indignación se hizo dueña de mi pluma, y a ellos dediqué estos sonetos:

DEL GOBIERNO PARA TODOS A RAZÓN DE TAN POCOS

Vosotros que tan bien me gobernáis

y por mí hacéis y deshacéis con celo,

cierto creéis que yo también anhelo

tanta empresa de cuantas decidáis.

Más cuando de guerra en mi nombre habláis

causa mi asombro, también mi recelo,

qué poder oculto os ha dado el cielo,

que yo no gozo y tanto prodigáis.

Pues que nunca nos habéis preguntado,

poder sobrehumano debéis gozar,

para cumplir mi afán, hombre de Estado.

Aunque se me antoja, más bien, pensar,

que mientras muera en guerra el gobernado,

bien decidirá el que ha de gobernar.

DE LA PRISIÓN INJUSTA Y EL DOLOR DESATENDIDO

Tiempo que escapas con tanta avaricia

de estas prisiones con mil cerraduras,

que mi cuerpo atan con penas tan duras,

que querer vivir es pura codicia.

Déjame, al menos, gritar la injusticia

ya que mis pasos llenas de ataduras,

que devienen en mi alma, ya maduras,

mil palabras que mi dolor oficia.

Voto que no ha de ser sabio ni honesto,

sin jueces ni leyes verse apresado,

ni puede haber razón que guste de esto.

Mas aquí estoy: bien preso y desarmado;

que el tiempo a la desdicha acude presto,

y abandona al solo hombre sin cuidado.

Pasé el día de Navidad reflexionando mi situación, ya más sosegado. Advertí que todo había sucedido demasiado rápido como para haber estado atento a mis errores. Por añadidura, dime cuenta de que desde que salí de Toledo sentime tan lisonjero que había juzgado mi vida a la ligera, pues confiaba demasiado en mi fortuna por detalles que no tenían tanta relevancia como creía.

Mi primer error fue creerme la historia de don Francisco y su supuesta amistad con don Juan Lucas, razón falsa por la que justificó, y yo creí, que fuera recomendado para su servicio. Peor todavía fue no seguir los consejos de doña Margarita, cuyo primer impulso era el de no creerlo y ver el asunto como un embrollo de Quevedo. Cuando estuve con Palavesín debí haberle confiado toda

la trama y tampoco quise ver la verdad que asomábase a mis ojos. Pequé de poco discreto cuando con mis cartas, no sólo contaba aquello que se suponía prometí a Quevedo, sino cuando añadí mis comentarios de advertencia sobre lo que decían de él en la corte o cualquier otra cosa que le comunicara. La dama de Toledo tenía razón, aquí nadie parecía lo que era y el primero en cumplir dicha sentencia fue don Francisco. De pronto me vi como un necio y mereciéndome no cincuenta sino mil latigazos por no caer en la cuenta. Agora las cosas estaban claras: Quevedo estaba cayendo en desgracia en la corte y nada le costó tener, con mi presencia, un oído entre sus enemigos. Como yo fui más allá de mi palabra con mis cartas, entré en su juego y bien que podía parecer un espía emboscado a su servicio.

Al día siguiente de la Navidad fue mi segundo encuentro con Olivares desde que entré en aquella prisión, mas esta vez no sucedió en aquel infierno de verdugo, como la anterior, sino en mi celda. En esta ocasión, para mi sorpresa, también acudió Margarita y consideré que mi suerte sería peor que cuando los azotes; llegué a pensar que tal vez la muerte zanjara el asunto.

Conforme el tiempo de aquella visita transcurría descubrí que mi primera sensación estaba equivocada. Que nos reuniéramos en aquel lugar ya era algo en sí alentador, pero el mudado talante de mis visitadores también movía a la esperanza. En los ojos de Margarita pude ver la comprensión por su cálida mirada, Olivares no mostrábase tan amenazador y Juan Lucas tan sólo parecía ausente. En honor a su rango comenzó hablando el Conde Duque:

–Doña Margarita dice querer ser aún fiadora vuestra. No sé por qué motivo cree en un fondo de inocencia en vuestros actos. Mas yo quisiera saber, si fuera cierto que no fuerais un espía, a qué esa aplicación en contar cosas a Quevedo.

–No fue más que un celoso empeño en mostrar mi agradecimiento, ya que gracias a él tuve la fortuna de prestar servicio a tan noble persona como es don Juan Lucas de Palavesín –comencé diciendo–. He de confesar que creí, en un principio, que la amistad unía a don Francisco con vuestro consejero y que sólo pretendía procurar que nada inoportuno le sucediera mientras yo estuviera con él. Sentí que dos lealtades me unían y no me pareció que mucho dañara una

con guardar la opuesta. En mi descargo les diré, señores, que también había decidido no escribir una palabra más a don Francisco después de mi última carta, hasta asegurarme si en verdad había amistad entrambos, pues con el tiempo empecé a dudar de su existencia.

–¿Y qué hacíais en la puerta del duque de Medinaceli la noche que os prendimos? –preguntaba José González–. ¿Acaso tramabais evitar su apresamiento?

–En verdad, no sé qué deciros que me empujó hasta aquella esquina. –Quise ser sincero–. Sabía que don Francisco solía cenar allí –mentí agora para proteger a Jerónimo en su confidencia– y sólo pretendía tener la oportunidad de presenciar la escena, tal vez hablar con él de nuevo. No sé de cierto qué motivaciones guiaron mis pasos hasta allí.

–Señores, crean a este hombre un desmañado de los manejos cortesanos y un incauto en el conocimiento de las intrigas, que no un traidor –dijo doña Margarita en mi descargo–. Desde el comienzo me pareció el inocente instrumento de una trama de Quevedo. Más me parece que ese viejo zorro pretendía gastar con Alonso una broma a sus enemigos, y no tanto que le sirviera como espía de asuntos graves, pues ¿qué negocios podía informarle un ayudante de un consejero de Hacienda?

–¡Ese poeta es un intrigante! –exclamó un indignado Olivares–. ¡Es un deslenguado, un irreverente y sobre todo un infiel a su rey! Margarita, no digáis nada más que pueda favorecer a semejante individuo.

–Ya sabe, excelencia, que yo misma os di aviso del contenido de estas cartas porque desconfiaba más de Quevedo que de Alonso –replicó Margarita–. Pero, creyendo en la sinceridad de éste, se me antoja que el viejo poeta tratara de procurar así una picardía para cargar contra sus enemigos.

–Si así fuera –añadió don José–, al menos, todo este embrollo ha servido para que el diligente duque del Infantado haya investigado, con tan buen acierto, como para descubrir las intrigas de Quevedo.

–Su majestad, al conocer sus actividades, ha declarado a tales como de «falta grave» –sentenció el Conde Duque–, así que dicho está y cumplirá su pena. Aquí sólo nos ocupa Alonso… En esto me dejaré guiar por Margarita y os daré la libertad –dijo, dirigiéndose a mi persona–. Dios sabe cuán benevolente puedo llegar a ser… Aunque no os creáis tan libre de mí. Como hagáis un solo gesto que denote traición o malevolencia, os mandaré ejecutar y firmaré contento vuestra sentencia.

Aquellas palabras resonaron en mis oídos como la canción más alegre que jamás hubiera escuchado. Atrás iba a quedar la paja maloliente, el hambre perpetua y sobre todo la injusta prisión y la desazón desesperanzada. No me preocupó la amenaza de muerte ante un futuro traspié, pues la experiencia me había enseñado lo suficiente como para no volver a errar con engaños e intrigas.

Cuando recuperé mi espada y mi libertad, sentí que recobraba nuevas fuerzas. Volví la vista atrás y pensé en todos aquellos que no habían vuelto a ver la prisión desde fuera y recordé a Cesare. Decidí no retener en mi mente un solo detalle más de aquel lugar. En adelante, sería como si aquel encierro jamás hubiera existido.

Una vez libre, tuve que poner en orden mis asuntos, y para ello me dirigí a don Juan Lucas; quería saber cuál era mi situación a la sazón y qué esperábase de mí. Lo encontré en su celda; era la primera vez que nos veíamos a solas tras mi arresto. Desde que al entrar viera su figura, ésta se me ofreció como si fuera espectral, al tener una bocanada de sol dándole en su espalda. Pareciome ser un espíritu de lo que había sido, por lo alejado y frío que de mí estaba. Díjome tener instrucciones concretas respecto a estar al tanto de mi persona, disponiendo de mi tiempo como creyera oportuno, aunque Olivares podía requerir de mis servicios en cualquier momento. Acordamos que podía volver a Toledo por unos días hasta comenzar febrero, después ya se prevendría. No podía dejar aquella ocasión sin que expresárale mi pesar por el dolor que pudiera haberle causado:

–Pero tenga en cuenta, don Juan Lucas –díjele–, que mi intención no era mala, sólo le daba información a Quevedo de cuál era vuestro estado y la seguridad de vuestra persona. De eso tratábase mi misión y de eso mis informes sobre vuesa merced.

–Mucho me pesó, no sólo ser engañado, sino que lo hicierais a pesar de daros mi confianza, pues creo que os he demostrado de sobra ser comprensivo; más que con un hijo, diría. Margarita me ha reconfortado y recomendado confiar en vuesa merced, voy a hacerlo porque sé que no tenéis un mal fondo, pero os aseguro que va a ser más difícil que volváis a ser de mi plena confianza.

Sin más remedio, tuve que aceptar las cosas como estaban y de aquel modo regresé en aquella ocasión a Toledo. Por el camino, en mi soledad, pude pensar en tantas cosas que mil páginas me faltarían para describirlas de las muchas que fueron.

Al llegar a mi humilde mayorazgo, fui recibido con grande alegría; me di cuenta de lo necesitado que estaba de afectos sinceros. Comparado con el Alcázar, mi casa era una cabaña, pero más tenía de palacio en mi acomodo y bienestar que todos los salones reales juntos. Aquellos días los dediqué en mayor medida al descanso y la reposición de mi hambriento cuerpo, amén de montar el caballo que regalome don Juan Lucas, que causó la admiración de todos cuando salía a pasear; no faltaba quien por él ofreciérame cantidades importantes de dinero. Después de aquel tiempo en la corte y de haber padecido la prisión, toda jornada que esos días viví parecía festiva, sólo invitábanme a la holganza y a la despreocupación.

Hubo una mañana que Francesc díjome que Ana había visto merodear a un hombre por las cercanías guardando la distancia. Desde ese aviso anduve con tiento y advertí que, bien en las calles de Toledo, bien en el campo, siempre parecía no estar solo del todo. Pensé que tal vez barruntaba un peligro imaginario debido al comentario de mi criado y que aquel hombre, visto por Ana, podía ser algún bizarro galán que andaba al acecho de Isabel. Era posible esto porque la hija de Francesc iba adquiriendo una donosura y belleza cada vez más acusada. Cuando entraba o salía de la casa con alguna de las labores que la ocupaban y cruzábame con ella, ora en un corredor estrecho, ora en una puerta, parecía que sentíale la respiración y su rubor inundaba mi mirada. No sabía a qué se debía este sonrojo en quien conocía desde niña, si tratábase por leer algún asomo de admiración en mis ojos o si era por sentirse descubierta en algún enamorado pensamiento, pues ambas cosas parecen

empujar estas emociones calladas pero intensas. Un día quise acentuar estas conmociones y dirigí mi mano a su rostro recogiéndolo como una fruta y sentí como su piel, suave al comienzo, pegábase en mi palma del sudor que hicimos entrambos. Viendo sus ojos entornados y sintiendo un temblor profundo, mezclose el deseo impetuoso e inesperado que llegué a sentir con el temor prudente, y sólo fui capaz de decirle: «Estoy muy contento con vuestra dedicación». Con una mirada, que quise ver intencionada, respondiome: «A vuesa merced la debo». Así se desvaneció cuanto de puro y de impuro tuvo aquella pequeña pasión que no atrevime a sufrir ni a disfrutar.

La familia de Francesc cuidaba de mis propiedades y de Leonora, a quien ya se conocían abuelos en Medina del Campo y decíase que estaban de camino para recogerla. La niña parecía sentirse como con su familia, menos conmigo, que era para ella un extraño. Cuando la veía, me invadía el recuerdo de cómo mi brazo se convirtió en el vil asesino de su padre y de considerarme en parte culpable de la muerte de su madre. Esto me hizo pensar cuán cerca de los placeres hállase la muerte. Don José de Ávila, cada vez estuve más cierto, dejó a su hija en mi casa para castigar mi conciencia, pues los goces pasajeros suelen hacerse con ligereza, y quiso así que su honor no cayera en olvido en mi recuerdo con facilidad extrema. Pareciome contra natura que sometiera a su misma hija a tamaña maniobra, pero imaginaba que con ella pretendía decirme: «Ya que todo me lo quitas, hasta honor y vida, mira en ella tus pecados, que no en tu alma, pues careces della».

Una tarde, en Toledo, cuando la gente comienza a no dejarse ver y yo iba por sus calles, noté que alguien seguía mis pasos una vez más. No hubiera tenido importancia de no ser por esas últimas noticias de haber visto Ana un hombre al acecho. Pensé que bien podía ser yo a quien buscaban y no a la familia que me sirve. Por tanto, decidí dejar mi montura en un callejón, cerca de San Juan de los Reyes, y esconderme a esperar qué ocurría. Apareció un mozalbete estudiando mi caballo y sus alrededores, pero no dando con mi paradero. Cuando creía que tratábase sólo de un ladronzuelo, dispuesto a hacer leva en mi descuido, vi que asomábase a la esquina diciendo hacia afuera: «Señor, no lo encuentro». Respondiole una voz con un acento portugués: «Inútil,

más me valía pagarle a un perro para seguir una pista». Y apareció en la calle un hombre corpulento de grueso y negro bigote. Ya no aguanté más en mi escondite y salí a su encuentro con ansia de conocer quién era y qué pretendía:

–¿Me buscaba vuesa merced?

Hizo el gesto de escapar, pero yo avancé mostrándole que no estaba dispuesto a que lo hiciera. Por su modo de vestir no daba el aspecto de un hombre de leva y monte, que de ser así hubiérame conformado con su huida.

–No quisiera que me obligara a luchar con vuesa merced –díjome desenvainando su espada.

–Muy bien, decidme sólo a qué obedece que me sigáis y quién sois y nada ocurrirá.

–Lo único que os diré es que no debéis temer de mí, ése es mi trato –respondió.

–Ese trato no me place ni a mí ni a mi espada.

El muchacho, que aún seguía allí, debió sopesar feo el asunto, pues dejó la escena con mis últimas palabras. Quedamos ambos contendientes cruzando nuestras miradas y rozándose apenas el filo de nuestras hojas. Ninguno decidíamos iniciar la lid, acaso porque no parecía haber motivos para ello todavía.

–Decidme lo que os pido y nada temáis –repetí, probando un último intento.

–No os temo, pero no estoy interesado en la lucha. No es deber que me ocupe –me contestó gallardo.

Quedé convencido de que no era su talante el de causarme heridas ni robarme; así pues, ¿qué pretendía? Viendo que podíamos estar así por largo tiempo, sentí la necesidad de ir resolviendo la cuestión y tomé la delantera con la espada.

Paraba mis golpes con maestría, antojábase difícil causarle daño con el que intimidarlo, a no ser que apurara más la situación. Fui

cercándolo hacia un muro, donde no le era posible el retroceso, para buscar ocasión fácil de causarle herida; mas su reacción fue la de pasar a tomar la iniciativa para salir de su embarazosa posición. Con igual maestría que defendíase atacaba, que fui yo quien me vi en apuro.

Llegó a parecerme eterna aquella lucha, como en las partidas de ajedrez cuando son diestros los contendientes y pierde sólo aquel que comete el primer error. Pedí ocasión de descansar y pareciole bien.

–Sois grande luchador –díjele.

–Mucho me habían hablado de vuestra pericia y creí que exageraban –correspondíame.

–¿Por qué no podéis decirme lo que os pido? –pregunté.

–Vuesa merced, en mi caso, también obraría igual.

–Decidme, al menos, vuestro nombre –solicitele.

–Marcelino.

–Bien, Marcelino, acabemos con esto.

Volvió a verse el brillo de los aceros con lucha tan igual que hacíase agotadora. Era en este momento cuando debía salir un ganador, pues la fatiga prodiga el error. Empezaron los primeros rasguños, pero ninguno decisivo. Al fin la suerte quiso ponerse de mi parte cuando hizo que él resbalara cayendo al suelo. La punta de mi espada rozó su pecho, presta a presionar hundiéndose, cuando de su boca salió:

–Marcelino de Faria. ¿Os dice algo mi nombre?

–¿Debería?... ¿Por qué no acabáis de decirme todo?

–Alonso, matadme o dejadme marchar libremente, pero no me deis ocasión de vivir odiándoos por obligarme a delatar más de cuanto os he dicho.

No pretendía matarlo, no le odiaba ni sentía esa necesidad, así que le dejé marchar. Pero antes quise asegurarme de que no iba a suponerme problema y le hice prometer que no me seguiría en adelante, a lo cual manifestó: «Ya no tiene sentido que lo haga, pero puede haber otros».

Anduve pensando que sobrábame caballerosidad por no haber aprovechado la ocasión de sonsacar más al tal Marcelino de Faria y no sabía por qué tenía que decirme algo su nombre, ni por qué díjome que otros podían seguirme, sobre todo intrigábame la razón de hacerlo y a encargo de quién.

Busqué a Margarita, que siempre había sido considerada conmigo, para ver si podía despejar algo de este enigma. Cuando llegué ante ella me recriminó que no eran horas de visita, pues andaba dispuesta a retirarse a descansar. Por tanto, no quise demorarme en mayores cortesías y pasé a preguntar sin más si conocía al que había sido mi oponente en la lucha callejera. Hizo una expresión de haber reconocido el nombre de mi rival y en tono reservado respondió:

–No temáis de él, si nada malo hacéis a vuestro rey.

–¿Qué queréis decir?

–Alonso, siempre parece que os vea para que me pidáis algo.

–Y no sabéis cuán agradecido estoy a vuesa merced.

–Ya lo sé –sonrió–. Buena lucha habréis tenido contra rival tan diestro. ¿Estas heridas son por él causadas?

–Sí, pero no son de cuidado... Favor, Margarita, decidme qué conocéis de este hombre.

–Mirad, Alonso, ya os dije en su día que en la corte había que andar con cuidado. Yo guardo ese precepto y con vuesa merced lo incumplí costándonos un disgusto. Tened paciencia, todo llegará en su momento.

–Será el último favor que os pida, señora.

–Marcelino de Faria suele ser encargado por el rey en inteligencias secretas. Debéis ser considerado de importancia para que os haya seguido.

–¿Y por qué lo haría?

–No seáis ingenuo. Acabáis de salir de un encierro por sospecha de traición y espionaje. Nada más natural que os sigan y averiguar qué sucede. No temáis si nada malo hacéis.

–Una vez más os estoy agradecido y soy deudor vuestro –dije al despedirme.

De esta accidentada manera aprendí que es efímera la confianza en la corte y más amiga de acechanzas que de fe sincera. No puede ser de otro modo, a mi entender, y de mí mismo desconfiaría de no ser porque siempre ando muy al tanto de quien soy. Que parece que en lugares tan palaciegos el destino juega con tu vida como si fueras un dado y nadie aparenta ser quien es, y así hasta que pueda llegar el día en el que, incluso, puedas llegar a olvidar cuál es tu verdadero talante.

Se acercaba el día de mi retorno a la corte. La noche anterior había sido fría como debe esperarse del mes de enero y anduve por las cuadras antes de irme a la cama mientras esperaba la llegada del sueño que aún no sentía. Entre tanta quietud, produjo mi sobresalto la entrada de Francesc; él también sufrió de esta emoción un tanto.

–¡Malhaya el diablo, Francesc, que me habéis asustado!

–Soc jo, senyor, soy yo –advirtiome–. Vengo, como todas las noches, al apresto de la comida de las bestias antes de acostarme.

–No sabía que eso hacías cada velada.

–El senyor desconoce todavía muchas cosas de este criado –me contestó a modo de amonestación.

–Y vuesa merced, ¿sabe mucho de mí?

–Cuanto es menester.

Disponíase a comenzar con su quehacer, pero en mi ánimo estaba hablar con alguien aquella noche. Cogí su brazo con fuerza para que me acompañara a tomar asiento y le pregunté:

–¿Cómo fue que marchasteis de Cataluña?

–Me cansé de ver la muerte por todas partes. –Por primera vez sentí su mirada de cerca y adivinábase aflicción en ella.

–¿Qué queréis decir?

–En la peste del año dieciséis vi morir a mis padres y hermanos, que muerto quise estar con ellos. Una vez casado y nacida Isabel, comenzó a caer la gente, presa del garrotillo. No quise ver mi suerte otra vez rota por estos males, ni ver mi niña (como ocurríales a otras) morir asfixiada, con los ojos enrojecidos de no poderlos cerrar y las piernas tiesas como un palo. La primera vez pensé que el cielo quiso privarme de mis seres queridos, mas en esta ocasión decidí no esperar a ver si la Providencia repetía tanto infortunio. Malvendí todo y vinimos a Castilla, tratada con mayor benevolencia por parte de esos terribles males.

–Cierto que en esos años tuve noticia de aquella desgracia.

–Mientras vostra mercè vivía en lugares remotos, en estas tierras moríamos presa de terribles enfermedades.

–¿Por qué trabajasteis aquí para mi padre?

–Vuestro padre era un gran senyor al que mi familia lloró su muerte con desconsuelo –dijo emocionado–. Cuando llegamos a Toledo, después de mucho tiempo de recorrer caminos, sentíamos la desesperación del hambre y el término de nuestras fuerzas. Él confió en nosotros, nos acogió y por fin tuvimos un hogar donde vivir. Antes de eso había llegado a pensar que no escaparía a la desgracia y que ésta me perseguía desde Cataluña para siempre.

–Tuvo suerte mi padre en dar con vosotros; no sólo parecéis ser buena gente, sino también que conocéis bien cómo atender una hacienda.

–Con perdón, senyor, sabemos de eso más que vostra mercè. Y muchas

veces pienso en otras cosas que yo haría de ser el dueño, pero, como os debo obediencia, cumplo cuanto mandáis, pues vuestras son estas tierras y ganaderías.

–¿Qué de mejor harías? –invitelo a mostrarme sus ocurrencias.

–Viñas, senyor; viñas. Déjese de granos que nada aportan. Y, si pudiera ser, elabore su vino. –Pareció animarse diciendo esto–. Sé todo cuanto hace falta para cuidar la vid y sacarle fruto; eso hacía yo en Cataluña y eso hacía mi padre. Necesita mayores posesiones y de mejor catadura para que los cereales merezcan ser cultivados. Pero aun consiguiendo buena cosecha ganaría más con la uva, pues el precio de la cebada y el trigo hállanse iguales desde no sé cuántos años.

–Bueno, bueno, Francesc, así haremos. Si consigo más dinero en estas otras industrias que me traigo por la corte, os haré entrega de buena parte para que dispongáis de cuanto me estáis diciendo. Pero debéis ser moderado con los cambios y prever los gastos que repercutirán en el futuro.

–¡Eso ya lo sé! –me espetó.

–Pues ya queda todo dicho.

–Quisiera deciros algo más, senyor –añadió Francesc.

Hablamos más aquella noche que en casi dos años, y no esperábame que pudiera prolongarse más aquella plática. Mi servidor díjome entonces:

–Nada hay más importante para mí que los servicios que pueda haceros mi familia. Como os he contado, he pasado muchos desvelos y mucho me ha costado salir airoso en estos años... –Hizo una pausa prolongada en demasía.

–¿Y qué? –preguntele casi impaciente.

–Daría mi vida por defender esto que tanto me interesa, pero, por encima de todo, el honor de mi familia es lo primero... Isabel es ya una mujer. Aunque joven, si me apura, diría que podría tener ya su casa, marido, hijos y no le falta gracia y hermosura. Senyor, todo os daría menos el honor, que es mi bien más preciado.

–¿Por qué me decís esto? –Estaba intrigado.

–Ana sabe ver en los ojos más allá de lo que puede hacerlo cualquiera –respondió–; Isabel es mujer y vostra mercè un hombre... Por nada del mundo quisiera que nadie saliera malparado, ni que tan buenos tratos como tenemos pudieran verse empañados.

Alegreme de no haber dado alimento a capricho fácil en mis pocos tratos con la joven Isabel y comprobé cuán buena consejera de mis temores fue mi prudencia durante aquellos días.

–Nada temáis de mí, que menos daño que yo nadie os podrá hacer a vuesa merced ni a vuestra familia.

Salí de las cuadras dejando allí a Francesc, más como un hombre igual que como mi servidor. En mi opinión, todos sabemos que los demás sienten y viven como nosotros mismos, pero cuánto daño no hará el hecho de no conocernos, porque nos aleja al punto de creer que los otros sean personas que también tienen sentimientos; fue lo que discerní para mis adentros de aquella conversación.

Llegué a Madrid justo a tiempo para uno de los acontecimientos más esperados en la corte. El día de San Blas, tercero del mes de febrero, el rey tenía por costumbre ir a la ermita de este patrón para honrarlo y hacer ofrenda de oraciones. Era uno de los pocos días al año que dejábase ver a los ojos del pueblo. Venían gentes de todos los lugares para estar cerca del soberano, señor de los confines del mundo, iluminado por Dios como emperador y defensor suyo en la tierra. Todo este tipo de títulos decíanse en las calles en la misma expectación de contemplarlo. No faltaban los pícaros aprovechados y los músicos de ocasión dispuestos a dedicar a su real persona unas jácaras, en espera de satisfacerlo, y confiando que éste, a cambio, dejara contentas sus bolsas.

Para aquellas fechas, la corte se había trasladado al Palacio del Buen Retiro y la distancia a la ermita de San Blas no era muy grande y alrededor della la gente se agolpaba y la guardia iba abriendo paso. Entre un numeroso séquito, muchos de sus miembros ya conocidos por mí, apareció a mi vista el rey. Estaba cerca en la distancia, pero antojábase estar muy lejos por sus modos. Su rostro no decía nada, parecía una estatua, vestido de

negro y con guantes de fina piel, seguramente en ámbar perfumados. Desprendía su porte una dignidad que parecíame estudiada y lo más que mostraba era un cortés saludo a alguna dignidad o gran dama, que le hacían reverencia llevando una mano a su sombrero los hombres y con una flexión de sus piernas las damas. Rodeábanle el Conde Duque, José González, el protonotario –a quien yo todavía no había conocido–, los condes de Monterrey y de Oñate, los marqueses de Mirabel y Santacruz, y otros miembros de la corte y de la iglesia. A prudente distancia iba don Juan Lucas, hombres de los consejos y gente de menor rango, a los que me sumé.

En el recorrido se notó un revuelo, al que acudí curioso. Tratábase de un grupo de personas, tal vez rufianes, que burlaron la protección de la guardia. A una distancia respetuosa del rey encontrábanse cuando yo los pude ver. El que parecía más decidido dirigió unas palabras a su señor:

–Majestad –dijo–, somos unos humildes músicos que ganamos nuestro sustento alimentando el oído de quien nos quiere escuchar. Dejadnos que os dediquemos una canción, que yo mismo he escrito, a cambio de vuestra atención y benevolencia con nosotros si no fuera de vuestro agrado.

El rostro del rey seguía sin mostrar emoción alguna. Para responder aprobó, más cerrando los ojos que moviendo la cabeza.

Aparecieron cuatro hombres con instrumentos de cuerda y comenzaron a arrancarles sonidos. El músico que había tomado la iniciativa de hacer tal solicitud empezó a cantar, de poco más o menos, esto:

Dios en el cielo os hizo majestad

y os dio un gran pueblo para gobernar.

Pero vuestro pueblo se siente morir,

no tiene ni para comer.

Grande sois, mi rey, hacednos sentir

vuestra justicia y vuestro saber.

¡Dios salve a mi rey! (un coro repetía)

Él nos dé su ley (el coro repitió)

y el pueblo tendrá

mil años de paz.

¡Y hambre no tendrá! (mujeres del coro)

¡Gloria majestad! (hombres del coro)

¡Y podrá cantar: (mujeres del coro)

gloria majestad! (hombres)

Y podrá decir: (mujeres)

Dios salve a mi rey (hombres)

porque soy feliz (mujeres)

gracias a mi rey (hombres)

porque con su ley (mujeres)

me ha hecho libre al fin. (todo el coro)

Y a vuestros pies juramos nuestro amor,

señor.

Terminaron entre aplausos de los allí presentes y el cantor inclinose ante su excelso señor. El rey musitó unas palabras al oído de Olivares, que se dirigió al grupo para decir:

–Tendréis aquello que os merecéis –dijo sacando una bolsa–, pero

esto no será todo, se os conducirá a un lugar donde no os faltarán alimentos.

«¡Viva el rey!, ¡viva el Conde Duque!», gritaron algunos entusiasmados, contentos por lo que parecía ser generosidad y comprensión a sus súbditos. Pero yo pude oír a Olivares, más por el movimiento de sus labios que porque me llegara su voz, decirle al jefe de la guardia: «Quitadles la bolsa y encerradlos hasta que yo os diga». El cantor debió advertir también esto, porque le mudó al pronto la expresión, de modo que su desafortunado rostro daba pena y ofrecía aún peor catadura.

Ocupé los siguientes días en subir a la torre para ver las estrellas con Jerónimo de Lezama, cortejar alguna dama en las calles y repasar algún legajo a indicación de Juan Lucas de Palavesín; nada era de mayor provecho para mí. Creí estar al margen de todo asunto de interés hasta que, pasados unos días, entregáronme un billete enviado por Olivares. En éste me decía que era importante al punto que le viera en la fiesta de máscaras que celebrábase aquella noche y que estuviera presto a partir en cualquier momento adonde me indicara después del encuentro. Debería acudir a nuestro lugar de reunión bajo pretexto de acompañar a Juan Lucas, sin más anuncios ni explicaciones a cualquier persona.

Nunca había estado en un acontecimiento tal como aquel en el que cada cual andaba aparentando ser otra persona. Pudiendo imaginar el ostentoso porte que todos tendrían, pensé que al menos debía estar limpio como alma que llega al cielo y compuse mis medios para reblandecerme la suciedad y malos olores que tuviere en agua templada al fuego. Busqué un lugar retirado para que nadie pudiera descubrirme en mi desnudo remojo como ropa de lavandera. Compré unas finas medias para mis pantorrillas, unas ligas de cintas nuevas y pensé que en teniendo la ropa limpia y perfumada era más que suficiente, «pues el honor no debe residir en la bolsa sino en la virtud», llegué a pensar para conformarme.

Al llegar advertí que más debía haber cuidado de lo contrario a lo que hice; es decir, comprar ropa nueva y dejar que mi cuerpo arrojara cuantos olores en él fueran precisos y consustanciales, pues así ocurría con todos. La ropa perfumada sólo podía distraer el olfato como para confundir la procedencia de aroma tan desairado,

pero a poco que aproximábase el sobaco cautivo caías presa del olor fugitivo. Cuidé de ocultar mis ojos, para la ocasión de la mascarada, con una banda de tela negra con dos agujeros para permitir la visión. Parecía esto el uniforme aquella noche por tantos como habían tenido la misma idea. Las mujeres lucían hermosos vestidos y eran más variadas con sus antifaces y otros adornos. Las telas de unas y otras competían en lujo, pues a los brocados y tabíes oponíanse también los terciopelos de seda granadinos.

El rey y la reina iniciaron las danzas, que tratábanse de folías, gallardas y pavanas en su mayoría. Llamó mi atención que no hacíase uso de los brazos, tan sólo de los pies, y me entretuve en observar cómo eran llevados a cabo los movimientos. Entre los que luego danzaban atrapó mi mirada una mujer, la más bella que nunca había visto. Sus cabellos parecían finos hilos de oro, su piel era blanca y anunciaba ser suave, en sus labios rojos ardían las miradas de los hombres deseosos y a sus ojos asomábase un azul profundo como un océano o el color del cielo pronto a tocar el ocaso. La máscara que ocultaba una corta parte de su rostro era insuficiente para contener tanta hermosura ni para atrapar el azul de su mirada. Cuando pensaba en preguntar para saber della, Juan Lucas adelantose a mi intención dándome respuesta, pues ya había advertido mi grande interés por aquella dama.

–No es mujer para encapricharse della, Alonso.

–¿Quién es?

–Camille du Guesclin, la esposa de un importante banquero genovés, afincado en España desde hace bastante tiempo. Éste llámase Piero Lombardi y es, con mucho, mayor que ella. Medró en la corte y no cesó de buscar mujer hasta conseguirla, desde aquella pragmática promulgada al comienzo del reinado donde el estar casado era más que bien considerado.

–¿Es por ello por lo que no creéis conveniente que un hombre deba encapricharse della? –Más quise saber.

–Por esta lógica causa y... porque dicen della que ha sido presa fácil de cualquiera que ha querido gozarla, si es poderoso. Se ha llegado a creer que el propio marido ha alimentado sus cuernos,

beneficiándose del fruto de los presentes que la mujer recibía. Por no decir de los favores innumerables que ha conseguido.

–¿Qué me decís? ¡Es indigno! ¡Es deshonroso!

–¡Ah! ¡La dignidad...! Eso dícese, pero también que cuando él no da su consentimiento aparecen, poco después de los pecaminosos encuentros, los cadáveres de los galanes.

–¿Cómo puede ser que una mujer tan bella tenga una vida tal?

–Tened en cuenta –me decía Juan Lucas– que don Piero es hombre muy rico y las mujeres gustan de estar bien servidas.

Hubo un momento en el que la mirada de esa dama y la mía cruzáronse. Yo sentí una herida tal, que acaso Cupido suscitara. Desde que ocurrió el suceso de don José de Ávila me juré no probar mujer ajena, ni aun codiciarla; mas su sola imagen embelesaba mi alma. Tenía que aproximarme y ver de cerca cuánto perdía. Mis piernas a ella me llevaron y no podía ver otra cosa que no fuera su hermosura. Su marido departía con José González al fondo de la sala y, por tanto, quedaba esa dama sola; parecía que el destino quisiera prodigarme aquella ocasión.

–Le presento mis respetos y admiración, señora –arranqué diciendo, mientras le hacía una reverencia como es debido.

–¿Quién presenta esos respetos y admiración? –preguntó ella.

–Alonso de Yáñez y Zúñiga.

–No os conozco. ¿Acaso debería?

–Era deber mío presentarme, y mi dolor que me ignorarais. Sólo aspiraba a tener el honor y el placer de sentirme reflejado en vuestros ojos.

Su vestido de seda carmesí con bordados de oro era ínfimo adorno en tan bien labrado rostro y talle tan sugerente. Sentime un Tántalo sediento tras el agua que nunca alcanza, porque ésta huye de sus labios, como reza la leyenda, debido a un castigo divino; pero mi pena no tenía un delito que la amparara. Este ser mitológico había

ofendido a los dioses para sufrir tamaña sanción, y si yo hubiera hecho un tanto, cuánto no habría ya pagado únicamente por estar en su presencia y tratar de acallar mi ansia. Al pronto sentí que navegaba en aguas peligrosas y, como Ulises, creí necesario amarrarme a un lugar sólido para que no arrastrárame a mi perdición el canto de sirena que era para mí la sola presencia de Camille y su hermosura. Aparté mi mirada de sus ojos y de su piel, y pensé en una honrosa retirada:

–Creo conveniente dejaros, iré con mi gente.

–Aún no tengo con quien hacer la siguiente danza, no sé si es un atrevimiento deciros esto... –Impaciente, me adelanté para no permitir que una dama hiciera oficios más propios de un caballero.

–Iré con mi gente si no me concedéis el privilegio de bailar con vuesa merced.

Por toda respuesta obtuve una sonrisa y uniéronse nuestras manos caminando al lugar donde todos esperaban oír los sones de una pavana.

–¿Quién es vuestra gente, Alonso? –preguntome.

–Los miembros del Consejo de Hacienda.

–¿Sois consejero? –insistió en saber de mí.

–Algo parecido... Doy consejo a los consejeros.

–¡Debéis ser hombre ilustre!

Regalábame al decir esto, de nuevo, con su sonrisa. Toda la noche hubiera mentido por conseguir tan precioso trofeo una vez tras otra. Intenté, como pude, no desentonar entre tanto danzante diestro, mas Camille parecía contener la risa cada vez que fijábase en mis torpes pasos. En ciertos instantes su rostro y el mío andaban tan cerca que podía notar su suave aroma y hasta el aire que despedía al respirar; alegreme de haberme puesto a remojo y no corresponder al olfato de esa dama con el sudor de todo un invierno. Los pocos momentos que no estuve presa de su encanto pude advertir algunas miradas poco amistosas, como eran las de Palavesín y Olivares.

Recordé a tiempo que mi misión allí no era acompañar a las esposas de los invitados, sino esperar las órdenes del Conde Duque. Al acabar la pieza quise escapar a terreno seguro. Ella seguía sola y solicitó algo más de mi atención de forma precavida:

–Venid, Alonso, quiero que conozcáis a mi mejor amiga.

Llegamos hasta otra dama de buen porte, mas lejos de ser de tan buen gusto y distinción como mi acompañante:

–Os presento a la señorita Mendoza –dijo Camille, pareciéndome que sus miradas delataban algún secreto entrambas–. Es grande amiga mía y a la que debo muchos favores. Goza de toda mi confianza.

Intercambiamos saludos y hablamos de temas sin trascendencia unos minutos. Quise estar siempre a la vista de Olivares por si era menester que me requiriera, pero no hizo una sola señal, ni envió mensaje alguno. Cuando la señorita Mendoza volvió a dejarnos solos de nuevo a la señora de Lombardi y a mí, díjome ésta:

–No habéis presentado respetos ni admiraciones a mi amiga.

Nada respondí ante lo evidente. En mi pecho agolpábanse mil declaraciones de amor con las que poderle rendir homenaje, no a la señorita Mendoza, sino a mi interlocutora, mas contuve la tormenta. Pude observar que Olivares estaba ausente y también perdí de vista a Juan Lucas, por tanto, decidí saber algo más de esa mujer:

–¿Quién sois, Camille?

–Veo que sabéis de mí..., al menos mi nombre. Ya conoceréis, entonces, de los peligros que os acechan por estar conmigo; debo suponer que habréis oído esa clase de murmuraciones terribles sobre mi persona.

–¿Y es eso cierto? –atrevime a preguntar.

–Eso sólo pueden saberlo los valientes –díjome con otra de sus sonrisas, mientras devolvía el saludo a otros caballeros.

La idea sola de imaginar que alguno de aquellos hombres hubiera

podido estar con ella en amoroso encuentro, encendía mi ira sin que ella fuera mi esposa. Cada saludo cortés veíalo como un concierto de cita, como un mensaje secreto. Sin darme cuenta de qué hacía, sujeté con firmeza su brazo y le dije:

–Si fuerais mi mujer nunca oiríais murmuraciones tales.

–Pero no lo soy –respondió soltando mi brazo con resolución.

–Así es; ni debe importarme –repuse la compostura–. Contadme algo más... No sois de aquí, a juzgar por vuestro nombre.

–Soy francesa, nací en Chartres, no muy lejos de París.

–¿Y cómo conocisteis a Piero?

–Queréis saber demasiado... Como a tantas mujeres, un día tu padre dice de casarte y has de hacerlo sin más remedio.

Casi sorprendiéndonos en esta conversación apareció Piero Lombardi, precedido de una enorme tripa y arrastrando sus bastantes años. Su mirada lanzó saetas envenenadas a la mía. Tuve que sufrir las presentaciones, pero diría que él también las padeció, pues ni Piero ni yo mostrábamos ánimo en hacer tal cosa.

Al llegar junto a Juan Lucas y demás miembros del Consejo, advirtiéronme todos de mi comportamiento imprudente y de la mala impresión que había causado a Olivares, por no decir a ese Matusalén del marido de Camille. Yo no quité ni añadí a sus comentarios un ápice; el corazón parece mandar órdenes impetuosas que no obedecen a los más sabios consejos. A decir verdad, en aquel momento, era como si mi voluntad no fuera otra que la de escuchar cualquier palabra que saliera de los labios de tan bella dama.

La noche transcurría lenta en mi sufrimiento por ver a Camille de lejos y no poder respirar su aroma; también por cuánto tardaba el Conde Duque en hacerme llegar señal o mensaje alguno. La reina estaba sentada junto al rey que, exhausto de tanta danza, parecía recorrer con sus ojos el porte de las damas más hermosas. Conociendo la fama de su majestad, era posible que imaginara en su

mente los encantos secretos de aquellas cortesanas y anduviera haciendo cuentas de cuál de ellas solicitar compaña en una próxima ocasión más reservada. Y es que, mientras observaba a las danzantes, su mandíbula parecía aún más prominente, si cabe; supuse que podía ser por estar presa de la misma tensión amatoria. Fama tienen sus correrías entre damas de todo tipo sin distingos de su rango, aunque en sus ojos también se descubrieran miradas de cariño a la reina.

Detrás de sus máscaras y adornos, pude adivinar las identidades de los más principales y de las mujeres más distinguidas de la corte. Después de algunas horas, un criado trájome un billete firmado por Olivares. En esa nota ordenaba que cuando llegara el final de la fiesta acudiera a encontrarme con él en su cámara, adonde el mismo sirviente me guiaría. Pensé en cuándo sería llegado el momento para que ese hombre descansara, tan avanzada la noche como estaba y tan dispuesta a durar como antojábase, a juzgar por el notorio goce que la danza procuraba a los invitados.

Al instante apareció la señorita Mendoza, que susurró un mensaje en mi oído al amparo de su abanico. Díjome que la esposa de Lombardi iba a retirarse, con excusa de tomar un respiro, mientras su marido tenía unas palabras con Albise Contarini, embajador de Venecia a la sazón. Ella se dirigiría a unos aposentos que, a modo de cortesía, le habían permitido usar para su aderezo y retoque de sus afeites o cualquier uso que estimara conveniente ella o su esposo. Camille había dado recado a su amiga para que solicitara mi presencia en ese lugar, si otra no era mi voluntad, porque deseaba proseguir con la conversación que habíamos iniciado. Dejó instrucciones de cómo debía dirigirme a su aposento: al subir las escaleras debía contar hasta la quinta puerta y golpear en ella cuatro veces, a modo de señal, para franquearme el paso. Mas para mi desgracia comprobé que su marido y el tal embajador mantenían su conversación al pie de las escaleras que daban acceso al piso adonde debía ir, si es que mi imprudencia fuera todavía mayor que mi ansia. Don Piero, aun hablando, parecía no tener ojos más que para seguir mis pasos en la sala. Incluso fue mi impresión que una sonrisa burlona emergía entre sus labios.

No sabiendo cómo resolver la situación, salí al Patio que llaman del

Emperador para ver, al menos, la luz que salía de su estancia. Comprobé que unas columnas sujetaban un ala de tejado, justo debajo de las ventanas. Y lisonjero me vi al poder contar con unas cajas y toneles, almacenados en un rincón del patio, que formaban una improvisada escalera para acceder al tejadillo. Con ánimo renovado, ascendí por aquella escala de fortuna y atravesé el espacio justo para llegar hasta una de esas ventanas; la que significaba mi puerta de entrada al paraíso.

Desde afuera pude ver cómo, junto a la señorita Mendoza, Camille acercaba un oído a la puerta; quise pensar que esperando mi llegada. Llamé dando con los nudillos en los cristales y abriome ella con sorprendida risa.

–Caro hacéis que resulte conocer vuestros secretos.

–Ya os dije que sólo los valientes saben dellos.

Marchose la otra dama a vigilar las escaleras y quedamos solos. No sabría repetir las palabras que nos dijimos al comienzo, aunque sí recuerdo que, para halagarme en mi orgullo –eso pensé–, me preguntaba sobre los asuntos tan importantes de los cuales yo sería conocedor como consejero de consejeros. Nada podía contarle, claro está; disculpé mi silencio con la excusa de no querer enturbiar aquella noche con pesados asuntos. Pedile que mostrárame su rostro sin máscaras que lo ocultaran. Y así hizo para mi admiración por nariz tan bien trazada y rostro tan hermoso. Nos dedicamos requiebros de los que dícense los enamorados. Yo sentíame etéreo y gozoso mientras la música, que hasta allí llegaba su son, parecía convertirse en una otra distinta, extraña a mis oídos, como si estuviera presa de un encanto. Aún hoy, al recordar estos hechos, todavía parece que la escucho, llena de sentir y armonía.

Añado aquí unos versos que compuse en memoria de aquellos instantes:

Embriágame el sentido,

zumbando en mis oídos,

como cometas, de esta noche inmensa,
tus susurros.
Amor,
augusto amor;
que un atrevido beso
sirva de señal
de este dulce rotar
que siento en pleno vértigo.
Amor.
¿Dije amor?
Quién sabe si no eres más
que una imagen,
forjada en mi mente,
por un dulce hechizo.
Quién me dice
que, al beber de tus labios,
si ésa es mi fortuna,
lo que hago no es más
que absorber, encantado,
un mágico bebedizo.
Y siento la noche abrazarnos...
...que parece que el mundo no tenga techo

para que una lluvia de estrellas y rocío
caiga a regar este lecho.
¡Qué extraña noche de cometas o susurros,
que nos hace sentir etéreos y confusos!
En tu pelo,
en tus ojos,
son los mismos rayos de la luna
los que juegan a cegarme.
Sí,
diríase que el mundo perdió su techo,
doquiera nos encontremos,
y bajo las estrellas
se tejiera
una dulce desazón en mi pecho,
y se aviven estas ansias
que apenas sujeto.
¿Habrá en verdad tanta dicha?
¿O el diablo prepara un vil golpe
de amargor cuando no estés,
y descubra el horror
de ser sin tenerte?
Si acaricio tu cuerpo,

y sobrevivo,

puedo soñar con la vida;

con cascadas de agua

que dan vida a la tierra.

Y si mi mano no tiembla

y osa tocarte los broches

de tu vestido

y, reitero,

si sobrevivo,

juro amarte…

… o perder el sentido.

De cuantos detalles sucedieron en aquella entrevista secreta nada más diré, como buen caballero. De aquel encuentro sólo dejo estas líneas escritas con un orden a modo de versos, donde reflejo cuál fue mi ánimo y cuál mi pasión; nunca saboreé con tanta fineza ni tanto desvarío un momento como aquél.

Algo más tarde sonó en la puerta un toque arrebatado y del otro lado vino la voz de la Mendoza, harto azorada: «¡Camille! ¡Vuestro marido sube con Olmedilla!». Tan rápido como pude hallábame presto para abandonar el aposento; no quería enfrentarme a un nuevo lance de honor, ni someter a aquella dama a una afrenta más en su honra. Desde la puerta me despedí de su imagen a la luz de la luna; nunca habría evidencia de mi estancia en aquel lugar, aunque en mi alma llevaba impresa la huella de aquellos instantes. Mi intención era la de entrar en otro de los aposentos que daban al corredor, aun a riesgo de haber alguien adentro y, con fortuna, saldría por allí de nuevo al tejadillo cuando no hubiera moros en la costa y de ahí a la libertad. Pero nada más abrir la puerta de la

siguiente pieza apareció por el pasillo don Piero y el tal Olmedilla; éste era uno de esos que llámanse «lindos» por el cuidado de su aspecto. Lombardi fue tajante en su orden: «¡A él! ¡Matadlo si es preciso!». Intenté probar mediante la palabra a evitar lo que parecía un inevitable movimiento de espada:

–¡Lombardi! ¿A qué tanto afán por acabar conmigo?

–¡Bien lo sabéis, bellaco! ¡El honor de un hombre sólo se lava con sangre!

–¿Qué honor decís? –díjele con poca fortuna y bastante arrojo–. Siendo banquero poco os habrá de quedar, y, si os estáis refiriendo a vuestra esposa, ya veis que a otra habitación me dirijo. –No tuve otra ocurrencia que ésta para ocultar mi falta.

–¡Diablos, Olmedilla! ¿Qué esperáis? –entonaba–. ¡Acabad con él!

Aquel pisaverde corría hacia mí a la par que sus lazos y las ondas de su cabello movíanse con el trote. Aún quise salir por la ventana de aquella estancia, pero antes de hacerlo sentí demasiado cercanos sus pasos a mi espalda. Al volverme, vi su silueta contrastada en la luz del pasillo, su posición en guardia, dispuesto a atravesarme si dábale la espalda.

–No os daré ocasión de mostraros mi trasero, lindo Olmedilla, no sea que gocéis atravesándolo –le arrojé con ironía.

–Mi espada no tiene miramientos –contestome, arrogante.

En esto que apareció don Piero con un candelabro de tres brazos, cada uno con su llama encendida, y nos dijo:

–Les traigo, señores, luz para que las heridas sean precisas. No quiero tener noticias inciertas.

Al salir cerró la puerta, pero dejó tras de sí una advertencia: «Lo quiero muerto, Olmedilla». Con la sonrisa en el rostro, mi adversario comenzó a hacer un alarde de manejo de la espada, cortando el aire en todas direcciones. Harto de ver tanta demostración de vanidad, aproveché un descuido para segarle uno de los rizos que colgaban de su frente. Aquello decidió que los

metales hablaran con su sonido verdadero y entablose la lucha anunciada. Paré todos sus golpes y él hacía un tanto. Cada vez que me decidía a causarle herida demostraba su agilidad esquivando mis lances. Así estuvimos un tiempo hasta que ocurrió algo decisivo: hubo una vez que estuve seguro de poder ensartarlo y tiré a fondo el estoque; fue tal mi suerte, que en lugar de darle a él hícelo con el candelabro, yendo éste a parar al suelo. Al caer prendió la alfombra, y sus llamas encendieron la capa de Olmedilla. Quise avisarle de la situación, mas mi contendiente estaba ciego en la lucha y no quiso atender mis palabras; cuando fue a darse cuenta una lengua de fuego quemó su rostro. Aproveché la confusión para salir de aquel trance y escapé por la ventana al tejadillo; realicé el mismo recorrido que en la subida, pero a la inversa. Sentí alivio al llegar al Patio del Emperador. Quería escapar de tan embarazosa situación que sólo podía aportarme inconvenientes.

Sabía que sería mal acogido mi interés por Camille. También que causaría contrariedad sin límites provocar una lid en el mismo palacio, y no digamos cuán enojoso sería que pudieran relacionarme con el incendio, que estaba yendo a mayores en aquellas habitaciones. Procuré disimular sorpresa cuando regresé al salón, donde seguían las danzas, avisando del fuego a los presentes. Creé grande confusión, como pretendía, entre todos los danzantes. Olmedilla apareció por las escaleras dando gritos a causa de las quemaduras, provocando así mayor alboroto, si cabía. Olivares comenzó a vomitar órdenes, ya que él mismo dirigió lo que era preciso hacer. Era evidente que aquella noche no habría de darme las instrucciones esperadas, pues asunto tan principal, como era apagar ese incendio, debería ocuparle hasta el día siguiente.

Aquel suceso motivó que la corte tuviera que trasladarse desde el Palacio del Buen Retiro al de Aranjuez en los días siguientes, mientras el Conde Duque encargábase de todos los cometidos que hubiera menester realizar para la pronta restauración de los daños. Si me paraba a pensar en secreto acerca de todo este extravío, me parecía una chanza que toda una corte se trasladase a otro lugar por un lance errado de mi espada. Yo permanecí en el Alcázar, lugar al que íbame acostumbrando como segundo hogar y que parecíame cada vez más confortable, tanto en cuanto comparábalo con la prisión adonde había ido a parar hacía dos meses.

Dediqué aquellos días a buscar a Camille. Su recuerdo parecía como un sueño por cuanto de irreal y efímero quedó impreso en mi mente. Quería ver su persona a la luz del día, libre de encantamientos y hechizos como la noche parece procurar, como un hombre y una mujer pueden mirarse a la cara y leer sus corazones. Hice igual que tantas veces: esperaba frente a la casa a que el marido saliera por algún motivo y mandaba a un niño distraído con una nota. En ella solía requerir de la esposa que dejara entreabierta la puerta para facilitar mi acceso a la menor oportunidad de no ser visto. En este caso, por dos veces entreabriose y cerrose la puerta en cuestión. Aquello encendía mi ansia y debilitaba mi confianza, que ambas cosas suelen ir parejas. En la última vez que vi ocasión de entrar hícelo como ladrón, raudo y precavido, hasta que tropecé con sus ojos oceánicos. Antes que las palabras pudieran causar desánimo o abrir herida, besé sus labios y aspiré su aroma, sintiéndola entre mis brazos, pero ofrecía su talante mensajes equívocos. Sus ojos delataban atención, mas sus palabras desdén, lejanía:

–Debéis marchar presto antes de que Piero regrese.

–¿Es sólo temor o es que no queréis verme más?

–Es que no debéis volver –concluyó.

–No habéis respondido a mi pregunta –insistí.

–Debo ser correspondiente con él, porque Piero ha hecho mucho por mí. Me libró de la pobreza de mi familia y dio consuelo a unos padres necesitados, a quienes de vez en cuando ofrece unas dádivas por los medios que se le ofrece aprovechar. Mucho adeudo a ese hombre.

–¿Qué debéis? ¿Enterraros en vida?

–Creedme, Alonso, es mejor que os marchéis. Nada en mí debe interesaros. Andad con Dios. –Sus labios, sabrosos como frutos, rozaron los míos por última vez.

–Si alguna vez necesitáis de mí, sólo tenéis que buscarme; no quiero causaros inconvenientes –acabé.

Más adelante la verían mis ojos, pero nunca más hablé con ella, ni pude sentirla tan cerca; cómo de breve puede ser una pasión y cuánta zozobra puede albergar su sentimiento. En aquel instante maldije a Lombardi y su suerte, pero la vida enseña que cada cual arrastra sus miserias y sus grandezas, y debemos preocuparnos más del propio destino que del ajeno.

Era el último día de aquel largo febrero cuando Olivares solicitó mi presencia. Fue, de nuevo, en la biblioteca y con Rioja de por medio; el silencio atravesaba la mirada fija que los ojillos del Conde Duque me dedicaban. Sentí que avecinábase un momento difícil; como a la tormenta preceden las nubes, sólo quedaba esperar que sucediera y acabara cuanto antes.

–¿Es así como queréis agradarme? –comenzó diciendo–. ¿Esperando mis órdenes mientras danzáis con la esposa de un hombre influyente, al que causáis un ataque de cuernos?

Aunque esperaba algún tipo de comentario desde lo sucedido en la noche del baile de máscaras, confiaba que el tiempo hubiéralo enfriado tanto como para ser olvidado. En respuesta a su primera pregunta, pensaba que nunca díjele que fuera interés mío agradarle. En cuanto al resto, yo estuve a la espera de unas órdenes que nunca llegaron. En cuanto a la dama, bien sé cuáles eran mis intenciones, pero no podía creer que tan grave antojárasele que bailara con ella, pues éste fue el único delito que Olivares, con fundamento, podía otorgarme de cuanto ocurrió aquella noche.

–Vuestras instrucciones tardaban, y nada malo creí hacer danzando con aquella dama.

–Mil damitas podíais haber elegido y no la mujer de Lombardi o de otro hombre principal.

–Únicamente bailé con ella una danza –contesté mintiendo a medias.

–Ni aún recogerla del suelo si hubiera caído y hubiérase causado graves heridas, era asunto que os correspondiera –dijo él–; tenéis que conocer vuestro lugar en esta corte.

Unas sacudidas de su cabeza siguieron a estas palabras a modo de ira mal contenida. No pude por más que dejar la cuestión sin añadir una sola palabra, a fin de no incrementar aquella emoción y acabar malparado con estos asuntos. Aun así, él volvió a articular esa suerte de mensajes contrarios a los que empezaba a acostumbrarme:

–Sólo os lo diré una vez, Alonso: cuando se aguarda una instrucción mía no se hace otra cosa; que, igual que yo ocupo mis menesteres con dedicación suma, eso mismo espero de los que han de servirme. En cuanto a las mujeres, podéis hacer lo que os plazca según el talante de vuestra conciencia, pero no quiero sufrir inconveniencias por los devaneos de uno de mis servidores, que aspira a llevar ropas más grandes de lo que su merecimiento obliga. No culpo vuestra juventud, sino la falta de comedimiento que prodigasteis.

–Difícil me lo pone su excelencia –atrevime a decir–, pues entre las damas que juzgáis no merezco y las que yo estimo no son deudoras de mis atenciones, no muchas llenarán mis días de gozo, ni será fácil holgar con los placeres sencillos que todo hombre desea, ya sea la danza, la conversación o la simple admiración expresada.

–¡Tiempo y mujeres quedarán donde fijar vuestros intereses! Pero, cuando estéis en la corte, habéis de considerar la oportunidad de vuestros actos.

Sin dar opción a que yo le hiciera más comentario, que dispuesto estaba a no hacerlo, girose para recoger un sobre que lacró con su sello. Tras esto, levantose y díjome con tono grave:

–Este mensaje tiene el valor de vuestra vida, quizá más sin regatear ninguno de vuestros merecimientos; debéis dárselo en mano al virrey de Cataluña, el conde de Santa Coloma. Sólo a él lo entregaréis y, si llegara el momento de creer que hubiera serio peligro de acabar en manos de un extraño que os lo pudiera arrebatar, antes sería preciso que lo destruyerais. Ha de llegarle íntegro y nadie debe saber que portáis misiva tan importante, salvo vuesa merced, hasta que lleguéis a vuestro destino.

–¿Cómo podré llegar hasta el virrey? –pregunté–. Nadie me conoce.

–Llevaréis un salvoconducto con mi firma, y tendréis paso franco

hasta su presencia.

Al pronto apareció una sonrisa en su rostro cuando disimuló, en esto, haber tenido un olvido; con este gesto retuvo mi atención para decirme:

–Por cierto, cuando hayáis entregado el mensaje tenéis que avisar a un amigo que os espera ya en Barcelona –aquí aumentó su divertida expresión–. éste es Marcelino de Faria… Creo que os tenéis gran simpatía.

–Tan sólo cruzamos unas palabras, frías como el metal.

–Pues bien –prosiguió–, él aguarda a que le deis noticias de vuestra entrega. Tras esto esperaréis a volver cuando el conde de Santa Coloma os indique.

–¿Cómo daré con el paradero de Faria? –insistí en este tipo de preguntas.

–Eso son asuntos menores, Alonso; él dará con vuesa merced sin dificultad.

Y de este modo comenzó mi primer servicio a tan principal señor como era Olivares. Desde que aquella carta llegó a mis manos sentí el empuje de la curiosidad por su contenido, pero tenía que resistirme porque parecía ser un asunto grave y en extremo inconveniente que mi debilidad incurriera en tan grave infracción. Ese mismo día me puse en camino hacia Barcelona. Nunca había estado allí, pero esperaba que en no más de seis o siete jornadas cumpliera todo su recorrido.

Pensé ver una vez más a Camille, aunque me prometí no hacerlo para cumplir su voluntad; mas ésta no parecía ser la que pronunció su boca, sino aquella que indicaba su mirada. Conformábase mi ánimo con tenerla una última vez cerca, aunque si la viera sería mayor mi necesidad della. Al fin, me convencí de que era mujer de otro hombre –o de otros– y que no debía empeñar la misión que se me acababa de encomendar por un sentimiento con tan débiles fundamentos.

CAPÍTULO CUARTO

DE MIS SERVICIOS EN CATALUÑA Y LOS INFORTUNIOS

DE LOS QUE FUI TESTIGO A MI VUELTA

Los atardeceres devienen en el alma de los hombres las más diversas emociones. Si por ventura éstas son buenas, son un bello espejo donde inspirar la pasión de la vida; si la desdicha porta malos sentimientos, parecen enrojecidos por la sangre del dolor. Así como la noche se ocupa de envolver en oscuridad los rincones, laten, ocultos, esos afectos, en una agitada amalgama de íntima vivencia. Aquella tarde yo viví ambas cosas y tuve la fortuna de disfrutar con un mismo fenómeno dos paisajes internos. Al caer la tiniebla, bullían en mi alma encontrados pareceres sobre tantos avatares como íbanme sucediendo y paraban en mis mientes.

En el secreto de una noche fría y estrellada busqué un lugar donde descansar las fatigas de tan largo viaje para un hombre solo. Di con una posada en llegar a Zaragoza, donde un huésped ofreciome el mejor de sus aposentos, muy en consonancia con la bolsa que le mostré llena de brillante moneda. A la luz de una vela, acariciaba entre mis manos el sobre entregado a mi custodia; igual que había hecho varias veces en ese recorrido desde que salí de Madrid. En cuántas ocasiones había especulado de su contenido, había perdido la cuenta; siempre pensaba que debía ser asunto grave y muy secreto como para hacer uso de un mensajero desconocido como yo lo era. También había momentos en los que pensaba si no sería una prueba a la que sometíame Olivares para saber de mi competencia y acaso portara una carta carente de importancia.

Perdido en estos pensamientos, me encontré con una sorpresa que alteró mi ánimo. Mis dedos repasaban la lisa superficie del papel hasta llegar al sello, de natural suave, cuando advertí una áspera arista sobresaliente. Me acerqué más a la llama para que su luz ayudara a mis ojos y comprobé que se había quebrado el lacre

dejando la carta franca. Mi mismo celo en guardarla en lo más escondido de mis pertenencias produjo que algo cortáralo con el tráfago del viaje. Acreedor de mi infortunio por mi poca previsión, no hallé otra cosa en que pensar que no fuera en la condena que merecería semejante descuido. Acusado de infidelidad a mi rey y salvado con tanto apuro por doña Margarita, esta vez caería sobre mí algo más firme que una sospecha. Pero no sólo no quise perder la entereza, pues siempre puede buscarse un remedio a cualquier tesitura, sino que endulzó mi ánimo ante estos hechos la fácil disposición del contenido de este sobre, tan codiciado por mí.

Tardé unos instantes en extraer el escrito, no sabría comedir si por temor a mi falta de discreción o si no fuera por saborear momento tan deseado. Cuando me dispuse a leer, tenía ante mí una carta donde el Conde Duque expresaba al virrey, conde de Santa Coloma, su sentir ante la situación catalana, de la que yo tan poco conocía. No puedo recordar con exactitud cuanto allí se decía, pero cuán menester fue todo lo que pude leer de ese memorial, para que yo conociera los fundamentos de los sucesos venideros, que he dispuesto transcribirlo (aun lo poco que conserva mi memoria), rogando al Altísimo me auxilie para no causar perjuicio y que interceda por mí, si no obtengo la comprensión de sus hijos por hacerlo. Decidido a revelar esta confidencia, lo expongo aquí:

Cataluña es una provincia que no hay rey en el mundo que tenga otra igual a ella... Ha de tener reyes y señores, pero que a estos señores no les han de hacer ningún servicio, ni aquel que es necesario precisamente para la conservación della. Que este rey y este señor no ha de poder hacer ninguna cosa en ella de cuantas quisiere y, lo que, es más, ni de cuantas conviniere. Si la acometen los enemigos, la ha de defender su rey sin obrar ellos de su parte lo que deben ni exponer su gente a los peligros. Ha de traer un ejército de fuera, le ha de sustentar, ha de cobrar las plazas que se perdieren, y este ejército, ni echado al enemigo ni antes de echarle el tiempo que no se puede campear, no le ha de alojar la provincia.

Más razones y argumentos esgrimía Olivares que no recuerdo, aunque por eso no quiero decir que fueran de menos enjundia, quizá más tuvieran, pero, a decir verdad, faltaría mucho a ésta si contara aquello que se me escapa al recuerdo. Por lo demás, este

fragmento rememorado viene al caso de contar cómo planteábase Olivares el asunto catalán en su opinión sincera, que es razón primera por la que aquí la he hecho aparecer.

En esto que descubro una nota añadida dentro del sobre, que despertó mi ya alimentada curiosidad. En ella decíale al virrey que, con fecha de veintisiete de febrero, el Consejo de Aragón acordaba que se hiciera prisión y se alejara de Barcelona a varios diputats, a fin de eliminar tanta resistencia como encuéntrase en esa provincia a la voluntad real. Tratábase de medidas de mayor fuerza que las empleadas hasta entonces, junto a una investigación de las maniobras sediciosas del Consell de Cent de Barcelona y el alojamiento de tropas en la misma capital. Estaba, dicha decisión, a falta de la aprobación de su majestad, pero dábase por cosa hecha. Por tanto, le encomendaba ir concertando cuanto fuera menester, con la máxima discreción, hasta que llegara la ocasión de cumplir estas disposiciones. Ese momento sería reflejado en un informe, que le haría llegar por los medios que se consideraran oportunos.

Dios dejó dispuesto que no fuera difícil encontrar en Zaragoza quien pusiera remedio al sello fragmentado. Con las artes que celosamente ocultó a mi vista, un viejo recompuso aquello que ponía mi vida en peligro, no sin cobrarme el doble de lo pactado; acaso porque al ver el lacre con el sello de Olivares sintió que aquello duplicaba los riesgos de semejante industria. Él no quiso preguntar y yo no me vi obligado a responder, faltando a la verdad, sobre el autor de aquella marca que sellaba el sobre. También tuve que comprar el silencio de quienes me guiaron hasta aquel artesano, reparador de tantos percances como a un hombre en vida pueden sucederle y provocar que, aunque siga siendo hombre, lo sea muerto. Dijéronme que salvó la cabeza de muchos elaborando salvoconductos, realizando órdenes de indultos y revocando penas de muerte; tan idénticas eran a las que hubieran hecho las mismas autoridades a quienes imitaba, que muchos suplantados no dudaban de haber realizado ellos mismos, de su puño y letra y con su mismo sello, los documentos falsificados al ver su obra.

Y con la bolsa más vacía que llena, llegué a Barcelona. Una vez allí, pude ver el mar, que desde la milicia no había visto con mis ojos; harto inmenso y hermoso presentábase, sólo tapado en parte por la

figura de las galeras que allí fondeaban. La catedral reunía multitudes en torno a sí y, paso a paso, desde ésta, llegué ante el palacio del virrey, guiado por las gentes que la fortuna quiso que me respondieran cuando yo les pedí me indicaran. No sé ante cuántas puertas tuve que esperar a que se me franqueara el paso, como ya era uso común en mi vida cortesana, hasta llegar a la presencia del conde de Santa Coloma.

–¿Decís que sois mensajero de Olivares?

–Así es –me limité a decir.

–No os conozco.

Recogió la carta y pareció examinarla con cuidado, como si no confiara que fuera auténtica. Aquellos instantes pareciéronme horas y ni todo el aire que flotara en aquella grande sala me parecía suficiente para poder respirar, de tan ahogado en mi preocupación como estaba. Temía que descubriera mi infracción porque notara que el sello de aquella misiva estaba remediado. Sus ojos, ora miraban el sobre, ora mi rostro, y mi corazón marcaba los sones del tambor que conducen al reo camino del cadalso. Abrió, por fin, la carta y sentí mi respiración inundar sin traba alguna mi cuerpo, acallándose también ese latir profundo que estaba sintiendo.

Era el virrey de esos que al leer mueven los labios y gimen su contenido. Esa misma condición expresiva me permitía percibir sin dificultad el aviso que sus sonidos dábanme de sus emociones hacia aquella carta, que no llegó virgen a sus manos. No pareció gustarle en demasía cuanto iba leyendo, pero un leve balanceo de su cabeza y algún gruñido indicábanme que estaba cerca de su comprensión. Más contundente fue un «¡Vive Dios!», pronunciado con toda claridad al ver el contenido de la nota adjunta, aquella que solicitaba estar presto al apresamiento de varios diputats. Una vez leída la misiva, preguntome:

–¿Espera Olivares respuesta?, ¿dio alguna instrucción verbal?

–Nada sé, señor, ni del contenido de la carta ni de las instrucciones que os pueda dar. La única orden para mí fue que debo regresar a Madrid cuando su excelencia lo tenga a bien.

Sin más palabras, se dirigió a una sala contigua, cerrando la puerta tras de sí. Quedé solo en esa estancia desierta sin saber qué hacer; si retirarme o esperar. Decidí lo último porque pareciome lo más adecuado. En la espera, una bella dama entró en la sala y derecha fue a la que estaba el conde; hice intención de saludarla, pero pareció que no estuviera yo en aquel lugar de tanto como me ignoró. Pasados unos momentos, en los que pude oír discusión entre ella y el virrey, abriose la puerta entre peticiones del conde en no hacerlo, y la joven vino derecha hacia mí esta vez. Díjome, nada más verme:

–¿Sois el enviado del Conde Duque?

–El mismo, para serviros –le contesté con todos mis respetos.

–Pues decidle que sus disposiciones serán la perdición de su majestad, de él y de mi tío –me espetaba, pareciendo evidente que el tío en cuestión tratábase del mismo virrey.

No sabiendo qué hacer, dirigí mi mirada a «su tío», pues era la única autoridad que yo reconocía.

–¡Gracia! ¡Ya está bien! ¡Esto ya no lo consiento! –se quejó el virrey.

–Tío, arden mis entrañas de pensar que portamos sangre parecida y ver cómo soléis actuar –espetó ella–. Témome que volveréis a enfrentaros a vuestro pueblo.

–¡Soy el virrey! ¡La diputación defiende al pueblo del rey y de mí! No es misión mía ser de su agrado, sino hacer que se cumpla la voluntad real.

Cuando más creí que no se consideraba mi presencia, la dama volvió a dirigirse a mí de forma resuelta:

–No debe haber rey, ni virrey, que quiera dañar a su pueblo, permitir que sus ejércitos asalten a su gente y violen a sus mujeres. Y si sus súbditos defiéndense, en cambio, dirija expediciones de castigo contra éstos. Todo esto sucede en Cataluña. ¿Sabe eso su majestad?

–¡Vive Dios que Él lo sabrá, que yo no! Nada sé de cuanto pueda

estar al tanto su majestad, ni el tío de vuesa merced, ni vuesa merced misma. Ni nada conozco de cuantos agravios relatáis, bella dama.

–Pues decidle a nuestro rey, ya que emisario suyo sois...

–¡Basta ya, Gracia! –exclamó, irritado, el conde.

–Decidle –siguió ella– que desde que su guerra con Francia comenzó y sus ejércitos campean por estos dominios no cesan los desmanes. Que las leyes de estos reinos limitan la obligación de sus habitantes para con sus tropas y éstas no cesan de quebrantar esas normas. Que se pretende reclutar catalanes y recaudar dinero en contra de la Diputació...

–¡He dicho que basta! –quiso concluir Santa Coloma–. Este hombre no es más que un correo y sólo dirá cuanto yo le diga. Una sola intromisión más y te mandaré donde nunca puedas volver a interrumpirme.

–¿Vais a decir, a quien os manda, cuanto os he dicho? –preguntome la tal Gracia.

–Deudor soy de vuestra belleza y favores quisiera poderos rendir, aún mayores de los que me estáis pidiendo. Mas es inútil, al punto, que intente prometeros lo que no está en mi mano.

–¿Por qué los hombres sólo admiran en la mujer su belleza o su recato y no pueden escuchar con atención cuanto ésta diga? –añadió la dama–. Si un hombre fuera, mis palabras serían tomadas en cuenta, aunque se hiciera para causarme afrenta: «Esto ha dicho el sobrino del virrey», dirían todos. Pero mi tío me hace callar y vuesa merced sólo parece querer decirme frases delicadas, vacías de voluntad.

–Por ventura, que si alguna palabra, dicha por mí y a vuesa merced dirigida, os parece demasiado refinada para vuestros merecimientos, tened en cuenta que es por la costumbre de no encontrarme con damas tan ásperas como vuesa merced –osé decir.

–Visto es que en esta sala no se me considera y aun se permite burla

hacia mí, así que dejo al uno con sus gobiernos y al otro a la espera de damas mejor dispuestas. ¡Buena hora!

Aquella mujer salió de la sala con la misma decisión que había entrado. Tan aprendiz de diablo parecía, más por oficio que por maldad, que nunca quisiera tenérmelas que ver con enemigo semejante. El conde sonreía malicioso viéndola marchar y me pareció advertir que hízome un gesto aprobador en tales momentos; expresión que tranquilizábame un punto, pues no las tenía todas conmigo desde que tuve delante a ese hombre.

–Se me ha encomendado una tarea enojosa, pero, si está de Dios, será cumplida con prontitud y diligencia. Si el cielo está servido, seréis el emisario de su cumplimiento –me confió el conde.

Como una muestra de cortesía hacia el virrey quise mostrarle mi disposición usando el poco catalán que conocía y díjele:

–Ens ha fotut el senyor.

No sería capaz de contar con palabras la expresión de su rostro, mas era evidente que, por algún motivo que en ese instante se escapaba a mi razón, aquello que dije no fue de su agrado. Pensé, en mi ignorancia, que tal vez no había pronunciado bien la frase que tantas veces decíame Francesc en mi mayorazgo de Toledo.

–No sé si habré dicho con precisión esta expresión catalana. Ruego que me disculpe si no es así –me excusé por si hubiere error.

–¡Habéis dicho con puntualidad manifiesta, malhadado emisario! –respondió el conde sin ocultar su enojo.

Por poco que mi juicio se las ingeniara para hacer discernimiento, resultaba evidente que Francesc desde siempre habíame estado engañando con aquella frase. Agora comprendí por qué Quevedo, cuando oyó decir esta sentencia en mi casa, preguntome acerca de mis conocimientos del catalán; su ilustre sabiduría debió descifrar su sentido verdadero. Si bien un entuerto había causado, me apresuré a intentar solventar la situación como bien el Señor quiso darme fuerza para hacerlo:

–Creo que he sido víctima de un engaño –díjele.

–¿Vuesa merced? ¿No habré sido yo el agraviado más bien? –apresurose a decir el conde de Santa Coloma.

–Vuestra ilustrísima debe saber que quien me enseñó esta frase aseguraba que significaba: «Lo que mande el señor», pero es claro que no.

–«¡Nos ha jodido el señor!», eso os enseñó. Mejor será que lo dejemos por hoy.

Tras estas palabras marchó de forma enérgica, dejándome a solas con grande sensación de vergüenza. Decidí alejarme de allí también y tratar de sosegar el ánimo por las calles de esa ciudad, que era Barcelona, perdiéndome entre rincones y plazuelas desconocidas para mí. Pero alguien hubo que supo dar conmigo antes de salir del palacio:

–Hace días que esperaba a vuesa merced –pronunció una voz que procedía desde más allá de mis espaldas cuando menos lo esperaba.

Su acento portugués me sugirió su identidad. Sin advertir que eso hice, giré mi rostro a la vez que dirigí la mano a mi espada, aunque sin llegar a tocarla.

–¿Otra vez queréis mediros conmigo, Alonso? –me espetó.

–Y no saldríais tan bien parado esta vez si lo hiciera.

–Os puedo asegurar que ardo en deseos de que vuelva a presentarse una nueva ocasión. –Marcelino de Faria no quedaba atrás en sus comentarios.

–Ya me dijeron que os encontraría –contesté, cambiando el curso de la charla– para que os dijera...

–No es preciso que digáis nada más. Sólo con veros aquí es suficiente; es lo único que debo saber por hoy.

Tras estas palabras acercose a mí ofreciéndome su mano. Al estrecharla, añadió:

–Agora ya somos compañeros en estas lides, pues yo también comencé con misiones de correo secreto. Será mejor que nos entendamos a que combatamos.

–Que así sea.

–Para esta ocasión recordad que sólo me hablaréis cuando yo os busque. No me conoceréis si me veis en algún lugar; ni estando solo ni acompañado. En este billete os indico el lugar en el que debéis fijar residencia los días que aquí estéis. El conde de Santa Coloma está al tanto de estas señas.

Y así estuve varios días, a razón de dos semanas por lo menos, holgando del placer de no hacer más que estar dispuesto a cuanto fuera menester, sin que se me hiciera llamar para asunto alguno. En ese tiempo pude escuchar comentarios de todo tipo por los mentideros y por los múltiples comercios sobre el malestar de este pueblo. No entendía bien este resquemor, pero a fe que lo había. Igual que en Madrid decíase todo tipo de afirmaciones acerca de la corte, no siempre ciertas, aquí se hacía de los tercios y sobre el daño que causaban en las poblaciones. Se temía que vinieran a la ciudad una parte de las tropas, o bien todas, como preparativo a la visita que el rey tenía prevista para el mes de abril, con ocasión de celebrar sesión en las Corts. En estas sesiones se recelaba que pidiéranle al pueblo catalán mayor esfuerzo en recaudaciones y aun en hombres para la milicia. Quien peor reputación acaparaba, entre cuanto oí, era el virrey, sin andarle a la zaga sus consejeros, los funcionarios reales. Pau Claris, que debía ser un clérigo o algo así, era tenido por el defensor de todos sus males; él presidía la Diputació y era fiel a cuanto ésta representaba. Todavía hoy, que escribo esto, no sé si alcanzo a comprender la situación de aquel reino, pues era harto complejo para entenderla y tanto o más debía ser para repararla.

También hubo un día de aquellos que pude observar un coche con el escudo del virrey que circulaba cerca de donde yo estaba. Una vez que pasó, detúvose y fui invitado a subir por el cochero. Fue mi sorpresa que encontré en su interior a Gracia, la sobrina del conde, en lugar de un funcionario real, Marcelino o el mismo Santa Coloma.

–Norabuena, doña, que no sé cómo llamaros para no causaros contrariedad –díjele en cuanto la vi.

Su mirada parecía estudiarme y un asomo de sonrisa quería emerger en su rostro. «¡Qué grande obsequio sería una sonrisa en rostro tan severo!», pensé. Al tiempo que el coche retomaba el camino comenzaron a surgir palabras de sus labios, que yo imaginaba serían afiladas flechas buscando hacerme herida, mas no pareció que la situación fuera a ser tan dañina.

–Si me llamáis Gracia será suficiente. ¿Cuál es vuestro nombre?

–Alonso.

–En verdad, Alonso, que no tuvimos buen comienzo; ésta puede ser ocasión de enmendar inicio tan poco conveniente.

–Como gustéis.

–Sé que no sois más que un correo y no puedo esperar de vuesa merced que digáis más de lo que mi tío deba o quiera expresar, para conocimiento de Olivares. A veces me pueden las ansias más de lo que sería conveniente y cometo algunos excesos. Mas quisiera revelaros algunas de mis inquietudes para que tratéis de exponerlas ante el Conde Duque o ante el mismo rey, si la oportunidad fuera tan venturosa.

–Sería osado por mi parte sugerir cualquier asunto a tan altas personas, a menos que fuera preguntado por ellos; cosa harto improbable.

–Veréis –me dijo decidida–, ya lo tengo todo pensado... Podéis dejar caer un comentario acerca de mí al modo de: «Díjome algo para su excelencia la sobrina del virrey». Después, sólo cabrá esperar que obre la curiosidad Y, si ésta no aparece, bastará con haber dicho estas palabras. Creo que no os pido tanto.

–Me estáis pidiendo la vida –sincereme– si obro con inconveniencia. Os engañáis si me creéis persona de confianza por ser correo secreto; más bien diría que hacer este servicio trátase de una prueba a la que soy sometido. Además, dícese mucho de Olivares que no

tiene en alta estima la opinión de una mujer; aunque mi experiencia me ha demostrado, sin duda, que sí la considera, al menos en un caso que conozco bien cercano.

–Escuche, al menos, vuesa merced y pondere la importancia de mi discurso. Dígame, después, si no cree en la conveniencia de informar de esto al Conde Duque.

–De entrada nada puedo prometeros, pero seréis escuchada.

Tomose un algo de tiempo, como para pensar mejor, y ordenó al cochero que detuviera nuestra marcha. Tras cumplirse su orden salimos del coche y caminamos un corto trecho para separarnos de cualquier oído. Mientras, podíamos contemplar el inmenso mar. Era un lugar cualquiera de la costa, no lejos de la ciudad, bajo unos pinos altos como cinco hombres y de grandes copas frondosas. Veíase un horizonte lejano de un azul que recordábame los ojos de Camille, bien distintos a los de Gracia, bañados en un oscuro brillo. Una vez donde ella quiso que nos detuviéramos, comenzó a decirme:

–Mi instrucción como mujer no ha sido la de los oficios de la política, como podéis imaginar; tuve fortuna de aprender a escribir y leer..., y poco más. Pero sé observar y temo los daños que pueden sobrevenir de esta situación en la que encuéntrase Cataluña. Mi tío no sabe ver, o no quiere, que su función no debe ser únicamente la de ejecutar las órdenes que reciba, sino también la de sopesar y transmitir las necesidades de su pueblo. Está entre la espada y la pared y no hace otra cosa que no sea recrecer los descontentos. Aquí hay unas leyes que limitan la voluntad del rey, que no están siendo respetadas, y con el asunto de la Unión de Armas aún se agravan más las iras de los ofendidos. Sólo sería preciso otorgar algunas concesiones y, con maña y paciencia, podría llegarse a un entendimiento. Esto supondría darle tiempo a mi tío y al pueblo justicia. No sé si me entendéis, pues no soy dada a discursos.

–Tal vez estéis acertada, pero ¿quiénes somos vuesa merced y yo para decirle al rey o al Conde Duque cuál debe ser su política? –mostré mis temores sin tapujos.

–Alguien que quiere evitar un desastre –puntualizó ella.

–¿Qué opina vuestro tío de esto que me decís?

–Mi tío... –tomó una pausa–. Él no quiere oír hablar de inconvenientes. No se atrevería a contradecir al rey ni a su valido. No soporta que se altere el orden. Vive para evitar problemas mientras los aumenta. Es por eso por lo que discutí con él cuando vuesa merced llegó con el último mensaje de Olivares. Lo tenía sobre la mesa y no pude evitar leerlo... ¿Conocéis su contenido?

–No –estaba obligado a mentir.

–Decía cosas terribles –afirmó–. Cuando se sepan, porque se sabrán, todo andará muy revuelto. Por ello creo tan importante que digáis en la corte cuanto os he dicho, aunque no hagan caso, por si quiere la fortuna que lo hicieran.

Había conocido mujeres de toda condición, muchas ilustres en sus comentarios (Margarita una dellas), pero había en Gracia una inteligencia que, por su precisión, convencía sobremanera. Mas dábame la impresión de que, para ella, era más fácil hablar de lo que sería para mí, pues no creía que en la corte me dieran ocasión.

Habíase vuelto un aire de levante que traía la sal del mar a los labios. Hubo un instante de silencio. No fue porque el viento raptara alguna palabra suelta y la llevara en salazón tierra adentro, sino porque nada dijimos. Adivínanse, para quien sabe advertirlo, que algunos modos significan más que las palabras. Aquel silencio, mi poco entusiasmo, decía mucho de mi poca voluntad para servir como su emisario. Así debió reconocer Gracia la situación cuando, al pronto, dio la vuelta y buscó el coche sin decir nada. Era tanto su convencimiento en la pertinencia de su petición que sentime obligado a excusarme:

–Lamento no ser tan osado como, sin duda, merecéis, pero nada puedo decir a tan altas personas si no se me requiere.

–No es menester que digáis más –se limitó a decir.

–Pero os ofrezco mi amistad –puntualicé.

–No preciso vuestra amistad, sino vuestra comprensión –añadió

Gracia, y sonó a reproche.

–¿Quién puede vivir sin amistad cuando es ofrecida? –le censuré molesto, pero aún mesurando mis frases–. ¿Por qué no asoma a vuestro rostro una sonrisa que lo ablande? Nadie con buen corazón puede despreciar la amistad. Ni vuestro rostro da confianza en que podáis tenerlo.

–¿Acaso no es la comprensión columna central de la amistad? Me dais pena, Alonso, por la cortedad de vuestro entendimiento y por ese orgullo vacío, que mostráis herido, porque no acepto vuestra amistad en el momento que vuesa merced la ofrece. –Ella no parecía medir tanto sus palabras–. Faltan hombres que atrévanse a tomar un partido y sean osados para defenderlo.

–Vuesa merced sí que me apena –afirmé, ya perdido–, que lleváis por nombre lo que no sois capaz de ostentar como mérito. Sois una consentida, a fe que así lo creo.

Esto fue lo último que pude decir que llegárale a sus oídos, pues subió al coche y presto solicitó al cochero que lo hiciera marchar. Allí quedé vociferando al aire frases que espanta escribirlas e incluso cuesta pensarlas. Y más que quiso proferir mi boca en el largo camino a pie que me vi forzado a realizar de vuelta a Barcelona.

No estaba siendo mi estancia en Cataluña muy pródiga en simpatías. Parecía que cada vez que decía algo causara el enojo de alguien y que nadie esperara de mí buenos propósitos. Es como si el destino sólo me hubiese mostrado el don de la espada y me hubiera negado el de la palabra. Y más cortantes parecen los filos de un comentario a destiempo, o mal dicho, que el de la mejor espada que hacerse hubiera. Es por esto por lo que estuve decidido en adelante en hablar lo menos posible y terminar aquel extraño servicio que me trajo ante el virrey con prontitud.

Un día fuimos convocados Marcelino de Faria y yo ante el conde de Santa Coloma por razón de una sospecha hacia un sirviente, llamado Clotet, cuya industria parecía ser la de confidente. Se temía que estaba revelando secretos a Pau Claris y aquello inquietaba al virrey sobremanera. Se nos ordenó que le siguiéramos y que

obráramos con total libertad si observábamos irregularidad alguna por su parte.

Seguímosle en su recorrido, sabedores de que debía marchar a la lonja para hacer unos encargos del aprovisionamiento. Pero sus pasos llevaban camino de dirigirse a otro lugar, que cada vez hallábase más lejos del esperado. Marcelino estaba decidido a no esperar más y abordarlo para interrogarlo y aun amenazarlo si fuera menester. Conseguí frenar su ímpetu haciéndole ver la conveniencia de conocer adónde nos guiaba su presencia. Llegado a un callejón maloliente, encontrose el sirviente con un hombre de buen porte con el que comenzó a departir. Marcelino no esperó más y se precipitó a la carrera espada en mano, de tal guisa que pareciome asunto poco conveniente espantar la pieza de esa manera. El sujeto aquel más gallardo dio alas a sus pies. Intenté alcanzarlo, mas su ventaja era excesiva y su conocimiento de la ciudad harto más riguroso; tuve que darme por vencido y ver cuál era la suerte de Marcelino con Clotet.

Llegado al callejón, vi al portugués marcar con su estoque el vientre del criado, la pierna de éste nadaba en sangre de una anterior herida. Llegado a ellos, pregunté a Faria:

–¿A qué tanto almagre?

–Le di a elegir entre hacerme declaración y confesión o hacerme verle por dentro. Aprende el oficio, Alonso, de este veterano –díjome el vanidoso Marcelino.

Clotet apenas podía respirar y ya la sangre asomaba a sus labios. Parecía querer pronunciar algo que no era capaz. Me fue al punto imposible soportar más aquella escena de ejecución sin juicio ni prueba. Clotet se lamentó:

–No... puedo...

Al oír esto, Marcelino iba a asestar una nueva estocada que yo detuve con mi yerro.

–¿Qué hacéis? –preguntó éste.

–Evitar que cometáis un asesinato y tratar de ver si este hombre recupérase para decirnos lo que deseamos saber y, si obrara un milagro, que pudiera vivir.

Faria dirigió la punta de su espada hacia mí, amenazante. Me aresté a defenderme; mientras, se oyó de nuevo la voz de Clotet:

–Favor... socorredme... y os diré –ahogábase la voz.

El portugués desvió su estoque hacia el hombro derecho del sirviente para atravesarlo y aún lo amenazó:

–¡Hablad primero y seréis socorrido después! Pero también podréis morir como un perro, desangrándoos, si ésa es vuestra voluntad.

–¡No va a poder hablar entre tanto dolor! ¿No os dais cuenta, maldito valentón? –le increpé indignado.

–Pues que muera sufriendo y que vea cuánto duele burlarse de Marcelino de Faria.

Los ojos de Clotet me suplicaban entre lágrimas, acaso creyendo que yo podría comprender mejor su angustia al sentirse ya perdido. Sin pensarlo dos veces, fue mi espada la que buscó su corazón; así desaté el alma de aquel desgraciado para que fuera Dios quien lo juzgara y pudiera liberarse de males ya tan innecesarios. Limpié la hoja ensangrentada de mi yerro en las ropas de Marcelino, que mirábame con una sonrisa burlona. Sus ojos delataban que me había ganado un enemigo más en Cataluña, aunque esta enemistad venía ya aderezada desde Toledo.

Aquel suceso fue decisivo para que el virrey iniciase el apresamiento de los diputats encomendado por Olivares de forma oficial. Temíase, con razón, que el informante con quien habló el sirviente en el callejón hubiera puesto ya sobre aviso a los implicados. No era momento de más contemplaciones ni demoras; Santa Coloma tenía que obrar con rapidez si estaba decidido a ejecutar aquellas órdenes.

Uno de los apresados fue Francesc de Tamarit, del Consell de Cent; éste no había hecho entrega de las rentas de la Generalitat a la Hacienda Real. La pieza clave era Pau Claris, que no pudo darse con

él. Habíase excusado en no hacer sus públicas obligaciones por hallarse enfermo y debió marchar a curar muy lejos. El gallardo hombre del callejón, aquel que se me escapó, debió ser el que le «hizo entrega» de esa enfermedad.

Tanta novedad había distraído de mis pensamientos la muerte que causé a aquel desdichado. No sabía qué estaba ocurriendo en mi ánimo desde el suceso de don José de Ávila, que pesaba en mi mano más la espada si traía designios de muerte. No acuden a mi pluma razones de fundamento a tales sentimientos, ni se me hace más sencillo vivir con ello. Lo único que puedo decir es que el suceso de matar a aquel desdichado había despertado a mi espada de un sueño al que quería tenerla obligada. Cierto era que aquel hombre estaba presa de dolor, aflicción y agonía; y que no pretendí más que liberarle de tan grande pena, por ello no debiera ser tan grande mi pesar, ni juzgar con tanta severidad el acto de mi espada, pues sólo adelanté el momento de su muerte para ahorrar sufrimientos innecesarios a un hombre que ya tenía un pie en otra vida.

Pasadas las operaciones de apresamiento que el virrey consideró oportunas, éste solicitó que me presentara ante él. Diome un informe cerrado y sellado para Olivares, aunque, tal como dijo, bien podría yo mismo contar al valido su contenido con detalle, pues había estado al tanto de todo suceso. Rogome le expresara al Conde Duque cómo de solícito cumplió sus directrices y me sugirió que olvidara narrar el incidente de Clotet, para no hacer más desagradable la falta de Pau Claris entre los apresados. Púsome al tanto que días más tarde enviaría a Marcelino de Faria con las mismas nuevas y con escolta, por si yo no llegaba a mi destino. Cuando salí del palacio sentí un grande gozo por abandonar Cataluña, y la razón no era por sus gentes corteses, ni por las bondades de sus tierras y mares, sino por la poca fortuna de mis tratos con todo aquél con quien mi misión me había obligado a relacionarme.

Cuando llegué a Madrid, lo hice cansado de tan largo camino y de tanto cabalgar. Penetré en la ciudad harto lleno de polvo y húmedos los huesos de los relentes de las noches y de las brumas matinales que mucho abundan en la primavera. Las calles mostrábanse bulliciosas como era uso común, y más desde que la corte había

regresado de Aranjuez tras el incendio del Buen Retiro. Era en estos días cuando sus gentes estaban en esplendor porque se alejaban los rigores del invierno y sabían que en pocos meses aparecería uno más de sus veranos infernales, sólo aplacados, en parte, por los baños en el Manzanares.

Fui recibido por Olivares en cuanto le informaron de mi regreso. Fue mi impresión que alegrose de verme; mas no sabría discernir si esa alegría era acaso por las noticias que pudiera portar, como por mí mismo. En cuanto hice entrega del informe, lo leyó ávido; cuando parecía alegrarse por su contenido, mudó al pronto su rostro al enojo diciendo:

–¡Maldita sea! Dios, ¿qué falta he cometido para que me seáis tan adverso?

–¿Qué sucede, excelencia? –preguntáronle los allí presentes, como lo eran el protonotario Jerónimo de Villanueva y José González.

Sin una respuesta, como procede en hombre de poder y suficiencia, pero también en quien se siente atribulado (y ambas cosas eran evidentes en aquel momento), el valido acercóseme y mandó retirarse a sus dos acompañantes, que le obedecieron al instante. Cuando centró su mirada en mis ojos, puede ver en los suyos debilidad por primera vez. En esto que me reclamó:

–¿Sabéis por qué diablos no se ha detenido a Pau Claris?

–Alguien debió ponerle sobre aviso –respondí.

–Quiero que seáis sincero, Alonso –díjome mientras asía con su mano diestra mi hombro–. Necesito una opinión fundamentada. ¿Mostrábase remiso el conde de Santa Coloma en apresar al tal Pau Claris?

Un arranque súbito de prudencia invadió mi talante, acostumbrado ya sobremanera a tanto traspié desde que aparecí en la corte. No ya sólo por mi propia conveniencia, sino porque iba descubriendo la grave trascendencia que un comentario a destiempo podía acarrear en el destino de los hombres. Pensé, por tanto, andar comedido y no decir sin pensar. Recordé en tan corto instante el mensaje de Gracia

y su oportunidad, pero no debía estar en la mano del Altísimo que fuera yo quien lo manifestara. Tras desechar tan fugaz idea, manifesté:

–No sabría discernir, excelencia, cuál era el sentimiento del virrey. Pareció mostrar preocupación, pero cumplió con puntualidad las órdenes mandadas... Sucedió que Pau Claris estaba en paradero desconocido, pero me consta que proponíase apresarlo.

–Habláis de preocupación en el conde, mas yo pregunto si no sería temor o, peor aún, poca convicción en obedecer. Porque, si no es así, ¿a qué no cumplir mis órdenes de encarcelar a los diputats fuera de Barcelona?

Yo nada dije, pues no tenía una respuesta ni creí, en rigor, que estuviera pidiéndome opinión alguna al enunciar su pregunta. Entendí el ruego que hízome el conde de Santa Coloma, referente a informar a Olivares de cuán solícito cumplió sus peticiones, pues es con este tipo de ardides como la naturaleza humana trata de ocultar sus debilidades; resaltando su contrario o agrandando en exceso, como en este caso, asomos de bondades. Si algo hubiera tenido que decir de mi impresión acerca del virrey, sería la de un hombre dispuesto a no dejar de medrar, cuyo miedo a complicar las cosas andaba por debajo de sus ambiciones. Yo diría que presintió el peligro de sus medidas, pero su decisión de acatar al Conde Duque prevaleció. Sólo podría reprochar al virrey que, determinado a obedecer, le temblara el pulso en el momento decisivo, acaso por falta de valor o de convicción, y por eso no retuviera fuera de la ciudad a Francesc de Tamarit como, al parecer, se le había ordenado.

–Excelencia... –atrevime a decir–, parecen andar revueltos los ánimos en Barcelona.

–¿Qué sabéis? –preguntome presto.

–A decir verdad, nótase el pueblo inquieto por los tercios.

–¡El pueblo! ¡Santo cielo! –mostrábase más interesado por otro tipo de revelaciones–. Quiero saber qué se dice en el palacio del virrey.

Sin discurrirlo, pensé en Gracia como única voz distinta a la de su

tío. En contra de cuanto me prometí al comienzo de esta entrevista, añadí:

–Dice la sobrina del conde de Santa Coloma...

Diose la vuelta Olivares, acaso desilusionado, chasqueando la lengua en el paladar. Su cabeza oscilaba de un lado para otro, de tal modo que no sabía si es que indicábame negación o era un nuevo arrebato de espasmos a los que era tan propenso. En el silencio que me impuse emergió la voz del Conde Duque, grave, pausada y un punto burlona:

–¿No vais a decirme nada con seso? El pueblo, una doncella metida a sabelotodo... ¿Acaso no tenéis que contarme el parecer de un buhonero, un valentón o de algún rufián aventurero? ¿Queréis deleitarme con vuestros juicios sobre el arte o recitar en verso? ¡Necesito que alguien se apiade de mi angustia!

–Creo que tenéis un fiel servidor en la persona del conde de Santa Coloma –sentime obligado a decir–, pero está en posición incómoda. El pueblo no siéntese atendido, está atribulado con los tercios que molestan sus aldeas... Pareciome verle muy solo.

–¿Y quién es el pueblo? –objetó Olivares–. ¿Quién habla en su nombre? ¿Quién es su voz si no el rey? Será un hombre o mil quien diga sentirse mejor o peor atendido, que no el pueblo; y será una voz que sobresalga entre todas la que dirá: «El pueblo quiere esto». Ya me chirrían los oídos de tanto oír hablar del pueblo, la nación y tantas chiquilladas; pues eso son.

Sonaron unos toques en la puerta y por ella aparecieron el protonotario y González. Preguntaban si podían pasar ya, pues estaban deseosos de saber qué había. Harto asombrado, vi tornarse al valido en un hombre sereno y sonriente, como por encanto; con las manos unidas detrás de su cuerpo, mostró su consentimiento a la petición. Parecía que aquella llamada hubiérale regresado de un largo viaje desde el fondo de sus emociones, que mostrome sin pudor, y hallábase dispuesto a ser, de nuevo, el hombre de Estado que solía.

–Señores, el informe dice que ya está en prisión Francesc de

Tamarit, para alivio nuestro a tantas presiones de la Diputació –publicó el Conde Duque.

–Excelencia... –inquirió el protonotario–, entonces, ¿a qué vuestra contrariedad al leer el memorial?

–Bueno, todo no salió perfecto. No se detuvo a Pau Claris ni se ha cumplido la orden de guardar los presos fuera de Barcelona. Pero estimo que será suficiente para que aprendan la lición y muéstrense más solícitos en alojar las tropas, y en reclutar en los tercios a su gente cuando lo pidamos.

Al decir esto, sonreía Olivares como aquella mañana de otoño lo hiciera en la plaza del Alcázar, aquel día en el que fue conocida la noticia del desastre naval de Las Dunas. Sin embargo, percibí que, cuando el protonotario y González estaban distraídos, esa sonrisa helábase en su rostro y su mirada escapaba hacia la ventana para no delatar su tono agrio. Puede que estuviera sopesando la grave composición de los acontecimientos ante los que iba a tener que enfrentarse en el futuro. Yo, a decir verdad, aun sabedor de la trascendencia de los hechos que tanto parecían preocuparle, no podía imaginar las consecuencias que traerían y los daños que iban a recrecer, como así fue, meses más tarde. No supe ver más, cuando aquellos ojos, que huían de mirada ajena, parecían intuir visiones de un negro futuro o vislumbrar que aquello no era una buena disposición divina.

Aquellos días regresé a los hábitos que solía cuando estaba en la corte, sin más ocupaciones que las que iban apareciendo de vez en cuando tras las sesiones del Consejo de Hacienda. Don Juan Lucas de Palavesín seguía sacando provecho de mí, mientras que Olivares no solicitara mis servicios. Hice uso de todas las artimañas que tantos frutos me dieron otras veces para intentar ver de nuevo a Camille, mas no conseguí nada que pudiera aliviar mi ansia. Otros galanteos menos atrayentes cumplieron las veces con mayor o menor disfrute y no faltó rincón de Madrid donde no estuviera. Con Juan Lucas, aunque nunca recobré la confianza que tuvo en mí en un principio, fui consiguiendo que perdiera la frialdad que me había mostrado en los últimos meses. Por lo que cuando llegó el momento, en una mañana cualquiera, que solicitó que hiciérale compaña fuera del Alcázar, no me pareció que fuera algo

desacostumbrado. Pero, según avanzábamos por la calle Mayor, su semblante serio y sus pocas palabras me indicaron que aquel paseo no parecía hacerlo por su agrado.

En la plaza Mayor encontramos una grande multitud. Daba la impresión de tratarse de un auto de fe, de los que ya no eran tan comunes por esos tiempos. Fuimos abriéndonos paso hasta conseguir un puesto bien situado. Desde éste, pude ver que no había un lugar para el rey, ni abundaban los obispos, ni otros cargos de la Iglesia.

–¿De qué se trata, don Juan? –pregunté.

–De algo poco habitual, Alonso, por lo que sé.

Estaba todo dispuesto para que la garganta de un desdichado fuera quebrada por el garrote vil. Este tipo de actos no eran de mi agrado y parecía que tampoco de Palavesín, mas las gentes sí que mostrábanse animadas ante el evento. Es notorio cómo, ante esta clase de acontecimientos, muévese la curiosidad del hombre, mayor cuanto más apurada sea su condición; como si al contemplar el mal ajeno se empequeñeciera el propio y gozasen los ánimos. Claro es que, a falta de fiestas, buenos son funerales, debía pensar el que más, sin que reine en su corazón auténtico deseo de mal al condenado.

–No sabía que gustabais de estas cosas –comenté a don Juan.

–Y no gusto, podéis creerme. He sentido la obligación de hacerlo porque pienso que este auto será de vuestro interés. No quería que nadie os lo contara. Me dice el corazón que no seréis indiferente.

Aquellas frases cumplieron la ingrata tarea de provocar mi desazón, aun sin saber por qué. De pronto, en mi imaginación, vi dibujado el rostro de muchos de mis conocidos en aquel ingenio sin que allí hubiera nadie. Ninguna de estas imágenes se me hacía más verdadera en aquel lugar.

–¿En qué me puede interesar el procesado?

Su mirada en silencio causaba mi enojo: ¿estaría Juan Lucas

haciéndome pagar el daño que alguna vez pude hacerle con aquella silenciosa intriga?

–¿En qué sentido creéis que será de mi interés, para bien o para mal? ¡Decid algo, por Dios!

–A pesar de lo que podáis pensar, siento estima por vuesa merced –por fin iba diciendo– y quiero que sepáis que hasta aquí os he traído como amigo y no para disfrutar con vuestro malestar, si es que lo hubiere.

Sonaron los golpes rítmicos de los tambores entre el murmullo de las gentes y apareció, para mi dolor, la persona a ajusticiar. No era hombre, sino mujer, y de todas las que vivían en Madrid tenía que ser ella. Era Camille, que caminaba serena, con los ojos muertos en contraste con los que yo conocía. Competían en mi interior el retumbar de los tambores en mi vientre con aquellos latidos que dábame el corazón dentro del pecho. En ese instante, sentí la mano de Palavesín en mi hombro; quise saber si él podía explicarme algo de todo aquello:

–¿Por qué? ¿Qué está sucediendo?

–Esa mujer, que tanta turbación os causa, era confidente de los franceses de su gente. ¿Recordáis cuando os dije que dispensaba con facilidad sus favores si el amante era poderoso? Al parecer, no lo hacía sólo por beneficio del marido, como todos pensaban. Lombardi, incluso, ha estado a un paso de tal suerte si no es porque él mismo la ha delatado.

–¿Su mismo marido?

–Alonso –respondiome–, os dije en su momento que no era mujer para encapricharse della, ni siquiera aunque no fuera infiel a España.

Si algo más expresó don Juan Lucas, no escuché ni una sola de sus restantes palabras. La espada parecía empujarme hacia ella para despojarla de ataduras y defenderla de sus guardianes y verdugos. La mano de Palavesín cayó sobre mi empuñadura, en claro gesto de pedirme calma. Aquella mujer producía en mí una muy grande

afectación, aunque no fuera amor quizá lo que mi corazón sentía.

–Habéis de dejar que obre el destino –díjome Juan Lucas–, no podéis hacer nada. No sólo no evitaríais su muerte, sino que adelantaríais la vuestra; que guarde Dios vuestra vida largamente.

Entre la muchedumbre apareció la Guardia Real como escolta de un coche con el escudo de Olivares en su puerta. Luego, el valido, con una disposición tal que parecía molesto y deseoso de acabar con aquello lo antes posible. Fueron leídos los cargos contra ella en alto, para todos los oídos. No recuerdo cuánta confidencia decíase que hizo llegar al rey de Francia, amén de sus engaños y tretas de intención taimada para con los reinos de España. No faltó mención a su vida disoluta y adúltera; Piero debió no tener dignidad suficiente para acallar el dato y hacer públicos sus cuernos, que no por más rentables muchos de ellos eran menos vergonzosos, sino lo contrario. Aquella exposición fue suficiente para levantar los insultos y gestos de toda la masa contra Camille, que, a pesar dello, no perturbaban su digna compostura.

Recibió la confesión y la extremaunción de manos de un capellán al que me podía imaginar diciéndole: «Alégrate, porque las puertas del paraíso se te abren libremente, una vez que confieses tus pecados y pagues tus deudas para con nuestro rey». Este tipo de frases son muy del gusto de los curas en estas ocasiones. Ella acercó su boca al oído del confesor y susurró algo; éste marchó para hacer lo mismo al oído del fiscal, y siguió de forma ascendente este comportamiento hasta llegar a Olivares. El valido pensó unos instantes y asintió con la cabeza. Gesto tal significaba que la condenada podía decir unas palabras. Antes de que sus labios se expresaran, había por allí algunos personajes principales que debieron azorarse ante el discurso prometido; pues si ella había sido confidente, hay que considerar que sus informadores habían faltado antes a la discreción obligada en sus cargos.

Volvió Camille su mirada a la multitud y exclamó: «¡Pueblo de Madrid! ¡Suplico escuchéis algo que quiero deciros!». El gentío la increpaba queriéndola humillar, mas ella guardaba silencio con tal majestad, que acabaría imponiendo su petición. Era mujer que conocía de la paciencia y cuanto era necesario para conseguir sus propósitos. Hasta que todo el mundo calló, por haber acabado todo

su acopio de insultos, o aunque sólo fuera por no alargar el momento de la ejecución, tuvo ella la ocasión de recorrer con sus ojos a cuantos allí estábamos, incluido yo. Sentí, o quise sentir, una mirada de afecto por mí y de aceptación por su suerte, como si fuera algo previsto en el curso de su existencia. Cuando ya sólo oíase algún llanto de un niño de pecho y, por lo demás, silencio, hizo una reverencia a Olivares diciendo: «Excelencia»; mostró un saludo a los lugares de honor: «Señorías»; y por último centró su atención en las gentes todas: «Hombres y mujeres de la villa». Una vez conseguida la atención de todos, prosiguió:

–Sé que tenéis motivos para censurarme tras conocer mis cargos; yo de vosotros puede que también lo hiciera. Con esto mostráis lealtad a vuestro rey y manifestáis el sentir de un pueblo con orgullo, que duélese con rabia contra quien cree que le hace daño, aunque sea con tanta severidad como conmigo lo hacéis. No quiero pediros vuestro perdón ni aún vuestra comprensión, no cuento con ello, aunque gustosa sería de encontrarlo, sólo pido vuestro respeto.

De entre las gentes alzose una voz soez que le replicaba: «¿Nuestro respeto, ramera?». A lo que ella añadió:

–Vuestro respeto, sí. Pues si vosotros sois súbditos leales y orgullosos de todo lo vuestro, no he hecho yo más que ser eso; ser leal a mi rey y a mi gente. Y he sacrificado más que otros lo hacen por estas causas, cual ha sido mi vida como esposa y agora los años que me restasen hasta que hubiera muerto, de no mediar esta circunstancia. Debéis saber que he sido delatada por mi propio marido, con quien casé sin gusto, pero por necesidad de mi familia, y a quien, si bien utilicé para mis propósitos, supo siempre sacar sustancia de mi hacer.

Un murmullo de comprensión recorría el espacio. Muchas mujeres mostraron gestos de entenderla y compadecerla por la dureza de su vida, con más razones que los hombres pudieran. Prosiguió Camille:

–Por último, diré que también se me acusa de adúltera y disoluta. Pido a Dios perdón por cuantas ofensas haya cometido por este motivo y así se lo he dicho aquí a mi confesor, pues quiero entrar libre en donde el Altísimo disponga con su gracia. Pero quiero que sepáis que mi lealtad en la tierra me obligaba a hacer uso de estos

menesteres y mi marido participaba con su consentimiento silencioso las más de las veces. Sabed también que alguna vez hubo afecto verdadero en mis descuidos y, dadas las circunstancias de mi matrimonio, alguna de las mujeres que aquí me escuchan creo que habrán de ser benévolas conmigo. Saben éstas entender mejor la importancia del amor para poder vivir sin desfallecimiento.

No hubo nadie que volviera a dirigirle un insulto. Los murmullos llevaban gotas de respeto y bondadosas censuras, bien distintas a las oídas al comienzo de su aparición. Don Piero Lombardi, a quien pude ver entre los asistentes, mudó la color de su rostro; de un principio eufórico y altanero, al final enojado y sintiéndose en entredicho. Daba la impresión de que Olmedilla, junto a él, quisiera alejarse de su lado por sentir vergüenza. El banquero y su sicario también pudieron encontrarme entre la multitud y cruzáronse nuestras miradas, a cuál más envenenada, mientras el delicado cuello de Camille comenzaba a sentir el ajustado anillo a su alrededor, presto a quitarle el aire que dábale la vida. El final prefiero no recordarlo, ni creo que sea preciso contarlo.

Parece que muchos hombres murieron por ella y que ella murió aquel día por todos (claro está que también por su rey); su belleza infinita fue la puerta del averno que le abriera el mismo señor de los abismos. Nunca nadie habrá ido tan complacido al infierno como aquellos que la gozaron, ni nadie pudo sentirse tan presa de su cruel destino como Camille. Nacida pobre y bella, y por demás casada para beneficio ajeno, quise yo pensar que había intentado rebelarse a su oscura estrella con la luz de un alto designio. Su hermosura hizo gala de poder darle esa claridad, pero su atrevimiento fue castigado con tanta gravedad como grandes fueron sus triunfos.

Lombardi y Olmedilla salieron a toda prisa de la plaza Mayor sintiéndose apaleados en los deseos de los presentes. Tras ellos fueron mis pasos, sordos mis oídos a los ruegos de Palavesín. Mis perseguidos habían advertido mis movimientos, pues sus cabezas girábanse con facilidad una y otra vez. Daba la impresión de que el camino se les hacía cuesta arriba tanto como a mí hacia abajo. En la calle Huertas tenían que ser míos; nunca he logrado saber con certeza por qué me empujaba el rencor. Era como si sintiera que la

Justicia había sido corta con la muerte de Camille y que aquel hombre mereciera sufrir parecida suerte. Las miradas y palabras ofensivas que la gente dirigíales no eran más que leña que avivaba mi fuego. Doblaron por una calle que fue su perdición, pues no tenía salida. Allí les di alcance. Piero comenzó a gritar: «Auxilio! ¡Favor! ¡Que me quieren muerto!». Esto propició que cerráranse varias ventanas abiertas. Por detrás oí alguna frase de aliento de gente que venía de la misma plaza de la que yo procedía. En verdad que no tenía mayor interés por Olmedilla, pero éste me obstruía el paso a Lombardi.

–¿Os ha comido el seso esa ramera con su discurso? –decíame el lindo–. ¿Acaso creéis que sólo fornicó con vuesa merced por devoción? Conmigo también lo hacía y jadeaba como un demonio. ¿Os vais a perder por una cualquiera así?

–Quiero la piel del cerdo de su esposo que entregábala para acrecentar sus ambiciones porque su honor acaba donde empieza su bolsa y su dignidad es menor que su propio valor, acusando a su mujer para no ver su cabeza descompuesta.

–¡Era una maldita espía francesa! –exclamó Lombardi, desde su escondite detrás de Olmedilla.

–¡Por demás, habéis sido estúpido no advirtiéndolo antes y evitándolo, o tan culpable como ella si lo habéis encubierto para vuestro beneficio!

Viendo el asunto de esta manera, no quedome más remedio que apartar el estorbo de Olmedilla y moví la hoja con él, mientras le espetaba:

–Habéis de saber que no lucho por una hembra complaciente, como queréis darme a entender, sino contra los hombres indignos que sois. Ella merecía, con sus faltas, más que vosotros en honor.

No fue muy meritoria la lid. Al encontrar ocasión crucé el rostro de aquel lindo, causándole tal afrenta a su lindeza, que en adelante sirviera todo su aparejo en el vestir y en peinaduras para mal reponer aquel perjuicio. Pensé en hacerle sangre en sus partes pudendas, ya que tanto presumió del goce que a Camille

procuraron, pero hízoseme más necesario ocuparme de Piero, amén que tal vez no fuera su fornicatoria presunción más que invención inoportuna y enojosa.

Aún me contraría recordar cómo disfruté viendo a Lombardi, tembloroso, asido a su espada; debo reconocer que así fue, por más que yo pueda parecer tan malvado como él. En mi descargo diré que, por un momento, pensé que no íbame tanto en todo aquello y que bastante infortunio tenía aquel desgraciado con soportarse a sí mismo. Pero hizo un gesto de intentar hundirme su estoque a la vez que decía: «¡Vete al infierno con Camille!», creyéndome distraído. Aquello reanudó mi furor, y cuando quise darme cuenta tenía mi espada hundida en su corazón, la parte más dañina de su persona. En esto que oí una voz a retaguardia que me previno: «¡Cuidado!», y al girarme vi a Olmedilla venirme por detrás a causarme herida. La punta de mi estoque fue con apremio del corazón del uno a no sé qué parte del otro, que no anduve con cuentas para planear dónde había de meterlo. Cuando contemplé el resultado sólo pude decir: «¡Los he muerto!», como si no pudiera creer lo que había hecho. Vi mi espada ensangrentada otra vez en tan poco tiempo, pero esta vez no era para aliviar dolor, como ocurriera en Barcelona con Clotet, ni fue ajeno a mi voluntad, como en Toledo con don José.

–¡Idos!, ¡rápido! –decíanme unos hombres asomados a la calle de las Huertas, los mismos que me avisaron del peligro de Olmedilla.

–¿Por qué os debo esta ayuda? –pregunté.

–Porque se nos antoja que os ha guiado la justicia. Nosotros también estábamos en la plaza Mayor cuando la ejecución. No os demoréis más, marchaos.

Aciago destino cuando adviertes que no tienes escapatoria. Qué mejor que ser un infelice ignorante, no atento a que tu camino está marcado no se sabe dónde. Jerónimo de Lezama buscábalo en las estrellas, convencido de ser capaz de descifrarlas en cuanto se le revelaran en el firmamento los trazos que un día remoto otros descubrieron. Mi dormida espada era despertada a empujones por el tiempo y por los hombres, siempre sedienta de vidas con las que acallar su ansia. Estaba mi futuro marcado por heridas y la punta de mi estoque señalaba un camino cierto por donde adentrarme a mi

pesar. Cambiar el destino antójase tarea imposible; incluso variarlo, aunque sea sólo un ápice, ya supone un tremendo esfuerzo para resultados tan infructuosos.

Largo traté con Palavesín el modo de volver a mi anterior vida, creído que estaba ya de sobra cumplido mi propósito primero. Ya conocía la corte, había ahorrado unos ducados con los que mejorar mis rentas y harto vi que la vida iba a darme en cualquier lugar y posición un tanto de lo mismo. Eso me pareció y eso le dije. Don Juan Lucas lamentó mi determinación y con todo empeño trataba de hacerme cambiar de opinión. Visto que era decisión tomada, prometió contar a Olivares cuáles eran mis deseos; tenía razón que debía hacerlo, pues mis servicios estaban más sujetos al Conde Duque que a él en esos momentos.

Por aquellos días andaba muy revuelta toda Cataluña y harto preocupaba a Olivares tanto desconcierto. Los tercios habían vuelto a provocar grandes ofensas y daños en aquellas tierras, esta vez en iglesias y lugares sagrados, impulsando el levantamiento de muchos campesinos. Más adelante, muchos creyeron que en esa ocasión sería Barcelona la que sufriría el acoso de los soldados y acudieron rebeldes a defenderla; mas no encontraron allí a los tales tercios, pues ni defensa tenía el virrey. Aprovecharon la oportunidad para liberar a Tamarit y algunos consellers presos, y salieron de la ciudad sólo después de mediar la influencia de los obispos de Barcelona y Vic. En Madrid, decidíase si entrar en Cataluña por las armas o si hablar de conciliación. Esto último era el deseo del valido, lo contrario era en nada beneficioso para una actuación unitaria y competente contra los franceses. Cuando supe de semejante actitud conciliadora, recordé el mensaje de Gracia y causó mi diversión pensar que, sin escuchar las palabras de esta mujer, el Conde Duque iba a resolver hacer como si las siguiera.

Así estaban las cosas cuando había decidido alejarme de la corte y a fe que no parecía buen momento para lograr tal fin cuando el Conde Duque tenía problemas, bien al contrario. Quejábase el virrey de falta de protección y debían dársele noticias de las decisiones de conciliación, y para esto pensó el valido en enviarme a mí otra vez. Por este motivo tuve una nueva entrevista con él, como siempre, en la biblioteca. Variaba de las anteriores que, además con Francisco de Rioja, también estaba allí Marcelino de

Faria, para mi sorpresa. En el rostro de éste pude ver la misma expresión que cuando limpié la sangre de Clotet en sus ropas; poníame enfermo, sin remedio, su sola presencia. Olivares parecía divertido con la situación y díjome al verme:

–¡Alonso! Nueva ocasión para vernos y también para tratar de otro servicio.

–No sé, excelencia, si don Juan Lucas os habrá dicho que...

–Sí, que queréis dejarnos. –Aquí hizo una pausa para mirar a sus acompañantes–. Mientras seáis con vida seréis súbdito de nuestro rey y necesario cuando su voluntad lo requiera. No os pertenece decidir en este aspecto y menos aún después de haber realizado ya servicios tan secretos.

–Excelencia –rompió a decir Marcelino–, quizás haya descubierto que no es hombre suficiente para hacer la función de correo y tema verse envuelto en empresas de mayor envergadura.

–¿Cómo podéis decir eso, Faria? –preguntó Olivares.

–Acaso porque Pau Claris no fue apresado por su causa –respondió el odioso Faria–, ni pudo soportar el dolor del confidente cuando yo lo castigaba para arrancarle información. Como todos sus servicios vayan a ser iguales puede descuidar su excelencia que no será menester contar con él, pues perdido estaría si lo hiciera.

–¿Qué queréis decir con eso de que no fue apresado Claris por su culpa? –preguntó confundido el Conde Duque.

Era más que notorio cómo disfrutaba Marcelino con aquella llamada de atención al valido, forzándome a estar en situación incómoda.

–Ese Alonso –respondió así Faria– permitió que el informante que seguíamos llegara a revelar su mensaje a otro individuo, al que no logró detener, por cierto.

–Me acusa ese agente vuestro porque no maté a Clotet nada más salir del palacio del virrey –dije con cierto cinismo a Olivares–, antes de saber si era en verdad un confidente, ni de dar ocasión de que nos mostrara a la persona a quien decía sus informaciones.

También lo dice porque no corrí tanto como el sujeto informado por el confidente, cuando éste llevábame ventaja considerable y conocía Barcelona como yo no lo hacía. Y de tal modo sucedieron las cosas que lo mismo Claris estaba siendo puesto al tanto de su proyectado apresamiento mientras Marcelino rebanaba a tiras la piel del sirviente del virrey, no dejándole ni hablar por su crueldad.

–Dejadle a mi cargo, excelencia –replicó Marcelino otra vez–, y yo le enseñaré –me señaló– cuanto sé..., si no muere antes en algún desgraciado incidente. A menos que ni así tenga remedio, es la única solución que veo para que pueda estar a vuestro servicio un hombre como ése y que pueda seguir siendo útil.

–Está bien, está bien... –intervino Olivares–. Es evidente que tenéis serias diferencias, esto no hace más que complicar las cosas. Si yo necesito confiar en mis agentes, me interesa que suceda igual entre ellos. Esto me da que pensar... Tal vez no sea un desacierto prescindir de una de vuesas mercedes y dejar que Alonso se marche a su casa, como es su deseo. Pero también es cierto que puedo obligaros a obedecerme en todo, incluso en que debáis confiar el uno en el otro, al menos cuando se trate de un servicio que yo os pida. ¿Qué opinión os merece la ocasión, Francisco?

Rioja mostraba con una sonrisa que estaba disfrutando con la disputa que teníamos el portugués y yo. Con su acento sevillano, díjole al Conde Duque lo que convino a su inteligencia:

–Yo me quedaba con los dos, de poder ser. Pero no los mandaría juntos ni a remar en un bote, porque, de no matarse, bogaría cada uno para el lado contrario del otro. Muy encontrados están para cumplir misiones.

Durante unos instantes, Olivares guardó silencio con una sonrisa en sus labios. Me cabe imaginar que por causa de las palabras de Francisco. Acercose a las estanterías como para consultar uno de sus muchos libros, pero no lo hizo. Volviose hacia los tres y pronunció:

–Siempre parece tener que decidir el hombre... Siempre tendrán que decidir los gobernantes todos. Pero es connatural al dilema no saber si la decisión es acertada hasta ponerla en práctica. Elegir la impetuosidad, el sentimiento encallecido o bien la prudencia y el

carácter comedido. Arriesgarse a ambas con sus dos virtudes y sendos inconvenientes puede ser un triunfo esplendoroso o la mayor de las confusiones... Pero tal vez haya una solución parecida al consejo de Francisco...

El valido solicitó que nos acercáramos para mirarnos de una sola vez. Dirigiose a Faria primero:

–Como conozco a vuesa merced ya de largo, os encomendaré una misión tan complicada como años lleváis prestándome servicio.

–En cuanto a vuesa merced –dijo refiriéndose a mí–, dispongo enviaros de nuevo a Cataluña, junto al virrey, para que os diga qué diablos ocurre, qué necesita y para brindarle protección a su persona hasta que pase el peligro que pueda sentir, si eso fuera necesario. Creo que el negocio catalán requiere de alguien discreto en este momento en el que tan preciso es lograr la concordia, y así quiero que os mostréis. Tampoco parece que entrañe excesiva dificultad para alguien no experimentado cumplir esto que mando.

Alejose de nosotros para llegar hasta Rioja, al que puso una mano en su hombro y dijo a todos:

–Mientras, pensaré qué hacer con este asunto y el tiempo me dirá si encuentro la forma de poder aprovechar ambos talentos a la vez.

Apartose con Marcelino para encomendarle su misión y diome permiso para retirarme. Cuando iba a hacerlo, don Francisco se acercó a mí con sigilo para decirme: «Es más ambicioso y aprovechado querer a los dos, pero si fuera yo el Conde Duque y tuviera que elegir a uno, ése sería vuesa merced. No sólo porque yo pueda tener inclinación por vuestra persona, sino también por vuestro comedimiento, que en ocasiones aderezáis con valentía. Mas si queréis marcharos de la corte, como habéis solicitado, y no faltar a don Baltasar, limitaos a cumplir con mucha prudencia. Me dice el corazón que, si cree que debe elegir, se decidirá por el más impetuoso. Tal y como están las circunstancias, parecen avecinarse tiempos de grandes complicaciones y, aunque a la dificultad se la combate con estudio, discreción y constancia, considero que algo está a punto de estallar y los primeros en acudir a una explosión serán los más impetuosos».

Me vi, de nuevo, camino de Cataluña; esta vez sin memorial y pensando bastante en las frases que dedicome don Francisco de Rioja. Muchas veces me repetí que sería el último servicio que prestaría, quería que así fuera, y sólo se me ocurría seguir el consejo del bibliotecario por ser la única ocurrencia de la que disponía y por guiarme de un hombre sabio y buen conocedor del valido desde hacía muchos años.

Cabalgué hacia el este, donde nace el adelantado sol que presagia la proximidad del verano. Los días eran ya más largos y claros, como esperaba que volviera a ser mi vida después de todo.

CAPÍTULO QUINTO

DE LAS EMPRESAS Y APUROS A LOS QUE ME VI FORZADO, LUEGO QUE ME FUI; Y DE CÓMO

ME LAS COMPUSE PARA PONER FIN A TANTO TRABAJO Y REQUERIMIENTO A MI REGRESO

Los labios de la muerte, la roja enseña de la tragedia, el fuego de la carne (en cuyas cavernas habita) es la sangre, que parece redimir de sus faltas a los hombres si es derramada, como entrega más personal que pueda hacerse. Porque sufriendo se paga sin moneda y este dinero sirve en todos los reinos, por lejanos que éstos sean. Fácil pago para el pobre y caro de ver en el rico, que en estos asuntos las cosas andan patas arriba, pero todos al fin pueden costear sus deudas de este modo. Ya la muerte, precedida de sus dolores, había porfiado en demasía a mi alrededor, que hastiado me tenía con su presencia, tantas veces innecesaria a mi parecer.

Nuestro Señor Jesucristo bendijo pan y vino en la Eucaristía como representación de carne, sangre, alma y divinidad propia. Él dio su vida para salvar la nuestra en la más grande proeza que vieron los siglos y hay una fiesta en el año que conmemora este sacramento; el Corpus Christi. Se ha dicho que fue en Barcelona donde primero celebrose esta festividad hace cosa de trescientos años, y en tan señalado día iba yo a volver a ver el mar y la catedral emergiendo entre los tejados de esa ciudad. No sería fácil olvidar aquel siete de junio de mil seiscientos cuarenta.

Una larga hilera de gente venida de toda la urbe escapaba della. Aquellos que creyéronlo oportuno portaban sus enseres y los más apresurados salían con lo puesto. Las personas que fui encontrando a mi paso contáronme que habían ocurrido graves sucesos en ese día, en el que els segadors acudían para ajustar los contratos que debían imperar en la siega del año. Esta vez los ánimos andaban levantiscos, después de tantos sucesos en Cataluña en los últimos meses, y hubo varios

encuentros con patrullas de soldados que acabaron en combates. Una vez encendidos estos alientos, prendieron éstos las más violentas intenciones y se empeñaron en acabar con la vida del virrey, al que consideraban como un traidor. Todo ese gentío que salía de la ciudad lo hacía para huir de aquellas calles venidas a campos de combate y al pillaje que suele suceder en ocasiones como esas en las que, en luchando varios hombres, todo lo que hállase alrededor puede ser usado al antojo del más osado; en esto no distínguense ejércitos de turbas, sino que emparejan sus desmanes los vicios de la naturaleza humana.

Cuando entré en Barcelona no encontré más que restos de confusión y miedo, así como un intenso olor a quemado que flotaba por todo lugar. Dirigí mis pasos al palacio del conde de Santa Coloma, donde era mayor el rumor de voces según me acercaba y agobiaba el calor de tanto incendio. Empecé a sentirme en peligro ante las miradas de aquellos rostros curtidos por los aires de los campos, medio ocultos en la sombra de sus sombreros de paja. Sin correr, íbanme siguiendo algunos de aquellos segadors mientras otros despejaban parte del terreno, como si me abrieran paso hacia el puerto. Parecía cosa cierta que mi aspecto les indicaba a gritos que yo no era de los suyos. Los cadáveres en el camino mostraban que todo aquel que parecía acomodado había sido muerto, que todo aquel que no fuera segador tendría el mismo sino. Llegado al borde del mar, estuve ya rodeado de aquellos hombres silenciosos que mirábanme como esperando a que un gesto mío les decidiera a hacer algo conmigo; debí parecer presa fácil y no tenían prisa. Desde donde estaba, pude contemplar la figura del virrey que corría por la arena de la playa buscando el mar, donde parecía esperarle un bergantín, mientras unos pocos morían tratando de cubrir su retirada (cuando no dijéramos huida) arrollados por las masas. Busqué con la vista dónde era más débil el cerco que me hacían aquellos campesinos y hacia allí espoleé mi caballo encomendándome al Altísimo y a mi espada, que saqué a relucir. Fue menos grave el choque de como pensé, pues poco empeño pusieron en frenarme, acaso porque mis oponentes eran sabedores de su dominio de la ciudad y estaban cansados de exponer sus vidas.

Era ya tarde para la locura que estaba dispuesto a cometer, pues, en ese instante, el de Santa Coloma fue alcanzado y muerto a puñaladas. Todos sus perseguidores querían hacer aflorar su sangre, ya que no privábanse, del primero al último, de acercarse al

tumulto formado en torno a su cuerpo sin vida para asestar un golpe. La nave que aguardaba al virrey viró rumbo al horizonte con un ligero aire de poniente que llevábale mar adentro y, entre una agitación de su cubierta, un cuerpo cayó al agua; quienquiera que fuese comenzó a nadar hacia la playa. No sé por qué, decidí ir a ver de quién se trataba y qué habíale impulsado para hacer aquello. Galopé rodeando a los rebeldes. Llegué a cerrar los ojos para no sentir más la inquietud que me invadía ante tamaña situación, y es que jamás sentí tanto miedo. No me avergüenza reconocer esa debilidad, pues era como si tuviera que habérmelas yo solo con un ejército enemigo y en lugar de huir me introdujera más entre sus filas regalándoles mi vida. Cuando mi montura llegó a la misma orilla de la playa, abrí los ojos justo para ver salir a Gracia de entre las aguas, ya de pie, con la respiración golpeando su pecho por tanto como nadó desde el bergantín; ella fue quien se arrojó de él. Apenas distinguible su voz por la falta del aire, intentaba decirles a los que habían acabado con la vida de su tío:

–¡Aquí me tenéis, asesinos! ¡Yo soy la sobrina de ese a quien tanto odiabais! ¡Podéis acabar conmigo también!

Para hacer que mis temores fueran aún mayores sólo me faltaba que ella anunciárase de ese modo, rodeados como estábamos de la mar extensa de un lado y de una playa llena de segadors ciegos de ira por el otro. La subí a mi grupa y, sin abandonar la orilla de las rompientes, cabalgué en la dirección que más me aproximaba a unos barcos fondeados queriendo ganar distancia y tiempo a los encendidos braceros. Llegados frente a las primeras naves allí ancladas, abandoné aquel magnífico caballo y nadamos hacia ellas. Estuvimos con el agua al cuello entre todo tipo de bajel y ante la mirada poco hospitalaria de sus tripulaciones, que nada les iba en todo aquel asunto y menos todavía querían que les pudiera comprometer nuestra situación si eso aparejaba algún peligro para sus medios de vida, como lo eran sus barcos. A pesar de la poco amistosa compaña de aquellos hombres, que nos miraban sin mostrar asomo de socorrernos, fue un momento de alivio. Y así nos lo pareció porque supuse que no nos seguirían los segadors dentro del agua, pues no es común que los trabajadores de los campos sepan nadar y los cascos de tanta embarcación nos ocultaban a su vista, si es que todavía continuaban con afán de seguirnos; por lo que tuvimos un algo de calma, que no de reposo.

Mis brazos estaban ya cansados de tanto mantenerme a flote con sus movimientos, y lo mismo sucedía con mis piernas. La espada parecía pesarme como dos y la bolsa de monedas que portaba encima, aunque no engordada en exceso, asemejaba una roca atada a mi cuerpo para provocar mi muerte por inmersión. Gracia aún estaba más agotada, y sobrevivía porque demostró ser fuerte de naturaleza y grande nadadora; cosa no muy corriente en una mujer dedicada sólo a ejercitarse en sus labores y en asuntos refinados, como toda dama de su condición.

Viendo la situación tan apurada, decidimos sujetarnos a un cabo suelto que pendía de uno de los barcos y llegaba hasta su línea de flotación. Un marinero asomose por la borda para decirnos: «¡Soltaos!». El peso de mi bolsa y lo apurada de la situación me llevó a intentar lo único que pudo ocurrírseme:

–¡Marinero! –exclamé–. ¡Dile a tu capitán que si nos acoge le pagaremos bien y seremos de ayuda!

–¡Soltaos! –insistía el marinero.

Creí llegada mi última hora. Miré al cielo pensando que sería la postrera vez que lo hiciera, luego pude ver a Gracia que tenía los ojos cerrados como resignada a morir, y más tarde observé a las tripulaciones de alrededor que vigilaban que no nos sujetáramos a sus cabos. Cuando todo lo daba por perdido, oí una voz, que aún hoy me parece milagrosa, que vociferó: «¡Que se sujete bien la dama! ¡Teneos fuerte que os vamos a izar!».

Una vez a bordo, y rodeados de aquellos hombres, expresé mi más sincero agradecimiento, aunque me reservé decirles que Olivares me había enviado hasta Barcelona, ni que aquella dama era la sobrina del virrey, muerto a cuchilladas, por si nuestra suerte cambiaba. Prometí, de nuevo, pagar nuestro salvamento con lo que me pidieran, y si no tuviera suficiente, también les dije, quedaba obligado a ellos en cuanto fuera menester para saldar dicha deuda. Tras escuchar esto, el capitán de la nave se pronunció: «No es vuestro oro lo que os ha traído a nosotros». La tripulación mirábase extrañada y pareciome que alguno pensaba en amotinarse por algún gesto torcido que pude ver entre ellos. Como entendiendo la situación, continuó diciendo el patrón:

–Y nadie de esta nave osará entregaros ni haceros daño cuando sepan el motivo por el que os doy cobijo, esperando que así os salve, si está de Dios que estar a bordo sea vuestra salvación; que yo tengo fe de que así sea.

No sé si por apaciguar los ánimos desasosegados de sus hombres o por la importancia que le daba a esa decisión, tomose un respiro para luego arrancar de nuevo.

–Esta noche he soñado que mientras navegábamos veíamos a alguien flotando sobre un tablero, al modo de un náufrago. En aquella situación, comenzamos a discutir si estaba vivo o muerto para decidir si merecía la pena hacer el esfuerzo de intentar rescatarlo de las aguas. Entre tanta discusión como tuvimos, no encontré el modo de imponer mi voz, pues me faltaba; no podía hablar. En esto que comenzó una tormenta y la primera ola barrió al náufrago de nuestra vista...

Los hombres de la tripulación, agrietados sus rostros de los muchos relentes, ennegrecida su piel de tanto quemarla el sol y tan endurecidos en todo como parecían, no mostraban estar para historias de ensueños. Hubo uno que dijo:

–¿Y qué con eso, capitán? –asentían otros tripulantes ante estas palabras.

–Pues, Ramón (que así debía llamarse aquel marino), ocurre que, en mi sueño, nada más hundirse aquel náufrago bajo el mar, apareció en el cielo el lienzo de la Verónica con el rostro de Nuestro Señor llorando lágrimas de sangre. Después de esto, nuestro barco era arrojado contra unas rompientes donde quebrose en varios trozos y todos perecíamos ahogados o destrozados.

Nadie dijo una sola palabra. El capitán recorrió sus rostros con la mirada como si diera ocasión para que alguno de sus hombres pudiera decir algo. Como nadie decidiose a hacerlo, añadió:

–He pensado si es que acaso el Señor ha querido darme aviso de cómo esperaba que obrara antes de que aparecieran estos desdichados. No sé si este hombre y esta mujer han hecho el bien o el mal antes de acudir a nosotros, ni pienso preguntar sobre sus

asuntos, pero han llegado a mi barco con su vida en juego y no es mi voluntad poder ofender a Dios sopesando si debemos o no darles cobijo. Esta noche, el lienzo de la Verónica me avisó de qué podía suceder si no mostrábamos caridad cristiana. Por el bien de todos –dirigiose en ese momento también a Gracia y a mí–, seguiréis en esta nave tanto como gustéis y vuestra presencia nos protegerá. Por esa causa tampoco aceptaré vuestro dinero, pues no sería digno de una petición del cielo que yo cobrara para satisfacer la Providencia Divina; pero puede entregar vuesa merced mismo la cantidad que guste en el monasterio que custodia la santa reliquia de la Verónica a nuestro regreso a Alicante, si es vuestra voluntad la de navegar con nosotros hasta allí.

–Eso haremos muy gustosos, capitán, ya que tanto parecemos deber a ese paño santo como a hombres tan agraciados por su fe en Cristo, como mostráis ser –díjeles, sin disimular mi gozo.

Aquellos endurecidos marinos parecieron reblandecerse con el relato del final de ese sueño de su capitán y por la aparición del lienzo de la Verónica en él, al que tanta devoción tienen en su tierra. Sería por esta causa que nadie mostró ya desdén hacia nosotros, aunque sí dejaban entrever preocupación por si su hospitalidad podía acarrearles malas consecuencias con las gentes de la playa y del resto de la ciudad.

Por este motivo, Vicente, que así llamábase el patrón de aquel barco, ideó que nos cambiáramos de ropas tanto Gracia como yo, para que fuéramos al uso de los demás hombres y pasar desapercibidos si llegara el caso de ser inspeccionados por algún grupo de nuestros perseguidores. No fue industria muy del gusto de la sobrina del malogrado virrey, que debía verse como hombre y con aquellas tan pobres vestimentas. También rogó a todos el capitán que limpiáramos la cubierta con abundancia de baldes para que la tripulación mostrara un aspecto mojado por la propia condición del trabajo y que no fuera de tanta evidencia que pudieran encontrar sólo a dos tripulantes con los cabellos empapados, descubriéndose de este modo a los socorridos, caso de poder ser registrados.

Todo se hizo a tiempo. Al poco de estar echando baldes con agua de mar por cubierta, acercose una pequeña embarcación con algunos

segadors preguntando por nosotros. Nadie les dijo nada en la nave de Vicente ni en las que nos rodeaban, que aquellos hombres del mar parecían orgullosos de no ser su condición la de perder a los demás, aunque otros pudieran ser sus defectos. Los campesinos, convencidos de que una dama sería fácil de ver entre tanto marinero, no fueron minuciosos en su búsqueda y diéronse por vencidos con brevedad. Cuando se hubieron marchado, todos nos sentimos gozosos y en complicidad. Engañar al prójimo tiene este pequeño vicio que lo hace tan jugoso; compartir los engaños, si terminan bien, une más a los pícaros, que así me vi por un momento. Una vez se hincharon las velas y el barco avanzó hacia levante, poniendo agua por medio con Barcelona, me sentí más satisfecho de alejarme que la primera vez que allí estuve; aunque quedé contemplando la imagen de la costa, según nos alejábamos, y me dolía que en ciudad tan hermosa no hubiera encontrado más que fatigas.

Debió ser que la Verónica, tan venerada por estos hombres que nos acogieron, protegió nuestra marcha, porque la travesía gozó de vientos favorables y mar sumiso. Yo, que nada conocía de la vida marinera, pude dar fe de lo trabajosa que era; Gracia, por su parte, no andaba nunca contenta con tantos quehaceres, como en los que tuvo que ocuparse, desconocidos como eran para una dama de su condición. Y, aunque eran gente de carácter recio, la tripulación nunca nos brindó un trato desdeñoso ni grosero.

Al atardecer, nos reuníamos todos a tomar los últimos alimentos del día, que solían ser bonito, caballa y marrajo en salazón que ellos llevaban para sus mercaderías. Parece que estas artes de conservar el pescado curado en sal eran industrias bien conocidas en sus costas y también su medio de vida. Estaban satisfechos por haber vendido con solvencia sus mercancías justo antes de la revuelta del Corpus y no había noche que no lo celebraran con vinos de su tierra, de paladar generoso, pues mucho dependía su ganancia de las ventas en Barcelona. De haber tardado más en despachar su carga, este viaje hubiera sido una ruina, y justo era que estuvieran jubilosos por su suerte. Una vez los vientres satisfechos, contaban historias fantásticas y leyendas con sabor a mar llenas de doncellas en peligro, monstruos terribles y marinos valerosos, no siempre con final feliz. La lucha con el mar suele dejar derrotas y cicatrices que no se borran ni en las historias de invención. Todos habían perdido

un padre, un hijo o algún otro pariente entre las azules aguas de este mar mitológico, que tan bien nos estuvo tratando en esa travesía.

No guardaría mal recuerdo de este viaje marino de no ser por Gracia y su continuo mal humor. Parecía enojada conmigo por permitir que estuviera obligada a trabajar con tanta dureza y olvidaba que debía su vida a aquellos hombres, incluso a mí en parte. No quiso hablarme de su tío, al que yo pensé que odiaba, pero nunca es tarea fácil saber qué domina el corazón de una mujer por más que la conozcas. Por fortuna, su fortaleza y orgullo la hacían salir airosa de todas las faenas, pues más podía su altanería que permitir a nadie burlarse della debido a no saber hacer algo. Si yo alguna vez intentaba aconsejarla sobre algún asunto, respondía con desdén, no permitiendo ningún asomo de dominio sobre ella. «Ocupaos de vuestros asuntos, que no necesito de hombres que mal me puedan decir aquello que yo misma podía ordenarles», solía decir con resuelta determinación.

Sin embargo, tanta bravura tenía un punto de debilidad disimulada. Como todos los tripulantes de la nave dormíamos en el suelo, juntos en el mismo espacio de debajo de cubierta, incluida Gracia, nunca se retiraba si yo no lo hacía. Y, cuando se tumbaba, lo hacía a mi lado, como buscando mi protección, aunque sin dejar de escapar alguna queja por su suerte y por tener que ser yo quien la compartiera, de tanta persona como en el mundo hay.

Alguna noche me entretuve en mirarla al dormir con la escasa luz de la luna que entraba en la bodega donde descansábamos. Raptada por el sueño y tan cercana a mí, me sorprendía la suavidad de las formas de su rostro que, despierta, se desvanecían por su talante áspero. Admiraba entonces su hermosura y quería imaginar cuánto más grande sería ésta de aparecer una sonrisa entre sus labios; asimismo, pude conjeturar sobre cuánta belleza habría bajo sus ropas de hombre. Aquellos instantes recompensaban las disputas del día y alegrábame de estar allí protegiendo a esa mujer de tantos hombres, que no por buen corazón dejarían de tener los bajos instintos que brillaban en sus miradas. Aunque, en virtud de ser sincero, yo también la deseaba sobremanera, mas no intenté siquiera ganarme un atisbo de su atención, menos aún un roce de su

mano, por temor a que desatara burla o tormento hacia mí; que así de incómodo encontrábame ante ella.

Una mañana anunció Vicente que estábamos próximos a Eivissa, también llamada Ibiza por los castellanos. Haríamos una escala allí para aprovisionarnos. El capitán tenía algunos cobros pendientes de viajes muy anteriores y, aunque no era lugar habitual de sus travesías, pensó que era llegado el momento de hacerse con estas ganancias, amén de deshacerse del poco género que aún quedaba a bordo. Nos dijo todo aquello por si queríamos quedarnos en esa isla, aunque prefería que termináramos nuestro viaje con él. Seguía empeñado en llevarnos hasta Alicante con vida, acaso porque debía considerarse mejor cumplido con su lienzo santo dejándonos, sanos y salvos, más próximos a su santuario.

–Acabaremos el viaje en vuestro puerto –le dije.

–Pues que presto estamos a desembarcar, volveré a vestir de mujer –expuso Gracia.

–Podéis hacer como gustéis –añadió el capitán–, pero debéis saber que estaremos amarrados en ese puerto no más que unas pocas horas.

–Después de tanto tiempo, un poco será mucho –replicó ella– con tal de ver casas, calles y gente de nuevo. Quiero volver a sentirme como una dama entre las demás..., pero debo oler como ese marrajo de vuestras bodegas y necesito bañarme.

–¿Bañaros, decís? –preguntó don Vicente.

–Eso es –contestole Gracia–. ¿Dónde podré hacerlo?

–Bueno..., por agua no podéis quejaros –contestó el aludido, mirando con sorna al Mediterráneo– y baldes no os han de faltar.

–Está bien –dijo ella, siempre por encima de todo comentario–, os ruego que detengáis este barco para que pueda bañarme.

Don Vicente no parecía creer que estuviera escuchando esa petición, pero cumplió al punto, pues no quiso negarse. Sin discutir una palabra sobre el asunto, ordenó la maniobra a sus marineros, que

no salían de su asombro al oír las indicaciones de su capitán. Pero mayor sorpresa tuvieron cuando comprobaron que aquel alto era para que la dama pudiera darse un baño dejándose caer desde la borda con cuidado. Hubo quien insinuó, entre bromas, dejarla allí, y los más ocultábanme sus risas, acaso creídos que podían ofenderme, ya que nadie sabía qué clase de relación podía tener yo con aquella mujer.

Cuando izáronla a cubierta, las ropas que la cubrían estaban tan mojadas que parecían una segunda piel de su cuerpo y mostraban, por tanto, con grande evidencia, todas sus formas. El blanco jubón que cubría su torso, de tan pegado, parecía no existir. Y toda ella, en la parte no cubierta por su poca vestimenta, brillaba con destellos debidos a los finos torrentes de agua que la recorrían. En rigor, Gracia movía al deseo y parecía deslumbrar la naturaleza de su hermosura; pero esto no era sólo ocurrencia mía, claro está, toda la tripulación mirábala como dispuesta a saltar sobre ella. Era demasiada tentación para hombres tanto tiempo alejados de sus hogares y sin conocer mujer tras largos días desde su salida. Sólo don Vicente parecía mantener la compostura, tal vez por su edad y por su rango. Avancé junto a Gracia con prontitud para cubrirla con mi capa, cuidándome en mostrar a todos mi decisión a defenderla, si era preciso, con mi apostura. Nada más tuve ocasión, regañé a dama tan tozuda:

–Podéis estar contenta de lo que habéis logrado.

–Estoy mejor después de bañarme, desde luego –díjome con sorna.

–¿No os dais cuenta de que habéis estado a punto de provocar un grave incidente por vuestro empeño? –añadí con despecho.

–¿Un incidente por bañarme?

–¡Un incidente por bañaros y salir de aquesta guisa del agua, que parecéis estar como Dios os trajo al mundo y encendéis los deseos de estos hombres!

–¿Yo encendiendo deseos? ¿Acaso no será que ellos ya los tienen ardiendo? Es más, si tan molesto es, ¿por qué no apartan su vista como haría un hombre de buenos principios? –preguntaba y

preguntaba.

–No pidáis que el mundo sea como quisierais, Gracia, y sabed guardaros sin exponeros a peligros innecesarios –dije por toda respuesta.

Tras esto, quedose un momento en silencio como estudiándome, tras el que apareció una leve sonrisa en su rostro, que denotaba malicia.

–Y vuesa merced... ¿También ha ardido en deseos?

«Entrad en la bodega y vestíos», fue mi respuesta a tan incómoda pregunta, que sentíala como una burla. Pero Gracia no dábase por vencida con mi huidiza contestación y con una expresión difícil de describir, mitad cálida y mitad jocosa, volvió a formular otra pregunta:

–Alonso..., ¿vuesa merced me ama?

No hubo réplica por mi parte; no estaba para jácaras, y menos con ella. Pero aun así Gracia continuó:

–¡Estáis celoso porque esos hombres me miraban! Ja, ja, ja. ¡Eso es lo que os ha molestado, porque me miraban como vuesa merced! Ja, ja, ja. ¿Es que me amáis, Alonso?

La dejé sola en la bodega y salí de allí perseguido por sus risas. A decir verdad, yo mismo estaba haciéndome esa pregunta, mas no me atrevía a encontrar la respuesta. Desde que conocí a esta dama sólo encontré en ella quebraderos de cabeza y malos modos, que tanto me alejaban de considerar asunto como éste; sin embargo, las noches en las que había velado su sueño se había formado en mi mente ese desatinado interrogante.

Tras aquellas últimas palabras, estuve esquivo con Gracia. Mientras, ella me miraba y sonreía. Tanto como deseé contemplar su rostro con una sonrisa y quiso el destino que llegara a molestarme cuando me regalaba ese gesto. Quizá porque don Vicente supiera ver en el alma de los que iban en su nave, por algún don que le concediera su venerada reliquia o acaso por su edad, adivinó mi zozobra y

acercose a mí queriéndome decir algo:

–No os envidio, Alonso, por lo que sea que os une a esa mujer. Espero no molestaros si os doy una opinión que sólo me dicta el corazón, sin mediar mala intención alguna...

No puse obstáculo a cuanto quisiera decir, pues confiaba en la bondad de aquel hombre; además de sentirme obligado por respeto al favor que nos estaba prodigando.

–Si sois hermano de esa mujer, trabajo os costará guardarla dotros; si esposa es, harto más trabajo y paciencia; si sólo os une alguna obligación y no estáis preso de amor, quizá no sea difícil que guardéis vuestro compromiso; pero ¡ay, amigo!, si no tenéis obligaciones y estáis enamorado, sois hombre perdido para guardarla de vuesa misma merced.

Ibiza, o Eivissa, que llaman los naturales de esta isla, apareció junto al mar como una gota blanca rodeada de muralla. Por encima de las casas sobresalía su catedral, que vigilaba nuestra llegada como un guardián celoso. En su puerto, las mujeres eran sombras negras de tan tapadas de este color como iban. Reparaban las redes que habrían de usarse en las pesquerías de los hombres, mientras que éstos afanábanse acá y allá en no sé qué tareas que nunca llegué a conocer.

Aprovechó don Vicente para descargar el último salazón que quedaba a bordo. Decía que ya poco nos separaba de Alicante y que conseguirían en esta isla algunos alimentos con los que darse a sí mismos sabores distintos. Pensé en no bajar a tierra, mas decidí acompañar a Gracia antes que dejarla marchar sola; sentía que debía responder de cuanto pudiérale suceder. Deseosa como estaba de salir de aquella nave, estrenó su desembarco con un traspié que dio con ella en el suelo. Al socorrerla, reparé en una herida en su tobillo y, al comprobarla, el tacto en mi mano de su piel actuó como hechizo y quedé parado. Advertido de mi torpe proceder, más propio de un mozalbete que de un hombre, quise darle importancia a una magulladura que no era de cuidado para disimular mi exceso de atención. Mas ella no dejose engañar y volvió a sonreír; esta vez su rostro me pareció de tal donaire y belleza que nunca me cansara de tenerlo ante mis ojos. Solté su tobillo, viéndome descubierto,

mientras me repitió una frase que pude escuchar más veces en adelante: «Alonso, vuesa merced me ama». Decidí no dar respuesta alguna.

Sin nada que entretuviera en demasía nuestra marcha, emprendimos de nuevo la navegación. Muy lejos de asemejar la Odisea de Ulises, no hubo más acontecimientos de relumbre en el viaje, ni tratábase éste de una sucesión de aventuras para hombres legendarios; sólo el trabajo de aquellos marinos y el transcurrir de las horas iba marcando nuestro recorrido, que no era poco. No hubo más polifemos ni islas de sirenas encantadas que los tropiezos a los que obliga el hecho de vivir juntos unos con otros en tan poco espacio; por no mencionar los desaires de Gracia, que, a decir verdad, fueron a menos desde que volvió a vestir de mujer. Por fortuna, respetó el destino que no diéramos con piratas berberiscos, que tanto abundan en estas costas. Don Vicente y los suyos contaban historias interminables sobre las correrías de estos moros y de un sinnúmero de luchas, secuestros y otros infortunios padecidos por estas gentes y sus familias debido a ellos.

Y llegó el día que avistamos Alicante, que los que aquí viven llaman Alacant, encerrada en su bahía. Ciudad fuertemente fortificada, a mi parecer, con muros bien levantados y baluartes en los ángulos de su muralla. La mole impresionante de una montaña cercana al mar, que dan en llamar Benacantil, protegía a sus habitantes. Había un castillo en su cumbre, que parecía de imposible conquista. Bajaban muros desde éste por las laderas, encerrando muchas de sus casas en su regazo, que, como si los brazos de una madre guardando una criatura se tratase, así me apareció a la vista. Las naves contaban con muy buenos asideros y no pudo sorprenderme que hubiera tanto tránsito marítimo por la buena disposición de esta ciudad, que tan segura aparecía con artillería encarada al mar y muros sólidos de buena cantería. Al desembarcar pareciome estar en una pequeña Babel; por las calles encontraba gentes que hablaba en diversas lenguas, incluso en italiano, cosa impropia de un lugar pequeño como es esta ciudad.

Me despedí de don Vicente y los demás marinos, no sin soportar un gesto enojado del capitán cuando, entregándole cuanto dinero me pareció conveniente, le rogué que fuera él, en confianza, quien

donara al monasterio de la Verónica mi dádiva por su favor. Creyó que lo apropiado era que yo mismo lo hiciera, en señal de devoción y respeto. Su decepción hizo que le revelara el propósito de mi presencia en Barcelona y el parentesco de Gracia con el virrey, para que entendiera lo preciso de nuestra marcha y no quedara en entredicho mi agradecimiento para con su lienzo santo. Esta revelación causó la sorpresa de nuestro salvador; tanto fue así que, de haberlo sabido el día que nos rescató de las aguas, otra pudiera haber sido nuestra suerte. Comoquiera que en este reino no parecían estar los ánimos revueltos, como lo eran en Cataluña, le expresé mi interés por darme a conocer a las autoridades, en vistas a conseguir ayuda. Nos indicó el modo de encontrar a un hombre principal de la ciudad que nos pudiera facilitar el regreso a Madrid. Este hombre era don Antón Mingot, que vivía, a la sazón, en una calle llamada de Labradores. Aunque el nombre de ésta no hacía honor a la clase del que podía ser nuestro benefactor, sí que era distinguida su casa; en ésta no faltaba un escudo sobre la puerta, a modo de señal de nobleza por su dueño.

No creo que sea necesario abundar en detalles acerca de cómo fueron las cosas con don Antón. Éste, tras desconfiar de primeras debido a no conocernos, acabó por creer nuestra historia. Influyeron en esto, sobremanera, los modos refinados que Gracia supo ofrecer en esta ocasión. Mingot puso a nuestra disposición un coche y dos criados para volver a Madrid, así como algunas viandas para amenizar nuestros vientres en tan largo camino. No quiso aceptar el dinero que me quedaba, aunque mucho rogó porque su nombre fuera a parar a oídos de Olivares, confiando, sin duda, en poder alcanzar alguna gracia que le compensara con creces su desembolso. Mandó recado al castillo, obligado, en conciencia, a dar parte a la autoridad. La respuesta fue un cortés saludo y la escolta de dos soldados, que, si bien parecen pocos, muchos eran para cuanto yo estaba acostumbrado desde que servía en la corte. Éstos nos acompañaron hasta los límites del reino, allá por tierras de Almansa.

Salimos cuando apuntaba el alba por el Portal de Elche y después de atravesar el arrabal de San Francisco, que hallábase extramuros. Al pasar por el convento de los frailes franciscanos se intuía el son de maitines como despedida de esta ciudad que dejábase querer por

el mar. Este adiós religioso hízome pensar en cómo salvé mi vida y en cómo llegué hasta allí. Pareciome como si el lienzo santo, tan venerado en estas tierras, quisiera recordarme el límite de sus dominios y el final de su influjo en mi marcha.

Fuimos haciendo camino sin más percances que el calor de los días en La Mancha, que hasta parecía tener a raya a todo bandido, pues no apareció ninguno. Gracia empeñose, desde que salimos de Alicante, en ponerme a remojo, porque decía que desde mi persona aún llegábale olor a salazón y otras hediondeces. Y tanto insistió y tanto hartazgo produjo en mis oídos con sus palabras que, llegando a Aranjuez, buscamos un lugar escondido para tomar un baño en el Tajo, allá donde este río hiciera la ocasión más propicia. Aunque el sol era de justicia y apetecía aliviarse de estos calores, todavía pretendí evitar el inminente remojón para avivar la marcha a la corte y poder así librarme de todo compromiso cuanto antes.

–Olivares se hará cargo de mi maltrecha estampa cuando sepa todas las vicisitudes que hemos debido sufrir.

–No se trata sólo de vuesa merced –replicó–, yo tampoco puedo acudir de esta guisa ante la corte. ¡Soy una dama!

–¡Pero si ya os lavasteis en el mar! –díjele, aturdido de tanto afán lavatorio.

–Vuesa merced puede decirlo, en el mar, que toda la piel me tira y me rasca como si andara metida en sal. Mis vestidos no han visto el agua en no sé cuánto tiempo... Ya bastante apuro pasé en la casa de esos Mingot de Alicante con estas trazas.

Llegados a un recodo del río, mandé a los criados (esos que nos facilitara don Antón para nuestra ayuda y retorno del coche a su dueño) a un lugar lejano, con vistas a no pasar el trance de tener testigos que hicieran más incómoda la ocasión. Pensando en no sufrir situaciones embarazosas, le propuse a Gracia bañarnos por turnos, mientras el otro hacía guardia del coche y la ropa. Aceptó y decidí ser el primero. Mientras los criados alejábanse, me dispuse a probar raudo aquellas aguas para acabar presto y vigilar después.

El río tenía el curso manso en aquel recodo y una fresca vegetación

rodeábalo. Los rayos del sol esquivaban las hojas de los árboles para herir el agua con sus destellos, que multiplicábanse con las ondas que yo producía al nadar. Delante de mis ojos, un suave meandro perdía el cauce a mi mirada entre la vegetal frondosura de sus orillas, que, de tan espesa, lo oscurecía. Y, ante tamaña visión, me sorprendió al pronto la aparición sobre las aguas de la cabeza de Gracia. Se acercaba sumergida hasta el cuello mientras nadaba con suavidad hacia mí.

–¡Gracia! –exclamé.

Levantó un brazo, a modo de saludo. Se la veía feliz, sonriendo como acaso lo hagan los ángeles. Me sentí asaz molesto por no cumplir su parte del trato, pues el coche y nuestras ropas quedaban sin protección al no esperar su turno. Mas verla deslizarse por el agua tan gozosa, calmaba mi enojo, aunque no fuera prudente que ella faltara a nuestro acuerdo.

–¡Debíais estar fuera del agua todavía!

Según estaba más cercana, la color de su carne era más visible. Tanto era, que todo en mí tambaleábase cuando pude tener evidencia de cuán grande era su desnudez. El río disimulaba sus formas, pero no contenía a mi vista la justa porción que encendía mi ansia. Quise recordar que yo era responsable de devolverla a la corte en su integridad, que me prometí no pensar en ella como un hombre piensa en una mujer, que aquello no era más que una ilusión que no debía desvanecer mi razón y quise hacer memoria de los días en los que estaba arisca conmigo.

–¿Cómo es que estáis aquí?

–Para salpicaros con abundancia –respondió.

Al decir esto comenzó a arrojarme agua, haciendo yo lo propio; y así que jugamos como niños, ajenos a toda norma y a todo pudor como lo harían dos criaturas salvajes. En la disputa acabé por sujetarla. La tenía tan cerca, que alejose tanta inocencia y pensé que no podía hacer otra cosa que gozarla en ese instante, que no podía respetar las promesas que a nadie hice más que a mí mismo. Sentí vencer la naturaleza y como un rayo pasaron por mi mente las

palabras de don Vicente aquel día: «... si sólo os une (a Gracia) alguna obligación y no estáis preso de amor, no será difícil que guardéis vuestro compromiso, pero ¡ay, amigo!, si no tenéis obligaciones y estáis enamorado, sois hombre perdido para guardarla de vuesa misma merced». Y mi perdición comenzó con un beso desesperado, correspondido por ella para mi gloria.

En esto que surgió por los aires un relincho y tras él una voz:

–¿Es así como servís a vuestro rey, Alonso?

Aquella pregunta nos despertó de aquel sueño igual que pudiera hacerlo una bofetada. La situación era harto embarazosa para los dos, como sólo puede ser una en la que tu propia desnudez queda ante la vista de los demás y con tanta indefensión. Ella ocultose detrás de mí y yo miré hacia la maleza, de donde aquella voz procedía. Entre yedras, árboles y arbustos aparecía un jinete de mal recuerdo para mí. Era Marcelino de Faria, con la cara más maliciosa que jamás pude verle. Creo que gozó con la escena del beso más que yo mismo, pensando el daño que podría hacerme por haber sido testigo. Cuando me repuse de la sorpresa, le pregunté:

–¿Qué hacéis aquí?

–Eso mismo preguntábame yo de vuesa merced. ¿Qué hará Alonso en el Real Sitio con tan buena compaña? ¿Habéis conseguido algún favor de su majestad para disfrutar de sus dominios?

–¿Cómo que sus dominios?

–¿No lo sabéis? Estas tierras son del rey. Estáis en el Real Sitio de Aranjuez. Es extraño que no os hayáis tropezado con alguna persona de la corte o que algún paseo fluvial del rey y la reina no os haya sorprendido en mitad de vuestros escarceos.

Al decir esto Marcelino, pensé que acaso podría ahorrarme el recorrido pendiente en nuestra marcha a Madrid, pues no era infrecuente que la corte acudiera aquí en tiempos de calor y sería por esta causa que hiciese ese comentario. Y harto lamenté que de tan grande como es el Tajo fuera a bañarme en los Reales Sitios, como si no tuviera otra cosa mejor para hacer que buscar mi

perdición en acercándome a un palacio. Desde que el portugués dijo sus últimas palabras, Gracia no cesaba de murmurar frases en voz baja, escondida detrás de mi espalda. Pero, como era de esperar, no tardó en pronunciar sus palabras en un volumen tan alto o más de como fuera necesario para que la escuchara el portugués:

–Sois un insolente, quienquiera que seáis, y os aseguro que haré cuanto esté en mi mano para buscaros vuestra perdición. Debéis saber que soy la sobrina del virrey de Cataluña, que en gloria de Dios esté. Y debéis guardar discreción ante una dama como yo. Más os valía hacer esto que andar mirando a hurtadillas mi baño y menos aún faltarme el respeto llamando escarceos a cuanto habéis presenciado.

En esos momentos deseé que Gracia hubiera sido muda de nacimiento, pues dio a Marcelino razón suficiente para hacernos cuanto daño quisiera ante Olivares o el mismo rey al descubrir su identidad. No cabe duda de que lo mismo debió pensar Faria, lejos de sentirse asustado por la amenaza de dama en tan incómoda posición.

–¡Vaya! ¡Así que la sobrina del difunto virrey! ¡Veo, Alonso, que no sólo tenéis buen gusto para las damas, sino también para sus fortunas! Ja, ja, ja.

Con esa risa burlona alejose de nosotros, que ni reparábamos ya en nuestra desnudez. Aquel agente de su majestad apagó la pasión ardiente que nos había embargado momentos antes, cuando el río no pudo hacerlo con toda su agua. Mientras me vestí, con las ropas aún húmedas porque Gracia las había lavado, quedé pensando en esta situación y en cuánto tardaría en conocerse este asunto en palacio. A la postre, mis cavilaciones lleváronme a considerar que no estaba todo perdido; una vez hecho el daño en el honor de la dama, y su consiguiente escándalo, sería más fácil para mí conseguir liberarme de mis obligaciones con Olivares. Pero no por ello dejaba de lamentar que quedara Gracia en entredicho, aunque pudiera ser por una cuestión ventajosa para mí. Tras sopesar pros y contras decidí que defendería su honor, como corresponde a todo caballero que se precie, pero sin dejar de lado que las dudas que habría despertado Faria sobre lo adecuado de nuestro proceder pudieran haber obrado motivos suficientes en Olivares para no

volver a confiar en mí a cuenta de nuevos servicios. Y con estos pensamientos emprendimos la corta distancia que, en verdad, nos separaba este Real Sitio del edificio donde se hallaría el rey.

Es éste un palacio pequeño para monarca tan grande, mas son sus alrededores un paraíso de agua y jardines de tanta esplendidez que no era de extrañar el gusto de su majestad por pasar aquí muchos de los días más calurosos del año. Pero no era así en esta ocasión. Cuando pregunté a los servidores de este palacio respondieron, de no muy buen grado, que no había acudido aquí el rey en lo que iba de mes. Me interesé también por Marcelino, pero nada sabían de ese hombre. Dime cuenta de que Faria habíase burlado de nosotros para llegar antes a Madrid gracias a la pérdida de tiempo que nos había producido al realizar todas estas averiguaciones que a nada nos condujeron.

Creo que no hablé en lo que quedaba de camino; es más, mantuve los dientes tan apretados de la misma rabia, que me dolía la boca de tanto hacerlo. Puesto que daba por seguro que ya no alcanzaríamos a Marcelino, procuré hacer noche antes de llegar a Madrid con vistas a reponer fuerzas y buscar los medios para que Gracia consiguiera tener un lugar donde poder aderezarse. Ella quería estar resplandeciente y no escatimar en afeites, que son tan del gusto de las damas cortesanas. Tenía decidido ofrecer el mejor aspecto posible, pues la virtud suele entrar por los ojos antes de llegar al seso de aquellos que acostumbran a juzgar a los demás; y de eso de las apariencias bien puede decirse que es cosa principal entre la gente palaciega.

Llegó el día tan esperado. Ya entrada la mañana, llegamos a la ciudad. Supe que la corte estaba en el palacio del Buen Retiro, donde se gozaba de una frescura poco habitual para esta época del año. Entramos en tan señalado edificio como si se tratara de la llegada de una principal autoridad y su séquito, de forma que atrajimos todas las miradas hacia nosotros. Nos recibió Olivares en el Salón de Reinos, ante los retratos de la familia real. Estaban allí muchas personas, cosa que me alegró; entre ellos, Marcelino de Faria. La expresión de éste era garantía de haber murmurado cuanto le pareció menester para sus propósitos, como yo temía y esperaba. En aquel salón estaban todos los conocidos por mí en

estos meses, incluido don Juan Lucas, como si estuvieran esperándonos. Las damas no faltaban tampoco; con sus abanicos ocultaban el movimiento de sus labios al murmurar, pero no podían disimular la intención en sus miradas. Los bufones no dejaban de reír y compartir comentarios con los que tenían alrededor. Aquello parecía un gallinero con galas de palacio.

Mantuvimos la compostura y, llegado el momento, hicimos la correspondiente reverencia a Olivares. Éste comenzó a decir:

–¡Alonso, os daba por perdido! Pero veo que alguien os ha encontrado.

Los ojos del Conde Duque fueron a encontrarse con los de Marcelino al pronunciar estas palabras, mientras que los bufones celebraban la ocurrencia del valido.

–Habéis estado cerca de acertar al creerme perdido –contestele de inmediato–. Llegué a Barcelona el mismo día del Corpus y no sé cómo describiros cuánto desorden y desmán vieron mis ojos, que a punto estuve de perder mi vida. Aquí traigo todo cuanto pude salvar entre tanto destrozo. Trátase de doña Gracia, sobrina del difunto virrey, conde de Santa Coloma. Ambos pudimos ver cómo daban muerte a su tío con crueldad... Su Excelencia me envió a tener noticias de cuanto allí sucedía y proteger al virrey, pero yo sólo pude salvar a esta dama.

–A fe que es un servicio de mala fortuna, pues os envío para tener noticias de una tensa situación y en llegando se desata una rebelión que casi se os lleva por delante; os mando a proteger al virrey y le dan muerte ante vuestros ojos... Daremos gracias por que, al menos, hayáis salvado a su sobrina... –Los bufones comenzaron a reír, mas Olivares acalló las risas–. Si no fuera porque todo este asunto me sobrecoge, yo también reiría. No sólo se ha cometido un crimen contra un hombre que representaba al rey, sino que, de no ponerse remedio, pueden venir tiempos dolorosos y de luchas; y esto es mal asunto, porque en guerra con vasallos, toda ganancia será pérdida.

–Excelencia –irrumpió Gracia–, no creo que nadie pueda lamentar la muerte del virrey más que yo, pues es la única familia que quedábame en el mundo. Pero es de justicia que hable en favor de

Alonso. Él arriesgó su vida sólo por estar allí y no abandonó el empeño de proteger a mi tío, hasta que diéronle muerte cruel sin más remedio de su parte. Viendo que no podía salvarlo, aún consiguió que yo pueda estar hoy aquí, porque no volvió la espalda al peligro. No puedo hablaros de las fatigas y trabajos que hemos tenido que pasar para llegar ante su excelencia, de tantos como han sido.

–No dudo que así habrá sido –dijo Olivares, volviendo a mirar hacia Marcelino de Faria con cierto tono malintencionado.

Éste era el momento deseado por mí para crear el enredo que tenía pensado desde que salí de Aranjuez y que guardé en secreto, ocultando mis planes a Gracia. En ese justo instante, avisé a ésta en voz baja de que no dijera nada, oyera lo que oyera de mis labios. Su rostro mostró extrañeza ante lo inesperado de mi aviso, mas guardó silencio y yo comencé a decir:

–Quiero denunciar algo, excelencia, y es mi voluntad hacerlo aquí, ante público tan distinguido, para dar el trato que merece al asunto.

Marcelino comenzó a sonreír de forma mezquina, como si adivinara la naturaleza de la materia a la que iba a referirme, mientras todos prestaban atención. Así que continué:

–Viniendo a Madrid, tras tantos días fatigosos por tierra y por mar, esta dama tan virtuosa estaba asolada por acudir a vuestra presencia con un aspecto tan poco merecedor de la ocasión. No teniendo otro medio a nuestro alcance, buscamos el remanso de un río donde pudiera adecentarse. Yo cuidaba que nadie se acercase, para vigilar su honra y su persona. En esto que la oí gritar y no me quedó más remedio que acudir a ella viendo, para mi sorpresa, que Marcelino de Faria la estaba molestando y ni aun diciéndole de quién se trataba quiso dejar de hacerlo.

–¡Mentira! ¡Eso es mentira! –exclamó Faria.

Formose un grande revuelo. Esto indicaba que mis palabras obraban su propósito y que, al menos, estaba sembrando dudas sobre la versión que pudiera haber contado Marcelino. Gracia mirome con discreción, sin arrojar su rostro asomo alguno de sorpresa que

delatara mi farsa, que así de clara mostró su inteligencia. Olivares, entretanto, trataba, sin pasión, de apaciguar los ánimos con un gesto de invitación a la calma. Sin gritar, intentando mostrar la serenidad del que se cree estar con la razón, seguí diciendo:

–Excelencia, es por esto por lo que quiero acusar ante todos a este hombre, sin restarle los méritos que tenga a vuestro servicio, para hacer justicia a la verdad y ensalzar la virtud de esta dama de noble procedencia; no vaya a ser que, para ocultar su falta, Faria pueda desatar rumores falsos que hagan dudar, en su buena fe, a todas vuesas mercedes, y aun a otras, del honor de la sobrina del desdichado virrey.

–Que para eso queden vuestras palabras y el entendimiento de cada uno –dijo el Conde Duque.

–¡Eso es mentira! –volvió a declarar Marcelino–. ¿No ve, excelencia? ¿No ven vuesas mercedes que me acusa de mentiroso cuando es él quien miente...? ¡Maldito hideputa! ¡Los vi desnudos haciéndose tocamientos y demás meneos sin el menor pudor! ¡No es mi falta que Alonso holgase en el servicio de su rey, dándose goce en lugar de cumplir sus deberes, ni que la sobrina del virrey se comporte como puta zurrapa; aunque si trucha llaman a las putas de clase y lozanía, trucha habría que llamarla y trucha pescó Alonso en aquel río, pese a que quiera venderla como dama!

La roja llama de la indignación encendió mi ira, aunque ya pude imaginar que mis falsas acusaciones tendrían reacción tal en Faria. Así que no resultome difícil, en extremo alguno, seguir con mis planes para provocar situación tensa y harto molesta, porque, en tal tesitura, ya son las armas las que suelen pugnar por relucir.

–Sois un bellaco desmedido –dije–, y mi espada pide a gritos la defensa de los oídos de los presentes y el honor de esta dama, cuya mayor falta era estar bajo mi tutela, siendo yo persona que tanto detestáis y tan falto estáis de vergüenza como de un yerro que os hiera.

–¡Deteneos! –gritó inútilmente Olivares.

Pero ya las hojas movíanse al compás metálico de nuestro odio, a la

vez que retumbaban en las paredes sus chasquidos, aumentando la magnitud de la tragedia. De veras que había ganas de medirme con aquel mi enemigo, mas si algo de escenificación tenía prevista para lograr mi despedida y la limpieza de la honra de Gracia, bien que ayudó Faria con todo su afán. Tenía por cierto que, en la corte, sería considerada con agrado la defensa del honor que yo hacía, al modo como se hace en las comedias, tan del gusto de las gentes; y bien poco importaría quién diría la verdad tanto como la entereza de mi defensa que, supuse, ganaría sus corazones. Por otro lado, si quería perder ascendiente respecto al Conde Duque, aquél parecía un buen modo; no creo que quisiera a su lado a una persona tan alborotadora como yo estaba siendo, mas tampoco podría condenarme por cometer delito, y menos delante de su concurrencia.

En plena disputa sentí una grande inquietud alrededor mientras las voces de los allí presentes exclamaban, tantas veces como cortesanos eran, una palabra: «¡Majestad!». La repetición de ésta consiguió que, sin mediar acuerdo, nuestra lucha bajara en intensidad hasta que cesamos del todo las acometidas. Cuando esto hicimos, pudimos ver que todos estaban de rodillas y sobre ellos la figura de nuestro rey, don Felipe Cuarto, y su esposa la reina, doña Isabel. Marcelino y yo nos miramos mientras guardábamos las espadas, como vigilando que el otro también lo hiciera, y caímos de rodillas ante sus majestades.

En corte como ésta, tan rigurosa del protocolo, no podía explicarse cómo pudo llegar hasta allí el rey sin que nadie hiciera solemne anuncio, si no era por su exclusiva voluntad, cosa poco usual en monarca tan respetuoso con las normas palaciegas.

Tal como estábamos, arrodillados todos menos Olivares, al que hizo alzarse el rey con un gesto, permanecimos en silencio hasta que sonaron los pasos de la real pareja acercándose hasta mí. Pude ver las cuatro rosetas que adornaban las piernas de su católica majestad, dos en las rodillas y otras dos en los pies, cerca de mi rostro; no atrevime a levantar la vista para no parecer grosero al mirar tan de cerca a mi rey sin mediar su permiso. Al pronto oí su voz que me decía: «Me agradáis más cuando lucháis en verso». Volviose hacia la reina y le dijo: «Éste es aquel que pude escuchar

cómo disputaba en rimas con Pedro Calderón sin que me viera ninguno dellos»; la reina sonrió, recordaba habérselo oído comentar.

«Contadme qué está ocurriendo aquí», requirió don Felipe al Conde Duque, quien le informó en voz baja, mientras el rey escuchaba con atención y asentía. Una vez despachado en su curiosidad, su majestad dirigiose a mí de nuevo y, tras ordenar que Gracia y yo nos irguiéramos para vernos bien las caras, díjonos:

–No es mi deseo que en mi presencia ni en la de la reina dos vasallos míos luchen; y, aunque podría por esto condenaros, quiero ser magnánimo ante mi esposa para congraciarme a ojos della. Como también habeisme servido, no quiero ser ingrato y dar a cada uno lo que corresponda y, por tanto, decido lo siguiente. ¡A ver! ¡Un escribano!

–Aquí estoy, majestad –dijo un hombre que salió de no sé dónde, ya pertrechado de pluma, tintero y papel.

–A Marcelino de Faria corresponde seguir a mi servicio, ésa es mi voluntad. Pero ha de empeñar su palabra en ser un digno servidor en el cumplimiento de sus deberes, tanto como en ser ejemplo de buen comportamiento para grandeza de su rey.

–Os lo prometo, majestad –dijo Marcelino, lanzándome una mirada mortal.

–Alonso –preguntome, entonces, el rey–, ¿seguís queriendo dejar la corte para ocuparos de vuestro mayorazgo?

–Sí, majestad.

–Pues al hidalgo conocido por Alonso de Yáñez concedo libertad para dedicarse a sus propiedades y también le otorgo una recompensa por sus servicios a mi persona, que determinará el presidente del Consejo de Hacienda procurando mostrarse generoso. También le serán facilitados los medios necesarios para regresar a su casa de Toledo.

Quedó mirando don Felipe a su escribiente, esperando que acabara

para estampar su firma, cuando la reina dijo de pronto:

–¿Y qué hay de la dama? Ella también tiene parte en este asunto.

Miró el rey a Olivares, como haciéndole notar que faltábale información della, mas éste poco o nada podía decir. Su majestad pareció carraspear con disimulo, tal vez porque pensaba cómo salir de aquella situación tan airoso como hasta ese momento. Al fin decidió dirigirse a Gracia y preguntole:

–¿Y qué quiere la dama?

–Un lugar para vivir y medios para hacerlo, hasta que se resuelva la herencia de mi tío, majestad.

–Podéis quedaros...

La reina realizó un gesto suave para solicitar a su esposo que guardara sus palabras. Ésta acercose a la sobrina del difunto virrey, a quien regaló con una amable sonrisa. Le alzó el rostro con delicadeza mediante una leve presión de su mano para pasar a estudiar sus rasgos con detalle. Tras esto, dirigiose a su regio esposo, a quien dijo delante de todos: «Demasiado agraciada para que haya paz en la corte si se queda. Y demasiado sufrimiento ha tenido para que no nos mostremos generosos con ella».

–Disponed entonces como si yo mismo lo hiciera –dijo el rey a la reina, quien demostró agradarle este gesto.

–¿Dónde queréis vivir? –preguntó doña Isabel a Gracia.

–En Toledo –respondió ésta, mirándome de reojo y ahogando una sonrisa.

–Me parece bien –dijo la reina–, pero falta determinar bajo qué techo.

–¡Majestad! –intercedió entre los presentes don Juan Lucas, siempre de tan buena disposición–. Si no os parece inadecuado, podía venir a mi casa de Toledo para hacer compaña a mi esposa, que debe soportar tantas ausencias mías por mis obligaciones.

–¡Sea! –confirmó la reina, que pareció advertir las intenciones de Gracia y divertirle que pudiera componerse de este modo la situación–. Así gozará de techo, hasta que resuelva su herencia, viviendo en casa honesta y no habrá lugar a que puedan tenerse dudas sobre honra tan bien guardada.

El rey dictó la resolución a su escribano, igual que antes lo hiciera en las que se refería a Marcelino y a mí.

Una vez finalizados los trámites de la firma, su católica majestad volvió a acercarse a mí para decirme en privado:

–Sin duda alguna, me agradaba más cuando luchabais en verso.

Mi rey repartió justicia y mostrose generoso, pero más debo agradecer a tan alta persona que permitiera a mi espada que pudiera continuar su sueño, aunque quebradizo; que a punto estuvo aquel día de ser roto una vez más, a no ser que Marcelino hubiera tenido mejor fortuna que yo con el lance.

Me acerqué a Gracia y, con cuidado de no ser escuchado por nadie más, susurré:

–Gracia..., ¿es que me amáis?

Por respuesta obtuve una sonrisa, antes de que diérame la espalda.

En cuanto conseguí estar libre para poder hacerlo, partí hacia mis posesiones en Toledo; volví al lugar donde empezó esta aventura, pero con un ánimo muy diferente. Me sentí un hombre dichoso y, cuando recordaba como acabó todo, pareciome como si mi estancia en la corte hubiera estado escrita para enseñarme algo; que, aunque aún no estaba muy cierto de saber qué era, imaginaba el grande valor de tal enseñanza.

Me pareció cosa de relieve que, ante un mal comienzo debido a un lance de espada, como fue el de don José de Ávila, acabara con un trance de la suerte, como había sido la disputa con Marcelino ante la corte. Que se me resiste la fortuna a dejar dormir mi estoque dándole un sueño harto frágil, unas veces para mal y otras para bien, por lo que he de buscar la forma en la que mi vida no esté

tanto en manos de lo incierto, sino en las de mi razón y mi alma. Y cada vez que me falte la suerte, siempre tendré bien despierta mi hoja resignado a su inquietud y su eterna compaña.

Quise que mi marcha coincidiera con la noche, pues en verano es una bendición viajar con ella. Mientras marchaba, miraba al cielo como lo hacía Jerónimo de Lezama en la torre del Alcázar cuando escudriñaba el firmamento. Creía que podría conocer esa noche mi estrella, porque debía ser la más brillante de entre todas las luces que puedan verse allá arriba. Mas no necesitaba leer qué me esperaba en el futuro porque yo tenía muy claro cuál sería, en adelante, mi camino.

CAPÍTULO SEXTO

EN NOMBRE DEL CLARO DÍA

Han pasado más de cuatro años desde lo ocurrido en el Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro. Desde entonces, he empleado la mayor parte del tiempo en reunir mis anotaciones y escribir esta, que ya me atrevo a llamar, novela. También he cuidado mi formación y me he dedicado a leer a escritores clásicos y actuales. De entre todos ellos, quisiera hacer justicia a don Francisco de Quevedo, de cuyas páginas he bebido el agridulce néctar de sus desilusiones y la ironía afilada de sus desprecios. Ha habido ocasión suficiente para que sucedieran muchos cambios; el más relevante de todos ha sido la caída de Olivares, que ya no es valido del rey ni anda agora por la corte. Por desventura, sigue sublevada Cataluña y muchas batallas está causando; más no le anda a la zaga Portugal, que al poco también levantose en armas, y donde tienen nombrado un rey y en pie de guerra a un ejército para defenderlo. Pero de estos asuntos mejor será que escriban los historiadores, y a ellos quedará su parte en contar cuanto sea preciso y necesario, que yo debo ocuparme de lo mío.

No alargo este relato, a riesgo de acortar la paciencia de quien esto lea, para desvelar cómo me va en el día a día con mis quehaceres o para decir si Gracia y yo nos correspondemos en amores; si alguien quiere saber de esto puede pasarse por Toledo, donde, si coincide que el destino cruza nuestros pasos, puede preguntarme y yo responder, si no tuviera ocupación más necesaria.

Es motivo de escribir estas últimas páginas algo que ocurrió hace bien pocos días. Y es que tuve noticia de la estancia de Quevedo en Toledo, que iba de paso por estas tierras tras su larga estancia en prisión, aunque decían de él que estaba en trance de muerte. Decidido a ir a su encuentro, salí una mañana de otoño, parecida a aquella otra en la que di en conocerlo, con mi manuscrito como equipaje por si dábase el caso que era de Dios que hubiera

mejorado y pudiera entregárselo, como convinimos la primera vez que nos vimos.

Quiso la suerte que en el camino se encontraran nuestros pasos, cuando él ya se marchaba con destino a su Torre de Juan Abad. Don Francisco iba en un coche; lo hallé encogido, envejecido y enfermo, tan distinto a como lo recordaba. Le dirigí un saludo sin ningún rencor, pues, después de todo, los dos quisimos ganar provecho el uno del otro y ya había pasado mucho tiempo desde nuestro primer encuentro, cerrando éste toda cicatriz de cualquier herida que pudiéramos habernos causado. Tras mirarme un buen rato en silencio, dijo con voz apagada:

–Siendo yo el que está muriéndose, un fantasma me habéis parecido al veros. Un espectro del pasado, de cuando yo era vivo entero y no medio muerto como me siento, que venga a burlarse de este pobre viejo que creyose muy ingenioso y por tanta agudeza padeció prisiones sin explicación alguna, ni juicio que le condenara.

–No vengo a burlarme de vuesa merced, sino a pediros que cumpláis la palabra que me disteis hace cerca ya de cinco años.

–Difícil me lo ponéis; cumplir con lo que os dijera cuando lucho con la muerte y siempre me lleva ventaja. ¿De qué se trata? ¿Es acaso que habéis escrito algo en verdad durante este tiempo?

–¡Veo que lo recordáis! –No creía que así fuera.

–Tantos años de prisiones han dado de sí para recordar mucho y pensar en exceso Dadme, Alonso, vuestros escritos y prometo que los leeré si antes no se me lleva Dios por delante, o un bandido, o cualquiera, que para morir siempre hay mil oportunidades.

De pronto, aquellas palabras de Quevedo fueron reveladoras de algo que rondaba en mi alma desde que comencé a escribir estas páginas y que, aunque no había sabido con certeza de qué podía tratarse hasta agora, apareció en mi mente con claridad en ese momento. Por tanto, decidí no hacer entrega todavía de mi manuscrito a falta de añadir este capítulo.

–Don Francisco, venía a deciros que aún me queda un último

apartado que completar y rogaros me indiquéis el modo de hacéroslo llegar cuando esté todo terminado o, si es preciso, ir yo mismo a entregároslo, si lo tenéis a bien.

–Vuesa merced necesita tiempo; tomaos el que queráis, pero como preciséis demasiado no puedo prometeros estar esperando, al menos sobre la tierra. Tengo que escribir algunas cartas a un buen amigo. Diré al correo que se encargue de recoger cuanto le deis. No puedo deciros más, pues no sólo no hay necesidad, sino que hállome fatigado sobremanera. ¡Vámonos, cochero!

Y de tal modo que me veo apresurado a escribir en estas últimas líneas, que serán las de mi conclusión, aquello que durante cuatro años llevaba guardado en el alma y no alcanzaba a saberlo ni explicarlo. Plasmaré, por fin, la enseñanza de todas mis vicisitudes, que no alcanzaba aún a comprender al final de mis andanzas en la corte, aunque sentía su provechoso influjo.

No quiero ofender la inteligencia del que haya leído esta novela por entero al hacer mis deducciones, pues no creo que haya mayor riqueza al descifrar un escrito que beneficiarse cada uno con sus propias liciones; pido disculpas por adelantado, aun sabiendo que no es mi ánimo causar ofensa. Porque si expongo mis conclusiones no es con el empeño de imponerlas, sino de compartirlas; y si en algo ha interesado la lectura de tantos de mis avatares tendrá ocasión de conocer también, quien esto lea, qué saco en limpio yo de todo esto. Y sin más dilaciones entraré al asunto.

* * *

En los días en los que comencé a escribir esta novela, pretendí huir de los designios que me estaban reservados, como si alguien pudiera en verdad escapar dellos. En ocasiones, había llegado a pensar que estábalo consiguiendo sólo con acallar mi espada, mas ésta despertaba de su letargo con harta frecuencia para mi gusto. El día del Corpus la verdad quiso revelarse ante mis ojos, y ésta no es otra que la certeza de saber que no es llegado el momento para mí

(ni tal vez para nadie de estos tiempos) de estar a salvo de pagar los errores con el precio de la sangre y el dolor, que sólo ella parece acallar la ira de los ofendidos mejor que ninguna otra moneda.

Hace más de mil seiscientos años así ocurría también, y para poner remedio a tamaña iniquidad de nuestros actos quiso Dios entregarnos al Cristo. Pero, cuando Él hizo esto, debió ser con la esperanza puesta en ver llegar el tiempo en el que se iluminara nuestra mente y comprendiéramos el grande sacrificio que demandamos en un sinnúmero de veces.

En nombre de la llegada de ese claro día de luz para nuestro entendimiento, quería escribir estas últimas páginas. Será en trescientos años, o en quinientos, o en mil, pero, si no es llegado el Juicio Final antes, agotada la paciencia del Supremo, los hombres advertirán que no es la vida un bien para andar malgastándolo. Quiero adivinar que llegarán unos días en los que imperará la paz, cuando se compruebe la sinrazón de las guerras, donde se respete más el respirar de un hombre que el peso de las monedas. Serán, imagino, tiempos en los que se dirimirán las diferencias entre las personas por la mediación de mentes sabias que estudien los problemas en busca de las mejores alternativas. Si la vida es cosa tan breve y quebradiza, no habrá quien quiera segarla (como tampoco querrá que lo sea la suya) extinguiendo un ciento de sensaciones, recuerdos y pensamientos, hasta que sea llegado el instante de portarlos consigo tras la muerte; una vez apurada la sazón necesaria, como precisan las mieses, y no antes de cuando es debido.

Mientras llega ese día, tendré que conformarme con estar sujeto a mi destino, que me ata a estos tiempos; y a lo más que llegaré será a intentar no desvelar el sueño de mi espada, que resulta ser tan frágil como aún es el corazón de los hombres.

A quien pueda hallar este manuscrito:

Yo, Francisco de Quevedo y Villegas, con mi salud en estado miserable, pero presumiendo todavía de que mi entendimiento es lúcido, hago escribir a mi criado, llamado Diego de Lugo, este

memorial, porque me faltan las fuerzas para hacerlo por mí mismo.

He sido depositario, a mi pesar, de estas páginas por razón de una promesa, hecha en un momento de mi vida en el que tantos errores cometí. Quiero dejar claro que yo no he puesto ni he quitado una coma y que mi nombre figura aquí con la única intención de expresar mi opinión y hacerme responsable del destino postrero de este manuscrito.

Reconozco mi sorpresa al ver que un soldado pueda haber sido capaz de escribir tantas palabras juntas contando algo. Es más, diría que hay buen fundamento en gran parte de esta historia. Pero no sé si será porque me ocupa más mi muerte, que bien cercana la oigo andar, que no acabo de entender cuanto aquí se refleja.

Paréceme harto afectada de paisajes que dicen cosas y pensamientos que hablan de sí mismos, mas no acierto a decir que esto pueda ser bueno o malo. Tiene su punto de interés, aunque en eso no puedo ser buen juez por estar yo mismo como parte y referir asuntos que mueven tanto mis emociones. Acaso estoy cansado para realizar una crítica conveniente de este escrito, pero algo me preocupa más que toda formalidad literaria. Alonso parece no haber reparado que, si yo doy por buena su novela y puedo influir para publicarla, podrían sobrevenirle grandes inconvenientes:

Por un lado, se confiesa autor de algunos actos que pudieran ser delito. A saber, por lo que recuerdo: escuchar conversaciones tras las puertas, incendiar palacios, yacer con las esposas de invitados de su majestad, leer correspondencia secreta ocultando su falta, quitar la vida de un banquero y su ayudante, y decir falso testimonio de un agente secreto del rey en la misma corte. Es sabido que todo está hecho con la mejor intención, pero ahí queda este listado.

Tampoco pasan por alto otros temas de consideración como la muerte de un espía catalán, acaso precipitada, que no tuvo consecuencias, una vez informado Olivares; amén de los retratos de otros miembros cortesanos que, si no son delictivos, sí podían hacerse indigestos cuando éstos los leyeran, si se daba el caso, no atreviéndome a pensar cuáles serían las consecuencias.

Otro asunto que me preocupa, si es que fuera publicada esta novela,

es que, a fuerza de hacer tanta revelación personal y tanta opinión sobre lo humano y lo divino, no faltaría quien viera señales de herejía, quién sabe si no de blasfemia.

Es, por tanto, que, dada mi incómoda situación, una vez cumplida mi parte del trato con Alonso, decido por su bien no sacar este manuscrito a la luz de este mundo, tal como es en nuestros días, para evitar fatigas y sufrimientos a su autor. He creído conveniente pedirle a mi criado que, junto con esta carta, entierre esta novela para que sobreviva a estos tiempos y alguien en el futuro pueda encontrarla y decida entonces, si es que lo merece a su juicio, su publicación o su olvido para siempre.

Dios me ayude y me mire en la cara de Jesucristo, y guarde a vuesa merced, como deseo, futuro lector de esta carta y de este manuscrito.

En la Torre de Juan Abad, 30 de noviembre de 1644

(Firmado por Diego de Lugo,

en nombre de D. Francisco de Quevedo y Villegas)

Septiembre de 1996

Ya están acabadas las páginas que hablan de otros tiempos. Éstas que quedan son un grito desesperado de confusión y catarsis; el grito rebelde de mis emociones que se revuelven contra el oscuro impulso que hizo esta novela, que, se supone, surgió de mi mente. Estas anotaciones las dirijo al lector interesado no sólo en leer una historia, sino en conocerla desde el fondo de su misterioso origen.

Hace algún tiempo, recordé mi época de estudiante de secundaria y el descubrimiento en aquellos años de la literatura como una sugerencia a nuestras emociones y a nuestro razonamiento, provocado por la escritura de algunos hombres y mujeres, que apenas nos dejaban un vago recuerdo pasados los exámenes pertinentes. Esta rememoración me impulsó a evocar de nuevo los sentimientos que lanzaban al papel aquellos antiguos escritores y decidí volver a la lectura de los clásicos. Pretendía rescatar esas antiguas sensaciones que debían estar encerradas en mi olvido con esa fresca, aunque antigua, literatura. Comencé por Quevedo sin la prisa de estudiar su obra para aprobar un curso; es más, quise saborear sus páginas, sus versos y sus ideas. Desfilaron ante mis ojos textos de bella precisión que describían profundas pasiones y airados enfados. Tanto debió impactarme esta lectura que al poco soñé lo siguiente:

Viajaba con mi propio coche a la Torre de Juan Abad con el propósito de saber dónde habitó y escribió Quevedo en muchos momentos de su vida y, de forma especial, durante sus últimos días. En mi sueño aún existía su casa, dato que desconocía si era así por entonces. Un hombre que dijo ser su propietario me invitó a visitarla por dentro y me ofreció poder hacerlo yo solo, sin más compañía y con total libertad. Me sentía muy a gusto entre sus muros descuidados (al menos lo eran en ese sueño) y podía imaginar el aspecto que tendría aquella casa en la época en la que fue ocupada por su antiguo dueño; el poeta de las lentes llamadas «quevedos» en su honor. En la parte de atrás había un corral en el que se encontraba un establo vacío, donde también entré. Allí

tropecé, por puro azar, con una trampilla disimulada. No resistí la tentación de abrirla y asomarme. Aquella abertura conducía a un sotanillo de dos por dos metros. Salí a la calle para buscar una linterna que llevaba en el coche y equipado con ella regresé dispuesto a bajar por aquel agujero lleno de telarañas. Una vez abajo, alumbré aquel espacio para revisar por completo todo a mi alrededor y, cuando enfoqué la luz al suelo, pude ver con dificultad un objeto que a duras penas asomaba entre la tierra. Sin pensarlo, escarbé para desenterrarlo y averiguar de qué se trataba. Sentía una ligera taquicardia y mis manos temblaban, creyendo haber hecho un descubrimiento de algo que nadie había visto en más de trescientos años.

Aquel objeto era una caja de madera muy deteriorada por el tiempo y la humedad. La destapé sin dificultad y encontré dentro un lío de telas que envolvían algo. Me detuve un momento porque recordé esas bromas estúpidas de entregar un regalo que sólo consiste en un paquete dentro de otro paquete y éste a su vez en otro, hasta que descubres que no hay ningún otro objeto más que múltiples paquetes. Miré para todos los sitios esperando encontrar una cámara oculta y la voz de algún presentador de televisión que me descubriera la broma, pero no ocurrió nada. Deslié aquellas telas y apareció ante mí un manuscrito titulado El sueño de la espada. Creyendo que debía ser una obra inédita de Quevedo, me sentí invadido por la codicia y desbordado por la emoción; no se me ocurrió nada mejor que escapar de aquel lugar con mi hallazgo sin desvelárselo a su dueño...

Con este sueño comenzó mi pesadilla; aún tiemblo sólo de recordar todo lo que ocurrió después.

Al día siguiente de aquella ensoñación, decidí sentarme ante el ordenador con la lúdica idea de escribir algo relacionado con el título que me había brindado mi onírico viaje a la Torre de Juan Abad. Pero no hice más que acariciar el teclado y una fuerza inexplicable impulsaba mis dedos para hacer aparecer en la pantalla letras que no era capaz de poder leer, aunque yo las escribiera. Era como una fiebre que me arrebataba la voluntad y me hacía golpear las teclas, sin poder dominar mis brazos, hasta quedar agotado. Sólo cuando el cansancio me vencía era cuando todo acababa, aunque seguía sin poder leer lo escrito porque mi vista se nublaba al mirar

la pantalla.

Mi curiosidad me llevó de nuevo al ordenador al día siguiente. Pretendía descubrir el trabajo realizado la tarde anterior. Pero sucedió una vez más que mis manos volvían a parecer que estuvieran gobernadas por un impulso incontenible y otra vez escribieron sin cesar para hacer que aparecieran más y más líneas en el monitor. Cada tarde, a la misma hora, y sin saber por qué lo hacía, me veía arrastrado al mismo lugar y a la misma actividad, que terminé por hacerla entre lágrimas, aterrorizado.

No me atrevía a contar a nadie esta extraña y angustiosa experiencia por temor a la reacción que tuvieran, incluso yo mismo llegué a pensar si no estaría padeciendo alguna misteriosa psicopatología. Aún hoy no sé qué explicación darle.

Pero todos los días sucedía igual. Cuando se acercaba la misma hora, no podía evitar ir al ordenador hasta terminar agotado. Mi visión siempre era borrosa cuando miraba la pantalla, por tanto, nunca podía llegar a conocer el contenido del texto ni al escribir, ni al terminar cada sesión. También se me ocurrió imprimir alguna página y llevármela conmigo fuera de mi casa para ver si era capaz de leerla o encontrar alguien que pudiera hacerlo y transcribirla para mí. Aquella iniciativa resultó inútil, porque cada vez que me acercaba al ordenador se oscurecía mi mente y lo único que conseguía era seguir escribiendo.

Hace poco llegó el día en el que la fuerza no me arrastró de nuevo a tan angustiosa actividad. Ante este descubrimiento creí haber conseguido burlar mi delirio, o mi fiebre, o mi locura, o lo que fuera aquello, y salí a la calle para dar rienda suelta a la felicidad que sentía mientras andaba con un paso ágil; corriendo a veces. Según pasaron las semanas, se confirmaba que no se repetía aquel arrebato. Para asegurarme, decidí volver a aproximarme otra vez al ordenador y, aunque llegué a esperar lo peor, esta vez no sucedió como otras veces. Encendí el equipo y busqué entre mis archivos aquel que pudiera corresponderle y yo no conociera. Pude hallarlo con no mucha dificultad bajo el nombre de «ALONSO.doc». Cuando lo abrí, fue mi sorpresa encontrarme con esta novela, incluida la carta de Quevedo. Una vez concluida, estaba disponible para su lectura y aparecía con nitidez ante mis ojos.

Al leer estas páginas se estremeció entero mi cuerpo porque el resultado de todas aquellas horas de trabajo involuntario y a ciegas resultaba ser coherente y comprensible. Aunque yo lo había escrito, nunca había descifrado el texto de esas líneas que veía pasar ante mis ojos hasta ese momento. Como acto de rebeldía, intenté borrarlo de la memoria del ordenador, pero cada vez que lo intentaba aparecía en la pantalla el mensaje: «Listo para imprimir».

Harto de luchar contra este fichero, decidí aceptarlo y leer sus páginas con atención. Y así fue hasta llegar a quererlo como propio. He querido considerarlo como un sueño elaborado en mi mente, como un sentimiento surgido en un juego creativo de mis tardes, como si fuera mío, en definitiva; pero no puedo engañar a mi angustia, pues nunca supe que estuviera tejiendo esta historia en mi ordenador hasta que estuvo acabada. Tampoco soy capaz de eludir la irritable sensación de haber sido utilizado, porque así fue como me sentí durante este tiempo. Todavía hoy no sé qué ocurrió para encontrarme en ese estado; ni siquiera si fue algún tipo de enajenación mental digna de ser tratada o si la causa fuera una fuerza ajena a mí. Me avergüenza tanto verme capaz de escribir esto, que sólo de pensar en la liberación que me produce hacerlo me compensa de reconocer públicamente mis temores.

Aunque suene a disparate, he llegado a plantearme si no existirá bajo el suelo de La Mancha, en algún lugar de la Torre de Juan Abad, un manuscrito idéntico a esta novela y con su mismo título. Si así fuera, tendría que creer en los espíritus, acaso en el de Alonso de Yáñez, que, harto de esperar durante siglos a que alguien encontrara su obra, haya hecho uso de mí para hacerle justicia, después de haber dejado Quevedo sus escritos condenados a un enterramiento semejante (¡qué espantosa desgracia para un escritor!). Incluso quién sabe si no sería el mismo don Francisco el que, en un gesto de arrepentimiento desde más allá de la muerte, hubiera sido el promotor de estos sucesos para compensar su mala acción contra un compañero de letras.

Sea cual fuere el caso, me siento otra vez libre, aunque también enfurecido por este fenómeno que me raptó la razón. Quiero que sirva esta última aportación, que alarga estas páginas, para revelarme contra ello o contra ellos, siendo consciente (ahora sí) de

cuanto escribo. Sé que algo extraño ocurrió, aunque me parece que nunca llegaré a saber su naturaleza, pero quiero enterrarlo en mi mente con las mismas manos que lo hicieron nacer. Si esta novela ha sido el fruto de una locura, ésta es mi catarsis; si ha sido causada por Alonso o Quevedo, habrán tenido resarcimiento suficiente para que, más de trescientos años después, vean la luz estas páginas tan controvertidas y queden en paz sus conciencias; al menos espero que descansen en la misma medida que yo puedo hacerlo, después de haber entregado tanto.

El autor

AGRADECIMIENTOS

A la memoria de Sir John H. Elliott, que se prestó a leer el primer manuscrito de esta novela y a ofrecerme su amable opinión.

A la editorial EDHASA y, en especial, a mi editora, Penélope Acero, por darle vida a El sueño de la espada.